

HOJA DE LATA

SERIE CRÓNICAS POLÍTICAS

YULIÁN SEMIÓNOV

No se necesita contraseña

Prólogo de Jacobo Rivero

Traducción de Zoia Barash

NO SE NECESITA CONTRASEÑA


colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

YULIÁN SEMIÓNOV

NO SE NECESITA CONTRASEÑA

PRÓLOGO DE JACOBO RIVERO

TRADUCCIÓN DE ZOIA BARASH



Sensibles a las Letras, 82

Título original: *Пароль не нужен*
Primera edición en Hoja de Lata: mayo del 2022

© Julian Semenov, 1966
All rights reserved
© del prólogo: Jacobo Rivero, 2022
© de la traducción: Zoia Barash, 1983
© de la imagen de la portada: *Vladímir Mayakovsky fotografiado por Aleksandr Ródchenko,* fotografía coloreada por Klimbin, 2022.
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2022

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.
Corrección: Marta Álvarez Tamargo
Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu

ISBN: 978-84-18918-52-0
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

Yulián Semiónov (Moscú, 1931-1993), hijo de un periodista ruso purgado durante el estalinismo por *bujarinista* y de una profesora de historia ucraniana, está considerado el padre del género negro en lengua rusa, creador de un nuevo tipo de novela que funde en un todo orgánico su punto de vista como sociólogo, historiador, periodista, poeta y excelente narrador. Corresponsal en el extranjero en la agitada segunda mitad del siglo XX, tuvo una mirada apasionada sobre la realidad que le rodeaba y que reflejaba en sus crónicas. En su opinión, Tolstoi y Dostoievski eran pioneros en la novela policiaca rusa y formaron parte de sus referentes junto con Lenin, la Biblia, Hemingway, Erich Maria Remarque, Jack London, Albert Camus, John Boynton Priestley, Graham Greene o su íntimo amigo John Le Carré. Semiónov fue abanderado de la novela negra soviética en foros internacionales, y también una firma periodística que traspasó fronteras. No tuvo carnet del partido, pero se declaraba «comunista convencido». Un tipo al que nadie quería perder la pista, que ejercitaba el reportaje con destreza y que escribía libros con personajes fascinantes, llenos de aristas e inteligencia. El más famoso de todos, el agente doble soviético Vsévolod Vladímirov, alias *Maxim Maximóvich Isáiev,* alias *Max Otto von Stirlitz,* fue un auténtico fenómeno de masas en su país.

Desde mediados de los años cincuenta Semiónov comenzó a trabajar como enviado especial, un oficio lleno de peligrosas situaciones que le permitieron conocer a cazadores de tigres en los bosques boreales, visitar estaciones polares, recorrer la construcción de la línea de ferrocarril Baikal-Amur o asistir a la apertura de una mina de diamantes en Siberia. Además, como corresponsal Semiónov siempre estuvo en los acontecimientos más destacados de

esas décadas: la España de Franco, el Chile de Allende, la Revolución de los Barbudos en Cuba, la caza de nazis escondidos en América Latina, la mafia siciliana en Italia, el Afganistán socialista o las operaciones de combate de las guerrillas de Vietnam del Sur y Laos. Publicó sus artículos en las principales cabeceras soviéticas: *Pravda, Ogoniók, Komsomólskaya Pravda, Smena* o la revista cultural *Literatúrnaya Gazeta.* A pesar de su éxito como escritor, nunca abandonó el periodismo, profesión por la que sentía auténtica devoción. En 1989 creó la revista *Soyershenno Sekretno* («Supersecreto») dedicada al género policiaco, de la que fue director hasta su muerte, con una tirada de un millón de ejemplares.

Tres años antes, en 1986, fue uno de los impulsores de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos (AIEP) que se constituyó en junio de ese año en la habitación 611 del hotel Capri de La Habana. Semiónov fue elegido presidente, y en la dirección de la asociación entrarían, en sucesivos encuentros y entre otros, el mexicano de origen asturiano Pablo Ignacio Taibo II, el español Manuel Vázquez Montalbán o el estadounidense Roger L. Simon. En el manifiesto de presentación señalaban que el principal objetivo de la AIEP era promover y consolidar el género en todo el mundo y añadían como cláusula imprescindible la no admisión de miembros «en cuyas obras se propugne el fascismo, el racismo, el militarismo, la discriminación sexual y la apología de la guerra nuclear». La AIEP fue una organización de escritores *internacionalista* muy activa en sus primeros años de vida. En la reunión de Praga en 1989, cuando ya se veía venir el final del Telón de Acero, pidió oficialmente la liberación del escritor disidente Vaclav Havel, que luego sería el primer presidente democrático de Checoslovaquia. En esa línea, Semiónov fue un decidido impulsor del aperturismo en el bloque socialista, un aguerrido defensor de la *perestroika,* y apoyó firmemente al último presidente de la URSS, Mijaíl Gorbachov, con el que incluso trabajó como agregado cultural.

Pero es como novelista que Semiónov obtuvo un enorme éxito, tanto dentro como fuera de la esfera soviética. Desde su palestra

narrativa y con su brillante escritura se propuso cuestionar el *status quo* con enorme sutileza a partir de sus personajes. En una entrevista en 1987 para el diario *El País* con la periodista Rosa Mora afirmaba que la novela policiaca «trata siempre sobre la oposición entre el individuo y el poder». Sus obras se tradujeron a veinticinco lenguas y vendió más de cien millones de ejemplares. Su popularidad en la Unión Soviética estaba a la altura de los cosmonautas o los grandes referentes culturales, y era adorado por el gran público. Semiónov podía contar episodios de la Revolución Rusa o la Alemania nazi y hacernos sentir que estábamos en el compartimento de un tren cargado de bolcheviques o en los mismísimos despachos de la Gestapo en Berlín. Era tal su popularidad que, a pesar de su afilada y velada crítica del sistema soviético, fue el primer escritor de la Unión Soviética al que se le permitió entrar en los archivos del servicio secreto ruso. A Yuri Andropov, el todopoderoso director de la KGB (que más tarde llegaría a presidir la Unión Soviética durante un breve periodo de quince meses) le gustaba la creatividad del joven escritor y lo invitó a investigar entre los expedientes de su archivo para encontrar argumentos de futuras novelas.

En una de esas búsquedas, Semiónov dio con un dossier sobre Extremo Oriente en el que se detallaba la historia de un oficial de inteligencia, joven y misterioso, enviado en misión secreta al Pekín ocupado por los japoneses en la década de 1920. Aunque la imagen del agente doble Isáiev-Stirlitz también combina rasgos de varios espías soviéticos posteriores, ese hallazgo sirvió de punto de partida a Semiónov para desarrollar su personaje más icónico. *No se necesita contraseña* es cronológicamente el segundo título de la serie «Crónicas políticas», protagonizada por el funcionario de la Checa Vsévolod Vladímirov, a quien conocimos como infiltrado junto al líder de los rusos zaristas Kolchak en *Diamantes para la dictadura del proletariado* (Hoja de Lata, 2018). En esa novela, el bisoño Vladímirov estrena su primera falsa identidad: Maxim Maximóvich Isáiev, y se nos revela como un abnegado espía que cumple con la

labor encomendada echando mano de su tremenda astucia, apabullante capacidad de análisis psicológico y extensa cultura, «alejado del modelo hollywoodiense y del rígido realismo socialista, capaz de departir sobre la obra de Pushkin, las ciencias exactas o las mejores cervecerías de Berlín», en opinión del periodista argentino Nicolás García Recoaro.

Con el discurrir de la saga, Isáiev se convertirá en el célebre Max Otto von Stirlitz, infiltrado a su vez en el Estado Mayor del contraespionaje alemán durante la segunda guerra mundial y protagonista de la obra más conocida de Semiónov: *Diecisiete instantes de una primavera* (Hoja de Lata, 2015). Un auténtico hito en la historia de la cultura popular soviética, un libro totémico que traza una trama perfectamente hilvanada ambientada en las últimas semanas de la Alemania nazi. Aquella obra, que fue un súper ventas en su país y que dedicaría a su padre, liberado de las cárceles estalinistas en 1954 en un estado lamentable, supondría un estallido de popularidad del agente Stirlitz en la Unión Soviética. El libro se adaptaría a serie de televisión dirigida por Tatiana Lióznova y protagonizada por los mejores actores soviéticos del momento, como Viacheslav Tíjonov, que interpretaba a Stirlitz, o Leonid Bronevói, que encarnó el papel de Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo. Sergéi Stafeev, secretario de la Fundación Semiónov, en su prólogo a la edición de Hoja de Lata de la mítica novela señalaba:

> En agosto de 1973, tuvo lugar un evento muy significativo en la vida de la Unión Soviética. Se estrenaba una peculiar serie televisiva de guerra (en la URSS hablar de guerra equivalía a hablar de la segunda guerra mundial, también llamada la Gran Guerra Patriótica). En este film no había ni tanques ni batallas navales. En su lugar aparecían personajes, unos agradables, otros no tanto, vestidos en su mayoría con el uniforme negro de las SS. También había un agente secreto. El más sabio y justo de todos. Y al mismo tiempo, un tipo de lo más normal, cercano a los corazones de los soviéticos. La serie se titulaba *Diecisiete instantes de una primavera* y el nombre del agente era Stirlitz. […] Casi cincuenta años después, Stirlitz todavía es amado y apreciado en la Rusia moderna. Se publican nuevos libros sobre este personaje y se ruedan documentales sobre él. Es el protagonista de innumerables chistes,

> caricaturas y otras formas de cultura popular. Se cuenta también la leyenda de que Vladímir Putin, cuando era un adolescente de Leningrado (hoy San Petersburgo), justo después de ver la serie de televisión juró dedicar su vida al servicio de inteligencia y servir a la patria «al igual que lo hizo Stirlitz». […] También se dice que después de ver el serial televisivo, Leonid Brézhnev, por aquel entonces presidente del Soviet Supremo de la URSS, ordenó de inmediato a sus asistentes que encontraran al tal Stirlitz y le recompensaran generosamente. Cuando le explicaron que Stirlitz era un personaje de ficción, el presidente se lamentó sinceramente: «Es una pena».

Pero ni Putin ni Brézhnev alcanzan la astucia y elegancia de un personaje que sobresale por su capacidad de seducción en la oratoria, su manejo de los tiempos y por la perplejidad que genera en sus interlocutores. De alguna manera Isáiev/Stirlitz representaba el alter ego de un Yulián Semiónov que a partir del personaje levantó la bandera de un escepticismo irónico que encandiló a la sociedad soviética, atrapada en el corsé cultural del socialismo forzoso.

Apasionado de la historia de su país y del periodo revolucionario, *No se necesita contraseña* se ambienta en un hecho histórico poco conocido: la creación de la República del Lejano Oriente en 1920. Un Estado democrático y pluripartidista, constituido en Siberia Oriental a raíz de la triunfante Revolución de Octubre, que existió tan solo hasta 1922. La República del Lejano Oriente, o RLO, se constituyó a modo de *Estado tapón* para evitar un enfrentamiento bélico entre la Rusia soviética y Japón, que desde 1918 había ocupado militarmente parte del litoral del Pacífico y el puerto de Vladivostok aprovechando la guerra civil rusa. El nuevo Estado fue proclamado el 6 de abril de 1920 y su primera capital fue Verjneúdinsk. En mayo de ese año, el Gobierno soviético reconoció oficialmente a la RLO y comenzó a brindarle ayuda financiera, diplomática y militar. Con el apoyo de la República Socialista Federativa Soviética Rusa (RSFSR, precedente de la Unión Soviética) se creó también el Ejército Popular Revolucionario de la nueva nación. Su creación obedecía a la necesidad de luchar contra la Guardia Blanca, es decir, las fuerzas

militares de los rusos zaristas —las llamadas bandas de Grigori Semiónov y de Ungern von Sternberg—, los socialrevolucionarios o *eseristas* —fracción izquierdista opuesta a los bolcheviques tras la Revolución de Octubre—, los mencheviques —fracción moderada del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia— o el enfrentamiento contra los intervencionistas extranjeros —japoneses y franceses principalmente.

Tras acabar con los últimos reductos del Ejército Blanco en Crimea, en septiembre de 1920 el Gobierno bolchevique se centró en lo que acontecía en el Lejano Oriente. Fruto de este cambio de estrategia, el 22 de octubre de 1920, después de encarnizados combates, el Ejército Popular Revolucionario, con el apoyo de las guerrillas populares, liberó la ciudad de Chitá que, a partir de entonces, se convirtió en la nueva capital de la RLO, al tiempo que los japoneses se veían obligados a evacuar sus tropas y su personal de la ciudad de Jabárovsk. Pero la situación era tremendamente volátil: el 6 de mayo de 1921 los guardias blancos, con el apoyo del Gobierno nipón, consumaron un golpe de Estado en Vladivostok y posteriormente se apoderaron de Jabárovsk. La contraofensiva del Ejército Popular Revolucionario comenzó en febrero de 1922, bajo la dirección de Vasili Konstantínovich Bliújer, renombrado jefe militar soviético —y uno de los protagonistas de esta novela— que sería años más tarde purgado por Stalin. Pocos días después, el enemigo fue aniquilado cerca de Volochayevka y liberada la ciudad de Jabávorsk. El 25 de octubre, el EPR entró en Vladivostok, último reducto de los sediciosos. Tras estos reveses, los intervencionistas japoneses tuvieron que abandonar también Primorie, territorio de la costa del Pacífico fronterizo con la actual Corea del Norte. El 14 de noviembre de 1922, la Asamblea Nacional de la República del Lejano Oriente proclamó en su territorio el poder soviético y se dirigió al Comité Ejecutivo Central de toda Rusia para solicitar la incorporación de la República del Lejano Oriente a la RSFSR. El 15 de noviembre de 1922, el mencionado órgano aprobó un decreto en virtud del cual todo el territorio de la RLO pasaba a formar parte de la RSFSR.

En esa lucha de poderes e intereses múltiples organizados para la destrucción del joven Estado soviético, Isáiev juega un papel importante como agente. *No se necesita contraseña* rinde homenaje a la memoria de miles de combatientes anónimos cuyo sacrificio y lucha hicieron posibles la derrota de los intervencionistas extranjeros en suelo ruso. Y lo hace cuidando minuciosamente la atmósfera del tiempo que quiere narrar, como en todas las novelas de Semiónov: presentándonos personajes complejos, con aristas, dudas y debilidades; capaces de hablar de la obra del poeta y dramaturgo revolucionario Mayakovski y de filosofía, al tiempo que critican a los dirigentes del nuevo Estado soviético o se lamentan del destino trágico de la Madre Patria. *No se necesita contraseña* fue la primera novela que Yulián Semiónov escribió con Isáiev como protagonista en 1966. Pero el éxito conseguido por la serie de televisión basada en *Diecisiete instantes de una primavera*, publicado en 1969 y proyectada en la televisión en 1973, llevó al pionero de la novela negra soviética a introducir una precuela que vinculara a su héroe con el momento primigenio del Estado soviético. De ahí que en 1971 escribiera *Diamantes para la dictadura del proletariado*, ambientada en la Rusia inmediatamente posterior al triunfo de la Revolución de Octubre y en la lucha de los rusos blancos contra los bolcheviques. En total el agente secreto Isáiev/Stirlitz aparece en doce obras, escritas a lo largo de casi 25 años.

Yulián Semiónov fue un autor prolijo que tuvo un vínculo especial con España, país que visitó con frecuencia y en el que tuvo grandes admiradores y amigos. Le gustaba contar que Cervantes era presidente de honor de la Unión de Escritores Soviéticos y que en la URSS se habían vendido más de cinco millones de ejemplares de *El Quijote*. Semiónov fue uno de los asistentes a la I Semana Negra de Xixón en 1988, surgida a iniciativa de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, donde impartió la conferencia «El género policiaco en la Europa del Este y la perestroika» y en esa primera edición recibió el premio al «Gran Maestro» por el trabajo de toda una vida. En el obituario tras su muerte, en septiembre de 1993,

publicado en *The New York Times,* se decía de Yulián Semiónov: «Prolífico autor ruso de novelas de espionaje y *thrillers* cuya ficción criminal retrataba a menudo el lado oscuro de la vida rusa, murió en el Hospital del Kremlin de Moscú el 14 de septiembre. Tenía 61 años. La causa fue un ataque al corazón, aunque llevaba varios años incapacitado como consecuencia de un derrame cerebral», y añadía para finalizar: «El señor Semiónov, expresidente de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, hablaba chino, japonés, vietnamita, inglés, español, alemán y francés. Fue profesor de idiomas». En otras referencias se apunta que Semiónov también hablaba pastún y dari, principales lenguas de Afganistán.

La pasión vital del propio autor y sus circunstancias personales, empezando por la traumática detención de su padre, parecían sacadas de una de sus novelas. De hecho, con catorce años él estaba con las tropas del Ejército Rojo a su entrada en Berlín, acompañando a su padre periodista. Semiónov recibió numerosos reconocimientos en su país: la Medalla al Trabajo, la Orden de la Amistad de los Pueblos, la Orden de la Revolución de Octubre o el Premio Estatal Hermanos Vasíliev. La revista *Time* definió a Stirlitz como «el James Bond soviético», pero poco tienen en común el arrogante y machista servidor de Su Majestad —que deshace entuertos echando mano de sofisticados artilugios de última tecnología—, con el sobrio y abnegado Vsévolod Vladímirov, quien con el transcurrir de la saga tendrá una tremenda nostalgia de su hogar, sufrirá insomnio y se sentirá deprimido tras años sin ver a su querida y amada esposa Sashenka, a quien conoceremos en esta novela. Aun así, continuará aceptando la siguiente misión que le sea encomendada. Todo por el triunfo de la Gran Madre Patria, a la que tanto Isáiev, como Stirlitz, como Semiónov sirvieron con auténtica lealtad. Quizás pensando que el comunismo basado en la justicia social e igualdad era posible gracias a su esfuerzo y sacrificio.

JACOBO RIVERO

Madrid, febrero del 2022


R.S.F.S.R.
MAR DE OJOTSK
LAGO BAIKAL
BAIKAL
Barguzin
Irkutsk
Verjneúdinsk
SELENGA
Novo-Seleginsk
UDE
CHITA
NERCHINSK
Chita
Nerchinsk
Nerchinskiy Zavod
Akshа
MONGOLIA
L. HULUN
MANCHURIA
Harbin
TRANSAMUR
Blagoveshchensk
UDA
Nikolayevsk
SAJALÍN
Ojá
Alexandrovsk
Rymnikovo
PRIAMUR
Jabárovsk
Komsomolsk
IMAN
PRIMORSK
Iman
L. KHANKA
KHANKA
N. Ussuriusk
VLADIVOSTOK
Vakhodka
MAR DEL JAPÓN
JAPÓN
REPÚBLICA DEL LEJANO ORIENTE
Frontera internacional
Frontera regional
VLADIVOSTOK
Capital nacional
Chita
Capital regional
Petrovsk
Otras ciudades
Escala 1: 10,000,000
0 100 200 300 400 500 600 700 800

MAYO, 1921

El sexto año de revolución llegó a Rusia junto con el hambre. Perecían distritos enteros. En las frías estaciones de trenes, sobre los andenes de cemento, yacían niños silenciosos, con rostros amarillos de ancianos. Los cuervos volaban en bandadas sobre las aldeas abandonadas y los campos vacíos.

Miteñka, el tonto —un adolescente de ojos azules, enfundado en un cilicio gris—, de rodillas ante el atrio de la iglesia de Novodévichi, se arañaba las mejillas y reía mientras gritaba:

—¡La peste! ¡La peste! ¡La peste!

Su voz era fina, aún infantil, y lejos, a su alrededor, tintineaba y resonaba el aire frío.

Las beatas preguntaban, haciendo acopio de paciencia:

—¿La peste para quién, Miteñka? ¡¿Para quién Dios santo?!

—Para los deditos, las manitas, las piernitas y los ojitos —respondía el tonto.

—¿Los deditos de quién, eh?

—¡De los pequeños! —gritaba Miteñka—. ¡De los peequee-ñii-tooos!

—¿Y qué ocurrirá? —susurraban las ancianas—. ¿Qué vendrá después de todo esto?

—La anunciación —respondía Miteñka asustado y miraba con lástima a las ancianas, mientras roía sus uñas con rapidez, igual que una ardilla—. ¡Vendrá la anunciación!

El Consejo Supremo de la Entente encomendó al señor Noulance, exembajador de Francia en San Petersburgo, estudiar la situación en Rusia y hacer sus propuestas. Fue creada la Comisión de Bruselas. El

trabajo se extendió durante muchas semanas. La región del Volga perecía.

Noulance convocaba entrevistas y organizaba recepciones en las que se servía caldo de pescado *à la russe*. Después de varios meses, Noulance dijo:

—En principio, es posible ayudar a la Rusia hambrienta si el señor Lenin reconoce todas las deudas del gobierno legítimo del emperador Nikolái Románov y nuestros representantes pueden visitar el país, a fin de efectuar una inspección personal.

Cuando los corresponsales londinenses preguntaron a Chicherin, comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, cómo evaluaba tales propuestas, Gueorgui Vasílevich respondió:

—¿Qué pensarían ustedes de un médico que en la cabecera de un enfermo grave le exigiera el pago por visitas anteriores? Si ustedes profesan el humanismo, están obligados a calificar esa conducta como una vileza propia de un desollador.

El jovencito del departamento de protocolo, al escuchar la palabra «desollador», se turbó y comenzó a hacer gestos.

—Desollador —repitió duramente Chicherin—, quise decir eso precisamente.

Un reportero de *News Chronicle* inquirió:

—¿Considera aceptable el señor ministro utilizar semejantes palabras en el léxico diplomático?

—Profeso la diplomacia de la verdad —respondió Chicherin.

—¡Pero si usted rechaza las propuestas de Noulance, Rusia perecerá!

Chicherin sorbió un trago de té, negro e intenso, sonrió burlón y preguntó:

—¿Usted cree?

Nota del Gobierno de la República Socialista Federativa Rusa a los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Italia y Bélgica.

Con enorme asombro el Gobierno soviético ruso ha tomado conocimiento del contenido de la nota del señor Noulance, recibida el 4 de septiembre, muestra inequívoca de que la comisión dirigida por esa persona adopta medidas que, en lugar de ayudar de manera efectiva a los hambrientos, obligan a poner en duda el deseo mismo de prestar asistencia a los campesinos de Rusia, ahora en desgracia. Ya el solo nombre de Noulance, en su calidad de representante de Francia en la comisión internacional de ayuda a los hambrientos, y, posteriormente, como presidente de esta comisión, despertó en toda Rusia un estallido de indignación. Los trabajadores de Rusia no han olvidado el nombre de quien fue uno de sus enemigos más feroces y determinados durante el combate a muerte que ellos libraron contra la intervención extranjera y la contrarrevolución. Ellos no han olvidado que, desde los primeros días de la existencia del Gobierno Obrero-Campesino en Rusia, el señor Noulance se distinguió entre los diplomáticos extranjeros por sus mayores esfuerzos a fin de impedir el acuerdo y la comprensión mutua entre el Gobierno Soviético y los gobiernos de la Entente.

Fue precisamente una entrevista al señor Noulance, publicada en los periódicos rusos, en la primavera del año siguiente, la que planteó por vez primera —clara y definitivamente— la exigencia de una intervención armada de las potencias de la Entente en Rusia, y cortó todo posible camino a un entendimiento entre ellas y el Gobierno soviético. En aquel momento, este último se dirigió al Gobierno francés con la declaración de que no era posible dejar en Rusia ni por un minuto más, en calidad de representante de Francia, a una persona que incitaba a la guerra entre Francia y Rusia. En su constante deseo de mantener relaciones pacíficas con todos los pueblos, el Gobierno soviético no recurrió a la expulsión violenta del señor Noulance de Rusia, pero declaró que desde ese instante le consideraba persona non grata. El señor Noulance, que a pesar de esa declaración permaneció en Rusia, consagró todos sus esfuerzos a la preparación de una conjura contra la seguridad de la República, contra la vida de sus dirigentes, a la organización de insurrecciones,

al reclutamiento de participantes en aventuras de todo tipo encaminadas contra la República, a los intentos de voladuras de puentes, a provocar catástrofes ferroviarias, etcétera. Sobre el señor Noulance recae la responsabilidad principal por la insurrección de los checoslovacos,[1] engañados por los enemigos del pueblo ruso e incorporados por ellos a la lucha contra el poder soviético. El señor Noulance fue uno de los más activos dirigentes del sistema de bloqueo que condujo a todo el pueblo ruso al estado de empobrecimiento y miseria, y que, en considerable medida, ha dado lugar a la actual e inaudita hambruna. Entre todos los participantes en actos hostiles, militares y económicos en contra de la Rusia Obrera y Campesina, el señor Noulance es más culpable que cualquier otra persona de las terribles desgracias padecidas por el pueblo ruso y por los actuales sufrimientos de los campesinos residentes en las gobernaciones afectadas. La designación para la presidencia de una comisión internacional de ayuda a los hambrientos de este cabecilla de todas las actividades encaminadas contra la Rusia soviética causó enorme asombro e indignación entre las amplias masas del pueblo ruso. El nombre del señor Noulance es ya todo un programa de acción.

La comisión, encabezada por el representante de Francia, el conocido iniciador de la intervención Noulance, sustituye la ayuda a los hambrientos por una inspección, en los precisos instantes en que el Gobierno francés envía pertrechos militares en gigantescas partidas a Polonia y Rumanía, donde las bandas de guardias blancos, encabezadas por Sávinkov y Petliura, despliegan en los últimos tiempos renovada actividad cerca de las fronteras soviéticas. Esto ocurre en los momentos en que los Gobiernos polaco y rumano, vinculados por estrechos lazos a Francia, prestan todo tipo de asistencia a las bandas de guardias blancos; cuando el Gobierno polaco, al cual el 4 de julio el Gobierno ruso hizo un detallado señalamiento sobre esta actividad de las bandas apoyadas por aquel, sigue no solo sin mostrar el menor deseo de limitar, aunque sea en grado mínimo, la actividad de estas bandas, sino que incluso

les ofrece la posibilidad de ampliar sus acciones a mayor escala que antes. Los guardias blancos que se concentran en Polonia y Rumanía junto a las fronteras soviéticas emprenden constantes incursiones al territorio de las repúblicas soviéticas e interfieren por todos los medios en la recolección de la cosecha de trigo en las zonas más fértiles de estas repúblicas, contribuyendo, de esa manera, a la agudización de la hambruna. Entre los miembros de la comisión internacional vemos también a un representante de Japón, nación que hasta el momento no ha renunciado a una intervención militar abierta dentro de las fronteras de una república amiga de nosotros, y que apoya con sus tropas a grupos contrarrevolucionarios que, con la ayuda de ese país, han asaltado el poder en la región de la República del Lejano Oriente, ocupada por Japón.

La comisión del señor Noulance ha sustituido la ayuda a los hambrientos por la recopilación de datos sobre la situación interna de la Rusia Soviética. Ha planteado un amplio programa de inspecciones, cuyo cumplimiento requiere un tiempo prolongado y que se reduce a la estimación de los recursos y medios de la Rusia soviética en el campo de la agricultura, el transporte, la ganadería, etcétera. Lo que debe llevarse a cabo bajo la dirección de las personas que ya se han dedicado a estas pesquisas con los descarados fines de organizar motines y facilitar el avance de ejércitos foráneos en el territorio de la República soviética. El hambre y los sufrimientos de los trabajadores de Rusia han servido de pretexto a esta comisión para intentar conocer las fuerzas y los medios con los que cuenta el Gobierno soviético. Burlándose de los millones de campesinos de las gobernaciones orientales de Rusia que perecen de hambre y demostrando ante todo el mundo su profunda ignorancia, la comisión del señor Noulance quiere dedicarse al estudio de las condiciones y posibilidades de siembra en una época en que el período de diseminación de las semillas ha llegado a su fin y cuando las propias masas trabajadoras de Rusia, bajo la dirección del Gobierno soviético y al precio de esfuerzos sobrehumanos, han logrado éxitos considerables en el campo del

suministro de semillas a enormes áreas carentes de trigo, donde no hubo cosecha. Mientras que decenas de millones carecen ya de alimentos y mueren masivamente de hambre, la comisión del señor Noulance propone, en lugar de pan, la recopilación de datos sobre la situación en Rusia.

La falta de intenciones serias de actuación de la comisión del señor Noulance se hace aún más evidente al compararla con los enormes resultados alcanzados ya por las masas trabajadoras de todos los países, que han organizado la recolección de fondos monetarios de sus míseros salarios, que han organizado asambleas, mítines, etcétera. Las masas trabajadoras no esperan a que terminen las pesquisas, sino que prestan su ayuda de inmediato, en la medida de sus fuerzas. El Gobierno soviético espera que la causa de la ayuda a los hambrientos de Rusia no sea encargada a sus enemigos más feroces, del tipo del señor Noulance; espera que las organizaciones enfrascadas en la ayuda actúen con la misma diligencia que el comisario supremo Nansen; espera que la propia causa de la ayuda se efectúe de inmediato y no con aplazamientos que anulan el sentido de esa ayuda, y que la misma no se convierta en una cortina tras la cual se prepare una agresión contra los trabajadores de Rusia. Todo intento práctico y activo de socorrer a los hambrientos de Rusia recibirá el total apoyo del Gobierno Obrero-Campesino Ruso. En las proposiciones de la comisión de Noulance, el Gobierno soviético no ve sino una burla inaudita dirigida contra millones de hambrientos moribundos.

CHICHERIN
Comisario del pueblo para Asuntos Exteriores

El ayudante del ministro de Defensa de Gran Bretaña estudiaba muy cuidadosamente todo lo que se relacionaba con Rusia.

—Sufren un desastre total. Han perdido en el carbón, el trigo, el petróleo y el acero. Estos datos muestran que el Kremlin lo está pasando ahora peor que nunca —decía a los funcionarios del

departamento de inteligencia estratégica—. La situación actual en Rusia, según valoro, es nuestra última oportunidad. Por eso digo: ¡es la hora!

Ese mismo día, representantes del Ministerio de Defensa partieron hacia Polonia —donde Petliura—, a Rusia —donde Bujalov —, a Checoslovaquia —donde Sávinkov—, a Helsinki —donde Mannerheim— y a Revel —donde Chernov—, a fin de preparar en el plazo más corto posible un frente único de intervención contra Moscú. Un representante con poderes especiales partió hacia París para sostener conversaciones secretas con los jefes del Estado Mayor general francés.

Ese mismo día, a las cinco horas del meridiano de Greenwich, el primer ministro Lloyd George fue informado de las acciones emprendidas.

Una hora después de la visita de los jefes de la institución militar, el primer ministro recibió a Leonid Krasin, representante personal de Lenin. El primer ministro declaró que la ayuda a la Rusia hambrienta comenzaría inmediatamente después de que los bolcheviques entregaran a las firmas británicas una parte de las vías férreas principales del sur y el centro de la RSFSR. Solo esto, aseguraba Lloyd George, podía servir de garantía suficiente y poner en movimiento a los empresarios británicos que, en principio, habían acordado financiar la ayuda a Moscú.

El representante de Lenin rechazó en forma categórica esas proposiciones del primer ministro de Gran Bretaña.

Después de despedir a Krasin, el primer ministro solicitó citar al embajador de Japón para una entrevista.

En el Estado Mayor japonés se trabajaba jornadas enteras sin descanso. Los mejores especialistas en asuntos de Rusia estudiaban las tablas estadísticas y calculaban el potencial triguero de los soviets.

¡Oh, qué grandiosamente había sido planificada en Tokio la operación Vladivostok! Era la revancha por la jugada de Lenin, quien

había sido capaz de crear en abril de 1920, en el enorme territorio extendido entre el lago Baikal y Vladivostok, un estado soberano: la República del Lejano Oriente, RLO en abreviatura, el «parachoques rojo». Con este acto, Lenin paralizó las acciones de los chinos y japoneses en Siberia, ya que la RLO, constituida sobre la base de inmutabilidad de la propiedad privada y un amplio pluripartidismo, estableció al momento relaciones con los Estados Unidos de Norteamérica. Y estos observaron atentamente todo acto de los japoneses en Rusia, ya que cualquier éxito obtenido por ellos se valoraba en Washington como una operación realizada por un oponente potencial. Washington aspiraba a una periferia débil en el Lejano Oriente, sin japoneses. Al preparar la conspiración en Vladivostok, Tokio tuvo en cuenta la posición de Washington. Se inició un complejísimo juego diplomático. Era necesario encontrar y llevar al poder en la RLO a rusos que, primero, se establecieran como una fuerza anti-bolchevique —lo que sería saludado por los norteamericanos—, y después, una fuerza auténticamente rusa y blanca debía dirigirse en busca de ayuda a Japón, en ningún caso a los Estados Unidos. Pero, esa sería ya la segunda parte de la operación. Por ahora, lo importante era ganar la primera etapa. Durante unos años, en Tokio se hicieron preparativos minuciosos. En Vladivostok se creó una organización clandestina contrarrevolucionaria dirigida por los hermanos Merkúlov. El mayor, Spiridon Dionísievich, era comerciante y figura conocida en el Lejano Oriente. El más joven, Nikolái Dionísievich, era capitán y conducía, desde hacía dos décadas, sus buques por el río Amur. Los hermanos eran ricos o inteligentes. Los primeros cálculos se apoyaban en ellos. Pedirían ayuda a los japoneses, a nadie más. ¿Y cómo negar la ayuda al nuevo poder ruso soberano que la solicitaba? ¡No era posible negarse! Por lo tanto, ante los rojos, Tokio mantenía su reputación: todo se haría en correspondencia con la ley. Y Washington tampoco podría quejarse: ¿era posible no prestar ayuda a un régimen antibolchevique? Y en esta acción, Londres y París serían los primeros aliados.

El segundo cálculo tomaba en cuenta al atamán Grigori Mijáilovich Semiónov, quien se encontraba en el Estado Mayor japonés. Pero él era algo así como un hombre de reserva, preparado para el caso de que fracasaran los Merkúlov.

Los japoneses reforzaron el poder de los Merkúlov con un experimentado agente de contrainteligencia, el coronel Guiatsintov, quien vivía ilegalmente en Vladivostok, reunía expedientes de comunistas, preparaba depósitos de armas y mantenía contactos directos con la misión japonesa. Nikolái Merkúlov viajó dos veces a Harbin y estableció allí sus vínculos con los círculos más influyentes de la emigración, con los intelectuales liberales y con el rey de la prensa, Nikolái lvánovich Vaniushin. Eso era indispensable para asegurar inmediatamente después del golpe de Estado el apoyo de la prensa de la emigración. Por supuesto, Merkúlov se callaba el hecho de que Japón lo apoyaba. Se hablaba solo de crear en el territorio de la RLO un Estado ruso blanco legítimo. Después de la derrota de Kolchak no existía en el territorio de Rusia gobierno alguno que se opusiera a Lenin, aunque se tratara de uno puramente formal. Pero si aparecía, la Entente tendría las manos sueltas. No solo podría ayudar a los grupos que se encontraban dislocados a lo largo de las fronteras de la RSFSR, sino que tendría que cumplir su «deber de aliado», o sea, ayudar al gobierno ruso «blanco legítimo», que se encontraría en el territorio de Rusia y, por lo tanto, representaría al pueblo ruso.

Por eso los embajadores extraordinarios de Japón en París, Londres y Washington informaron a los jefes de gobierno de la Entente acerca de la situación en el Lejano Oriente ruso. Y como Lenin había rechazado el pago de las deudas del régimen zarista y no había entregado las vías férreas de Rusia al control extranjero —en una palabra, no había accedido ni siquiera a una concesión parcial—, la operación de los japoneses fue considerada oportuna. A fin de apoyar esta operación en el Lejano Oriente, los jefes de Estado europeos encargaron a sus ministros de Guerra que estudiaran la posibilidad de una acción coordinada para distraer la

atención de Moscú del golpe que se preparaba en Vladivostok. Y al transcurrir cierto tiempo, casi en el mismo día, las fronteras europeas de la RSFSR fueron cruzadas por las tropas de Petliura, Tiutiunnyk, Bulajovich y Sávinkov; entraron en acción las bandas en la región de Tambov.

Algo después partió el barón Ungern von Sternberg. Sus tropas se movieron a través de Mongolia rumbo a las fronteras de Rusia. Las tropas del Quinto Ejército de Uborévich, que defendían en el Baikal las fronteras de la RLO, volvieron sus cañones hacia el otro lado, al encuentro de Ungern. Y esto era lo que esperaban en Tokio.

En la madrugada del 26 de mayo de 1921 se consumó el golpe de Estado en Vladivostok. Las organizaciones comunistas pasaron parcialmente a la clandestinidad, mientras que otros grupos se retiraron a las colinas. El primer ministro del nuevo «gobierno ruso», Spiridon Merkúlov, estuvo tres horas de rodillas en la iglesia; al tiempo, salió de allí totalmente iluminado y acto seguido, emprendió la formación de su gabinete. Su hermano recibió la cartera de ministro de Asuntos Extranjeros y ese mismo día concertó una entrevista con dos cónsules, los de Japón y Francia.

Poincaré, ahora primer ministro de la República francesa, había decaído mucho durante el último año, pero sus ojos —pequeños, de mirada penetrante, que todo lo veían— seguían contemplando el mundo con inteligencia y alegría.

—Para que todos los hombres de la tierra sean felices —decía al único invitado al desayuno, un general ruso correligionario del barón Wrangel—, cada persona está obligada a ser aunque sea un poco viticultor. Labrar la tierra es diferente, es una necesidad, pero la viticultura es un arte, ¿no lo cree así?

El general lo escuchaba en silencio, miraba pesadamente sus pies y sentía un cansancio enorme, inhumano.

«¿Qué sabe él? —pensaba el ruso—. ¿Qué han visto todos ellos? ¿Verdún? ¡Ay, Dios mío, Verdún! Si pudiera mostrarles Rusia por un

solo día… ¡Viticultor del demonio! Si hubiera un vasito de vodka. Solo han puesto vino, Oh, vodka con cebolla…».

—¿Comprende, mi general? —seguía diciendo Poincaré—. Ahora se asfixiarán, ya que han perdido la elegancia que debe acompañar siempre la cultura del trabajo agrícola. De esa forma se han matado a sí mismos. Lenin es un político fuerte, pero razona en categorías muy rectas, mientras que la elegancia, que es el meollo del progreso, no resiste la rectitud. Lenin está al borde del desastre. Simplemente hay que ayudarlo.

El general miró de reojo a Poincaré y sonrió burlón.

«Te haría sentar sobre un erizo con las nalgas desnudas, vieja puta» —pensó el general. Pero en voz alta dijo:

—Su excelencia, me asombra su capacidad de analizar la esencia misma de los acontecimientos… Pero no me imagino con toda claridad cómo se puede «ayudar» a Lenin.

Poincaré sacó del bolsillo un antiguo reloj, parecido a una cebolla, golpeó la esfera con el dedo y, contrayendo el rostro pronunció:

—Hoy por la mañana ha ascendido al poder en Vladivostok un gobierno legal, encabezado por el señor Merkúlov, un auténtico patriota ruso.

El general hurgó con ansiedad en la memoria, pero el apellido Merkúlov no le decía nada.

—Soy feliz —dijo—. En verdad, el señor Merkúlov es un gran ciudadano de la nación.

Poincaré sonrió levemente:

—Ahora todo es cuestión de trasladar hacia allá las tropas de barón Wrangel en nuestros navíos.

Por un instante, el general recordó a los oficiales borrachos en las tabernas de Atenas y Constantinopla, a los soldados que todavía vivían en los buques robados de Crimea y por las noches cantaban sus tonadas de mujiks. Recordó a los marineros que mentaban la madre a todo el mundo y anhelaban retornar a la patria; se imaginó

todo eso en un instante, a toda aquella gente agotada y descreída que había dejado de construir un ejército y replicó:

—Nuestra gente está lista para combatir por la Asamblea Constituyente. Para la organización se requiere una sola cosa…

—Comprendo… ¿Armamento?

—No, dinero.

Por una fracción de segundo el general temió ruborizarse, ya que Poincaré clavó en él sus ojillos perforantes como si se le metiera en el alma. Después empujó un plato hacia el general y dijo:

—Pruebe los quesos. Son maravillosos.

[1] Insurrección contrarrevolucionaria de las tropas pertenecientes al Cuerpo de Ejército Checoslovaco, que se encontraba en Siberia, camino al puerto de Vladivostok, desde donde partiría por vía marítima, a través de América, rumbo a su patria. Esta insurrección fue propiciada por los gobiernos de la Entente, cuyas tropas intervenían en el territorio de la Rusia Soviética. Tuvo lugar en mayo de 1918. A raíz de la derrota de las tropas blancas de Kolchak, el 7 de febrero de 1920 se firmó un acuerdo entre el Cuerpo de Ejército Checoslovaco y el Ejército Rojo, que garantizó el armisticio y la evacuación de aquel. [Todas las notas son de la traductora].

LUBIANKA, 2

Dzerzhinski[2] caminó hasta la ventana. Sobre la ciudad nacía una aurora húmeda. Seguía cayendo un furioso aguacero primaveral. Lejos, en alguna parte, repicaban campanas.

—Llaman a misa —dijo quedamente Vladímirov.

—Escuche, Vsévolod —preguntó Dzerzhinski—, ¿maldice usted con frecuencia todo y a todos, por no tener nombre ni familia, ni hogar?

—A menudo.

—Le prometí un descanso después de Revel.

—¿No lo tendré?

Dzerzhinski sacudió la cabeza.

—Comprendo. ¿Adónde?

—Con los Merkúlov. A Vladivostok.

Dzerzhinski encendió la lamparilla sobre la mesa. La habitación se tiñó de azul. El agujero negro de la ventana parecía troquelado en el cielo gris. Sobre la Lubianka volaban palomas blancas. En la Plaza Roja, el carillón marcaba las horas con un suave toque de campanas. Dzerzhinski colocó una mano sobre el hombro de Vladímirov, le miró largamente a los ojos y después, con profunda tristeza, muy bajito, dijo:

—Cuando regrese, Vsévolod, debe tener dos hijos varones. O mejor todavía, dos varones y una hembra. Los hijos guardan la memoria de los padres. Rechazo los obeliscos; la antigua Roma demostró su relatividad. Además, a los hombres de su profesión nunca se les erigen obeliscos. Usted pertenece a esa categoría de personas que están llamadas a ser mariscales sin nombre, de usted no sabrán nada los soldados vencedores. El heroísmo silencioso. Viril. Y el más difícil. Es así. Bien, vamos a tomar el té.

Dzerzhinski untó de mantequilla una rebanada de pan, la espolvoreó con azúcar y, después de colocarla sobre un platito, la cortó en varios trozos.

—Sírvase —dijo—, la infusión es excelente.

Después de beber la taza de té, Dzerzhinski comenzó a caminar por la oficina. Hablaba rápidamente, pero cada idea estaba formulada con nitidez y era en extremo clara.

—En el transcurso de los próximos meses Vladivostok será como un papel de tornasol por el cual podremos juzgar la «oscilación de los precios» en la bolsa internacional del antisovietismo. Por tanto, ante todo, nos interesará la situación política en Vladivostok, la capital del «parachoques negro». No lo obligo a convertirse en una Casandra de aguzada vista, pero aquí vamos a esperar con impaciencia sus pronósticos para el futuro; deben fundamentarse en la visión que obtenga allí de la situación, una visión implacablemente honesta, aunque no nos guste. Eso es lo fundamental. Además, tendrá que detectar algún punto vulnerable en las contradicciones norteamericano-japonesas, por una parte, y, por otra, debe encontrar esas contradicciones entre los Merkúlov y el atamán Semiónov. Según los datos que tenemos, este comenzará de inmediato la lucha por el poder contra los Merkúlov. Debemos tratar de echar un poco de leña a ese fuego para avivar sus llamas. Pero si ello implicara algún riesgo, déjelo y no se mezcle. Para nosotros lo más importante es obtener de usted una información precisa, desde el cerebro mismo del movimiento blanco en el Lejano Oriente. Hablemos ahora de los contactos: el primero que lo introducirá en la situación concreta del motín y del Lejano Oriente será Póstishev. Es el único a quien visitará usted en Jabárovsk. Pero mañana, en la oficina de Sklansky, en el Consejo Militar Revolucionario, le presentarán a Bliújer. Ha sido designado ministro de la Guerra de la República del Lejano Oriente. Este será el segundo canal a través del cual usted y nosotros mantendremos el contacto. Y ahora, algunos detalles fundamentales…

Poltávskaya, 3. Contrainteligencia

Guiatsintov se hallaba sentado en el alféizar de la ventana. Los ojos entrecerrados y la barbilla descansando sobre el pecho; recitaba a Blok melódicamente: «Sobre la hazaña, la gloria, la valentía…». En el diván estaba reclinado a medias el príncipe Mordvinov. Semejaba un tártaro: el rostro plano, sereno; la piel del mentón y del labio superior parecía de una muchacha, era casi lampiño. La guerrera del príncipe colgaba de una butaca y, en ese momento, mientras reposaba sobre el diván antiguo de cuero, con sus pantalones de montar y una fina camisa de seda, parecía un húsar del siglo diecinueve. Yacía como en un cuadro: una pierna sobre la otra, las punteras estiradas como una bailarina y las cañas de las botas relucientes con brillo de antracita.

—Yurochka —dijo Guiatsintov, deteniéndose a mitad de un verso —, de verdad, olvide todo esto. Aprenda a pensar con serenidad. Allí será capturado ineludiblemente y dentro de un mes lo fusilarán en un sótano de la Checa.

—Es posible. Pero si nos quedamos aquí como unos topos, seguro que nos fusilarán en un sótano de por aquí, dentro de uno o dos años. Para conservar la vida hay que pelear.

—¿Acaso no se da cuenta de que hemos perdido? Estamos galvanizando un cadáver, jugamos a la democracia. En Rusia, la verdadera democracia puede ser conquistada y mantenida únicamente con las bayonetas y las balas. De otro modo, nuestro pueblo se comerá y se beberá a la democracia. Y nosotros, recuerde usted, jugábamos a los liberales. Un jovencito socialista le lanzaba una bomba al gobernador y lo condenaban a diez años de destierro. Cinco meses después podía encontrarlo en Ginebra bebiendo vino. Enviciamos al pueblo con el liberalismo. En nuestro Estado tártaro-prusiano no es aplicable. Consideramos que no era correcto mantener la democracia con las bayonetas: la Europa educada nos miraba. ¡Ay, ay, cómo jodimos a Rusia, eh! Yurochka, mi brillante

Yurochka, dentro de un año, usted y yo estaremos barriendo las calles de Shangái, a no ser que un milagro…

—Cállese, Kiril, no sea cínico.

—Da risa. En Rusia, desde tiempos remotos, siempre se ha considerado que mirar a la verdad a los ojos es cinismo. Pues bien… He probado todas las vías, príncipe, pero pasemos a nuestros juegos. Yo le daría los nombres de Bliújer, militar de carrera, y del comisario Póstishev, que goza de enorme popularidad, pero le hablaré solo de Bliújer, ya que mañana por la noche Pável Póstishev debe irse al cielo. Si usted repite eso con Bliújer, será magnífico. Pero si —que Dios no lo quiera— lo capturan, entonces tendrá que hacer otra cosita. Si usted es capturado después de matar a Bliújer, nada lo salvará, pero si lo atrapan casualmente, intente salvarse. Declare en la Checa que usted es un simple e inofensivo enlace, que ha venido del otro lado del cordón con el fin de establecer contacto con una organización clandestina de oficiales y generales dirigida por Grzhimalski.

—¡Para qué, Kiril! ¡Eso es una canallada!

—Si ha venido a nosotros, príncipe, tendrá que revisar en alguna medida sus conceptos anteriores de la maldad y el honor. Usted actuará como un patriota de Rusia, ya que los rojos están atrayendo a su lado a los militares de carrera. De esta forma se vuelven más fuertes en el aspecto militar, ¿me comprende? Es necesario dejar a los bolcheviques con sus burros de carga y meter en la cárcel a los profesionales hasta nuestra posible llegada. En las grandes causas hay que saber sacrificar las pequeñeces, ¿no es así?

—Dígame la verdad: ¿su escepticismo no será una jugada de alguien que no quiere asustar a los demás en la partida?

—Es peligroso sentarse a su lado, príncipe. Es usted clarividente.

Guiatsintov llamó al ayudante, el siempre resplandeciente y embaucador Pimezov, y le pidió:

—Voleñka, averigüe, por favor, si han llegado nuevas noticias de Jabárovsk.

—¿Sobre Póstishev?

—Sí.

—Ya intenté averiguar, Kiril Nikoláyevich. Nada por ahora.

—La falta de noticias es, en sí, una buena noticia —dijo Guiatsintov, pensativo—. El barón Ungern adora repetir esa frase y él es un fanático de la fe, por eso le tengo gran confianza. Le ruego, Volia, mantenerse todo el tiempo atento a las noticias.

—Oh, por supuesto, Kiril Nikoláyevich.

El ayudante salió silenciosamente del gabinete. Guiatsintov se detuvo frente a Mordvinov, lo miró largamente y luego, pensativo, dijo:

—¡Mande todo al infierno, príncipe! Quédese, ¿eh?

Jabárovsk, centro

Por la mañana, la ciudad fue envuelta en una niebla azul. Desde abajo, desde el Kanava, llegaba un humillo amargo: en los patios quemaban la basura. Del río se levantaba un vapor blanco y la ciudad se asemejaba a San Petersburgo: las casas, los anuncios, los árboles de la calle Muraviova-Amurskaya se volvieron indefinibles, como si se vieran a través de papel de arroz. Jabárovsk aún no se había despertado. Eran todavía escasos los cocheros que estremecían los adoquines, raros aún los golpes de tacones sobre la acera, seguidos por el silencio húmedo que cubría la ciudad.

Póstishev, enfundado en una chaqueta de cuero con el cuello alzado, caminaba por la calle.

Junto a la casa donde radicaba el sindicato de los empleados y oficinistas, se apretujaba una cola: damitas, enfundadas en abriguillos gastados y pieles de marta medio calvas; hombres entecos, bien afeitados, con guerreras de oficiales pero sin galones; dos milicianos y Lisov, el secretario del comité ejecutivo.

Póstishev se detuvo y preguntó en voz baja a una dama, cuyo sombrerito ostentaba un velo remendado:

—¿Para qué es la cola?

—Pronto entregarán paquetes norteamericanos de caridad.

Ni los milicianos, ni Lisov, habían visto a Póstishev, y si lo hubieran mirado, no lo habrían reconocido con prontitud: llevaba la gorra calada casi hasta los ojos y el cuello levantado; lo único que sobresalía del rostro del comisario del Frente Oriental era la nariz y los bigotillos rojizos, cortos y erizados.

—¿Han oído? —decían en la cola—. Se pueden hacer magníficas tortas con el polvo de huevos de Chicago.

—¿Qué dice usted? ¡Si ese polvo de huevos está hecho de petróleo, huele a química a una legua!

—Con petróleo curan ahora el cáncer.

—En Rusia ahora todos tienen cáncer en el alma, y contra eso el petróleo no puede hacer nada.

—¿Y qué propone usted?

—El látigo es un remedio maravilloso.

—Yo le daría a los bolcheviques polvo de huevo, de ese que hincha el vientre y hace descargar en el césped.

—Caballero, hay damas aquí.

—¿De qué damas me habla? Prostitutas.

—¡Son ancianas!

—¿Y usted no ha visto nunca putas viejas? ¡Un placer especial! Y la del velito es una especuladora. ¡Eh, miliciano! ¿No tienes tabaco negro?

El miliciano se volvió con la intención de responder y se encontró con los ojos grises y serenos de Póstishev. Durante un instante trató de recordar dónde había visto aquellos ojos; al darse cuenta, empujó suavemente con el codo a su compañero.

—Nos buscamos un lío. El comisario está aquí —susurró.

—¿Pueden apartarse un momento? —preguntó Póstishev al miliciano.

Sin aguardar respuesta, el comisario cruzó la calle y siguió caminando hasta que la cola desapareció tragada por la niebla. Se detuvo junto a una columna cubierta de afiches. Al instante buscó

sus emboquillados, encendió uno, tiró con rabia la cerilla, frunció al entrecejo y preguntó en voz baja:

—¿Y bien?

Los tres que se encontraban a su espalda guardaban silencio.

Póstishev se volvió violentamente, con todo el cuerpo.

—¿Pedimos limosnas, eh? —preguntó, airado—. ¿Imploramos un regalito?

Un miliciano —el de más edad— levantó la cabeza y Póstishev vio que el rostro del hombre, abotagado y amarillento, temblaba.

—En mi familia somos seis, camarada comisario. Tengo cuatro pequeños. El menor tiene un año. Tiene la barriguita hinchada y no le crecen las uñas…

—Y yo tengo tres— dijo el otro miliciano.

—Mi mujer está tuberculosa —aclaró Lisov—. Lleva tres meses escupiendo sangre. Y mi hija se está muriendo. Del tocino que me dan les saco un poquito de grasa para que se alimenten.

La ciudad está callada. Jabárovsk duerme aún.

—Comprendo —dijo Póstishev, repentinamente entristecido—, los comprendo… ¿Y qué hacer, eh?

—Usted lo sabrá mejor que nosotros, camarada Póstishev —respondió bruscamente Lisov—. Para eso es comisario.

—Es muy triste enterrar a los pequeñuelos —dijo el miliciano—, son tan pequeñitos en el ataúd, y tan calladitos, que dan ganas de morirse…

—Vengan a verme al Estado Mayor mañana por la mañana —dijo Póstishev.

Se fue con paso rápido, aún más encorvado, moviendo sus piernas largas y delgadas con amplitud y con prisa.

Diario *V PERIOD*

El vicerredactor Grigori Ivánovich Otrépiev es poeta. Por las noches no duerme, estudia la técnica de versificación, se ha puesto

totalmente amarillo, casi transparente, y por ello está muy nervioso.

—Pável Pétrovich —le gritó a Póstishev, quien colgaba su chaqueta de cuero en un clavo oxidado en la puerta—, hay tema para una buena fábula. Sabes, hay jefes militares que viajan sin billete y cuando pasa el inspector por el tren, simplemente le apuntan con un revólver y ahí termina todo. Estuve esbozando una fabulilla, mira.

—La fábula —se burló Póstishev— es literatura de los explotados. Escribe directamente nombres completos con apellidos.

Póstishev fue el primer redactor del diario. Por eso pasaba algún que otro rato aquí, en la pequeña imprenta, junto al emplanador Moiséi Solomónovich; pero iba todos los días, sin falta. El comisario leía como un redactor, rápidamente, con un lápiz en la mano.

—A ver, dame.

—Mira.

—No —dijo Póstishev, irritado, después de recorrer los renglones con los ojos—, esta fábula no da ni frío ni calor. No hay razón para ser delicado en esto. Escríbelo abiertamente, tal como sucedió:

Otrépiev se encogió de hombros:

—¿Te haces responsable, Pétrovich?

—Me responsabilizo, Grisha.

—Está bien. Enseguida pasaré los nombres a la imprenta, pondré toda la verdad.

—Ponla —sonrió Póstishev y se apartó hacia la ventana, donde había una galera acabada de imprimir.

Miró las columnas y, molesto, apagó la colilla en una vieja lata de conservas.

—Escuche, Moiséi, ¿ha calculado alguna vez cuántas palabras se utilizan en nuestro periódico?

—Muchas —respondió con tristeza Moiséi Solomónovich—, muchísimas palabras huecas.

—Esta madrugada las conté: ¡utilizamos cuatrocientas palabras en el diario! ¿Comprende? Únicamente cuatrocientas de las cuarenta mil que existen en el diccionario de la lengua rusa. No parecen

artículos, sino informes de intendencia. Dan ganas de dormirse. Y he aquí, por favor, lo que componen en la primera columna: «Al que encuentre un manguito de castor, que se me perdió cuando yo vendía retratos de los líderes soviéticos, le ruego lo devuelva al ciudadano Tsipliatnik en la dirección de comercio de la ciudad».

—El ciudadano Tsipliatnik está en la cuarta columna.

—Si imprimimos los anuncios en la cuarta columna, ¿quién va a leer la primera?

—Eso depende de lo que hayan compuesto en la primera.

—¿No ve usted lo que dice?: «Golpearemos al especulador». ¡Cuántas veces lo hemos golpeado, pero sigue vivo! ¿Quizás el hecho de que esté vivo sea más por culpa del comisario Póstishev que de la hidra de la burguesía mundial?

—La campesina que trae leche al mercado para después comprarle una cartilla a los hijos no es una especuladora, aunque hay algunos partidarios de culparla. Aquí hay parte de culpa del comisario Póstishev, no lo discuto.

Otrépiev retornó a la redacción.

—Escucha, Pável Pétrovich —dijo con desesperación—, por Dios que no tengo fuerzas para trabajar. Cinco personas para toda la imprenta. Hace un mes que te envié una carta: añádeme dos plazas.

Sin apartar la vista de las columnas del periódico, Póstishev respondió:

—Por el contrario, te retiro una plaza. Y dividiré la ración y el salario entre la milicia y el comité ejecutivo. Allí la gente pasa hambre. Y no grites, Grigori Ivánovich, ahora los gritos no resuelven nada, aunque escribas de mí una fábula.

El correo colocó frente a Póstishev los resúmenes frescos de la agencia telegráfica de la RLO, llamada DALTA. Póstishev revisó rápidamente los formularios con las últimas noticias. Se detuvo en una. Se llevó las manos a la cabeza, se encogió como un signo de interrogación y resopló.

—Bien, directo a este número, Moiséi, retire el anuncio del ciudadano Tsipliatnik, que busque su manguito mañana. Aquí hay un

material interesante: la entrega de los premios Nobel. Fueron propuestos como candidatos Gorki, Herbert Wells, Bernard Shaw, Gabriel d'Annunzio y Anatole France.

—¡Y se lo dieron a Gorki! —se alegró Otrépiev.

—Gorki, France y d'Annunzio fueron borrados por su «afinidad con la ideología del comunismo. Bernard Shaw y Herbert Wells fueron rechazados porque les es propia cierta «volubilidad en su inspiración». El premio fue otorgado al marqués O Kuma.

—¿Y quién es ese?

—Deberían saberlo. Un diplomático japonés. Escribió las veintiuna exigencias a China. Un canalla. Bien, yo haré los comentarios para este número y me voy rápidamente al Estado Mayor. Grómov está haciendo tonterías.

Estado Mayor del frente oriental

El comandante de la brigada Grómov bebía el té a sorbos rápidos, quemándose. Su rostro estaba triste, como el de un niño ofendido.

—No comprendo nada, Pável —decía—, llevo dos días leyendo sus discursos, con un lápiz en la mano. ¿Y qué resulta? He trabajado en la clandestinidad, he luchado contra Kolchak, mira estos dos agujeros en el pecho. ¿Y ahora? ¡Permitimos la propiedad privada y el capitalismo! ¿Y quién habla de ellos? ¡Es el mismo Lenin, Pável!

Póstishev escuchaba distraídamente a Grómov, miraba a través del gran ventanal italiano y fumaba profundamente, en silencio. El emboquillado despedía chispas rojas, se reducía, el papel se volvía amarillo y se consumía desde adentro en círculos rojos negruzcos, como por pequeñísimas explosiones. En la oficina flotaban capas de humo violeta, montañas de colillas sobresalían de dos ceniceros.

—¿Entonces, estos veinte años de lucha han sido en vano? ¿Entonces, mi destierro en 1903 se va al infierno? ¿Igual que el año cinco? ¿Acaso le decimos adiós a la revolución? ¿Y quién ha proclamado todo esto desde la tribuna del congreso, eh, Pável?

¡Lenin! ¡Mejor me paso otros diez años con la panza vacía antes que soportar a los burgueses! Eh, ni hablar…

—Hay que hablar. Llevas en el partido veinte años y no le has pedido nada porque eres su soldado. Tú y yo no contamos. ¿Y el obrero que abandonó su torno? ¿Y el mujik, que se fue de la tierra? ¿Para qué? Lo abandonaron todo en aras de una vida mejor.

—¡Pero obtuvieron la libertad!

—La libertad hambrienta no vale ni un comino. Los tiranos nacen de la libertad hambrienta. Y tampoco es libertad si es con hambre, es esclavitud virada al revés.

—¡Hasta la palabra es barrigona! ¡NEP![3] Ahora en cada individuo despertará un propietario… Y en lugar de golpearlo, tenemos que acariciarle la cabecita. Pervertirán al pueblo, lo acabarán.

Póstishev se levantó. Alto, delgado, desproporcionado.

—¿Y tú, para qué existes? —estalló—. ¿Para llevar el carné del partido en el bolsillo? ¿Soltar interjecciones si no entiendes? ¡Trata de que el trabajador en tu fábrica viva mejor que en la fábrica del burgués! ¡Sé capaz! Aprendiste a guerrear, aprende ahora a comerciar. ¡A construir! ¡A dirigir! Si no aprendemos, nos aplastarán. ¡Eso fue lo que dijo Lenin! Valiente heroicidad llevar la gente al ataque. ¡No te enorgullezcas, estabas obligado! ¡Párate ahora tras el mostrador! ¿Qué? ¿No te gusta el delantal blanco? ¿Tú estás limpio y el comerciante no lo está? ¿No te conviene comerciar? ¿No es comunismo hacer eso, eh? Y, entonces, ¿qué era el feudalismo? Al señor feudal también le gustaban las guerras y torneos, y los comerciantes y constructores para él no eran personas. Cuidado, Grómov, te convertirás en un feudal. Te lo estoy diciendo en serio. Con esas opiniones te enviaría a la milicia urbana, allí pasan hambre. Me gustaría ver cómo te sacan en una carretilla con tu ortodoxia. Tenlo en cuenta: a veces un ortodoxo puede ser peor que un enemigo.

Después de una larga y pesada pausa, Grómov respondió:

—No, Pável, no puedo comprenderlo.

—Entonces piensa. Si no lo entiendes, entrega el carné del partido; así será más honesto.

—El carné del partido no te lo entrego, para mí es como mi corazón, pero lucharé.

—Cuanto quieras. En eso no me voy a meter. ¿Pero contra quién piensas luchar? ¿Contra Lenin? No te alcanzarán las fuerzas.

Grómov, airado, se levantó, apartó la butaca y salió por la puerta sin despedirse. Póstishev lo siguió con la vista, meditativo y agotado.

El ayudante, un jovenzuelo, metió la cabeza en la oficina e informó en voz baja:

—Camarada comisario, vienen a verlo desde Moscú.

—¿Quién?

—No dice su apellido y no muestra el mandato. Tiene una facha bastante cuidada; por si acaso, pité a la seguridad política.

—¿Qué significa eso de que pitaste?

—Quiero decir que los llamé.

—Bien, entonces haz pasar al visitante —sonrió Póstishev.

Vladímirov entró en la oficina.

—Hola —dijo—, vengo de parte de Félix Edmúndovich.

Póstishev leyó el mandato y luego, de acuerdo a lo que allí estaba escrito, lo quemó, ofreció un asiento a Vladímirov, se acomodó frente a él y preguntó:

—¿Cuándo vamos a hablar, ahora o después de que usted descanse?

—Si es posible, descansaré un poco. No se puede dormir en los vagones de carga.

—Acuéstese en el sofá. Si tengo que salir, ahí están los materiales que necesita. El expediente azul es sobre la clandestinidad. El verde, sobre la gente de los Merkúlov. Léalos, hay documentos interesantes. Hasta la forma en que cada cual juega al póker. Y el monto de los sobornos que exige el señor Frivéiski, secretario del primer ministro, en las carreras. Ahora le traigo un capote para que se cubra. Y abra bien la ventana, desde el Amur llega un buen fresco.

Vladímirov se sentó en el sofá, se descalzó, extendió las piernas, se quitó las medias, el saco y quedó instantáneamente dormido, como si hubiera perdido el sentido. Póstishev se acercó a la ventana de puntillas y la abrió de par en par. El humo grisáceo del tabaco salió, como aspirado por una tubería. Los papeles se removieron sobre la mesa. El enorme mapa de la pared se agitó por un instante. Había en él flechas azules, agudas y malévolas, dirigidas desde todos los puntos contra la RLO: desde Vladivostok, China, Mongolia…

Póstishev echó una mirada a Vladímirov. Este dormía con los brazos cruzados sobre el pecho, como un difunto. Recordó el cifrado que le enviaron desde Vladivostok: tres enlaces habían sido fusilados por la contrainteligencia de los blancos. Es posible que uno de los hombres de ellos esté infiltrado en nuestro Estado Mayor.

Tocaron a la puerta. Póstishev preguntó en un susurro.

—¿Qué ocurre?

Ujalov, el chófer del Estado Mayor, asomó por la puerta.

—¿Adónde vamos, Pável Pétrovich?

—Al teatro de la ciudad, allí se ha desencadenado la conferencia de los maestros.

Ujalov miró con aire cansado al durmiente y salió.

Teatro de la ciudad

La sala estaba llena de asistentes, no cabía ni un grano de maíz. Tras la mesa de la presidencia había personas excitadas que frecuentemente conversaban entre sí. Algunos escribían notas en pequeños trocitos de papel, rompían lo escrito y miraban de vez en cuando a Póstishev, quien se encontraba sentado en un extremo y separado del resto de la presidencia por cinco sillas vacías. En la tribuna estaba ahora un hombre con gafas, de barbita aguzada, con un saco arrugado, camisa de un blanco deslumbrante y corbata negra ancha, bien anudada.

—Y entonces, me permito ver —decía, y se pegaba al borde de la tribuna— que entra un comisario, con un nivel de tercer grado, que dice cultísimas palabras. «Tú —me dice—, jeta burguesa, ¿por qué no lees a los niños los versos populares de Demian Bedni y en lugar de eso recitas los del terrateniente Pushkin?». Me dice eso y me doy cuenta: ¡Está borracho y lleva una cinta roja sobre el pecho!

Póstishev aguardó a que el murmullo indignado cesara en la sala y desde su asiento lanzó una réplica:

—¿A usted le indigna la cinta roja o el olor a bebida?

En el balcón y las filas posteriores se escucharon risas, las filas delanteras guardaron silencio, aunque algunos contuvieron las sonrisas; en la presidencia hubo agitación y un rápido intercambio de noticas. El que presidía la conferencia sacudió la campanilla y, nervioso, pidió calma al respetable público. El orador, ya más sereno, prosiguió:

—¡Pues si los ciudadanos bolcheviques proclaman la libertad, que se me permita enseñar a los niños los ejemplos que me son cercanos! Los ripios del delincuente y futurista Mayakovski huelen a depravación sexual. No impida —el orador se dirigió a Póstishev— sembrar la razón, la bondad, lo eterno. ¡Usted escribe directivas y yo respondo por las almas de los niños! ¡Y no permitiré a nadie educarlos en la ferocidad ni desencadenar en ello los bajos instintos, me cueste lo que me cueste! ¡Sé lo que me puede esperar después de semejante intervención, pero no puedo callar!

Las primeras filas aplauden, la presidencia en pleno sonríe, miran venenosamente al comisario y solo en las filas posteriores y en el balcón hay murmullos y exclamaciones. Póstishev siguió sentado, con la cabeza reclinada en los puños, mirando pensativamente a un punto, como si no estuviera allí.

A la tribuna llegó, atravesando la multitud de personas sentadas en el pasillo, un muchacho enfundado en una guerrera de estudiante, ceñida por un cinturón de soldado. Su rostro era alargado y nervioso, llevaba una barbita y unos bigotes a lo Don Quijote; en sus blancas mejillas resaltaba un rubor enfermizo; era

obvio que el joven estaba tuberculoso. Sin esperar a que se hiciera el silencio, comenzó a hablar a aquel público de variadas convicciones:

—Que el ciudadano Shirokij no quiera hacer el papel de santo. Para él Mayakovski es un símbolo de revolución y no tiene que decir tonterías sobre instintos sexuales y depravación. ¡Para ustedes el futurismo es tan terrible como el bolchevismo! ¿Quieren que los niños crezcan como inocentes querubines? ¡No se lo permitamos! La lucha es la base del desarrollo y nosotros debemos educar a las futuras generaciones como soldados, ya que la historia de la humanidad es una historia de guerras. ¡Así fue, así será, así es! ¡Pero el meloso pacifismo de Shirokij tiene otro motivo! ¡Ahora es un pacifista y mañana se pondrá a enseñar a los niños himnos de los guardias blancos! ¡Y yo, como medida profiláctica, propongo aislar a este señor por su discurso, enviarlo al mismísimo demonio! ¡Habrá menos suspensos entre los niños proletarios!

En la sala se levanta un estruendo, silbidos, gritos de indignación, ovaciones, chillidos.

Póstishev se puso en pie y caminó lentamente hacia la tribuna. Se aclaró la garganta y después comenzó a hablar con voz sorda mareando mucho las «oes», a la usanza del Volga:

—Aquí tendré que combatir en dos frentes. Contra el maestro Shirokij y contra su joven oponente que, al parecer, a causa de su corta edad, ve al magisterio como un enemigo total de clase. (Risas.) Este joven camarada, según veo, es adepto de la teoría del profesor Leer, quien aseguraba que la guerra es el impulso fundamental para la prolongación de la vida en el planeta. Como uno de los argumentos básicos de su teoría, Leer exponía el hecho de que las guerras aparecieron con el surgimiento del hombre, ya que los varones combatían entre sí por la hembra, no por ser su bella amada, sino simplemente porque traería descendientes al mundo. Sin embargo, Leer olvidaba el desarrollo ulterior de la humanidad, ya que está en contra de su teoría. En realidad, el primitivo aplastamiento de cráneos fue sustituido por los torneos

caballerescos. Pero eso también pasó. Los torneos y los duelos fueron sustituidos por los bailes de máscaras, y los combates por la mujer, por los maravillosos versos de Pushkin. (Aplausos de los maestros.) Otras son las causas que originaron y originan las guerras. La historia de la humanidad, querido joven camarada, es, a pesar de todo, la historia de la paz, y no la historia de las guerras. Y usted debe dirigirse respetuosamente a los maestros, se lo digo en serio… No debe hacerlo así. Andar lanzando acusaciones es lo último. Así es. Y ustedes, maestros, están obligados a dar a la juventud una formación amplia y multifacética para que comprenda las verdaderas causas de la guerra y la paz, del bien y el mal. Nosotros, los bolcheviques, respondemos por los niños. Les hemos confiado a ustedes, los maestros, la educación del hombre nuevo. Pero nosotros, ciudadano Shirokij, lo podemos echar de la escuela si usted no nos acepta. ¡Si está contra nosotros, entonces luche! Respeto el combate abierto, pero no todos se lanzan a ello. La mayoría susurra. ¡Pelee, pero no susurre! No hay nada más terrible que un maestro hipócrita, que profesa una fe en su alma y predica lo contrario. (Ovación en el balcón y el anfiteatro.) ¿No es verdad que el magisterio no está muy de acuerdo conmigo? ¿O es que el silencio es señal de otorgamiento? (Risas en el balcón y el anfiteatro.) Pienso que eso se manifestará cuando se vote globalmente por la resolución. Repito: ustedes pueden querer o no a Mayakovski, esa es una cuestión de gusto personal, pero no les hemos dado ni les daremos la libertad de enseñar a los niños lo que le venga en gana, únicamente a Shirokij.

Póstishev retornó lentamente a su puesto. El balcón y el anfiteatro se pusieron en pie y aplaudieron. La platea mostraba islotes con personas en pie. El presidente de la sesión se levantó y pronunció, algo confuso:

—¡Receso!

Shirokij empujaba con sus agudos codos a la gente que lo rodeaba y se apresuraba detrás de Póstishev, quien se dirigía a la salida.

—¡Oiga! —gritaba Shirokij—. ¡Escuche! ¡Comisario!

Póstishev se volvió y aguardó a que el maestro acabara de acercársele a través de la multitud calurosa y habladora.

—Es usted una persona culta —dijo Shirokij después de cobrar aliento—, simplemente, una persona culta.

—Trato de serlo. Pero no domino el arte de la oratoria, así que perdóneme la brusquedad, en caso de que la haya habido. Ahora, le digo con toda honestidad: considero al magisterio nuestra flor, nuestra esperanza, y a la esperanza siempre se le exige más. Así es. Le deseo lo mejor.

Póstishev extendió la mano a Shirokij, y este la oprimió mientras escrutaba ansiosamente el rostro delgado del comisario.

Durante el receso, Shirokij, excitado, caminaba de un grupito a otro:

—¡Estoy asombrado, señores! ¡Este Póstishev piensa en categorías amplias, razona! ¿Acaso se estará despertando el mujik? Tal vez no hemos vivido nuestra vida en vano.

—Basta ya, Platón Makárovich… Esos discursos se los escriben los hebreos y él se los aprende por la noche. Sus ojos son como de estaño. ¿O no se dio cuenta usted?

—El rencor —repuso un ancianito de gafas doradas— es el peor argumento en la discusión. El comisario es un fanático, pero sabe razonar con lógica.

—En él se percibe la benevolencia del mujik —asintió una dama del instituto para señoritas, con voz profunda de bajo.

—Votaré a favor de su resolución —dijo el ancianito de las gafas.

—Dispense usted, Shirokij, espero que votará en contra, ¿no es así?

—Me abstendré —respondió Shirokij, pensativo—, por ahora me abstendré…

Oficina de Póstishev

Vladímirov se encontraba tras la mesa y hojeaba los papeles de los expedientes que le dejó Póstishev. Pável Pétrovich, al retornar del teatro, se asombró de lo bien peinado que estaba su invitado: el rostro parecía fresco, como si hubiera dormido unas buenas diez horas, en lugar de dos; las mejillas brillaban después del afeitado y en el aire de la oficina, viciado con el humo del tabaco, se percibía claramente el olor a agua de colonia de preguerra.

—Hey, qué rápido liquidó usted el sueño —dijo Póstishev—, pensé que dormiría tres o cuatro horitas. Aún falta bastante para las ocho.

—¿La salida está planificada para las ocho en punto?

—Sí. Es necesario que cruce la frontera de la zona neutral de noche.

—Estuve revisando los materiales de Vladivostok. Desgraciadamente hay demasiadas tonterías y chismes en ellos. Dicen, por ejemplo, que los Merkúlov son unos imbéciles y cretinos; que Guiatsintov es un cobarde tonto; que los japoneses son peores que los carneros y los residentes norteamericanos son unos imperialistas sanguinarios que están viviendo sus últimos días. Si los Merkúlov son unos cretinos, nosotros somos más cretinos aún: ¿quién nos causó este revés, a quién hemos entregado Vladivostok? Si el coronel Guiatsintov es un tonto cobarde, ¿por qué ha sido capturada nuestra gente por su contrainteligencia? ¿Por qué ha surgido entre nosotros esa costumbre idiota de hablar irresponsablemente del enemigo, solo por ser nuestro enemigo? Me viene a la mente el cuento del tonto servicial. Perdone, Pável Pétrovich, pero me causa mucha rabia la fanfarronería y las idioteces arrogantes de algunos camaradas.

—No importa, rabiar en voz alta alivia mucho. Yo, en ocasiones, grito por toda la oficina hasta hacer temblar las paredes. Me ayuda. Ahora, quiero contarle algo. Recientemente, en Vladivostok, hubo una serie de arrestos sospechosos entre la clandestinidad bolchevique: al parecer, en la organización se ha infiltrado un

provocador. Por eso, por el momento, tendrá que trabajar por su cuenta. Lo buscarán cuando sea necesario, usted no debe buscar a nadie. Su enlace será el camarada Chen. Se trata de Mareykis, un camarada de Bujará, chequista experimentado. Parece un coreano, por eso lo llaman Chen. Ha organizado el correo a través de los comerciantes de narcóticos que viajan a Harbin. Pero eso es un asunto de él, como se dice. Su trabajo ha sido definido personalmente con suficiente exactitud por Félix Edmúndovich Dzerzhinski. Solo puede emprender algo en un caso muy extremo. No intervenga en las cuestiones corrientes, conténgase, no importa lo amargo que pueda ser a veces. Ahora, otra cosa: desde Dairen ha llegado a Vladivostok un conocido suyo, Vaniushin, redactor del *Heraldo Nocturno.*

—¿Nikolái Ivánovich?

—Sí. ¿No trabajó usted con él en el centro de prensa de Kolchak?

—Batía a los demonios rojos con la palabra impresa.

—¿Cómo se despidieron?

—Como camaradas. Cree que yo emigré a Londres.

—Magnífico, ya que actualmente Vaniushin es el tercer hombre, después de los Merkúlov.

—Es curioso…

—Ahora, escuche… El aspecto financiero, como siempre, no lo tenemos cubierto, y por eso le hemos preparado solo el mínimo.

—Comprendo.

—Cuando le presentemos al práctico, acordaremos las formas alternativas de enlace, la contraseña… Aunque, en realidad, allí no se necesita contraseña. Reconocerá a Chen por la fotografía, las palabras sobran. Será usted recibido en la estación de trenes por Vasíliev, un compañero leal, dirigente del sindicato de estibadores. Él es el enlace de reserva. Es un muchacho bueno, encantador. Todos los obreros de Vladivostok lo quieren. Si no ocurre algo inesperado —y ojalá no ocurra—, encontrará a Chen en el café Banzai y a Vaniushin, en el restaurante Versalles.

El teléfono sonó secamente. Póstishev tomó el auricular.

—¿Diga? ¿Quién? ¿El tribunal? ¡No me diga! ¡Filipovski! ¡No es posible! Enseguida voy al interrogatorio.

Tiró el auricular sobre el aparato y contrajo el rostro en señal de asco. Después de permanecer inmóvil un instante, se levantó de un golpe y dijo:

—Bien, vamos a prepararnos. Lo presentaré al comandante Stepan Serishev, un hombre magnífico. Vamos.

Póstishev dejó pasar a Vladímirov, le colocó una mano sobre el hombro y señaló:

—Qué hombros de hierro tiene usted, es como Sansón.

—Tendré que cortarme pronto el pelo para que no aparezca una Dalila, así estaré más tranquilo…

Caminaban rápidamente por el largo pasillo del Estado Mayor y conversaban con alegría. Por las ventanas el sol saltaba sobre ellos y luego, en los intervalos, eran tragados por la oscuridad. Pero cuando no se les veía se seguía escuchando el bajo profundo de Póstishev y la risa sonora de Vladímirov. Así caminaban juntos hasta que desaparecieron tras la pesada puerta de roble.

Vladivostok. Residencia de Merkúlov

El primer ministro del gobierno de Vladivostok imitaba —de forma imperceptible para sí mismo— a Alexándr Fiódorovich Kérenski. Llevaba un traje semimilitar como este; ocupaba el mismo lugar en el auto, a la derecha detrás del chófer; sonreía con la misma dulzura, como desde un retrato, a los oficiales que lo saludaban, cuando su limusina, con la bandera tricolor de los Románov sobre el radiador, cruzaba por las calles de Vladivostok.

Hablaba de la misma manera: primero con voz casi inaudible, algo cansada, pero cuando cogía impulso era indetenible; Spiridon Dionísievich Merkúlov lanzaba rayos y centellas, gesticulaba teatralmente, pero a diferencia de Kérenski, mencionaba con frecuencia a Dios.

Cinco días después del golpe de Estado, cuando la gente de Merkúlov enterró a sus muertos, este telefoneó a Nikolái Ivánovich Vaniushin, recién llegado desde Harbin; luego, fue a buscarlo a la redacción, a la calle Aleutskaya, y le dijo al chófer:

—Al cementerio de Egerscheld.

Tras las ventanillas pasaban en interminable procesión pequeñas casitas y brillantes rieles, que iban desde las estaciones de trenes a los almacenes portuarios repletos de riquezas: aquí se guardaban las mercancías recibidas por Rusia de sus aliados a partir del año catorce.

Había en esos almacenes de todo: cobre, zinc, papel, paño, proyectiles, fusiles, arados, gradas, preservativos, tanques, sedas… En una palabra, estaban repletos de oro, de auténtico oro, que era cuidado por un centinela japonés. El guardián caminaba lentamente con una bayoneta corta, lista para la acción, y marcando al paso igual que en un desfile.

Merkúlov callaba y Vaniushin susurraba para sus adentros unos versos de Pushkin. Era el mejor conocedor del poeta en la ciudad. Dos días atrás había dado una conferencia en la universidad con la sala repleta.

El chófer frenó abruptamente. Merkúlov fue el primero en salir del auto. Se detuvo golpeado por el fuerte viento: débil, de pequeña estatura, con la gorra calada hasta los ojos. Vaniushin salió pesadamente y jadeante: en los últimos días había bebido mucho con Sergei Shirokogorov, nuevo miembro del gobierno. Era etnógrafo y biólogo, y veía el principio y el final de la evolución de la humanidad a su manera. Después de lo que contaba Shirokogorov era imposible no beber, ya que todo daba igual: según sus conclusiones, la bestialidad dominaría al mundo.

—Adelante, Nikolái Ivánovich —lo invitó Merkúlov—, no queda lejos.

Merkúlov caminaba rápido entre las tumbas y se orientaba en la profunda oscuridad de la noche como si fuera de día. Vaniushin le

seguía dando tropezones molesto y sin comprender todavía nada; sus botines se llenaban de un fango viscoso y frío.

En el cielo gris, sin estrellas, se divisaba el largo cuerno del cuarto creciente. Por los alrededores se oía el malévolo graznido de las gaviotas.

«Apenas comienza a salir la luna —pensó Vaniushin—. Por la izquierda. Quiere decir que se puede adivinar la fortuna».

Sobre el fondo del cielo gris, las cruces negras se destacaban como espantapájaros. A lo lejos, la ciudad guiñaba sus lucecitas de queroseno. Los perros del poblado de Egerscheld ladraban. El viento soplaba a ráfagas. En la bahía los buques emitían sonidos nostálgicos.

Merkúlov se detuvo. Junto a unas cruces recientes se veían flores marchitas y coronas. Aquí habían sido enterrados los «héroes» del reciente motín blanco.

—Aquí —dijo Spiridon Dionísievich, mientras se ponía de rodillas rápidamente—, aquí comienza la historia de la nueva Rusia.

«¿Lo creerá de verdad? —pensó Vaniushin—. ¿O estará actuando para que yo escriba sobre esto en el periódico? ¡Ambiciosos, no hay quien se salve de ellos!».

Merkúlov rezaba con fervor, se inclinaba hasta la tierra, susurraba rápidas palabras dirigidas a Dios. Vaniushin, de pie a sus espaldas, fumaba, abstraído, y se sentía incómodo, como si estuviera mirando por el hueco de una cerradura. El primer ministro rezó largo rato, se levantó, en silencio, y casi corriendo, regresó al coche. Tosió secamente y ordenó al chófer:

—Vamos a mi cuartel general, por favor.

Cuando la limusina hizo su entrada en la ciudad, Merkúlov se volvió hacia Vaniushin:

—¿Va usted a su diario? Seguramente el número de mañana no esté listo todavía.

«El vejete quiere salir en la prensa con su actuación de hoy —pensó Vaniushin—. Por eso me llevó consigo. Es inteligente, pero hoy se ha comportado como un tonto».

—El número ya está en planas.

—Gracias, Nikolái Ivánovich, por haber dedicado un poco de su tiempo a un anciano. Y recuerde mis palabras: desde aquí llegará la libertad para el pueblo. ¡Aquí surgirá la ciudad sagrada de Kítezh, de un mar de sangre y lágrimas de los rusos! ¡Deténgase, chófer!

Vaniushin salió del coche; siguió durante un rato con la vista el enorme Lincoln; suspiró profundamente y echó a andar hacia el restaurante Versalles.

Frivéiski estaba en pie bajo el retrato del emperador y observaba la reacción de Merkúlov, quien leía unas páginas sin haberse quitado aún el capote militar. Frivéiski era el secretario de Spiridon Dionísievich. Era inteligente, hábil y bastante independiente, Merkúlov era comerciante y valoraba la independencia, por eso perdonaba a Frivéiski lo que a otros no perdonaría. Solo dejaba de estimarlo en los momentos en que su secretario personal sufría ataques de sífilis crónica. En tales días Frivéiski rabiaba y podía sacar de sus casillas a quien quisiera, y Merkúlov rogaba a su «querido amigo» que descansara y no apareciera por la oficina. Pero precisamente esta noche Frivéiski sintió agudos dolores y, en lugar de marcharse a su casa, tomar las medicinas y reposar, recogió octavillas y periódicos y los colocó sobre la mesa del primer ministro. ¡Los periódicos traían artículos violentos! Decían todo lo que los demás callaban —bolcheviques al fin—, y echaban un poco de sal y pimienta en la llaga para que doliera más.

Cuando llegó el turno a la cuestión de las operaciones comerciales del primer ministro con los japoneses, Spiridon Dionísievich se quitó la gorra, se secó la frente con un pañuelo y dijo con amargura:

—¡Qué clase de miserables, Dios mío! ¡Una ganancia de dos millones! ¡Qué canallada!

¡Spiridon Dionísievich llevaba comerciando toda una vida, y nunca nadie había dicho nada malo de él! ¿Qué, acaso es delito cerrar un contrato con una firma? ¡Ellos ganan, pero también nos

trae ventajas a nosotros! ¡Ah, Dios mío, ahora correrían los chismes por la ciudad!

—¿Qué tirada tiene esta porquería? —preguntó Merkúlov, tocando con asco el periódico.

—Grande.

—¿Dónde están los ejemplares restantes?

—En manos de los lectores.

Merkúlov alzó los ojos hacia Frivéiski, comprendió que este sufría un nuevo ataque y se dejó caer en la butaca.

«Buen ayudante… Parece que también se alegra… ¡Lo echaría a la calle! ¡Y nunca más lo dejaría entrar aquí!».

¡Pero no era posible! Era inteligente y Merkúlov apreciaba a las personas inteligentes. A los capaces se les puede perdonar muchas cosas.

—Vaya y descanse, mi querido amigo —dijo Merkúlov—. Tiene el rostro amarillento. Seguro que se siente mal del estómago. Luego le enviaré a mi médico, es especialista en enfermedades estomacales.

—Ya se me pasan —respondió Frivéiski—, no necesito médico.

—¿Pero, por qué? No me cuesta trabajo alguno. Y los periódicos… Que escriban. De todos modos, un día sabrán la verdad. La historia dirá quién tuvo la razón, ella es la sacerdotisa de los imparciales.

Después de la partida de Frivéiski, Merkúlov llamó por teléfono al coronel Guiatsintov, jefe de la contrainteligencia, y le dijo:

—Kiril Nikoláyevich, querido, escuche lo que escriben de su primer ministro. ¿Ah, ya lo leyó? ¿Y qué le parece? ¿No cree que los detalles son curiosos, eh? Pero me asombro ¿cómo es posible que usted, oficial y noble, sirva a un especulador, a un ladrón que roba al pueblo ruso? ¡Yo, el especulador soy yo, coronel! No tosa en el auricular, que me revienta el oído. ¡Y si le causa gracia, ríase! Pero yo soy viejo, he visto muchas cosas cómicas en mi vida, más cómicas que las que cuentan los rojos calumniadores, y sabré sobreponerme a esto. ¡Pero usted es una persona que ostenta un cargo! ¿A mí qué me importa? ¡Nada! ¡Yo renuncio y adiós, pero

para usted es una persona que ostenta un cargo! Y además, yo presento mi renuncia pero a usted se la impondrán.

El primer ministro colocó el auricular sobre el aparato y pasó a una pequeña habitación contigua. En un rincón había un icono. Merkúlov se arrodilló a rezar. A pedir paz en la tierra y benevolencia para los hombres.

Poltavskaya, 3. Contrainteligencia

Guiatsintov, pensativo, sostuvo el auricular del teléfono junto a la sien y luego lo colocó cuidadosamente en su lugar y llamó a su ayudante Pimezov.

—Voleñka, le ruego cite al coronel Sujodolski y a todos los jefes de departamento.

—A la orden, Kiril Nikoláyevich.

Unos minutos después, en la oficina del jefe de la contrainteligencia se reunieron los jefes de los siete parlamentos más importantes.

—Señores, los he convocado para comunicarles una noticia desagradable —dijo Guiatsintov—. Hoy mismo debemos consumar el arresto de los clandestinos detectados, sin esperar a concluir el trabajo de liquidación de todos los rojos que se esconden. Desgraciadamente, no es mi voluntad, sino una orden. Estamos obligados a encontrar en los próximos días el periódico bolchevique o, al menos, hacer lo posible para que no llegue a manos de los lectores. Pero la tarea fundamental —la captura del representante de Moscú que, según los datos que poseo ha sido enviado hacia aquí— se hace difícil de cumplir, ya que después de los arrestos que efectuaremos hoy, la clandestinidad se volverá hermética como nunca antes.

»Por tanto, presten especial atención a todos los desconocidos que aparezcan por aquí. A los que arrestemos debemos preguntarles no solo por el periódico, sino también por el visitante moscovita. Es

posible que alguno conozca la fecha o el lugar por donde llegará. Aunque ese es un tema especial y nos reuniremos después para discutirlo en particular, tengan en cuenta que hoy comenzamos a dar batida a la clandestinidad roja, la cual dentro de poco tiempo será una carta importante en nuestro juego político. —Guiatsintov recorrió con la mirada los rostros de sus colaboradores y se interesó con voz burlona—: ¿No ha sido complicada la explicación, eh? Siempre me meto en giros difíciles como si estuviera en una recepción diplomática. Por último, les ruego que procedan a los arrestos con organización, al mismo tiempo en toda la ciudad, de modo que ninguno de nuestros amigos rojos pueda escapar. Los interrogatorios deberán ser a fondo; tengo el deber de poner contento a nuestro primer ministro y para eso tendré que comunicarle que hemos encontrado el periódico rojo. Que Dios los acompañe, amigos míos.

Tribunal revolucionario de Jabárovsk

En la oficina del juez de instrucción del tribunal revolucionario se encontraba Filipovski, el dirigente más antiguo de lucha contra el bandidismo armado. Fue arrestado porque durante el registro en casa de la baronesa Nagornaya se había apropiado de un collar de perlas. Ahora estaba allí, sentado, y se apretaba las manos entre las rodillas; gruesas gotas de sudor le corrían por la frente y sus ojos estaban enrojecidos. El juez de instrucción llamó a Póstishev y le informó sobre la detención del chequista. No había transcurrido aún medio año desde que el propio Pável Pétrovich entregara a Filipovski un mauser personal, con una placa plateada, por su sacrificado valor. Póstishev se hallaba sentado frente a Filipovski y este no se atrevía a levantar la vista: meneaba la cabeza y contraía el rostro a cada momento, como si le dolieran los dientes.

—No inventes, Filipovski —pidió Póstishev—, habla honestamente.

—Llevo cuatro años peleando contra los blancos y no he escatimado nada, ni la vida.

—¡Aguarda, aguarda! Estoy preguntándote otra cosa: ¿cómo has podido robar las perlas?

—¡No las robé! —gritó Filipovski—. ¡Las requisé!

—¡Mientes! Si las hubieras requisado, estarían en la tesorería, pero tú las robaste como el peor de los canallas. Eres una persona sucia, manchas nuestra causa. ¡Estuve ciego cuando te entregué personalmente el mauser por tu valentía, estuve ciego!

—He combatido durante cuatro años, me he lanzado contra un general blanco.

—¡Eso te lo callas!

—Como usted diga.

—No importa lo que yo diga, el tribunal será quien dirá.

—¿Acaso me juzgarán?

—¿Y qué crees tú?

—Pero yo, honestamente, llevo cuatro años…

—Aunque fueran cuarenta y cuatro. ¡El ladrón no tiene pasado! Camarada —preguntó Póstishev al juez de instrucción—, ¿tiene consigo las pruebas?

—Él mismo confesó.

—Por supuesto, está bien que él mismo confesara, pero ¿existen testigos?, ¿cómo sucedió?

—No hay testigos, Pável Pétrovich, no hay acusación. Él mismo confesó, sin que nadie lo presionara.

—¿Dónde están las joyas?

El juez sacó de una caja metálica las joyas y las colocó sobre la mesa, cubierta con la hoja amarillenta de un periódico. Póstishev examinó el hilo de perlas con perplejidad y burla.

—¿Y por qué tienen tanto valor? —preguntó—. No lo entiendo. La gente inventa ídolos para luego venerarlos ¿A ti te gustan, Filipovski?

—¿Acaso entiendo algo de eso? Me dijo un viejo en el mercado que cambiaba esas piedrecitas por pan con tocino y vodka. Y yo

tengo a mi cargo a tres muchachos: un tuberculoso, al otro le falta una pierna y el tercero tiene dieciséis años y combate por la revolución mundial, únicamente por su entusiasmo. Somos la seguridad política del Estado, y por las noches, para no pasar esa vergüenza por el día, registramos los cubos de basura del restaurante Jlopiev y recogemos mondas de patatas…

—¿Le registraron la casa? —preguntó Póstishev al juez.

—¿De qué casa habla? Vive en un sótano como el perro debajo de un banco.

—¿Dónde está tu familia?

—En el cementerio —respondió Filipovski. La gente de Kalmykov la pasó a sable en el año diecinueve. Nunca di a mis niños ni un mendrugo cuando trabajaba en la Checa. Padecían hambre, aunque en aquella época pasaban por mis manos todas las riquezas de los burgueses. Todas las noches veo sus ojitos y pienso: que se vaya todo al diablo, conseguiré comida al menos para los tres muchachos que tengo ahora. Andan por el mundo como unos cadáveres. Ayer mismo, a dos de los nuestros los acuchillaron en guaridas de malhechores. ¿Y después de todo eso me dice que no es honesto cambiar esas piedrecitas por un poco de vodka y de comida para que mis muchachos coman algo aunque sea antes de dormir?

El juez de instrucción se volvió hacia la ventana para impedir que el detenido viera su rostro. Respiraba profundamente, le causaba profundo dolor escuchar a Filipovski. Pero ¿qué tiene que ver la ley con el alma? La ley es la ley, está escrita en el papel y no en el corazón.

—No me exprimas las entrañas, Filipovski —dijo Pável Pétrovich —. Es verdad que tú respondes por esto muchachos. Pero, ¿cuánto tendrán que vivir todavía?

—¿Quién sabe? La bala no mira al rostro…

—No importa. Los miraré. Hace falta que tus muchachos vivan en un país donde la ley sea una sola para todos y no donde Filipovski quiera algo y así sea. Ellos podrían pensar que tú estás por encima de la ley y no la ley por encima de ti. Irás al tribunal, camarada.

Por primera vez durante toda la conversación, Filipovski alzó la cabeza:

—¿Cómo me has llamado, Pável Pétrovich?

—Te he llamado camarada —dijo Póstishev.

El comisario se levantó y dijo al juez de instrucción:

—Hasta el juicio, queda libre. Retorna al trabajo, Filipovski. Esta madrugada se registraron doce asaltos en la ciudad.

Comité del partido de la gobernación

Tras una larga mesa, cubierta por un paño rojo, se encontraban los comisarios de la región fortificada de Jabárovsk. Tenía la palabra el comisario del batallón de constructores que atendían el tráfico por el puente de pontones a través del Amur. El comisario hablaba bien, con expresividad, pero leyendo de un papel. Sabía hablar: gritaba donde era necesario, sacudía el puño en otras partes y de repente, pasaba a un susurro dramático, como Shaliapin.

—Únicamente movilizando nuestra voluntad de acero —decía—, solo elevando el trabajo educativo a la altura debida, podremos ocupar esas líneas luminosas y lograr nuevos éxitos. Para nadie es un secreto ahora que nuestra causa marcha bien…

Póstishev lanzó una réplica:

—¡Muy bien! Los combatientes de tu batallón llevan tres días sin alimentos.

—Esos son detalles, Pável Pétrovich. Yo analizo el problema más ampliamente, de forma global. Continúo. Durante los últimos dos meses llevamos a cabo cerca de cuarenta encuentros políticos, con la participación de novecientos cuarenta y siete combatientes.

—¿Puedo ver ese texto tuyo? —solicitó Póstishev—. Estás hablando con demasiada soltura.

El ponente entregó el texto al comisario del frente. Pável Pétrovich hojeó lentamente las páginas escritas.

—Sigue hablando, camarada, sigue —dijo.

—Pero tú tienes el texto, Pável Pétrovich.

—Habla simplemente, sin el texto.

El comisario del batallón de constructores miró perplejo a los reunidos y alzó el puño sobre la cabeza:

—La hidra blanca de la contrarrevolución ha desnudado sus fauces lobunas y sacude las oxidadas armas del maldito imperialismo. ¡Su hocico de cerdo intenta gruñir junto a nuestras fronteras, amenazando al proletariado victorioso! ¡No lo permitiremos!

Póstishev preguntó:

—¿Qué no permitiremos y a quién exactamente?

—Pues a la hidra no se lo permitiremos.

—¿Y cómo es esa hidra? ¿Tiene pies o es como una serpiente? Bien, siéntate, comisario. Recoge tu informe, es totalmente falso. Acabo de visitar a tus combatientes.

—¿Puedo intervenir, Pável Pétrovich? —preguntó el comisario del regimiento especial del Amur—. Nuestro problema es el siguiente: mientras tenemos un receso en los combates, hace falta que nos ayudes con un maestro. La gente ansía aprender a leer. Yo supongo que la educación es la base de la lucha por la revolución mundial.

—Es un criterio válido. Mañana por la mañana te asignaré a tres pedagogos. Ven y recógelos. ¿Quién más?

—Yo estimo, Pável Pétrovich, que el trabajo político puede secar a un hombre como a una mariposa en un herbario, si solo se dan conferencias sobre el feliz futuro y mientras tanto, ante los ojos de los combatientes, se entrega a los especialistas dieciséis rublos en oro, además de alimentos.

Póstishev dio un manotazo sobre el paño rojo, se levantó bruscamente y miró, airado, al marinero del Jaurès.

—Si no me equivoco, tu apellido es Soloditski, ¿sí? Te respondo. Hoy mismo recibí un cifrado desde Vladivostok. Allí los norteamericanos se llevan a todos nuestros profesores, científicos, hasta a los estudiantes, y les ofrecen condiciones paradisíacas. Compran archivos, bibliotecas; pagan con oro los documentos

antiguos. Y ellos saben contar el dinero mejor que nosotros. ¿Por qué actúan así? Porque comprenden que el futuro está en la ciencia, en los especialistas. ¿Y quién nos va a enseñar a pelear gratis? ¿Yo? Puedo enseñarte los mecanismos de la conspiración y el trabajo clandestino, pero no puedo hablarte de Moltke y Clausewitz. Y ellos pueden. Si te dejáramos hacer, pondrías a vivir hasta a Maksim Gorki con un rublo de dieta. —Póstishev encendió un emboquillado y, sombrío, concluyó—: Sigan, por favor, pero sin tonterías, que el tiempo es oro. Vamos a discutir el problema de las guerrillas y a analizar cómo integrar a los guerrilleros en las tropas regulares. Esta es ahora la cuestión más importante.

Estado Mayor del frente

Ujalov, el chófer, preguntó al ayudante de Póstishev:

—¿Puedo aparcar en el garaje?

—No, el comisario terminará de trabajar con los informes y te necesitará por la noche.

—¿Adónde vamos?

—A ver a los marinos.

—¿Allá abajo, en la orilla del Amur?

—Sí.

—¿Y tendré tiempo de ir ahora a casa?

—Vete, pero no más de una hora.

En la puerta, el chófer tropezó con una mujer enfundada en una vestimenta increíblemente anticuada.

—Tengo que ver al ciudadano comisario —dijo ella.

—¿Y quién es usted? —el ayudante la miró con asombro.

—Soy Kánkova, frenóloga y poetisa. He estudiado los misterios del universo y del hombre, y anticipo el futuro por las pupilas y las arrugas en las sienes.

—¿Quiere leerle el futuro al comisario?

—Dígale al comisario que le escuché en la conferencia de los maestros; dígale que soy sobrina-nieta del escritor Karamzín y muéstrale mis dos diplomas: el de Zúrich y el de los cursos de Bestúzhev.

La dama caminó hacia la ventana y tomó asiento. El ayudante examinó con curiosidad los crujientes documentos; movía los labios, intentaba leer las letras latinas y luego, mientras seguía pronunciando por sílabas, retiró el auricular del teléfono, que sonaba insistentemente, y respondió, distraído:

—El camarada Póstishev estará en la flotilla exactamente a las nueve.

Soltó el teléfono y durante un instante permaneció meditativo, con los diplomas en la mano. Luego los enrolló y partió hacia la oficina del comisario. Poco después retornó y llamó desde el umbral:

—¡Ciudadana, el comisario la espera!

—Siéntese, por favor —dijo Pável Pétrovich— ¿es usted en verdad pariente de Karamzín?

—Si fuera pariente de su cocinera, viviría mucho mejor. Vine porque escuché su intervención de hoy en el teatro. Llevo dos días sin comer. Ayer, sus soldados me sacaron de mi habitación y pasé la noche bajo la escalera, junto a Vaska, el barrendero.

—¿Es un muchacho ese barrendero?

—Un anciano. ¿Y por qué le interesa eso?

—Dijo usted que el barrendero se llama Vaska…

—¡Pude decir cualquier cosa! He dedicado mi vida a escribir versos, a estudiar la filosofía antigua y a traducir a los poetas griegos. Y me escupen en la cara, me dicen que debían haberme fusilado.

—¿Quién le escupeen la cara?

—Bueno, es una metáfora. Comprenda, el mundo pierde el razonamiento acumulado durante siglos. Miro a los ojos de la gente y veo allí destellos de lejanos incendios y la loca alegría de la vocación secreta de los bípedos: ¡la destrucción! ¿Qué hacen ustedes con el planeta, comisario?

—Estamos haciendo un experimento con él —sonrió Póstishev—, encaminado a que todo Vaska se convierta en Vasili. Mi ayudante me dijo que usted adivina el futuro, ¿es cierto?

—Un camino largo, el diez de bastos, un peligro que amenaza y el rey de oros en la casa de espadas. ¿Qué hacer? Cuando viene la desgracia, la gente busca la fe en cualquier cosa que no sea la verdad. Por la mentira dan pan. Me prohibieron mentirles y estoy pasando hambre; aunque mentía con bondad, sostenía la fe en la gente como podía…

—¿Entonces, no cree usted en los augurios?

—Los de las cartas, con mucho cuidado. Pero creo en la cabalística, la gran magia de las cifras. Recuerde el Zohar judío. En él se dice: «Ay del hombre que solo vea en la Torá simples narraciones y palabras comunes. Las narraciones escritas en la Torá no son más que el ropaje externo de la ley. Ay del que considere el ropaje como ley». Recuerde el *Apocalipsis*: «Quien tenga razón, cuente el número de la fiera. Porque ese número es humano. Ese número es el seiscientos sesenta y seis». Pero el nombre oculto de un monstruo llamado Nerón. ¡Comisario, veo a Nerón en usted!

Póstishev llamó al ayudante.

—Por favor, busque al comisario del Jaurès. Que venga.

—¿Quiere entregarme a él? —se horrorizó Kánkova.

—Sí, sus marineros ansían estudiar. Le devolveremos su habitación y le daremos raciones militares.

—¿A quién le hace falta estudiar ahora?

—A todos.

—En sus ojos brilla la bondad, ¿de dónde la saca? Ustedes rinden culto al descreimiento. En lugar del análisis, han llegado a la uniformidad del pensamiento.

—Usted y yo no vamos a ponernos de acuerdo ahora. Mientras tanto, trabaje con nuestra gente y después conversaremos.

El ruidoso comisario del Jaurès entró jadeante en la oficina; al parecer, había venido corriendo por el pasillo. Kánkova se pegó a Póstishev.

—Esta ciudadana —dijo el comisario del frente, ocultando una sonrisa—, va a dar clases en tu tren blindado. Ponla en la lista del personal y aliméntala.

El comisario del tren blindado examinó a Kánkova con asombro y perplejidad.

—Pável Pétrovich —preguntó, en tono lastimero—, ¿y esta damita es, por lo menos, normal? Hay algo salvaje en ella.

—Totalmente normal. Créale condiciones. Ella leerá libros a los soldados del pueblo y los alfabetizará.

Kánkova, más valiente ahora, estudiaba al comisario del Jaurès a través de sus anteojos.

—Que retire sus binoculares, me siento como bajo fuego de puntería —dijo el comisario.

Kánkova escondió los anteojos y salió en silencio a la antesala. El comisario preguntó a Póstishev:

—Pável Pétrovich, ¿para qué diablos quiero esa flor de iglesia?

—Te será útil, pero no se te ocurra ofenderla. Y sé más delicado con la anciana, su abuelo fue amigo de Pushkin…

Después de despedir al comisario y a Kánkova, Póstishev llamó a su ayudante:

—Por favor, prepare una resolución: desde el día de mañana, retirar una ración al diario *Vperiod* y entregarla a la milicia para los camaradas con muchos hijos, Priymak y Chojov. De nuestros fondos de representación envíe a Lisov, al comité ejecutivo, una libra de tocino y tres kilos de harina de trigo: su mujer se está muriendo de tisis. Y que mañana todo esté listo.

En las posiciones de la flotilla del Amur

El crepúsculo envolvió la ciudad. El agua del Amur se tornó de un color marrón oscuro. En el cielo, todavía claro y extraordinariamente alto, se encendieron las primeras estrellas. Parecía que iban volviéndose incandescentes desde dentro; primero eran claritas,

luego blancas y después, de minuto en minuto, se iban haciendo más y más azules, titilantes, nocturnas. Allá arriba, en un acantilado, voces de muchachas cantaban una prolongada melodía. Cuando concluyó la canción, se pudo escuchar cómo los dedos del que tocaba el acordeón palpaban delicadamente el frágil silencio de la noche.

Póstishev caminaba por la orilla. Las olas marrones, como cachorrillos, lamían sus botas de larga puntera. Póstishev pisaba el borde mismo del agua, como si jugara: ¿resbalaría la bota hacia el río o no? Llegó hasta el muelle y no resbaló ni una sola vez. Sonrió traviesamente y comenzó a ascender por el caminito hacia tres cabañas visibles en la ladera: allí se encontraba el Estado Mayor de la flotilla.

—Camarada Póstishev —lo llamaron en voz baja.

Pável Pétrovich se volvió. Por el muelle caminaba un muchacho jovencito con un mauser. Corrió hacia Póstishev y dijo, sin alzar la voz:

—Camarada Póstishev, soy del grupo de Filipovski.

—¿Y qué?

—Nos llegó la noticia de que van a procesar a nuestro Filipovski.

—Lo van a procesar.

—¿Por qué ofenden a un jefe rojo inocente? Todos estamos de su parte.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Los bandidos acechan. Y nosotros montamos guardia. Filipovski y el cojo están tras la loma, yo estoy aquí, y Vitka, escondido. Todos nosotros nos sentimos dolidos por lo de Filipovski. Usted debía ordenar que razonaran con la justicia…

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Bien, ve a tu guardia. ¿No sientes miedo solo?

—¿Y para qué me sirve esta? —el muchacho sonrió, y se tocó el costado, donde colgaba una enorme pistola mauser en una funda de madera—. Con ella le abro a cualquiera un agujero entre los ojos…

—Oye, chequista —sonrió Póstishev—, ¿tú vas a la escuela?

—Iré, pero después del triunfo a escala mundial. Por ahora, Filipovski nos lee cuentos de Pushkin. Los libros no están mal, solo que hay demasiadas cosas irreales, de magia, que no inspiran confianza.

Ya muy entrada la noche, después de que concluyera la conferencia en el Estado Mayor de la flotilla del Amur, Póstishev se dirigió a su auto, acompañado por los marinos. El comisario se despidió de ellos y tomó asiento en la parte delantera, junto a Ujalov.

—Al Estado Mayor, Andréi Yakovlévich —dijo—. Vamos a dormir, estoy cansado…

—¿Qué hora es, Pável Pétrovich?

—Las diez menos cinco.

—Ya no se ve nada. La primavera ama la oscuridad. Anduvieron un kilómetro y tuvieron que detenerse: el neumático trasero izquierdo reventó. Ujalov maldijo y se puso a buscar el repuesto en el portaequipaje. En el trémulo silencio chillaban las aves nocturnas y susurraba sordamente el Amur.

Desde el camino los alumbró el largo rayo de luz de una linterna. Cortó la noche, se deslizó por los rostros y desapareció; un instante después se percibió en la oscuridad una silueta negra, ponderable y elástica.

—¿Quién es? —preguntó Póstishev—. ¿Quién alumbra?

—Soy yo, Filipovski.

—Cambie el neumático —despidió Póstishev al chófer—, conversaré con el camarada.

—Pues sí —suspiró Filipovski—, ahora ando por allí como un leproso.

—¿Y por qué?

—Estoy bien, pero sé que no es por mucho tiempo. ¿Cuándo se reunirá el tribunal, eh?

—Pronto.

—No puedo mirar a la gente a los ojos. Solicité hacer las guardias de noche. Por la noche, yo mismo me gobierno. Lo único malo es que ladran los perros. Cuando se acerca la mañana, siento angustia y pesadez en el corazón. ¿Por qué aullarán así? ¿Les dará lástima la noche o tendrán miedo a la mañana?

—¿Quieres fumar?

—Se lo agradezco.

Se detuvieron y cada uno enrolló un cigarrillo.

—El tabaco suave da tos —observó Filipovski—. Dicen que el negro es menos dañino para el organismo.

—Es verdad —admitió Póstishev.

—Dígame, comisario, ¿por qué los artistas nunca pintan la noche, sino solo frutas?

—También han pintado la noche, solo que tú no lo sabes, Arkhip Kuindzhi pintó *La serena noche ucraniana,* así se llama un óleo suyo. Es un cuadro maravilloso.

—A mi hijo más pequeño le gustaba mucho dibujar. Yo le recortaba soldaditos de papel y él los pintaba, pero solo tenía un lápiz de tinta. Hubiera dado la vida por poder regalarle una cajita de colores.

—No te tortures más.

—Les sigo viendo. No puedo evitarlo. Por las noches, cuando dormían en sus cunitas, sonreían en el sueño. Ay, Dios mío…

Filipovski se detuvo bruscamente. Agarró a Póstishev por el brazo. En la trémula negrura de la noche primaveral había divisado a dos jinetes que desmontaban junto al cruce de caminos.

—¿Y esos quiénes son? —gritó Filipovski.

—Son nuestros. ¿Por qué gritas? ¡Apaga la linterna!

Uno de los desconocidos se lanzó a un lado y desapareció en la niebla. Al instante sonaron dos disparos seguidos. Filipovski emitió un quejido apagado, agarró a Póstishev y lo tiró al suelo. Alzó su mauser y disparó varias veces hacia el lugar de donde provenían los relinchos del caballo. Resonaron los cascos sobre las piedras.

Filipovski corrió en dirección al grito que se escuchó y tras él fue Póstishev.

—¡Enciende las luces! —gritó al chófer—. ¿No me oyes? ¡Enciende las luces!

Ujalov alumbró el camino. A la luz amarillenta de los faroles vieron a un hombre, aplastado por el caballo. De un salto, Filipovski se acercó a él y le retorció los brazos.

Metieron al bandido en el automóvil. Filipovski se dejó caer junto a Póstishev, palideció, contrajo el rostro y con una mano se palpó el pecho.

—¡Rápido, demonios! ¡El otro escapará! —apuró a Ujalov.

El auto saltaba en los baches y el volante se le iba de las manos del chófer, pálido por la excitación.

—¡Más rápido! —gimió Filipovski.

¡Tras! Las ruedas delanteras se atascaron en un hueco. Se detuvieron.

—Hasta aquí llegamos, madre mía… —dijo Póstishev—. Desmonta, Filipovski.

Pero Filipovski no se movía de su sitio. Pável Pétrovich le tocó el hombro y su mano quedó empapada de algo cálido y pegajoso.

—¿Qué te sucede, Filipovski?

Y Póstishev comprendió que Filipovski no respondía porque había muerto, víctima de una bala de los blancos.

El interrogatorio concluyó al amanecer. El oficial Urusov, del ejército de Kappel, declaró, entre otras cosas curiosas, que al mediodía de ayer Guiatsintov había recibido desde Jabárovsk un cifrado sobre el agente rojo de Dzerzhinski, que había sido enviado a Vladivostok. No dijo quién lo supo, juró que no lo sabía y que solo conocía que el cifrado lo habían transmitido desde la misión japonesa.

Póstishev se comunicó inmediatamente con los guardafronteras y ordenó detener al camarada que debía cruzar el cordón hacia Vladivostok, pero le contestaron que los prácticos se habían

marchado ya y que llevaban al camarada a Vladivostok por los senderos de la taiga. Ya era tarde para detenerlos…

Los prácticos condujeron a Vladímirov hasta la casa campesina de Chu shih y lo dejaron en manos del cazador Timoja.

Este, por lo general, sacaba a la gente desde su choza hasta la estación suburbana de Okeanskaya.

Desde allí salía una locomotora de vapor hasta Vladivostok y luego se podía alquilar un coche. Los prácticos decidieron no detenerse en la casita y al instante regresaron: vivir a doce kilómetros del puesto de los cosacos blancos es mala ocupación para un guerrillero rojo, pero Timoja era cazador, su trabajo era andar por la taiga y perseguir fieras.

Timoja examinó con sus ojos, vagos pero penetrantes, a Vladímirov y le preguntó:

—¿Quieres tomar aguardiente casero, Maxim Maximóvich?

—Con gusto.

—Le he echado sen auténtico. Lo tomas y te sientes como un oso. ¿No tienes ganas de echarte un trago?

—¿De dónde sacas esa frase?

—En tiempos de paz, venían a verme pescadores de la ciudad y yo los visitaba en sus barquichuelos. A veces hablaba como un profesor y mi mujer se asustaba. Le soltaba un par de palabrejas y ella me ponía la mano sobre la frente para ver si tenía fiebre. Y ahora llevo siete años viviendo sin intercambio mental alguno, como un *Rofinson.*

—Un Robinson.

—Eso es.

—¿Y de la gente de Vladivostok, quién venía a verte?

—Muchos —Timoja se animó—. Por ejemplo, venía Nikolái Dionísievich, el más joven de los Merkúlov. Ahora tiene a su cargo los asuntos extranjeros. Hay quien dice cosas de él, está de moda ahora, pero yo puedo decirte claramente: es una persona buena, alegre. Y siempre venía Kiril Nikoláyevich Guiatsintov, el policía.

Tremendo cazador, una fiera. Cada año monteo para él un búfalo, para él y sus amigos… También estuvo con él un profesor, Roman Egorovich Gavrilin. Y su hijita, un angelito, Sashenka. Ahora creo que es una muchacha, si saco buen «balance».

Vladímirov, sonriendo, preguntó:

—¿Quién te ha enseñado esa palabra?

—Un santo. Tiene un oficio que en ruso lleva un nombre grosero. Es algo corto, como culo. Se dedica a los caballos.

—Un jockey.

—Exactamente. Mi hermanito pequeño, Fedka, lo llamaba *zhopei*. Apolinari Pribilov. Tenía muchísimo dinero, pero era un alcohólico. Bebía vino de pan en grandes cantidades, y, cuando se embriagaba, lanzaba a su alrededor monedas de oro de cinco rublos. Entonces nuestro Fedka se arrastraba, la hierba le arañaba las manos. Creo que Apolinari ayudaba a cierta gente con dinero. Tiene buen corazón, solo hay que pedirle las cosas por las buenas. Me compró dos vacas… Y ahora, nuestros campesinos, que lo perdieron todo en un incendio, quisieron ir a verlo, pero las patrullas japonesas no los dejaron llegar a la ciudad. Si lo ves, pídele ayuda a nombre de los mujiks, ¿qué le cuesta a él?

Bebieron en silencio el primer vaso. Resoplaron largo rato, sacudieron las cabezas, entornaron los ojos y, después de beber, aspiraron el olor de las patatas asadas. En la taiga, que parece vacía y retumbante como un teatro de madrugada, gritaban los pájaros. Lejos en el este, junto a la Laubijara, resonaban las cascadas. Las estrellas, que relucían débilmente al principio, ahora eran brillantes y amenazadoras. Una de ellas —al parecer, Orión— se calentaba y emitía luz roja y azul. A Vladímirov le parecía que alguien, allá lejos, quería decirle algo muy importante al mundo, pero no conseguía hacerlo.

Las lenguas de fuego de la hoguera se arrastraban por la tierra o se elevaban formando frágiles figurillas de danzarinas escitas. Al otro lado del riachuelo, en el pantano, gritaban los alcaravanes. Un grito largo y terrible.

—¿Cómo te ha sentado? —preguntó Timoja.

—Quema.

—Calienta. Calienta y renueva todos los órganos del alma. ¿Nos echamos otra?

—Venga.

Timoja sonrió en su barba rojiza.

—De los vuestros nadie bebe.

—¿Los nuestros? ¿Quiénes?

—Los rojos.

—¿Y tú, qué eres?

—Rosado.

—¿Cómo se entiende eso?

—Pues se entiende así: aunque mi Fedka murió por los rojos, seguía siendo blanco, y también era ruso. De rostro duro, los ojos pequeños, igual que yo. Amamos la misma tierra, vivimos bajo el mismo cielo. No me gusta disparar, soy cazador, tengo en la taiga muchas fieras para buscar carne. En esta pelea no me interesa disparar ni obtener un sable dorado. Necesito la verdad. Y cuando les dije esto a los jefes rojos que saqué del cerco, me dijeron que yo era un elemento vacilante y una posible hidra.

—Imbéciles.

—Eso es otro aspecto. Sin embargo, el pueblo los escucha y se ríen de mí, pero cuando los ayudo a ustedes y arriesgo el pellejo, no les cobro nada. Solo pido una cosa: cuéntame la verdad tal como es. El mujik ansía la verdad como la tierra pide el agua.

—¿A tu Fedka se lo llevaron los rojos en una movilización?

—Fue voluntario.

—¿Era del partido?

—Creo que en el ejército se inscribió en una célula.

—¿Conversaste con él?

—Era mi hermano, por supuesto que conversamos.

—¿Y hablaste de la verdad?

—Todavía era pequeño. ¿Qué verdad podía tener él cuando ni los viejos la han encontrado?

—¿Entonces, los jóvenes no pueden encontrar la verdad?

—Les es más difícil.

—¿Crees en Dios, Timoja?

—Es problema mío, no te metas en eso.

—Yo no me meto, simplemente digo que Cristo tenía treinta y tres años cuando lo crucificaron.

Timoja levantó lentamente la cabeza y clavó los ojos en el entrecejo de Vladímirov.

—Me gusta que no me presiones, aunque no hay nada cautivante en tu conversación —dijo—. No son los que seguirían a un hablador como tú. Se te deben hinchar las venas del cuello cuando hablas. Debes pintar un gran futuro: ríos de leche, orillas de gelatina… Entonces el mujik te seguirá. En Rusia puedes engañar a cualquiera con palabras hermosas.

—No soy un estafador. Y además, con cuentos no se alimenta al pueblo. No resulta. La gente mira, mira y se irrita.

—¡Qué me cuentas! —se burló Timoja—. El zar enseñó a los rusos a no irritarse. El ruso, sobre todo, se ofende. Cuchichea con el amigo, atiza a su mujer, toma un poco de aguardiente y eso es todo.

—Dices cosas interesantes.

—Digo lo que hay. ¿Y tú, de cuáles eres?

—Mi padre era un sabio.

—Eres callado. Muchos de los vuestros, los que no son del campo, son habladores. Pero tú escuchas. Eso está bien.

—Los antiguos chinos tenían un libro llamado *Tao Te Ching*. El libro de la doctrina principal. Y esa doctrina principal era la ciencia del vacío. El sentido era sencillo: en cada persona debe haber un vacío a fin de aceptar la opinión de otras, incluso aunque esa opinión esté en contra de la de uno. De todos modos, eso te hace más rico, más amplio en tus razonamientos y más preparado para luchar por lo tuyo, por aquello en lo que crees.

—Entonces, si los blancos asimilan esa ciencia china, llegará la paz, ¿eh?

—¿Quién puede saberlo? —sonrió Vladímirov con alegría—, no he pensado en eso. La gente ha aclarado muchas cosas, pero no han podido poner orden en esto de quién comienza la guerra o quién firma la paz.

—¿Y cómo se puede arreglar ese asunto?

—Dándole la libertad a la gente.

La hoguera se apagó. Desde el riachuelo se levantó la niebla. Era una nube temblorosa, pero espesa, que fluía y, de gris, pasaba a blanca. Los alcaravanes gritaban ya muy cerca. La hierba a orillas del riachuelo mostraba plateadas gotas de rocío.

Vladímirov se acostó sobre la tierra tibia, dobló los brazos tras la cabeza y canturreó algo suave y prolongado.

—Timoja, ¿sabes contar estrellas? —preguntó repentinamente.

—Hay muchas dispersas por los cielos.

—Si vuelvo, te enseñaré a contar estrellas. Puede ser que regrese pronto por aquí, pero no solo, sino con tus antiguos conocidos.

—Los recibiré y los agasajaré, no puede ser de otro modo… ¿Y cuántas estrellas hay en el cielo?

—Yo conté doscientas ochenta y cinco, pero necesito setecientas setenta y siete, eso es.

—¿Para qué?

—Los hindúes dicen que tres sietes es el número de más suerte. Por eso me esmero.

Celda de la cárcel de Vladivostok

Después del interrogatorio, Vasíliev se despertó solo al segundo día. Al principio yacía sin moverse, su cuerpo le parecía ligero y pequeño. Algo le sonaba en la cabeza y pensó que todo lo ocurrido había sido un sueño, pero cuando intentó levantarse del suelo, el dolor le recorrió el espinazo, mugió y perdió el sentido por un instante. Cuando abrió nuevamente los ojos vio encima de él, como en un

manto, los rostros borrosos de sus camaradas del comité clandestino de la gobernación.

—¿Qué fecha es hoy? —preguntó, abriendo con dificultad los labios, gruesos y partidos.

—Ocho —le respondieron.

Vasíliev se estremeció como en una agonía, y comenzó a repetir:

—No puede ser, no puede ser…

Recordó cómo Sujodolski, entre las preguntas sobre la clandestinidad y la imprenta, preguntó en varias ocasiones por el huésped de Moscú. Y él, Vasíliev, debía haber recibido al enviado moscovita en la estación de trenes el día ocho a las nueve de la mañana, o sea, ese mismo día.

—¿Y qué hora es? —dijo, en un ronquido.

—Las diez y media.

—¿De la noche?

—De la noche.

—¿Hoy no trajeron a nadie más a la cárcel?

—A nadie.

—¿Están seguros, camaradas? —preguntó Vasíliev, apoyado en un codo.

—Absolutamente seguros, el último arresto fue ayer. Detuvieron a las muchachas de la imprenta.

Vasíliev se dejó caer sobre el piso y algo parecido a una sonrisa cruzó por su rostro. Algo burbujeó en su garganta; se recostó y fue presa de una tos agónica.

«Gracias a Dios —pensó cuando pudo tomar aliento—, no han encontrado al moscovita, eso significa que me mantuve callado cuando perdí el conocimiento; entonces, todo va bien…».

—Agua —pidió Vasíliev con voz ronca—, parece que me muero, camaradas, se me enfría el corazón. Pero vosotros aguantad; si resistís, todo saldrá bien, si no, es el fin…

Hablaba con rapidez y todo el tiempo movía la mano izquierda sobre su rostro sacudiendo los dedos ensangrentados, con yemas azules en lugar de uñas.

[2] Félix Edmúndovich Dzerzhinski (1877-1926), comunista polaco, fundador de la Policía secreta bolchevique, la Checa, dedicada a combatir la contrarrevolución.

[3] Siglas en ruso de Nueva Política Económica, intento de Lenin por dinamizar la economía rusa mediante el desarrollo de un «capitalismo de Estado». Con ese fin, se permitió la introducción de cierta iniciativa privada que fomentara un mercado interior al tiempo que se mantenía un control estatal sobre los sectores clave de la economía soviética. Se decretó en 1921 y duró hasta 1929, sustituida por el Primer Plan Quinquenal.

RESTAURANTE VERSALLES

Había ruido en el salón. Las personas tras las mesas se conocían entre sí y por ello reinaba un ambiente de alegría desenvuelta, camaradería y franqueza amistosa. En el escenario, un cantante maquillado como Vertinsky cantaba demasiado alto y hacía crujir ruidosamente sus largos dedos; durante las pausas musicales los crujidos se escuchaban en todo el salón. Con los ojos cerrados podía parecer que unas betas pisaban ramajes secos.

Junto al escenario había una mesita para invitados particularmente distinguidos. Aquí estaban Nikolái Ivánovich Vaniushin, el profesor Gavrilin con su hija Sashenka y Efim Mijáilovich Dolin, director principal del teatro «A todos los demonios».

En el escenario, el artista cantaba con voz quejumbrosa mientras se sujetaba la cabeza con las manos:

El divino pajarito
no conoce la tristeza.
Como un perro, el anticristo
ladra con suma pereza…
Duerme oculto y sueña
que el sol rojo brilla.
Ve el infierno el anticristo,
se sacude y chilla.
Tras la hermosa primavera
llega el rojo estío.
¡Bailan los demonios rojos,
al son del judío!

Efim Mijáilovich Dolin, turbado, tosió y arrancó a aplaudir para romper el incómodo silencio que siguió a la canción.

—Comoquiera que sea, señores —dijo con exagerada jovialidad —, yo, que soy judío, acepto como justa la división de nuestra tribu en hebreos y *zhyd.*[4] Todos los Trotski y Kérenski, ¿qué otra cosa pueden ser si no una jeta de *zhyd*? ¿Y quién osaría decir que el señor Abramóvich no es un hebreo?

—Yo —se burló Vaniushin—. ¡Es un mierda ese Abramóvich suyo! ¡Él mismo se metió en un lío y ahora le llora a todos en la pechera para que lo dejen irse al extranjero! *Dreck!*[5] Y tú, Fima, eres un canalla. Si alguien osara decir delante de mí una palabra ofensiva de un ruso le abriría la garganta con los dientes. Pero tú te doblegas ante nosotros, vendes a tus compatriotas como el peor miembro de las centurias negras.[6] Así se comportan las putas, Fima, sobre todo las baratas.

—Cuando ustedes comiencen a maldecir según Dal[7] —dijo el profesor Gavrilin—, avísenme de antemano y retiraré a mi hija.

—Sashenka —se rio Vaniushin—, su papá es un mojigato. Usted es nuestra única poetisa con talento. No tiene que temer a las muecas de la vida, debe verlas. Por ejemplo, últimamente aparecen cada noche en todas los muros consignas pintadas por la mano de jóvenes muchachos, tan obscenas que a mí, conocedor de las injurias rusas sabias y oportunas, me da envidia. Y estoy seguro de que su papá le ordena pasar de largo con los ojos cerrados ante estas muestrecillas del pensamiento popular. Los padres, los padres… Embusteros, pícaros.

—Kolia, ¿por qué dice eso?

—Al señor le gusta regañar.

—Yo regaño a los sirvientes —objetó Gavrilin con brusquedad—, cuando me sirven la carne recalentada.

Vaniushin se acercó a Gavrilin y resopló, fogoso. Era difícil distinguir si estaba borracho o se burlaba:

—Yo, por ejemplo, no le sirvo la carne a nadie, pero de todos modos, soy un sirviente. Quien tiene un rublo no bebe té sin azúcar,

quien tiene diez, pide *shashlik* con costillas y quien tiene miles, quiere adueñarse de la palabra impresa. ¿Y de qué otra forma podía ser? Los millares son la tarjeta de presentación del hombre civilizado. Para él la vida sin una crónica escandalosa, sin gonorrea, no es vida. La crónica escandalosa —y su esencia se encierra en un reportaje político, en la furia publicitaria y el informe desde el frente —, ¡todo eso se lo entrego yo, un sirviente adulador, a ese hombre civilizado! ¡No me pagan por el talento, sino por la cantidad de líneas y el olor a quemado! Y a ti, profesor, también. Y a Dolin hace tiempo. Él monta piezas tan asquerosas que dan ganas de vomitar, pero a los mecenas les gusta. ¿Y qué es un mecenas? Un canalla inculto que se permite tener opinión de todo y aconsejar a todos, porque puede pagar.

Sashenka escuchaba atentamente a Vaniushin con sus cejas, en forma de flecha, muy fruncidas. Dolin hacía bolitas de pan sobre el mantel y Gavrilin sonreía con escepticismo y se lamía un diente, como si le hubiera entrado algo en una caries.

—Mi repertorio no es tan malo, no tienes derecho a ser tan brusco —objetó Dolin—, al menos, a la gente le gusta.

—¡Cállate! No tienes repertorio, tienes una colección de cuentos malolientes.

—¿Sabe usted por qué no tiene razón? —preguntó Gavrilin, pensativo—. Usted, Kolia, no tiene razón porque está poco familiarizado con la historia del sistema estatal ruso.

—Esa historia no existe. Existen chismes que están lejos de la historicidad, y fabulitas groseras de cómo se divertían Ekaterina y Potemkin en la cama. ¡Pero no existe una historia del sistema estatal ruso!

—Te irritas, Júpiter, por tanto, no tienes la razón.

—No me irrito. Yo asevero. Convénzanme de lo contrario, me daré por vencido con gran alegría.

—Trataré de convencerlo por escrito.

—¿Cómo?

—Pues escribiré algo para su periodicucho lacayuno.

—¿Cuándo, profesor? ¿Dentro de cinco años? ¡Para entonces ya nos habrán expulsado de aquí y estaremos abrazándonos con los sabios chinos! La intelectualidad rusa parece un ser con enorme cabeza pero sin manos; y con una maravillosa lengua: podemos charlatanear muy bien, escribir una línea al año, al dictado, pero no podemos entregar una gran obra, un gran trabajo, eso no; que trabaje el mujik, luego nosotros comentaremos tristemente lo hecho por él y trazaremos perspectivas.

—Debería usted suicidarse —aconsejó Gavrilin.

—¡Ja, ja! No, yo quiero vivir. Me causa placer tragar oxígeno, ¡lo único que se le ofrece gratis al hombre!

—No debemos reñir, señores —dijo Dolin—, a fin de cuentas, somos correligionarios.

—¡No debemos! —aceptó Vaniushin y echó en su copa un poco de vodka. El líquido amarillento burbujeó ligeramente—. ¡No hay por qué! Sashenka, querida, recite sus versos: son recios y limpios. ¡Se lo ruego, pequeña!

Tres oficiales borrachos entraron en el salón. Uno de ellos, de baja estatura, con los ojos muy separados, asombrosamente parecido al atamán Kalmykov, vociferó:

—¡A ca-a-a lla-ar!

Los presentes en el salón, acostumbrados a semejantes espectáculos —¡qué no había aprendido la intelectualidad rusa durante los años de revolución!— callaron al momento.

Uno de los recién llegados tomó un corno que traía a la espalda y comenzó a tocar los compases de una marcha de caballería.

—¡Oor-questa! —gritó otro, de pequeña estatura—. ¡Toquen *Que Dios proteja al zar*!

El primer violín, con los faldones del frac tremolando, trotó de puntillas hacia el oficial, cruzando por entre las mesas.

—Señores, la composición de la orquesta no es la más adecuada para tocar esa melodía. Puede resultar algo frívolo.

—Perros, yo les enseñaré lo que es frivolidad —dijo el oficial—. ¡A tocar, perra jorobada!

—Pero…

El oficial arrancó el violín de las manos del músico. El silencio de la sala se hizo tenso. Vaniushin se levantó pesadamente, echó a un lado la silla y caminó hacia el oficial. Se detuvo frente a él, rabioso, enorme: los bigotes le temblaban y la frente se le había cubierto de sudor.

—Largo de aquí —le dijo en voz baja.

El oficial comenzó a desabrochar la cartuchera con dedos rígidos de vello dorado. De una mesita, colocada junto a la puerta, se levantó un joven bien vestido y se acercó rápidamente al oficial, que ya sostenía la pistola por el cabo, y le tocó el hombro. El oficial se volvió y el joven, después de tomar impulso, le propinó un puñetazo en el mentón. El oficial cayó al suelo y se deslizó sobre las nalgas por el parqué encerado hasta la puerta.

Las damas chillaron con voces penetrantes; los especuladores de la bolsa y los intelectuales hicieron mudos ademanes con sus rígidas mangas, expresando así su grave preocupación.

El oficial, aún en el suelo, levantó la pistola y con mano temblorosa comenzó a apuntar al joven, pero este dio un salto, le quitó el arma y a paso lento, retornó a su lugar. Vaniushin se lanzó hacia él, lo abrazó y besó torpemente, como un oso, en el cuello.

—¡Isáiev! —gritó—. ¡Dios mío, Maxim Maximóvich! ¿De dónde has salido? ¡Qué alegría! ¡Isáiev! ¡Maxim!

Vaniushin condujo a Isáiev a través del salón hacia su mesa y todos le aplaudían con simpatía, diciéndole al pasar:

—¡Qué maravilla! ¡Bravo! ¡Qué valor!

Y en ese momento entraba en la bahía de Vladivostok un buque con las luces apagadas. En la proa, con el cuerpo fuertemente asentado en cubierta, estaba el atamán Grigori Mijáilovich Semiónov. Aguzaba los ojos, se mordía el bigote y el labio. Ahora se decidiría su destino: sería el comandante supremo de todas las tropas de Rusia o los Merkúlov se alzarían finalmente con el poder.

Su llegada a este lugar era para todos una sorpresa, ¡y qué sorpresa! Los mercaderes se asustarían, los japoneses se asombrarían —había salido en secreto desde Tokio—, los norteamericanos abrirían la boca; solo los chinos estarían contentos: estaban esperando y prometían ayudar. Había que aplastar a los norteamericanos y a los japoneses para ser ellos los gobernantes. ¡Al diablo con ellos! Si se juega, hay que arriesgarlo todo, de lo contrario no vale la pena comprometerse.

Y en ese momento el humo cubría la mesa de Vaniushin. El editor agitaba la mano derecha sobre la cabeza, mientras con la izquierda abrazaba a Isáiev y gritaba:

—¡No conocemos a Pushkin, profesor! ¡Somos gente oscura!

—¿Pero, por qué? —objetaba Dolin, borracho—. Son versos maravillosos, nos educamos con ellos.

—«En la ensenada, un roble verde»… ¿Esto? ¿Sí? ¡Calla entonces! ¡Tú, Fima, eres un tipo de costumbres amorales, ahora solo se te permite susurrar!

—¿A qué vienen ahora Pushkin y el desmoronamiento del sistema estatal ruso? —preguntó Gavrilin, pensativo.

—¿Cómo que a qué vienen? ¡Muy bien que vienen! Pushkin escribió que no hay nada más terrible que un motín ruso, cruel y sin objetivo. ¡Solamente puede armar un motín aquel que no valora su propia vida! Y nosotros, ¿qué hemos hecho? Leíamos a Uspenski en voz alta, delante de los criados, a cada instante injuriábamos al soberano en aras de la elocuencia, olvidándonos de que se trataba de un descendiente de Pedro I. ¡Si hay algo que hundirá totalmente a Rusia, serán las conversaciones de intelectuales hartos! ¡Hay que leer a Pushkin, a Pushkin!

—Nikolái Ivánovich —dijo Isáiev—, ¿recuerda lo que escribió Pushkin sobre los descendientes de Pedro el Grande? ¿No? Escribió que los miserables herederos del gigante nórdico, asombrados por el brillo de su gloria, imitaron con precisión supersticiosa todo aquello que no requería una nueva inspiración. De esa manera los actos del

gobierno estuvieron por encima de su propia educación, y el bien no se hacía intencionalmente, mientras que en la corte reinaba la ignorancia asiática.

Tras la mesa se hizo el silencio.

—Cuando trabajábamos con Kolchak usted no citaba a este Pushkin —señaló Vaniushin.

—Eso era cuando Kolchak —sonrió Isáiev—. ¿O no?

—¿Para quién trabaja usted ahora?

—Acabo de retornar de Londres, Nikolái Ivánovich.

—No le pregunto de dónde acaba de llegar, sino a quién se ha vendido.

—En verdad, me es difícil…

—En ese caso, desde el día de hoy es usted comentarista de mi periódico.

—Vaya, vaya —dijo Gavrilin con cansancio—. Ya ve cómo se hacen las cosas. Vaniushin no es solo el rey de la prensa, sino un negociante de marca mayor. Isáiev, a usted le espera la gloria, y a Nikolái Ivánovich, nuevos suscriptores. Pero intercale entre sus artículos sobre los descendientes de Pedro el Grande noticias sobre las carreras, va con el espíritu de los tiempos.

—Ahora dirá que soy un especulador —rio Vaniushin—. Aquí todos me consideran un especulador porque, a diferencia del cansancio y sufrimiento fingidos de muchos, profeso la alegría.

—Nikolái Ivánovich —solicitó Sashka Gavrilina, que hasta ese momento se había mantenido en silencio—, usted me prometió mostrarme las barracas de los apestados.

—No digas tonterías, Sashenka —dijo el padre irritado—. Tus experimentos se están convirtiendo en algo absurdo.

—He oído que los enfermos de peste, cuando deliran, dicen toda la verdad y hablan de sí mismos con implacable sinceridad —siguió Sashka—. Eso, si les da tiempo. ¿Y todos ustedes? Dan vueltas alrededor de la verdad, pero nunca llegarán a ella.

—¿Por qué? —inquirió Vaniushin.

—Porque se quieren ustedes demasiado y la verdad es como un dulce de frutas, solo para el postre. Porque hablan de la verdad mientras que ella no gusta de conversaciones y prefiere el silencio o la acción.

Dolin balbuceó algo incomprensible. Vaniushin, en silencio, besó la mano de la muchacha, mientras que Isáiev echó atrás la cabeza y la miraba con ojos entrecerrados sin que quedara claro si se estaba burlando o estaba asombrado.

Sashenka percibió la miraba Isáiev. Estaba acostumbrada a que la miraran con adoración, pero aquel hombre extraño, seco como un inglés, parecía estarse burlando.

—¿No está usted de acuerdo? —preguntó la muchacha.

—Precisamente, me disponía a visitar a los apestados, así que aguardaré antes de responderle —contestó Isáiev.

—¡Oh, oh! —exclamó Vaniushin de repente, alargando las vocales —. ¡Kiril! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí, amigo!

Todos se volvieron. En la puerta se encontraba Guiatsintov.

El coronel caminó al encuentro de Nikolái Ivánovich. Se besaron tres veces mientras se daban fuertes abrazos: era una moda actual, no bastaba con besarse, sino que, como si fueran españoles, se palmeaban constantemente las espaldas. Guiatsintov parecía cansado, pero en sus ojos había agradables llamitas de alegría. Oprimió la mano de Sashenka, saludó secamente a Gavrilin y dio una palmada en la nuca de Dolin con aire familiar y amistoso.

—Te presento a mi amigo, Kiril —dijo Vaniushin—. Servimos juntos en Omsk, en el buró de prensa del almirante Kolchak.

—Maxim Maximóvich Isáiev.

—Guiatsintov.

Un susurro, rápido como el viento, atravesó el salón.

Desde la puerta caminaba directamente hacia la mesa, sin mirar a nadie, Nikolái Dionísievich Merkúlov, ministro de Asuntos Extranjeros. Ágil, de rostro cosaco inteligente, de anchos pómulos, saludó a todos con una sonrisa, bebió un poco de vino y, sin decir

palabra, comenzó a revolver con su tenedor la pasta de hígado de pescado.

—Profesor —se dirigió a Gavrilin—, le ha llegado el visado de Washington, así que debe usted partir, a más tardar, dentro de una semana.

—Cuando un profesor se convierte en jefe de una misión diplomática —señaló Vaniushin—, se pueden esperar grandes molestias y con toda seguridad, pérdidas causadas por el orgullo y la inflexibilidad.

Merkúlov se inclinó hacia Vaniushin y susurró muy bajito, casi sin mover los labios:

—El atamán Semiónov acaba de llegar al puerto. Por toda la ciudad han pegado ya una orden con su firma: «Comandante Supremo de todas las Fuerzas Armadas del Este de Rusia». Este idiota no comprende la nueva situación. En el puerto ya comenzó el tiroteo. Los soldados de Semiónov, borrachos, disparan al azar.

—¿Dónde está Spiridon Dionísievich? —preguntó Vaniushin, quien volvía lentamente a la sobriedad.

—Mi hermano está rezando. Se encerró en su oficina y no quiere escuchar a nadie. ¿Vamos para allí? Se da un baño, yo hago café y podemos reflexionar.

Vaniushin se levantó y de pronto todo se puso oscuro ante sus ojos. Pensó que era un fallo del corazón. Pero no, eran las lámparas que se apagaban lentamente y un amanecer grisáceo entraba reptando por las ventanas. El golfo del Amur adquiría ahora un tono profundamente verde, como un campo primaveral de noche.

—¿Qué ocurre? —inquirió Guiatsintov, sin dirigirse a nadie en particular.

—Una huelga —le respondió el *maître* en un susurro al oído.

El coronel se levantó lentamente, hizo una reverencia a todos y salió del salón.

Vaniushin y Merkúlov lo siguieron.

Gavrilin los vio alejarse y dijo con voz cansada:

—La política de los siervos se distingue por su confuso liberalismo y con frecuencia es sustituida por una crueldad innecesaria; además, es inconsecuente e ingenuamente pícara. Buenas noches, Isáiev. Venga a visitarnos, me alegrará verlo en casa. Buenas Noches, Dolin. Vamos, Sashenka, es hora de dormir.

Cuando Gavrilin y su hija hubieron partido, Dolin propuso:

—¿Vamos con las prostitutas, Maxim Maximóvich?

—Mejor me bebo un café.

—Entonces, hasta la vista, voy a sacrificarme.

—Enhorabuena…

Isáiev permaneció solo tras la mesa y contempló largamente la bahía, tranquila e inmensa en el amanecer.

Hotel Versalles. Habitación de Vaniushin. Por la mañana

—¿Sabe usted en qué consiste la tragedia de las buenas personas? —preguntó Nikolái Ivánovich a Isáiev.

—Seguramente en que nunca sienten rabia.

—En parte sí. Pero lo fundamental es que las buenas personas son pocas sobre la tierra, esa es la cuestión. Las buenas personas se consumen, sufren por lo que han hecho. Y finalmente, lo miden todo con su buena varita, y eso es lo más terrible. Al fin y al cabo, el deseo de medirlo todo con su propia vara o bien convierte al hombre bueno en un trapo inerte a la vista de los demás, especialmente de quienes lo rodean, o lo convierte, por desesperación, en un malvado.

—Espero que esa disquisición no tenga nada que ver conmigo —dijo Isáiev.

—Que el Señor lo acompañe. A propósito, no permita que nadie lo llame Max. Sobre todo entre las mujeres que usted ama.

—Yo solo permito que me amen. Personalmente trato de no amar. Es agotador.

—¿Y cómo lo logra? Deme la receta.

—Sencillamente, pertenezco al grupo de gente no muy buena. ¿Ha escuchado usted algo de los experimentos de Karl Kretschmer?

—No.

—Son muy interesantes. Kretschmer divide a la humanidad en tres categorías: los picnics, los atléticos y los asténicos. Los picnics son gente robusta, de rápidos movimientos, de cuello corto, con la cavidad torácica fuertemente desarrollada, proclives a la obesidad, al ahogo, de ojos pardos y frentes curvas. No se ría. Kretschmer realizó más de treinta mil observaciones en su clínica. Ahora voy a enumerar los rasgos del carácter de los picnics, y todos se ajustarán a usted.

—Adelante.

—Los picnics son sociables. Todos los políticos destacados de la historia, desde los tiempos de la Hélade, han sido picnics. Para las personas de este tipo lo más terrible es la soledad. Han sido creados para la sociedad, para un trabajo muy activo. Las enfermedades más comunes entre ellos son las cardíacas; son dubitativos y muy sensibles; sus ideas son amplias y poco concretas; profesan la síntesis y no el análisis; su memoria no es universal sino que contiene lo más brillante, lo que más se destaca, y de ahí surge la convicción mezquina de que los picnics poseen conocimientos superficiales. Ellos asimilan un libro, un espectáculo o una ciencia de forma global e inmediata, y lo aceptan todo o lo rechazan todo rotundamente. Si bien los atléticos y los asténicos tienden a no contraer compromiso alguno, los picnics destacan por una afición al riesgo tal que para un atlético o un asténico esa actitud equivaldría a una traición. Y, finalmente, tienen infinito entusiasmo por el amor, aunque tanto el amor como el entusiasmo no constituyen en sí el objetivo, sino más bien un instrumento auxiliar y un estímulo para la constante renovación de la actividad fundamental del picnic.

—Excelente, tiene usted un número bien preparado para la función. Sus informaciones dejarán estupefactos a todos los picnics

que estén presentes en la sala. Es divertido. ¿Y cómo son los atléticos? —preguntó Vaniushin.

—Exteriormente, el patrón del atlético es la escultura griega: la calma, el racionalismo, la precisión. El asténico es delgado, de hombros caídos; incapaz de acumular grasas; proclive a las enfermedades pulmonares, analítico y pesimista.

—¿Considera usted que esa clasificación es seria?

—Aún es temprano para sacar conclusiones, pero, en mi opinión, los experimentos son interesantes.

—Los picnics seguramente tienen un burdel en la casa, ¿eh?

—No siempre, pero sí en la mayoría de los casos.

—¡Ya ve! ¿Y quién es el culpable? —se burló Vaniushin—. Los adictos al futurismo, acmeísmo, imaginismo y todos los demás canallas…

—¿Por qué los trata tan groseramente?

—Porque los odio. Todos esos «ismos» son un método para mantenerse contentos e instalados y hacer trucos cuando la censura se ensaña contra el realismo. Se muestran enigmáticos, revolotean sobre la superficie misma de los acontecimientos y además hacen el papel de genios incomprendidos, víctimas de funcionarios oficiales. ¡Bah!

Isáiev permaneció largo rato junto a la ventana, aguardando a que Vaniushin se pusiera la corbata y se peinara.

—Seguro que no hay nada más triste —dijo pensativo a Vaniushin cuando este retornaba del lavabo— que mirar a una mujer que lleva largo rato sentada sola en un parque…

—Por una parte, y por otra, no habrá nada más triste que ver hoy por la mañana a nuestro primer ministro, que tiene por delante las conversaciones con Semiónov. Vamos a la redacción, hay que escribir los comentarios para el número de hoy. Le iré poniendo al tanto de las cosas.

Con Semiónov

En el salón, cuyas paredes estaban revestidas con madera de roble, había tres personas: el atamán Semiónov, que pretendía asumir todo el poder y frente a él, los hermanos Merkúlov, dueños actuales de la situación.

Merkúlov, el mayor, terminaba de hablar mientras revolvía el té verde en una finísima taza de porcelana:

—De esa manera, estamos contentos de saludarlo aquí, en esta isla de tierra rusa, libre y democrática. Tan pronto como usted tenga a bien proponer su candidatura para la rueda complementaria de las elecciones a la Asamblea Popular, y si es usted electo, nuestro gobierno se sentirá feliz de proponerle la cartera que nuestra democrática asamblea tenga a bien aprobar.

—¿Dónde has aprendido tú, Spiridon Dionísievich, esos giros de judío?

—¿Por qué ser tan grosero? —intervino Nikolái Dionísievich—. Es posible serlo en las tropas cosacas, pero aquí no es necesario, Grigori Mijáilovich. Aquí es necesario analizarlo todo con sobriedad, y desde todos los puntos de vista.

Semiónov se levantó de la mesa y comenzó a dar vueltas por el camarote. Los reflejos del sol cruzaban rápidamente por el techo de roble veteado. A través de los ventanillos se distinguían dos minadores con la bandera de San Andréi, fondeados frente al buque de Semiónov. A todos los cañones les habían retirado las fundas y Semiónov percibió que prácticamente le apuntaban.

—¿Con sobriedad? —dijo Semiónov, ahora más calmado—. Buena sobriedad es esa, cuando toda Rusia ha sido ultrajada por la canalla roja y vosotros ni bramáis, ni dais terneros. Hay que aniquilar la gangrena roja.

—¿De qué forma?

—Con la horca y el látigo.

—Vives en el día de ayer, Grigori Mijáilovich.

—Y además —señaló, pensativo, el mayor de los Merkúlov—, para que el ataque sea efectivo se requiere una buena preparación, señor atamán. Hay que esperar, acostumbrarse a lo nuevo.

—¿Aguardar, para qué? ¿Para esperar a que nos echen al océano? No, eso no es para mí. O como digo yo, de ninguna forma. Si tenéis miedo, ceded vuestro lugar a otros.

—Grigori Mijáilovich —Nikolái Dionísievich se echó a reír—, ¿para qué utilizas el plural cuando estás hablando solo de ti?

—Ajá —Semiónov agitó la cabeza para ocultar una expresión de burla—, ¡mucha falta me hace el poder! Haré lo mío y me marcharé. En el combate cualquier cargo me es honroso.

—Te gustan las palabras hermosas, Grigori Mijáilovich. Cualquier cargo… Si te sirve cualquiera, te propongo el de jefe de regimiento. ¿Te va bien?

—¿Para qué te envalentonas conmigo? No vine aquí a compartir cargos, sino a luchar por el honor mancillado del soberano emperador.

—¿Ves lo nervioso que te has puesto? No debiste hablar de cargos. Ya nos hemos puesto de acuerdo: cuando pasen las elecciones, te recibiremos en nuestras filas con el corazón abierto. ¿Acaso no puedes esperar uno o dos meses? Cuando nosotros preparamos nuestro victorioso golpe de Estado esperamos mucho más. ¡Y nosotros, Grigori Mijáilovich, no estábamos como tú en Tokio, sino bajo los cañones de los chequistas!

—¡No puedes reprocharme eso! Mientras tú acaparabas aquí oro en el año veinte, yo aguantaba a los rojos en Chitá y enterraba a mis amigos. ¡Buenos Purishkévich[8] me han salido!

—Le ruego se comporte según las normas de la decencia. ¡Me avergüenzo de usted, atamán! —reprochó el primer ministro.

—¡Mejor avergüénzate de ti mismo! ¡Ay, no os gustan las franjas amarillas,[9] las horcas os asustan! ¡A mí también me molestan, yo también soy persona, pero estuve en el frente mientras vosotros manteníais el culo caliente! ¡Cuando os den una paliza, os voy a ver saltar!

Los Merkúlov, airados, salieron del camarote. En la cubierta los rodearon los periodistas formando un estrecho círculo. Se sucedían las preguntas, funcionaban continuamente las cámaras fotográficas y

de cine. El primero de los periodistas era Isáiev. Junto a la escalerilla, Spiridon Dionísievich se detuvo y respondió a todas las preguntas con una frase estereotipada:

—Señores, repito, las conversaciones prosiguen en una atmósfera de cordialidad y total comprensión mutua. Grigori Mijáilovich Semiónov es un verdadero patriota que comprende, en forma delicada y propia, el meollo del instante que estamos viviendo. Estamos convencidos de que en el futuro nuestros contactos serán aún más amplios.

—Al pensar en el futuro —añadió Nikolái Dionísievich—, por supuesto, asimilamos con sensatez las lecciones del pasado.

El más joven de los hermanos, como era de esperar, tuvo menos serenidad: algo dejó escapar. Y basta mostrar la puntilla a un gacetillero para que por allí lo saque todo. Hubo ruido, gritos, nuevas preguntas. Los hermanos se niegan a responder. Descienden con rapidez por la escalerilla, se introducen en su lancha blindada y navegan rumbo a la costa.

Isáiev corrió hacia la sección de pasajeros y se acercó a la puerta que conducía al camarote de Semiónov, como un gato, pisando suavemente.

La misión japonesa

El agregado de prensa dictaba rápidamente al telegrafista:

—La siguiente información, bajo la clave «Sur», la transmitirá simultáneamente a dos direcciones: al Ministerio de Asuntos Extranjeros y a la Inteligencia Militar del Estado Mayor general. ¿Está usted listo?

—Listo.

—Magnífico. «Vladivostok, siete mil ochocientos cuarenta y cinco; el agente setenta y seis con ratificación del agente cuatrocientos ochenta y siete, informa: las conversaciones entre Semiónov y los Merkúlov, que duran ya dos días, se han detenido en un punto

muerto. Lo que ocurre conviene a los rosados, que ahora prosiguen la huelga general. Al hablar de rosados nos referimos a los obreros cuyas convicciones son cercanas a las de los bolcheviques. En la ciudad hay menos rojos después del arresto del eslabón dirigente clandestino, efectuado por el coronel Guiatsintov. Y aunque los rosados no tienen organización, las diferencias entre los dos líderes de la Rusia blanca, entre Semiónov y los Merkúlov, pueden ser un magnífico motivo para la propaganda antigubernamental y antijaponesa. La única salida correcta de la situación creada es la reconciliación de los dos líderes y la creación de un gobierno de coalición. Por ahora no podemos apoyar a ninguno de los dos, a fin de no cometer un error en el futuro: Semiónov es perspectivo como fuerza armada de gran audacia, mientras que los Merkúlov representan el poder de las instituciones comerciales e industriales. Conclusiones: hacer el máximo esfuerzo y ejercer presión tanto sobre los Merkúlov como sobre Semiónov, a fin de que en los próximos días se logre un acuerdo y el carácter monolítico del poder sea ratificado públicamente, tanto ante Rusia como ante la opinión pública internacional. Ahora estamos trabajando para esclarecer los contactos de Semiónov con grupos chinos». ¿No está usted cansado, Suwamasan?

—No estoy cansado, le agradezco su cortés atención.

—Entonces, proseguimos…

La misión norteamericana

El segundo secretario dictaba al telegrafista:

—«Y aunque nuestra posición con respecto a Semiónov es extremadamente negativa, en el momento presente no vemos otra salida que no sea la búsqueda de las posibles vías para la reconciliación de los dos bandos. Esta medida provisional debe ser ahora, en las primeras etapas, un testimonio de la unidad de los grupos que se contraponen a la ideología del bolchevismo, mientras

mantienen sus diferentes convicciones políticas, libres de cualquier presión externa».

El consulado francés

Del vicecónsul al telegrafista:

—«Y por último: aunque nuestras simpatías están al lado del atamán Semiónov, como el combatiente más consecuente contra el bolchevismo, teniendo en cuenta la situación política real en las regiones orientales, debemos apoyar a los Merkúlov, con el objetivo de que las tropas de Wrangel, al llegar aquí, no entren en conflicto con el ejército de Semiónov. Hasta por sus simpatías personales y sus relaciones, Wrangel y los Merkúlov tienen más afinidad que el atamán y el general. Para nosotros, la salida más conveniente de la situación creada es una coalición entre los Merkúlov y el atamán. Eso nos permitiría —con el transcurso del tiempo— subordinar a los Merkúlov a la influencia de Wrangel, o sea, a nuestra influencia».

Residencia de Merkúlov

El general japonés Tachibana se encontraba con su traductor en la oficina de Merkúlov desde hacía tres horas. Frivéiski, que había entrado dos veces a ver a Spiridon Dionísievich con la prensa fresca y con nuevas informaciones de las agencias telegráficas, prolongaba con toda intención la tarea de recortar las noticias y subrayaba los lugares interesantes con lápices de diferentes colores, a fin de escuchar con atención y concentración el diálogo tenso y puntilloso del primer ministro y el general.

Al salir por tercera vez de la oficina, después de conversar dos minutos con el más joven de los Merkúlov, tomó el auricular y marcó el número de Vaniushin:

—Nikolái Ivánovich, hace falta un buen titular. Mañana, Semiónov y Spiridon Dionísievich firmarán una declaración conjunta. ¡Hemos ganado el combate por nuestra unidad monolítica!

Redacción de Vaniushin

—Deje espacio en la primera columna —dijo Vaniushin al cajista —, enseguida esbozaré un titular. El encabezamiento será en un puntaje mayor.

—¿Qué encabezamiento? —preguntó Isáiev—. Ya sé: «¡Fuera de Vladivostok, atamán!»

Vaniushin soltó una carcajada:

—Ayer, quizás, pero hoy: «Hemos ganado el combate por nuestra unidad monolítica».

—¿Lo cree usted de verdad, Nikolái Ivánovich?

—¡Nunca he estado tan convencido de nuestra victoria como ahora, Maxim, nunca! Antes, las disensiones nos devoraban: Denikin andaba por su camino, Kolchak, por el suyo; los ingleses intrigaban; los franceses estaban en contra del almirante; los norteamericanos esperaban. En una palabra: ¡un burdel! Pero ahora, en el territorio de Rusia hay un solo foco de libertad: ¡nosotros! ¡Todo el mundo civilizado nos ayuda y simpatiza con nosotros! ¡Estamos apoyados por la marina norteamericana y la infantería japonesa! Después de todo, los Merkúlov son patriotas rusos, que no persiguen intereses personales, sino que viven para la tarea principal de liberar a la nación del yugo bolchevique. Son honestos y sencillos como el mujik ruso; tienen buen corazón, créame. ¡Y al diablo con Semiónov, a fin de cuentas! Es un soldado, estará subordinado a nosotros, tendrá que someterse, pero sus cosacos lo adoran y eso es una fuerza a considerar. Y finalmente, es mejor una mala paz con él que una buena pelea, eso es verdad; a propósito, tiene gente de fiar en Berlín: el coronel Freinberg y Aparóvich, quienes también pasarán a subordinarse a nosotros. Son personas serias, muy serias, así que

estoy rebosante de optimismo, amigo mío, un optimismo que se apoya en hechos reales y no en sueños. Acabamos de salvarnos del cisma: he aquí una brillante ratificación de mis palabras, ¿no es así? Y, además —sonrió—, ahora estoy sobrio.

Vaniushin se encerró en su oficina y pidió a Isáiev que no se ausentara de la redacción. Este prometió encontrarse cerca, como mucho, se pasaría por el bar. En realidad, fue al café-bar Banzai. Allí, en una mesa oculta tras un biombo de bambú, se encontraba un hombre joven, parecido a un coreano.

—Perdone, ¿me puedo sentar a su lado? —preguntó Isáiev.

—Oh, por favor —respondió el coreano—, será un placer.

Isáiev pidió un poco de whisky al camarero, que se acercó corriendo. Con un movimiento apenas perceptible, Isáiev entregó al coreano dos hojitas de papel de arroz. Este dejó yen y medio sobre la mesita de mármol, hizo una reverencia al estilo japonés y salió, como si nunca hubiera estado allí.

Redacción de *Vladivo News*

Aquí, en un gran salón de enormes ventanas de arcos ojivales, junto a una extraña planta que crece en una gigantesca maceta, hay un escritorio de forma singular. Sobre él, una máquina de escribir vieja, bastante desvencijada, y hojas de un magnífico papel de arroz, muy tupido, pero a la vez muy fino. Es un placer escribir sobre él. Y el placer había sido reservado a Joseph Lobbe, corresponsal de prensa, el único norteamericano en este periódico ruso pronorteamericano. Precisamente a él se acercó el coreano que había estado sentado en el bar, junto a Isáiev. Susurró algo al oído de Lobbe. Este sacó cincuenta dólares de su bolsillo, el coreano sacudió negativamente la cabeza; entonces, Lobbe añadió otros diez y, después de esto, recibió dos hojitas de papel, en las que se encontraba el «borrador auténtico de la declaración» del atamán Semiónov, «robado el día anterior por un camarero del buque japonés». La declaración era

escandalosa. Comenzaba al estilo de Semiónov. «Yo, Comandante Supremo y Gobernante de la Región oriental de Rusia, teniente general, atamán de las tropas cosacas, Semiónov, me dirijo a ti, pueblo ruso. Con dolor en el corazón veo que aunque el yugo bolchevique ha sido arrojado con la ayuda del Señor, no ha triunfado el espíritu auténticamente popular, el espíritu de venganza de los ultrajados y asesinados por la canalla roja. Un gobernante blando no es capaz de conducir a su pueblo a la hazaña y a la gloria; por tanto, desde el día de hoy considero depuesto al llamado gobierno de Merkúlov y declaro disuelta la Asamblea Popular hasta las nuevas elecciones para que nosotros, hijos de la fe y la religión ortodoxa, conduzcamos nuestras enseñas —a través del sacrificio y la sangre— hacia la libertad y para poner fin a la diabólica pesadilla en la que nos sumieron los perros rojos y los abortos judíos.»

¡Qué sensación, qué escándalo, Dios mío, qué encanto! Y el material, ¿estará comprobado? ¡Desde luego, seguro que sí! Chen, el coreano, es estudiante de la universidad, comercia clandestinamente y ha conseguido muchas veces noticias escandalosas. Y además, siempre precisas.

—Gracias, Chen —dijo Lobbe—, gracias.

Y corrió escaleras abajo, hacia el telégrafo.

Bien. Exactamente dentro de dos horas todo Vladivostok conocerá el texto de la «declaración» de Semiónov, escrito por Isáiev. En lo que Semiónov se recobre del golpe y atine a publicar un desmentido, pasará el tiempo. Es posible que Nikolái Dionísievich, al ver que Semiónov no actúa, haga una declaración a la prensa, o que Nikolái Ivánovich, bajo los efectos del alcohol, haga caso de los consejos de Maxim Maximóvich. Todo puede suceder. Por ahora, lo más importante, lo principal, se había logrado.

Chen volvió a su hotel coreano de tercera clase, entró en el cuartucho del sótano, cerró la puerta y comenzó a desvestirse. Se quitó el traje de moda, lo colgó en una percha, lo cubrió con un forro de gasa y se acostó en una alfombrilla. Sacó el dinero que le

dio el norteamericano, lo contó cuidadosamente, extrajo un dólar para su alimentación y escondió el resto en un agujero, hecho con disimulo en el suelo. Ese dinero era intocable, iría a la caja del partido o se utilizaría para necesidades operativas. Todo su alimento consistía en una taza de arroz y un trocito de carne al día. Chen se cubrió con una colcha delgada, se encogió como una pelota y trató de dormir. Después de cada operación le dolía terriblemente la nuca, llegaba incluso a perder la vista y el sentido. Ahora tararea una canción de cuna. Los niños chillan en el patio. Chen se obliga a dormir. Duerme exactamente una hora, como si hubiera puesto el despertador. Sale de su cueva como un joven bien vestido, despreocupado, con una sonrisita asquerosa, servil, y se encamina hacia la bolsa, al encuentro de sus «amigos» especuladores.

Redacción de Vaniushin

Nikolái Ivánovich miraba hacia el puerto oscuro. Pitaban los buques aún no descargados. Gemían los tranvías; los conductores estaban en huelga; por ello, las calles se veían repletas de gente. Los restaurantes estaban abiertos, en los cafés y los parques tocaban las orquestas. El centro rezumaba alegría. Y si hacían huelga, era su derecho. Un poco de huelga y la abandonarían. ¡Dios todopoderoso, qué bello era todo! La bahía del Cuerno Dorado, el cielo enloquecido, teñido por el crepúsculo; los árboles, todos hirviendo de verde; el público alegre en las calles: estudiantes, oficiales, negros, damas, japoneses, norteamericanos, griegos, chinos. ¿A quién temer cuando las ciegas torres de las baterías de los cruceros miran a la ciudad, cuando los soldados de Kappel perforan a tiros muñecos de paja en los campos de entrenamiento? Al día siguiente, la ciudad recibiría con solemnidad a Semiónov: seguramente, este pediría la cartera de ministro de la Guerra. ¡Al diablo con él!, si firma la declaración, los japoneses lo obligarán a respetar lo pactado.

El cajista trajo de la imprenta las galeradas del número. En la primera plana, un enorme titular: «¡Hemos ganado el combate por nuestra unidad monolítica!» Y, a continuación, un brillante comentario de Vaniushin, de altos giros publicitarios.

Nikolái Ivánovich firmó el número para la imprenta. Precisamente en ese instante entró en la oficina un reportero de la sección internacional y puso sobre el escritorio de Vaniushin los resúmenes frescos de la agencia norteamericana adjunta al *Vladivo News*, con el texto completo de la «declaración de Semiónov», obtenida por Joseph Lobbe de «fuentes fiables, cercanas al Estado Mayor del atamán Semiónov».

El titular de la noticia de Lobbe era escandaloso y sensacional: los norteamericanos aman el sensacionalismo, solo piensan en desprestigiar a personas honradas. El titular, en letras grandes, era llamativo: «Derrocados los Merkúlov».

Vaniushin telefoneó a los hermanos. Aún no sabían nada de la declaración de Semiónov. Después de leer el texto, Spiridon Dionísievich tosió largamente y su voz se volvió aguda, como la de un adolescente. Preguntó:

—¿Qué aconseja usted?

—Voy ahora mismo a verlo —dijo Vaniushin—. Vamos a pensar juntos cómo partirle la crisma a ese miserable.

Corren los niños por la Svetlanka, gritan y agitan sobre las cabezas los periódicos frescos:

—¡Últimas noticias! ¡El atamán Semiónov acaba de ser despojado de su grado de general y declarado persona non grata en nuestra ciudad! ¡El atamán Semiónov bajo arresto domiciliario en un navío japonés! ¡Han puesto fin a las intrigas del orgulloso capitán de cosacos! ¡Gran victoria de la democracia! ¡El pueblo aprueba la victoria de nuestra querido gobierno!

La noche siguiente, el atamán Semiónov escapó del buque y se dirigió hacia la frontera china, a Grodekovo, donde se encontraban sus unidades cosacas. Mascullaba injurias y juraba ajustar cuentas a

los Merkúlov. Las declaraciones sobre la sagrada lucha contra los perros rojos pasaron a un segundo plano —había que salvar el pellejo y asegurar el propio destino—, los dos hermanos podían llegar a meterle un plomo de colt en el medio de la espalda y eso sería el final.

A su vez, los Merkúlov, preocupados por una posible acción de Semiónov, se dedicaron a organizar las líneas defensivas en la región de Grodekovo. La situación amenazaba con provocar una seria división entre los dos líderes blancos.

Los representantes japoneses en Vladivostok se desvivían por lograr una reconciliación entre los bandos en pugna. Pero los Merkúlov y Semiónov no aceptaban hacerse concesión alguna, y embebidos en la confrontación, apartaban a los japoneses como si fueran molestas moscas.

En esa situación, el Ministerio de Asuntos Extranjeros japonés «dio a entender» a las partes interesadas, a través de terceras personas, que las conversaciones entre la Chitá roja y Tokio, antes rechazadas constantemente por el mikado, ahora eran posibles. ¿Y cómo no iban a serlo cuando había comenzado semejante lucha entre los Merkúlov y Semiónov? Era indispensable encontrar una plataforma de reserva. En la política, como en la siega del trigo, quien no piensa en el día de mañana está perdido y nadie le prestará su ayuda.

Carta del representante de la RSFSR en Alemania a Rosen, ministro de Exteriores de Alemania.

Tengo el honor de adjuntar a este documento, en calidad de originales y copias, así como de fotografías, con la correspondiente traducción literal al alemán, dos documentos emitidos por la cancillería del representante del atamán Semiónov, que se encuentran aquí, en Berlín. De estos documentos se deduce, sin lugar a dudas, que un cierto coronel Freinberg, con ayuda de un capitán nombrado Aparóvich, ha constituido en el territorio de

Alemania una representación de las hordas rebeldes del general Semiónov, que actúan contra la República Soviética Rusa en el Lejano Oriente y llevan a cabo aquí el reclutamiento, a fin de reforzar esas tropas.

Al adjuntarle a Usted, señor ministro, los documentos mencionados, me permito llamar su atención sobre el hecho de que la existencia misma de esa denominada representación en el territorio de Alemania infringe los acuerdos contenidos en el artículo uno del convenio del 6 de mayo de 1921. La tolerancia de las autoridades alemanas respecto a la actividad del reclutamiento del coronel Freinberg es incompatible con las relaciones de amistad entre Alemania y la RSFSR. Además, esa actividad constituye un acto delictivo en virtud de la legislación general alemana.

Tengo el honor de solicitarle, señor ministro, en nombre de mi gobierno, el cierre inmediato de la representación instalada por el coronel Freinberg y que se impida de hecho su actividad de reclutamiento, así como que se proceda contra él y el capitán Aparovich por vías de la justicia.

Aprovecho la oportunidad, señor ministro, para reiterarle el testimonio de mi más alta consideración.

V. DE KOPP

ESTACIÓN FERROVIARIA DE CHITÁ II

La estación está desierta. Junto al andén recalentado por el sol se encuentra formado un regimiento de honor y un poco apartada, bajo un techo despintado, la banda de la guarnición de Chitá. Junto al letrero desteñido del restaurante hay un grupo de jefes militares y representantes de grupos parlamentarios de la Asamblea Popular de la RLO y de funcionarios partidistas: bolcheviques, eseristas y mencheviques. Los cadetes[10] y los socialistas están apartados y conversan vivamente y ríen; los rostros están cuidados; brillan las

monturas doradas de las gafas; ostentan los bastones, blancos, importados de París; usan botines a la última moda de Norteamérica, de puntas redondeadas, y chaquetas cortas, al estilo también norteamericano.

Los jefes de la estación, prevenidos de la llegada del nuevo ministro de la Guerra y comandante en jefe, metieron a los pasajeros en la sala de espera y cerraron todas las puertas, sin confiar en los controladores; la gente los aplastaría con tal de presenciar el espectáculo. Todas las puertas de vidrio se encuentran combadas por las narices de los curiosos, pegadas a ellas.

—Dicen que es un alto jefe —susurran en la sala de espera—, viene a implantar el orden, a sacudir a los burgueses de aquí.

—No seas tonto, Emelian; es un alemán, y los alemanes son los mayores burgueses del mundo.

—¡Alemán! Idiota. Es un judío, un judío.

—Los hebreos son feroces enemigos del capital. Ahora sacuden la cabellera rizada y ahí vienen las confiscaciones.

—Mira, los cadetes lucen sus lentes. ¡Ministros capitalistas! En la época del almirante, eran jefes, y ahora lo siguen siendo. ¡Ay, Rusia, aún no te han flagelado bastante!

—Aguarda y nos golpearán, nos alzaremos y nos saldrán chispas del culo.

—Papá, ¿por qué los eseristas llevan el cabello largo y todos tienen caspa en los hombros?

—Por las ideas. El que tiene ideas siempre anda con los cabellos sin cortar. Y la caspa… es que el cerebro se va desescamando desde dentro…

—¡Allí viene la locomotora, la locomotora!

Los cadetes conversan entre sí:

—Dicen que es un militar muy capaz.

—No diga eso. ¿De dónde lo saca? Es el gritón de turno.

—Ciudadano Protopópov, mire qué curioso, los bolcheviques callan como si tuvieran las bocas llenas de agua.

—Temen a los mencheviques.

—No lo creo. Por nada lo creería. Vendrán los amarillos, pronto estarán aquí. El ejército podría oponérseles, pero por desgracia, no existe. Es una chusma.

—Los norteamericanos retrasan las visas…

A los eseristas les preocupa sobre todo una cuestión:

—¿Quién lo va a saludar?

—Por supuesto, en nombre de la fracción bolchevique.

—Yo pregunté y me dijeron que el saludo sería en nombre del gobierno de coalición.

—¿Qué diablos de coalición es esa? Arañas en un pomo. En Rusia las coaliciones son antinaturales. Cada cual aspira a ser un Bonaparte…

—El siglo veinte es el último siglo de esta civilización. Y el fin del mundo llegará desde Rusia, destrozada internamente.

—Menos aforismos, Vladislav Prokopovich. Los aforismos aburren, con ellos hemos perdido todo cuanto se podía perder.

—Ciudadanos, el tren…

Los vagones del ministro de la Guerra y comandante en jefe se acercan despacio a la plataforma. Los viceministros, jefes militares y el jefe de la guarnición caminan lentamente hacia el lugar que ha sido marcado con tiza en el andén: allí debía detenerse el vagón del nuevo ministro. A continuación de los jefes militares marca el paso el jefe de la unidad de ceremonias: el sable al centro del cuerpo, que se estremece a cada paso dado sobre el asfalto caliente; las cejas fruncidas, los ojos que devoran las espaldas de los viceministros.

El director de la banda militar, contratado en el teatro de la ópera, se remueve, incómodo, en su guerrera militar y, de vez en cuando, se abanica con el pañuelo, y agita la mano colocada al nivel de la cabeza: la marcha del recibimiento debe comenzar en el instante preciso para que todo quede como en los tiempos de paz de antaño, cuando el gobernador aparecía en su palco.

La locomotora se detiene. La puerta del vagón del ministro se abre de par en par y por los escalones comienza a descender lentamente un hombre con la cabeza afeitada, enfundado en una

guerrera inglesa de color verde, sin medallas ni grados. La orquesta entona la marcha del solemne recibimiento. El jefe de guarnición comienza a gritar las palabras del saludo. Bliújer, sin escucharlo, se vuelve. Por la puerta abierta, su esposa y ayudante le tienden un féretro diminuto. Bliújer toma el ataúd en los brazos y atraviesa la multitud que lo recibe, en dirección a la salida. La orquesta interrumpe la marcha solemne, alegre y estruendosa, solo cuando Bliújer está muy cerca. En el ataúd se encuentra Zoeñka, su hijita de tres meses, fallecida dos horas antes de llegar a Chitá. El ministro camina bajo los acordes de la marcha del recibimiento solemne, frente a la formación de la guardia de honor y los silenciosos representantes de las fracciones parlamentarias.

En Moscú, cuando Bliújer intentó pedir una semana de licencia al presidente del consejo revolucionario militar, a fin de que la pequeña recobrara la salud, aquel se mostró severo y preocupado, y estuvo hablando largo rato de que la revolución significaba sacrificios y estoicismo.

Pero Zoeñka falleció: presa de un acceso de tos, enflaquecida, se puso azul. La primogénita, cuando apenas había comenzado a balbucear y en sus ojitos aparecía la inteligencia, dejó de existir.

Al día siguiente, Bliújer llegó al cuartel general a las siete de la mañana. En primer lugar, recibió al vicejefe del departamento operativo, un antiguo oficial: un hombre flaco, envejecido, con un largo cuello cubierto de vellos canosos.

—Póngame al tanto de la situación —dijo Bliújer—, usted es un militar competente, discutámoslo todo sin palabrería o frases vacías.

—He aquí mi solicitud —dijo el vicejefe del departamento operativo y tendió una hoja de papel a Bliújer.

—Las solicitudes, después. Ahora vamos a trabajar.

—Ciudadano ministro, le ruego que lea mi solicitud.

Bliújer tomó la hoja de papel. Allí había solamente dos líneas: «Al ministro Bliújer. Le ruego autorice mi baja de las filas del ejército de

la RLO. Evzerijin, vicejefe del departamento operativo del Estado Mayor del Ejército Popular Revolucionario.»

—No sabía que en el Estado Mayor trabajaba un cobarde.

—Tengo dos órdenes militares de San Jorge y un arma dorada, regalo de Frunze.

—En ese caso, explíquese.

—No quiero ser un mentiroso, ciudadano ministro.

—No me hable en consignas. Hable como un hombre.

—No quiero ser un mentiroso. Me da vergüenza recibir mi ración. No hay ejército, no hay oficiales competentes. Los destacamentos guerrilleros están infectados de anarquismo, no obedecen las órdenes. ¡Comprenda, nos sostenemos de milagro! ¡Si los blancos atacan, rodaremos hasta Moscú! Cuando intento traer a militares competentes al Estado Mayor, me reprochan el tratar de meter intelectuales degenerados. ¡No puedo seguir así! No puedo.

El vicejefe del departamento operativo se puso totalmente rojo y su largo cuello se volvió azul. Bliújer sintió un acceso de lástima por aquel hombre desconocido.

—Siéntese —dijo—, lo comprendo. Perdone lo de cobarde. Usted se ocupará de conversar con los oficiales profesionales y yo de los guerrilleros. ¿Cuál es el sector más difícil?

—Lesnói —respondió Evzerijin en voz baja—, allí los anarquistas son fuertes.

Bliújer caminó hacia el mapa operativo: enorme, cubría toda la pared.

—¿Dónde? —preguntó, en voz baja—. Muéstremelo, por favor.

El vicejefe del departamento operativo clavó el dedo largo y dibujó un círculo.

—Aquí. De ese lugar sacaron a su sustituto en una carretilla, entre silbidos. Llevan dos días de revueltas.

[4] Nombre despectivo que se aplica a los judíos en muchos países eslavos.

[5] «Mierda», en alemán y yiddish.

[6] Cuerpos paramilitares que en tiempos del zarismo se dedicaban a perseguir con especial ahínco a los hebreos.

[7] Filólogo famoso y autor de un extenso diccionario de uso de la lengua rusa.

[8] Vladímir Purishkévich: gran terrateniente ruso, miembro de las centurias negras, monárquico reaccionario, famoso por los discursos antisemitas que pronunciaba en la Duma.

[9] Se refiere a las franjas amarillas laterales del pantalón del uniforme, utilizado por los cosacos blancos que participaban en la represión contra los obreros y los campesinos pobres.

[10] Miembros del Partido Constitucional Democrático, principal agrupación política de la burguesía contrarrevolucionaria rusa, denominado también partido de la «libertad nacional».

REPÚBLICA DEL LEJANO ORIENTE. LA ALDEA LESNÓI

La reunión guerrillera en la que se elige al nuevo jefe es agitada. Al anterior, los bandidos blancos lo agujerearon en el bosque tres días antes. Fue a la cabaña de caza, donde vivía el colmenero, para hablar del heno para las reservas de la caballería y nunca volvió. Encontraron solo la cabeza. Estaba clavada en una vara, con la lengua afuera, una lengua larga, azul, como si el comandante guerrillero estuviera burlándose. Le habían sacado los ojos y tenía los cabellos cuidadosamente peinados, con la raya al centro. En el mentón habían clavado un clavo herrumbroso, de donde colgaba un papel rayado con tres palabras: «Muerte al comunismo».

—¡Que Kulkov sea el comandante! —propone un muchacho jovencito, imberbe, cubierto con cintas de ametralladora, con pantalones de montar de color rojo, un cinturón extravagante, la pistola mauser colgándole casi en las pantorrillas, el cinturón tenso a causa de cinco granadas allí metidas, los ojos inquietos, pícaros, pero todavía totalmente infantiles.

—¡Es joven, inmaduro, todavía no se ha tranquilizado! —le responden.

—¡Aún es temprano para nombrar a Kulkov comandante!

—¡Mierda! No había crecido aún la teta que tú chupaste cuando Kulkov llevaba ya a la gente al ataque.

La gente gritaba, se injuriaba, y tenía que ser así.

El comandante es el comandante. Hay que analizarlo desde todos los puntos de vista para que luego no salgan a relucir sus defectos durante la campaña.

Vasili Konstantínovich Bliújer está sentado en una silla de tijera, algo alejado, y sin decir palabra. Viste su guerrera inglesa, sin condecoraciones, chupa rápidamente su boquilla, llevándola de un extremo a otro de la boca. A veces sus ojos inquietos se clavan en los rostros, pero nada más; después, permanece como alguien ajeno. Y mientras más cosas oye, más ladea la cabeza.

Al centro de la asamblea sale Kolka, el anarquista. Sus pantalones son anchos como el mar Negro, la gorra de marino parece una tarta casi sobre la nuca.

—¡Hermanitos, escúchenme!

A la gente le gusta oír a Kolka, el anarquista, porque habla correctamente, con pausas y frases incomprensibles, y el mujik respeta eso; después tiene en qué pensar.

—No sé los demás —proclama Kolka—, pero yo lanzo las verdades a la cara. Conozco a Kulkov desde hace un año. Es demasiado silencioso y tiene voz de tísico. ¿Y cómo debe ser un comandante? Como un águila. ¡Su voz debe ser el piano de un concertista! ¿De lo contrario, qué? De lo contrario, su iniciativa será bastante apagada. Una iniciativa callada, como un piojo de cadáver. Y no se establecerá sobre la Tierra el grandioso reino de la libertad universal si nos arrastramos en silencio y mirando hacia atrás. Se mira hacia atrás cuando se le da una puñalada a un ladrón para que con sus ronquidos no nos altere los nervios, pero al burgués hay que agarrarlo a gritos: ¡Hurra, iniciativa! Por eso, rechazo personalmente a Kulkov, pero mantengo mi respeto por él como combatiente de filas.

Después de Kolka, que se marcha con paso oscilante y guiñando el ojo a los guerrilleros en señal de comprensión y picardía, se levanta en la primera fila el viejo Innokenti Surzhikov. Antes de comenzar a hablar, se apoya en una y otra pierna, y se arregla la barba con cuidado. Los guerrilleros hacen chistes, se burlan, tratan de adivinar qué se trae Surzhikov entre manos: ¡desde que nació no ha sido capaz de coordinar más de tres palabras! Es verdad que

pelea bien. ¿Y cómo podía pelear de otra forma si los blancos pasarons a sus tres hijos a sable?

—Escuchad —comenzó Surzhikov, con voz cascada—, cuando el año pasado Semiónov nos perseguía y nos golpeaba, Kulkov y yo escapamos por las lomas. Él estaba herido y yo tenía dos agujeros en el pecho. Era otoño. El solecito brillaba por el día, el barro se ponía blandito, como almohada de plumas. Quien no se esforzara y se acostara a descansar en el fango —pues por la noche llegaban las heladas— se moría congelado en la tierra, le estallaban los ojos. Kulkov cargó conmigo, me arrastró, pero no me dejó acostarme en el fango aunque se lo pedía en cada gemido.

—Ya, deja de hablar —dijo Kulkov, apenado. Se veía claramente que este obrero era tísico. Sus manos eran delgadas, el pecho hundido y el rostro mostraba puntitos negros, salpicaduras de metal.

—Espera —Surzhikov hizo un ademán—, no te lo estoy contando a ti, sino al colectivo. Anduvimos por las colinas y mi angustia era cada vez mayor, pues podía aspirar el aire, pero no me salía de ninguna forma. Me moría y no había más que hablar. Y Kulkov también se estaba muriendo y me cargaba, escupía sangre y me decía: «aguanta, hay un pueblecito allí cerca, oye los perros que ladran». Pero yo no oía nada, solo un estruendo en mi cabeza y no había por allí pueblecito alguno, simplemente la estaba palmando. Así que si él es joven o viejo, eso no viene al caso, pero entonces me salvó la vida. Cualquier otro perro viejo puede ladrar, pero no tiene dientes para morder, pues los ha perdido por viejo.

Los guerrilleros se excitan, conversan entre sí: qué bien habló Surzhikov, ay, Surzhikov, calladito, siempre tan calladito, y, de pronto, soltó un discurso. Más allá, Kolka, el anarquista, verde de rabia, se quemaba los dedos con un grueso cigarrillo, pero no sentía el dolor porque estaba ofendido y el agravio es más fuerte que cualquier otro dolor.

Se pone en pie Bliújer. El ruido de las voces se va extinguiendo poco a poco.

—Soldados populares —dice con voz sonora—, ciudadanos soldados populares…

Kolka, el anarquista, se levanta y grita:

—¡Es un error! ¡Somos guerrilleros y no soldados populares!

—Por su hazaña, los descendientes erigirán aquí mismo monumentos dorados a los guerrilleros del Lejano Oriente. Pero, a pesar de todo, desde este preciso instante ustedes se convierten en una unidad militar regular del Ejército Popular Revolucionario. Y con el poder que se me ha concedido, designo comandante de esta unidad al ciudadano Kulkov.

—¡No aceptamos los designados! —gritan los amigos de Kolka—. ¡Somos nuestros propios jefes! ¿Quién es ese tipo listo que nos saca de la guerrilla y nos mete en el ejército?

—¡Yo! —responde Bliújer—. Esa orden la he dado yo, Bliújer, ministro de la Guerra.

De pronto reina el silencio. Bliújer mira a los guerrilleros con los ojos entornados. Ahora se decidirá todo: si alguien grita, comienza a disparar su mauser o se rasga la camisa, se formará el caos y no habrá manera de contener a la gente.

—El que haya venido a jugar a la guerra —prosigue Bliújer—, que se vaya. El que aspire a dar sablazos y lanzar granadas, se equivocó de dirección. Estamos combatiendo para que esta guerra sea la última. Así es. Y para eso, debemos constituir una fuerza organizada y poderosa. Ayer recibí un cifrado desde Vladivostok: la gente de Merkúlov está armando su ejército hasta los dientes, esperan refuerzos de Wrangel desde Europa. Están preparando el plan estratégico de un ataque organizado contra nuestra República del Lejano Oriente. Ni qué decir, han seleccionado bien el momento: la Rusia hermana padece hambre y la burguesía mundial considera que ahora es cuando se puede conquistar el Lejano Oriente, mientras creen que Moscú no puede ocuparse de nosotros. Es inteligente. Y para oponernos a este inteligente plan debemos convertirnos en un futuro inmediato en un poderoso ejército y no en una manada. Quien opine lo contrario que hable ahora…

Bliújer se detuvo en la casa del cura. El padrecito Nikodim pasaba por rojo, cantaba loas a Lenin desde el púlpito, maldecía a los blancos con palabras lujuriosas y a veces, cuando se acaloraba, se acordaba de sus madres.

—¿No le apetece, ciudadano ministro, un poco de leche hervida?

—Gracias, ya comí algo del caldero.

—El caldero estaba pobre…

—Sí, un poco.

—Por eso lo invito a que tome leche. ¿No le dará asco, eh?

—De verdad que estoy lleno.

—No rechaces la mano del donante.

—Que siempre sea generosa —sonríe Bliújer.

—Oh, oh. ¿Se permite citar la Biblia?

—La leí.

—¿De qué partido es usted? ¿No será cadete?

—Comunista.

—¿Y cómo se permite el delito de hablar de la Biblia y no injuriarla?

Corre el cura al otro cuarto, en busca de su mujer. Su rostro brilla, mueve los dedos, le susurra al oído:

—¡Mania, échame aguardiente! ¡Ay, qué alegría!

—¿Qué ha ocurrido, Dimochka?

—Nada, nada —se agita el padre Nikodim—, no me preguntes, echa un poco de líquido, rápido. La alegría es como un pájaro dentro de mí, siento el corazón ligero.

Y un poco más tarde, Kolka, el anarquista, entra en la habitación de Bliújer. Se queda en el umbral con las piernas abiertas: conserva la pose de marinero, aunque el mar está muy lejos.

—Ciudadano ministro —dice Kolka con una sonrisa malévola—, nuestra compañía de exploración ha decidido regalarle un potro que le quitamos a los blancos. Es un potrillo magnífico para un ministro. Quizás alguien se lo pueda domar y usted estará conforme. Échele un vistazo si quiere.

Bliújer se levanta y sale con Kolka a la plaza. Allí hay un hermoso caballo. Arisco, golpea con los cascos, tiene los ojos inyectados, de los belfos le gotea la espuma hasta el suelo. Cinco guerrilleros lo contienen a duras penas. Bliújer toma las riendas, mira al rostro del potro: el animal resopla y muestra los dientes.

—¿Lo va a domar usted mismo? —pregunta Kolka, el anarquista, haciendo un guiño imperceptible a los guerrilleros, como quien dice: «¡Qué diablos! ¿Para qué sirve un ministro? Nada más que para hablar de disciplina».

—Suéltenlo —pide Bliújer sin alzar la voz, y pone un pie en el estribo.

Los guerrilleros sueltan a la bestia. ¡Ay, la soltaron antes de tiempo! ¡Corre! El estribo se tuerce, el pie resbala y no ha podido colocar la otra pierna todavía. Vasili Konstantínovich se aguanta solo de las crines; cuelga a lo largo del animal que corre en círculos por la plaza y no tiene fuerzas para detenerlo, y tampoco consigue alcanzar la silla.

Y la tierra está cerca: gris, roja, amarilla, blanca.

La sangre le golpea en las sienes.

Si suelta los dedos de las crines, se estrellará en el suelo, será aplastado, no podrán recoger ni los huesos. ¡Ah, qué mal resultó todo! ¡No! ¡Mientes, canalla! Poco a poco la pierna se eleva. Un poco más. Un pelín. ¡Un pelín todavía! No. La puntera está torcida, el estribo trabado, el potro vuela, ¡Dios, qué circo!

Y el silencio alrededor.

Bliújer no oye cómo gritan los guerrilleros, cómo levantan sus fusiles, pero temen disparar. Podrían herir, sin querer, al hombre, o el caballo, al caer, podría aplastarlo.

La cabeza da vueltas como un carrusel; la tierra es ahora negra, no hay verdor en ella.

Con sus últimas fuerzas, Bliújer agarra desesperadamente las riendas. Por un instante, el potro se detiene. ¡Y eso era lo que hacía falta! Vasili Konstantínovich, de un tirón, lanza su cuerpo sobre la

silla. Ahora el mundo parece estar cargado de electricidad: es de un azul terrible, gira en círculos y golpetea en las sienes.

Bliújer agarra las riendas todavía más fuerte. Da un tirón al potro y este se para en dos patas, queda detenido y después, sus cascos golpean el suelo. Y Bliújer está como fundido en la silla. Otro tirón. ¡Y nuevamente se para el caballo para caer con sus cascos sobre el suelo! Así lo levanta Bliújer unas diez veces.

Y se serena el potro. Avanza obediente. Está bañado en sudor.

Bliújer salta de la bestia. Le lanza las riendas a Kolka, el anarquista.

—Buen potro —es lo único que dice Vasili Konstantínovich.

Camina hacia la casa sin apuro, clavando los pasos en el suelo.

Uno de los guerrilleros mira al asombrado Kolka, silba ligeramente y con respeto, suelta:

—Sí-sí-í… El ministro, qué cosa…

Pero algo más lejos, a un lado, hay un hombrecito, casi imperceptible, enfundado en una guerrera arrugada. Termina de fumar un puro, lo lanza al suelo, pasa largo rato aplastándolo contra la hierba y luego llama a Kolka, el anarquista. Este se acerca.

—No importa —observa el hombrecito—. Como se dice, es solo el comienzo. No te entristezcas, amigo. Llevarás al pueblo contigo, Kolka. Será tuya la revancha.

Y por el camino del bosque, desierto, avanza el anticuado Ford del ministro Bliújer. Detrás del auto se forman remolinos de polvo amarillento, que permanecen sobre el camino, como una nube de humo perforada por las sólidas vigas de los rayos solares.

Bliújer —muy pálido, con los ojos profundamente hundidos— respira con dificultad, soltando ronquidos. El chófer lo mira, preocupado, y pisa el acelerador. El sol golpea el parabrisas y dispara agudos destellos azules. Sobre la estepa cubierta de hierba vuelan las alondras y todo alrededor está lleno de calma y paz.

—Para —susurra Bliújer.

El chófer frena. Bliújer le ruega:

—Las vendas están en el portafolio…

Y sale del auto, casi cayéndose. Queda de pie en el polvo y se balancea como si estuviera bebido. El chófer le desabrocha la guerrera: con cuidado, le saca primero la manga derecha y después, la izquierda. El pecho de Bliújer está cubierto de vendas. El vendaje está completamente manchado de sangre negra, en partes ya coagulada, que se alterna con brillantes manchas recientes. Durante la guerra imperialista Bliújer fue herido cuatro veces: dos de ellas de gravedad. Fue tirado entre los muertos, en la morgue; sus cabellos quedaron pegados al hielo. Desde esa época, siempre está fuertemente vendado debajo de la guerrera, como si llevara corsé. El único ministro de la Guerra en el mundo que ha sido dado de baja del ejército —con órdenes de San Jorge— a causa de la invalidez total: «no apto para el servicio».

El chófer saca vendas limpias del portafolio: hay que cambiar el vendaje.

—Más fuerte —pide Bliújer.

El chófer le envuelve el torso con todas sus fuerzas, mientras mira, preocupado, el rostro grisáceo del ministro: los ojos continúan cerrados, un sudor frío le brota de la frente.

—Más fuerte aún.

Y mientras más tensa el chófer el vendaje de Bliújer, más firme se encuentra este sobre sus piernas. Se yergue poco a poco, estira los hombros, echa la cabeza hacia atrás, respira profundamente y dice:

—Ahora está bien.

Él solo se pone la guerrera, abrocha todos los botones, frota su cabeza afeitada con los fuertes dedos, toma asiento junto al chófer y como un muchacho, le pide:

—Date prisa.

El comandante en jefe y ministro de la Guerra, con sus treinta años, está sentado junto al chófer, muy derecho, inmóvil, como pasando revista a las tropas; solo mueve los músculos del rostro cuando el coche salta en los baches.

—Vasili Konstantínovich —dice el chófer—, la gente dice que los médicos han aprendido a poner costillas de hierro…

—¿Te preocupas por mí?

—Me duele verlo cuando lo vendo…

—Entonces, cierra los ojos —recomienda Bliújer— y no se lo cuentes a nadie.

—Pero si sus heridas son de guerra, son heroicas….

—Heroico quiere decir que eres fuerte y no te han herido. Todo lo demás causa lástima.

Vuela el Ford; el polvo amarillento se arremolina tras el coche y queda sobre el camino como una pesada nube, convirtiendo el sol, allí adentro, en algo trémulo, molesto y nebuloso.

Dirección de Inteligencia

Bliújer está sentado junto al telegrafista, quien lee en voz alta:

—«Después de que el atamán Semiónov escapó del buque y comenzó a prepararse para la lucha por el poder y contra los Merkúlov, el Gobierno japonés puede acceder a las conversaciones con la RLO para calmar al menos el alboroto entre sus aliados blancos. El general Ooyi ha dado a entender claramente que si la RLO muestra iniciativa, el Gobierno japonés manifestará comprensión, pero que al mismo tiempo reiterará su fidelidad a sus aliados y a Merkúlov. Al parecer, en los próximos días el representante japonés tratará de sondear el criterio que existe a este respecto en Chita. 974».

—Está claro —dice Bliújer—. ¿A través de quién envió el 974 este cifrado?

—A través de Póstishev.

—Por favor, haga tres copias: una para el buró siberiano del comité central, otra para el buró del Lejano Oriente y una para trasmitir a Moscú, a Dzerzhinski. Y añada una nota mía: estoy a

favor de las conversaciones. Sigamos ahora. Este documento es para el comité central. Debe ser cifrado inmediatamente.

Después de llegar a Chitá y de conocer la situación en el ejército, debo informar que este está atravesando una situación catastrófica. Las relaciones del gobierno y el consejo de ministros con el ejército pueden ser calificadas de indiferentes. Al parecer, ni el gobierno ni el consejo de ministros se han interesado por la vida del ejército y sus necesidades, y existió la tendencia de no asignar nada, de hacer recortes y de mantener las instituciones civiles a costa del ejército, tanto en lo relativo a los alimentos como a los medios materiales.

La forma de gastar las divisas en oro, que se envían para las necesidades de la RLO, me obliga a pedir la intervención de Moscú; sobre este asunto informaré posteriormente con señalamientos de cifras y hechos. En aquellos casos en que el mando intenta mejorar la situación y la vida de los soldados populares y de los trabajadores de los estados mayores, el gobierno reacciona enérgicamente, remitiéndose a la constitución de la república democrática. Faltan locales para los estados mayores, los que solo pueden ser conseguidos con divisas. Los estados mayores se alojan en locales inadecuados como, por ejemplo, el Estado Mayor de las fuerzas navales que está en un cobertizo de leña, sin mesas ni sillas.

Esta situación anormal, las duras condiciones objetivas para la formación del ejército en un momento de crisis económica, el desajuste del aparato estatal y la agudeza del momento político en el territorio del «Estado tapón» coloca al ejército en una situación difícil, de la que es casi imposible salir con los recursos de la RLO, ya que el gobierno no cuenta con medios algunos. La reacción de los soldados populares con respecto al «Estado tapón» —dadas todas las circunstancias anteriormente enumeradas— es, por una parte, la incomprensión del papel de ese estado y, por otra, la creación de una atmósfera de desconfianza, que solo puede ser disipada por medio de la eliminación de todas las causas antes mencionadas.

En los últimos tiempos, con la llegada del camarada Yansen y la creación del consejo militar, del que forma parte un representante del buró del Lejano Oriente del comité central del PCR, el camarada Gubelman, las necesidades del ejército encuentran vivo eco y apoyo en dicho buró, pero este órgano no puede prestar una ayuda activa a causa de la total ausencia de medios en el Banco Estatal y en el gobierno.

Los suministros al ejército se encuentran en una situación sumamente difícil. A consecuencia de la falta de funcionarios honestos y fieles, el abastecimiento ha estado en manos de una gran mayoría de cuadros de mando que no acatan las leyes de la RLO y que piensan de forma definitivamente contrarrevolucionaria. Por eso, como es natural, no han efectuado mi trabajo planificado, sino que han intentado destruir lo positivo que ha sido creado por un pequeñísimo grupo de funcionarios honestos y fieles. Como resultado de ese trabajo, la gran cantidad de trofeos, tomados al enemigo durante los años 1919-1920 —medios materiales y artilleros, capaces de asegurar las necesidades del Ejército Popular Revolucionario durante tres o cuatro años, bajo un sistema correcto y control estricto— fueron despilfarrados en un plazo corto, sin control, y de forma criminal. En el presente, el ejército atraviesa una seria crisis, que amenaza desarticularlo y finalmente, liquidarlo.

La cuestión alimenticia y de las raciones para el ejército se encuentra en las peores condiciones. La falta de control de las reservas por parte de los órganos superiores de abastecimiento y las miserables entregas que los órganos centrales asignan a las unidades han matado la confianza de las unidades en la posibilidad de recibir planificadamente todo tipo de raciones y han obligado a las unidades a buscar los medios de supervivencia a través de la iniciativa personal, sin escatimar formas ni procedimientos. Las unidades que están dislocadas a gran distancia y que carecen de la posibilidad de asegurarse los víveres, se han convertido en empresas comerciales para cubrir las necesidades perentorias; se dedican a cortar leña, calcinar cal, extraer resina y una serie de trabajos

semejantes, con el fin de vender en los mercados los productos obtenidos o cambiarlos por alimentos.

El combatiente, como individuo, es en general tenaz y revolucionario, a pesar de ciertos estallidos de descontento, de incomprensión de la situación del «Estado tapón», y de las condiciones, al ver que el burgués, contra quien combatió en la taiga durante todo el período de la reacción semionovista, sale ahora a la superficie y disfruta alegremente de sus capitales sobre un fondo general de miseria y carestía, en tanto que los oficiales de Semiónov y Kappel permanecen en los estados mayores y con frecuencia los dirigen. Además, los combatientes no han eliminado del todo sus inclinaciones a la guerrilla. Todo lo dicho es completamente aplicable a las unidades del Amur, formadas por guerrilleros de la zona. Los combatientes de las unidades venidas de Irkutsk, que antes formaban parte de las tropas siberianas de Kolchak, son los que más duramente sufren las necesidades materiales y económicas en general y son propensos a todo tipo de descontento a causa del pésimo abastecimiento del ejército, lo que impide la implantación de la disciplina militar requerida…

No se han tomado medidas para la preparación de mandos inferiores. Los 1200 suboficiales enviados desde la Rusia soviética no fueron utilizados en sus labores inmediatas, sino que fueron destinados como soldados de filas, a las tropas, mientras que muchos de ellos se hubieran podido preparar como cuadros de mando inferiores. La carencia de trabajadores políticos, el bajo nivel cultural del colectivo de comisarios militares y la ausencia total de literatura ha mantenido la reeducación de los combatientes al más bajo nivel. La falta de trabajo educativo-cultural caracteriza nítidamente la actividad de la dirección político-militar.

Los mandos del Ejército Popular Revolucionario se dividen claramente en tres grupos.

El primero proviene de los guerrilleros locales, analfabetos o semianalfabetos en su mayoría, pero que conocen muy bien la situación militar y cuentan con buena experiencia para conducir la

guerra en las condiciones locales; como material combativo es magnífico, pero requiere ser reforzado con conocimientos técnicos y teóricos. A pesar de sus cualidades combativas y su fidelidad a la causa de la revolución, casi el cincuenta por ciento de este grupo no ha podido renunciar a los viejos hábitos de independencia guerrillera, nunca aceptan los señalamientos de los mandos superiores y se someten con dificultad a la implantación de la disciplina.

El segundo grupo está integrado por jefes del Ejército Rojo, enviados desde la Rusia soviética. Utilizan los derechos de funcionarios soviéticos y ocupan puestos responsables, a pesar de que en la mayoría de los casos no responden a sus cargos por su nivel de conocimientos técnicos y capacidad de mando.

El tercer grupo está compuesto por antiguos oficiales de las unidades de Kappel y Semiónov: los especialistas. Entraron en el ejército a causa de su situación sin perspectivas: en gran medida son ajenos al espíritu del EPR y a sus ideas. En esta situación de escasez material y falta de afinidad ideológica con el ejército, constituyen una rica cantera para el espionaje japonés y blanco. Una parte de ellos odia las nuevas leyes e intenta establecer vínculos con los blancos. Solo unos pocos trabajan honradamente en aras de la unidad nacional de Rusia. Pero la existencia precaria y mísera del EPR, totalmente desprovisto de recursos materiales, la miseria que padecen sus familias por una parte, y por otra, las llamadas condiciones democráticas del EPR, la constitución y la existencia de mercados de libre comercio y tabernas, conspiran contra el trabajo desinteresado y los obligan, en contra de su voluntad, a entrar en negocios con los espías japoneses que los remuneran generosamente. Para mantener a esta parte de antiguos oficiales, en extremo necesaria, muy útil, honesta y trabajadora, es necesario adoptar medidas urgentes para crearles aunque sea las condiciones mínimas que hagan posible su existencia humana.

Sin entrar en una valoración detallada de las espiraciones del alto mando anterior, dirigidas a la creación innecesaria y absurda de una

enorme cantidad de estados mayores con plantillas infladas injustificadamente y con enfermizas aspiraciones a elevados títulos —tales como: estado mayor general, estado mayor del ministro, estado mayor del comandante en jefe, etcétera—, es necesario señalar la creación de estados mayores de divisiones, que comprenden tres estados mayores de brigada, lo que derivó en el ejército de Transbaikalia en la creación de tres grupos de ese tipo, con una cantidad total de 10 000 a 12 000 combatientes. En la región del Amur —Jabárovsk y Blagovéshchensk—, dos divisiones de tiradores, poco numerosas, y una mísera brigada de caballería, fueron incluidos en el Estado Mayor de un ejército, con una plantilla que, en comparación con las unidades soviéticas, resulta exagerada. En este resbaloso pantano de estados mayores casi no existen funcionarios fieles a los intereses de la revolución, ni en los altos, ni en los bajos niveles.

Debido a que las unidades del ejército se encuentran equipadas con armas de diferentes sistemas, he tenido que dedicarme con urgencia al rearmamento. Provisionalmente, hasta que se reciba la cantidad de fusiles rusos que falta de acuerdo con la plantilla, la división del Amur será armada exclusivamente con fusiles japoneses, mientras que las unidades dislocadas en la Transbaikalia recibirán fusiles rusos de 7,6 mm.

Los trenes blindados han sido arrebatados en parte a los blancos y en parte construidos aquí del material que está a disposición: solo dos trenes blindados, los números 102 y 54, han llegado desde la Rusia soviética. No ha habido sistema alguno en la formación de trenes blindados y tampoco se adoptó para ello medida alguna.

El aspecto técnico de las comunicaciones del Ejército Popular Revolucionario no es satisfactorio, a consecuencia de la falta de medios técnicos (teléfonos, equipos telegráficos, inalámbricos, heliógrafos y equipos de señalización, tales como bengalas y proyectores), lo que pone al ejército en condiciones de indefensión. Las comunicaciones operativas se realizan en clave morse por lo que son cifradas. Los informes y órdenes se retrasan, cuestión que

puede reflejarse fatalmente en las operaciones generales del ejército en el caso de que se reanuden las acciones bélicas en un amplio frente, posibilidad que no se descarta, dada la coyuntura política creada en el Lejano Oriente.

Las comunicaciones corrientes dejan mucho que desear a causa de la deficiente preparación de los soldados populares de los comandos especiales y de las unidades en general.

Para la creación de comunicaciones más correctas y rápidas, así como para la interacción de las unidades entre sí y con los estados mayores, considero indispensable asignar estaciones radiales de potencia media a las grandes agrupaciones de tropas (divisiones, brigadas independientes de tiradores), mejorar las comunicaciones radiotelegráficas y asignar varias plantas portátiles de radio, aumentar la cantidad de equipos telefónicos en las unidades, así como asignarles bengalas especiales, etcétera.

Como no parece posible adquirir nada de esto con los medios de la RLO, todas las esperanzas se cifran en la Rusia soviética. Es necesario enviar no menos de tres potentes estaciones de radio, siete estaciones portátiles con su personal técnico y un total de ocho equipos telegráficos Yuza para cada brigada independiente de tiradores y estados mayores superiores: 15 000 verstas de cable y 3000 equipos telefónicos.

Debido a la gran extensión del territorio de la RLO y a su escasa población, a la total ausencia de carreteras, la presencia única de caminos vecinales totalmente destruidos y la ausencia de puentes sobre ríos de montaña bastante anchos, se dificulta el movimiento de todos los tipos de fuerzas armadas, especialmente de la artillería y de los convoyes. El gobierno de la república no cuenta con medios para la reparación de caminos y por ello, es indispensable la organización de talleres de reparación de caminos y de brigadas o destacamentos de constructores, con el objetivo de mejorar el estado de los caminos existentes y de construir nuevos, lo que permitiría la libertad de movimientos del ejército, sus maniobras y

abastecimiento. Tengo la intención de comenzar de inmediato la organización de esos destacamentos de construcción vial.

Tomando en consideración el amplísimo territorio y la dispersión del frente, así como las acciones guerrilleras del enemigo, se requieren destacamentos de aviación para la exploración, adjuntos a grandes agrupaciones de tropas, constituidas actualmente aquí por las brigadas independientes de tiradores. La utilización de los diecisiete aparatos con que cuenta el ejército (solo seis funcionan al cincuenta por ciento de su capacidad combativa y los restantes necesitan reparación), gastados y no aptos para volar, no es posible, y por ello, considero indispensable señalar que en este punto solo puede ayudar la Rusia soviética, con el envío a la RLO de una escuadrilla de aparatos con todo el inventario técnico y sus materiales, partiendo del cálculo siguiente: 15 aparatos para el servicio de exploración, no importa de qué marca, y 10 aparatos de caza.

Existen 145 vehículos automotores de diferentes marcas: de ellos, 70 son autos ligeros, 46 camiones, 19 motocicletas y 10 tanques de exploración. Todos los vehículos se encuentran en muy mal estado y la mitad del número señalado requiere reparación. No hay piezas de repuesto. Tampoco existen talleres, ni siquiera para reparaciones ligeras. No hay un solo taller de vulcanización, no hay equipos autógenos para soldadura y por ello, la mayor parte de los vehículos que solo requieren una reparación menor se encuentran parados. Apenas alcanza el combustible y los lubricantes para las necesidades más perentorias. En los mercados de Manchuria se podría adquirir todo el material para reparación y explotación de los vehículos, pero para ello son indispensables divisas que en el «Estado tapón» no existen y, por esa razón, también en este sentido se necesita la ayuda de la Rusia soviética, en la que ciframos todas nuestras esperanzas, ya que si Moscú no ayuda, nadie ayudará.

Al concluir el presente informe, debo dar cuenta del deplorable cuadro que presenta el ejército. Se precisan medidas urgentes para mejorar el suministro de todo lo necesario para que el ejército no se

derrumbe y levante su capacidad combativa, sobre todo teniendo en cuenta que las nubes de la reacción se espesan en el Lejano Oriente y es posible que el ejército tenga que recibir con su pecho al enemigo no solo para la defensa de los intereses de los trabajadores de la RLO, sino de toda la Rusia soviética. Teniendo en cuenta esta situación tan amenazadora, confío en que la Rusia soviética prestará su ayuda en la causa de la mejora del estado del ejército en todos los sentidos, y ofrecerá los recursos de los que carecen las tropas, a fin de impedir la catástrofe que se avecina.

Bliújer

Misión japonesa en Chitá

Hoy, el cónsul Nushima ofrece una recepción. Han sido invitados los líderes de la RLO, el cuerpo diplomático y la prensa. Casi todos están reunidos, pero el viceministro, Fiódor Nikoláyevich Petrov, no acaba de llegar. El viceministro primero de Asuntos Exteriores, Kozhevnikov, explica al cónsul la causa del retraso del señor Petrov, ocupado en importantes asuntos de gobierno. Claro que no podía decir que Fiódor Nikoláyevich estaba desde las tres de la tarde en el hospital adonde fue llevado directamente desde la reunión del Consejo de Ministros. A causa del hambre crónica, el viceministro comenzó a toser y a escupir sangre. Era necesario decidir con urgencia adónde debía ser enviado para descansar y lo fundamental, encontrar un lugar donde pudiera comer normalmente tres veces al día. El Consejo de Ministros destinó noventa y cinco rublos para su recuperación durante un mes, pero el campesino de la aldea de Mikhaylovka que había aceptado tomar como huésped durante su convalecencia al miembro del gobierno comenzó a regatear cuando supo que solo daban noventa y cinco rublos, y exigía que le añadieran al menos otros diez rublos; a fin de cuentas, se trataba de un miembro del Gobierno.

Bullen las conversaciones en el *five o'clock:* se habla en francés, inglés, japonés, chino. Nushima no se aparta de Bliújer ni por un segundo, conversa en un ruso purísimo y sonríe, deslumbrador, como si Vasili Konstantínovich fuera una hermosa joven, todo el tiempo toca el tema de la paz y la amistad, menciona a Tolstói, a Buda, a Suvórov…

Bliújer se mantiene como si fuera de piedra. Únicamente las cejas se mueven en su rostro y en las comisuras de sus labios se insinúa por momentos una sonrisa; burlona, fugaz y algo condescendiente. El periodista norteamericano Huberman mantiene los ojos clavados en el rostro del comandante en jefe. Para él, mayor de la inteligencia, es importante conocer cómo reacciona el general rojo ante los discursos pacíficos de los japoneses, pues Huberman ya había verificado, a través de sus agentes que trabajaban para la representación japonesa en Jabárovsk, que los discursos serían sobre la paz.

Nushima se encuentra de espaldas al salón, de forma que nadie pueda seguir el movimiento de sus labios: cualquier persona entrenada podría entender lo que dice, incluso a distancia; no en vano los agentes de inteligencia estudiaban especialmente la articulación de la boca.

—Nuestra concepción es conocida por todos —proseguía Nushima—. Se trata de la concepción de un mundo razonable. En el caso de que su ilustrado gobierno, debilitado por la guerra, comprenda seriamente el grado de agotamiento que sufre su gran pueblo y desee encontrar la vía para conversaciones dignas con las partes sobre cuestiones conflictivas pendientes, estoy seguro de que todo se pondrá en movimiento.

Vasili Konstantínovich calla, escucha, mueve las cejas, pero cuando pasa cerca de él monsieur Anatole Rivchuk, cónsul de Francia, en el preciso momento en que el francés puede escuchar la conversación, responde a Nushima en voz alta:

—Sus propuestas de paz testimonian la buena voluntad del gobierno japonés, por cuyas dificultades y grandes tareas

manifestamos nuestra comprensión.

Nushima se agitó. Sonrió a monsieur Rivchuk y a Bliújer. ¡Ay, ay, qué mal había salido! Joffre se encuentra en Tokio; en París continúan las conversaciones secretas sobre los métodos de combatir el bolchevismo precisamente en el Lejano Oriente y aquí comenzaba casi un romance con el ministro Bliújer. Por supuesto, el rojo había soltado aquello a propósito cuando pasaba Rivchuk. Sabía lo que debía hacer. ¡Oh, con cuánta malicia había escogido el momento! ¡Había dado en el mismísimo blanco!

—Señor ministro —dijo Rivchuk—, permítame molestarlo con una petición.

—Lo escucho.

—Mi casa de campo se encuentra en Berezovka, pero su ministerio ha abierto un polígono allí. Constantemente hay disparos y explosiones, créame, es difícil imaginarse algo más desagradable para el descanso.

—Las grandes molestias no son duraderas —sonríe Vasili Konstantínovich— y las pequeñas no merecen que se les preste atención.

Monsieur Anatole Rivchuk muestra su respeto a una respuesta tan brillante, sonríe con las comisuras de los labios y se aparta, después de esperar el tiempo preciso para que nadie pueda considerarlo ofendido.

Rápidos mayordomos, vestidos con fracs de castorina, sirven vino a los invitados. Nushima alza su copa:

—Señor ministro, deseo brindar por la inteligencia de un guerrero que ama la paz sobre todas las cosas en el mundo.

—Un brindis magnífico. Se lo agradezco.

—Por un brindis magnífico se bebe —sonríe Nushima.

—En nuestro ejército está prohibido ingerir bebidas alcohólicas —responde Bliújer—. Bebo simbólicamente con usted.

—¿Acaso el ministro tiene tan poco poder que no puede revocar una orden siquiera por una noche?

—Para que el ministro sea verdaderamente fuerte, no debe revocar sus órdenes ni por un instante.

Bliújer coloca la copa intacta en el borde de una mesita de ébano, hace una reverencia y sale: dentro de una hora hay una reunión urgente del gabinete. Tras él se van otros dirigentes del gobierno de la república. Permanecen algunos empresarios locales, artistas invitados y funcionarios de rango inferior del cuerpo diplomático. Todos se lanzan hacia las mesas, comen con voracidad y beben poco; el personal de servicio se agita con sonrisas frías en los rostros rígidos; alguien comienza a cantar mientras dos actores borrachos aclaran entre lágrimas sus relaciones junto a la puerta de cristal que conduce al jardín de invierno.

Por allí pasean el señor Nushima y monsieur Rivchuk. La conversación de los diplomáticos es precisa y parca.

—No, monsieur Rivchuk —dice el cónsul Nushima en un perfecto francés—, créame, se trataba de cuestionas abstractas, sin relación alguna con el aspecto práctico de nuestras relaciones. Y además, permítame ser honesto hasta el final. Lenin no acepta la principal condición de ustedes: pagar las deudas del anterior gobierno. ¿No es verdad? Pero ustedes llevan a cabo conversaciones y nuestro gobierno entiende por qué lo hacen y cómo pueden terminar. ¿Acaso la repetición de esa experiencia de ustedes —me refiero al caso extremo, sobre el cual nadie quisiera pensar en nuestro país—, acaso la aceptación de realizar conversaciones con los rojos, planteándoles una serie de exigencias, no vendría en ayuda de nuestra causa común?

—Responderé con franqueza a su franqueza, querido Nushima. Los resultados de nuestras conversaciones con los rojos muestran —o, al menos, deben mostrar a todos— la inutilidad total de cualesquiera contactos con ellos. ¿Quieren ustedes convencerse de ello repitiendo nuestra amarga experiencia?

Chitá de noche

Bliújer camina por callejones desiertos: ha liberado a su chófer. La reunión será complicada, hay que meditar bien. Los perros aúllan largamente. Las persianas de todas las casas están cerradas. Los rayos de luz que logran llegar a la calle forman dibujos enrevesados sobre el suelo. La luna nueva en el cielo negro parece un payaso.

Junto a la esquina de la calle Argunskaya una indigente agarra a Bliújer por la manga:

—¡Dame algo, hijito, por Dios!

Bliújer vuelve del revés los bolsillos y tiende varias monedas a la anciana.

—Gracias, el Señor no te olvidará. La desgracia te buscará hasta quedarse seca, pero yo te protegeré con mis rezos.

La anciana pretende besar la mano a Bliújer, se inclina con torpeza y cae.

—¡Ay, Dios mío! —gime la mujer—. Las piernas no me sostienen, son muy viejas.

—Ande —dice Bliújer—, abuelita, apóyese en mi brazo.

Ayuda a levantarse a la indigente y le sacude la chaqueta.

—No hace falta, hijito —susurra la anciana—, ¿quién limpia harapos? Deben estar sucios. ¡Ay! —La anciana hace un gesto de dolor—, se me ha inflamado la pierna.

—¿Dónde vives, abuela?

—Bajo el cielo.

—Pero hace frío.

—Sí, hace frío, pero, de todos modos, el cielo arde.

Han incendiado al país.

—¿Quién?

—Los rojos, los blancos, los verdes. La gente lo ha incendiado. Mira, tengo un gato atado a la cerca, ¿lo ves?

—No.

—Fíjate, es plateado. Está débil. Yace y ronronea. Le daré pedacitos de pan que compraré con tus monedas. Él se alegrará. Los animalitos son más agradecidos que la gente, siempre recuerdan la bondad.

—¿De dónde es usted?

—Del Volga.

—¿Se ha quedado sola?

—Con el gato, hijito.

—¿Y en invierno?

—Para el invierno me moriré —responde la anciana resueltamente—. Llegarán los fríos y moriré al momento. Basta que recuerde que debo pasar por otro invierno y me entra una angustia terrible.

—¿Dónde podría colocarla?

—En ninguna parte. Soy débil. Hoy que matan a los fuertes, no hay lugar para los débiles. No hace falta, hijito, no sigas hablando, no está bien que despiertes en mí la esperanza, luego me sentiré muy sola y triste cuando el gatito maúlle…

—¿De modo que duerme aquí?

—Hay una cerca carcomida por aquí, por las noches despide un poco de calor. Tú vete, hijito, vete. Gracias, Dios te ayudará, vete, si no, la gente se despertará y me echará de aquí. Vete…

Salón de conferencias del Gobierno de la República del Lejano Oriente

—Ciudadanos ministros —dice el que preside—, comprendo que la cuestión de las conversaciones con Japón es seria; sin embargo, todos deben actuar con moderación en las discusiones. ¿Quién es el siguiente? Ruego que intervengan.

El salón está lleno de un humo grisáceo de tabaco. Los ministros, sus primeros sustitutos y los viceministros, los jefes de organismos, todos están ahora reunidos aquí. La conferencia dura ya más de cuatro horas. Se ha planteado en dos oportunidades la cuestión de las conversaciones con el Japón y en ambas ocasiones los votos se dividieron en partes iguales.

—Queremos escuchar la opinión de nuestro colega, el ciudadano Bliújer —pide Schreiber, socialista popular—. Me parece que es precisamente su opinión la que debe decidir por fin la posición de los vacilantes. Por favor, ciudadano Bliújer.

—Esperaré —responde el comandante en jefe—. Para mí ahora es más importante escucharlos.

—¿Me permite?—dice el viceministro Proskuriakov. Y sin aguardar a que se haga el silencio, comienza—: Considero que tienen toda la razón aquellos que se manifiestan en la forma más categórica contra las conversaciones con Tokio. Llevar a cabo propaganda revolucionaria por una parte, y sentarse a la mesa de conversaciones con aquellos contra los cuales se hace esa propaganda es, simplemente, prostituirse y faltar a los principios. Estoy tratando la cuestión en general, desde su perfil estatal.

—Desde el partidista —señala mordazmente uno de los mencheviques—, es más exacto. Los socialistas populares observan, ante todo, el aspecto partidista.

—No me dispongo a pasarle la cuenta a nadie en un momento que por su carácter vergonzoso y complejo recuerda los tiempos de Brest.[11] El niño que presencia cómo su padre, a quien acaban de escupir en el rostro y quien, en lugar de responder con una bofetada, se pone a sacudir humildemente el polvo de las hombreras de su ofensor. Ese niño perderá desde aquel instante, y para siempre, el respeto por su padre y la fe en él.

—Ni siquiera la literatura ha sido tan categórica en semejantes afirmaciones —observa Bliújer.

—La política no es arena para lecciones literarias de críticos diletantes. Si nos hemos convertido en chupatintas, hay que decírselo así, con sinceridad, a aquellos a quienes tenemos el valor de dirigir. Si lo que nos importa es la idea, entonces podemos renunciar a las carteras ministeriales y a los autos personales en aras de la libertad en todo el globo terráqueo.

—O es usted un demagogo —dice Bliújer, sin alzar la voz— o en el mejor de los casos, un imbécil.

El que preside intenta llamar al orden. El ministro Schreiber, con una leve sonrisa, se pone en pie. Es fuerte en la polémica, no como Proskuriakov.

—Una magnífica muestra del estilo más reciente a lo gran señor. ¡Un garrote que derriba por igual a justos y a pecadores y, sobre todo, a los que buscan la verdad! ¡Tú, que buscas la verdad, teme al garrote del ciudadano Bliújer! ¡No te atrevas a emitir tu juicio sobre los que han ultrajado a tu madre patria! ¡No oses razonar! Repite los dogmas: es un excelente testimonio de auténtico patriotismo. ¡Ha llegado la libertad de expresión, el progreso está por doquier, pero bendito sea el que medita poco y nunca piensa! ¡Siempre he sido adversario de Proskuriakov! Pero hoy, tras su apasionada intervención, me he convertido en su aliado humano, lo he comprendido. Repito: me repugna la idea de sostener conversaciones con la canalla amarilla que ha traído tantas desgracias y lágrimas a nuestro país.

Bliújer comienza a aplaudir sonoramente, de forma demostrativa.

—Bravo —dice—, ¡bravo, Proskuriakov! ¡El ciudadano Schreiber ha comprendido todo el tremor de tus impulsos!

Estación ferroviaria Chitá II

Un tren se detiene, acompañado por el chirrido de los discos de acero de sus parachoques. A lo largo de todo el tren hay gente en pie. Son trabajadores y sus esposas. El transporte ha llegado desde la hambrienta región del Volga. Se abren las puertas de los vagones. Desde allí adentro miran enormes ojos de niños. Niños grises, pequeños, de cabezas extraordinariamente grandes, hombros estrechos, bracitos largos y delgados; están junto a las puertas abiertas y se aguantan unos a otros para no caer.

Un grito largo, de mujer atraviesa el silencio en un instante, como una ráfaga de ametralladora.

Y todo queda de nuevo en profundo silencio. Se escucha solo el graznido de las urracas en el cristalino cielo del amanecer. Los obreros de Chitá permanecen en silencio junto a los vagones, cargan a los niños, los abrazan, larguiruchos y flacos, sucios, descalzos y harapientos.

La esposa de Bliújer recorre un vagón. Lleva las manos heladas pegadas al pecho, su mentón tiembla. Mira atentamente los rostros cenicientos de los niños. Camina sin prisa, recuerda la petición del marido: «Recoge a la más infeliz, la más sucia y enferma, a la que otros no quieran llevarse. Recoge a esa, la llamaremos Zoeñka.»

En un rincón, pegada a las rugosas tablas, hay una niña pequeña: su rostro está lleno de costras, las manos negras de fango, las uñas roídas. La niña mira con terror, como una fierecita acosada.

La esposa de Bliújer se le acerca, la toma en sus brazos, le acaricia la carita, la oprime contra sí y le dice algo al oído. Al principio, la niña se aparta, su rostro se vuelve pequeñito como una manzana en vinagre, y después rodea a la mujer con sus bracitos delgados y grita, con voz terrible, como una mujer:

—¡Mamá! ¡Mamaíta mía! ¡Mamaíta!

Salón de conferencias del Gobierno de la República del Lejano Oriente

—Al parecer —prosigue Bliújer—, la forma más terrible de demagogia es la «demagogia sincera».

—¡No hable con palabras de domador de serpientes! —grita Schreiber—. ¡Permítase llamar a las cosas por su nombre!

—Eso es, precisamente, lo que intento hacer. Al parecer, no todos los que han intervenido se dan cuenta de que solo existe una alternativa con respecto a las conversaciones: la guerra. Huelga decir que, en las condiciones actuales, una guerra sería algo extremadamente difícil para nosotros. Mencionaré algunos datos de

la situación en el ejército, a fin de enfriar aquí el hurra patriótico y fanfarrón. El patriotismo es omnipotente solo cuando está armado. ¡Y nosotros no tenemos más que veintiséis caballos en todas las divisiones de la Transbaikalia! ¿Se dan cuenta de lo que significa eso? ¡El campesino está reducido a la miseria absoluta, no tiene caballos, y de esa forma la artillería es impotente! ¡Y en estos tiempos no se puede pelear a sable, se requieren cañones! Eso, en primer lugar. ¡El ochenta por ciento de los combatientes de nuestro ejército debería ser desmovilizado por su edad! En segundo lugar: no puedo llevar a las filas del ejército a oficiales profesionales que son fieles a la patria y no nos traicionan con los intervencionistas, ya que en el banco del Estado no hay dinero para las necesidades del ejército. En tercero: ¡en la caballería no hay sables! En las compañías de infantería la mitad de los fusiles son rusos; el treinta por ciento, japoneses, y el diez, norteamericanos. Y no hay balas para ellos. ¿Y ustedes quieren obligarme a que conduzca al ejército a luchar? Sería el asesinato vil y premeditado de miles de personas, ¿comprenden ustedes o no? Hasta que no reciba dinero y no organice lo que tengo que organizar en las unidades, aceptaré cualquier tipo de conversación, aun las más denigrantes. Ustedes entonan frases de amor a la patria y los que van a pagar por esas frases serán los obreros y los mujiks con capotes militares. Renunciar ahora a las conversaciones no es solo una locura: es un crimen o una tontería.

Bliújer habla y por la ventana abierta llegan los largos sonidos de la sirena del tren: en la estación reciben a los niños hambrientos de la región del Volga.

Vladivostok. Parque Parimorski

Isáiev y Sashenka caminan lentamente por el desierto paseo. Tras los arbustos florecidos se escuchan voces alegres, chillidos, risas y el golpeteo del agua: allá abajo, a orillas del golfo, está la playa.

—Cuando escucho esa alegría —dijo Isáiev—, recuerdo a mi amigo de San Petersburgo, Guenrij Ganin, declamador de teatro. Tenía una novela. Se titulaba *Un alce en la ciudad: San Petersburgo de preguerra*. En las primeras páginas de los periódicos hay noticias de huelgas en fábricas, resoluciones del gobierno sobre llamados a filas, informes sobre el aumento de precios de los alimentos; pero la gente, todos a una, leen la cuarta página donde hay una pequeña nota: «Ayer, en la isla Vasílievski, salió del bosquecillo un alce. Sin prestar atención a los residentes, el alce cruzó tranquilamente el camino y se perdió en la espesura». Transcurre un mes, en las primeras páginas aparecen informes: «Miles de muertos en las zonas fronterizas, se acerca la guerra total», pero la gente sigue leyendo la cuarta página y no la primera, ya que allí hay una nota sensacional: «Un alce en el casco de la ciudad. Ayer, el alce anduvo por la avenida Nevski. Rompió dos vitrinas con sus cuernos y se acostó a dormir en la calle Litieini». Y entonces, Ganin, me decía: «Cuando en la cuarta página del periódico aparezca la consabida nota, «Un alce en el centro de la ciudad» y anuncie que hay diez alces bailando en el puente Aníchkov, estará cerca el fin del mundo, pero la gente seguirá leyendo precisamente esa nota: «Un alce en el centro de la ciudad…»

Sashenka sonrió:

—Maxim Maximóvich, usted es un hombre increíblemente extraño. Es como una muchacha.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. Su estado de ánimo varía.

—¿Sí?

—Por supuesto. Por la mañana se reía y ahora está triste.

—Estoy triste porque usted me ofende.

—Simplemente temía asustar a Gavrilin. Hoy estoy dispuesta a ir donde los apestados.

—¿Su padre se ha ido ya?

—De madrugada.

—¿Por qué lo llama usted por el apellido?

—Le quiero mucho…
—¿Está sola ahora?
—Sola.
—Tiene una simpática verruguita en el cuello.
—No es una verruguita.
—¿Qué es?
—Un lunar.
—Tiene la forma de Inglaterra…
—No me provoque. ¿Cuándo iremos a ver a los apestados?
—No es necesario ir adonde los apestados.
—¿Tiene miedo?
—¡Muchísimo!
—Iré sola.
—¿Puede beber vodka?
—¿Después?
—Después también, pero lo más importante es beberlo antes.
—Tiene usted las sienes canosas.
—Me las tiño para parecer elegante, como un capitán inglés.
—Eso es mentira. Conozco cuando son teñidas.
—¿Acaso no lo parece?
Sashenka se detuvo y examinó atentamente las sienes de Isáiev.
—Mentiroso.
—Mentiroso —aceptó él y repitió—: Mentiroso.
—¿Maxim Maximóvich?
—¿Eh?
—¿Por qué vive usted en Gniloi Ugol?
—Me gusta el lugar.
—No sé para qué me llama, si dicen que usted tiene una japonesa, una geisha preciosa, que tiene ojos como cerezas.
—¿Quién dice eso?
—Es un secreto.
—Venga a visitarme, se la mostraré.
Sashenka se ruborizó y volvió el rostro:
—Se muestran los objetos, Maxim Maximóvich.

—Eso también es verdad. ¿Dónde vamos a almorzar?

—Yo, en mi casa.

—Pero usted me prometió pasarse todo el día conmigo.

—¿Lo desea mucho?

—No tanto, pero de cualquier modo…

—Es mejor que se vaya, Maxim Maximóvich, o yo también me pondré a decirle groserías, y usted es un viejo…

—¡Se ha vengado! —sonrió Isáiev y miró alegremente burlón a Sashenka. Sus ojos estaban rodeados por una red de pequeñas arrugas. Esas arrugas son propias de los ancianos, pero Isáiev es joven, solo tiene veintidós años, veintidós nada más.

Poltávskaya, 3. Contrainteligencia

Guiatsintov llamó a su oficina al coronel Sujodolski y a Pimezov; pensativo y triste, dio unos paseítos y se detuvo junto a la ventana. Suspiró y dijo a sus ayudantes:

—Según mis cálculos, totalmente aproximados, en la ciudad permanecen aún unas novecientas personas de la clandestinidad bolchevique activa. Esa es precisamente la masa que aunque no ocupa puestos en el sistema oligárquico del partido, es la que decide el éxito o el fracaso de la revolución en las barricadas. No nos podemos sentir vencedores hasta que esa gente no sea detectada y liquidada. Para ello, realizaremos la primera etapa de la acción «Pececillo dorado». Les ruego me preparen un proyecto de esquela fúnebre.

El plan de Guiatsintov era exacto. En el periódico debía aparecer una información sobre la entrega del cadáver del líder bolchevique Vasíliev, muerto repentinamente en la cárcel «a consecuencia de un ataque cardíaco». En primer lugar, los combatientes clandestinos que se encontraban libres no creerían ese «ataque cardíaco». Todos conocían la forma en que se interrogaba en las oficinas de Guiatsintov. En segundo lugar, la gente del coronel propagaría ese

mismo día una versión de las terribles torturas a las que fue sometido Vasíliev. Esa versión sería difundida a través de los agentes secretos de la contrainteligencia en los barrios obreros.

Y como la dirección del comité revolucionario, su eslabón principal, estaba presa, las emociones prevalecerían entre los miembros de filas del partido, aún en libertad, y ellos organizarían seguramente el entierro solemne de su camarada. Eso era lo que esperaba Guiatsintov. Tan pronto la procesión mortuoria comenzara a avanzar por la ciudad hacia el cementerio de Egerscheld, allí, alrededor del cercado de la iglesia, se encontrarían dispuestas las tropas, «para la conservación del orden». Y con el objetivo de romper ese orden, dos agentes dispararían a la espalda de los soldados: una provocación corriente. Los soldados responderían. La multitud trataría de romper el cordón, eso estaba claro. Allí comenzaría el tiroteo. Matarían a unos trescientos y los demás se tranquilizarían. Entonces, y solo entonces, podrían considerar segura la retaguardia en alguna medida para los meses venideros: el ataque a los rojos ya estaba cerca.

Y al día siguiente, un hombrecito, insignificante y lleno de polvo, entró en la redacción del diario de Vaniushin. Entregó al departamento de anuncios una esquela que anunciaba a todos los familiares y amigos del «líder comunista» Vasíliev el fallecimiento de este, ocurrido durante un paseo por el edificio de la contrainteligencia, en la calle Poltávskaya, 3.

—Por favor, póngalo usted en la primera página —rogó el hombrecito insignificante, que se presentó como un pariente lejano de la esposa del fallecido—, para que todos conozcan nuestra desgracia.

Bajo el montón de papeles colocó con cuidado un billete de cinco dólares. El jefe del departamento escondió el dinero en su bolsillo con gesto majestuoso y dijo:

—Usted no sabe nada de nuestro oficio. Si pongo su aviso en la primera página, todos creerán que recibo sobornos y no tengo la

conciencia limpia. En la primera página se anuncian las mercancías más innecesarias, se ofrecen las noticias más aburridas. Pero en la cuarta página, en un puntaje pequeño, con un título que diga: «Venganza no: castigo», o «Le aconteció en el interrogatorio», ¡toda la ciudad lo leerá!

—No, no diga usted nada de que fue en el interrogatorio… No hable de eso, no tiene nada que ver…

—Entonces, ¿qué propone usted?

—¿Yo? ¡Nada, nada! Es cautivante lo que acaba de decir: «Le aconteció…». Pero, por favor, sin mencionar para nada el interrogatorio.

—¿Y qué teme usted? Que teman los gendarmes, usted es familiar del muerto, precisamente es quien puede valerse de eso. A nosotros nos importa el anuncio, a usted, el pésame.

El hombrecito hizo unos rápidos movimientos como si tragara en seco, mientras meditaba cómo actuar.

—Y además —prosiguió el jefe del departamento—, ¿qué significa «Le aconteció…»? Si le acontece que la mujer le encuentra con otra, nadie se asombrará en nuestros días. Pero si es él quien encuentra a su mujer con otro, si «le acontece» a ella, seguramente será divertido ver cómo la puta inventa. Se pondrá a decir que el tipo la estaba violando.

—Eso es así —suspiró el hombrecito—, todas las mujeres son unas putas. Entonces, ¿cuál va a ser el titular?

—«¡Lo desgraciaron, perros, lo desgraciaron!».

—¿Y quién desgració a quién? ¿No resultará un enredo?

—¿Por qué es tan pusilánime? Como si temiera algo. ¿Es que tiene alguna propuesta particular?

—No tengo propuesta alguna. Yo le rogaría esperar a que los familiares meditemos un poco.

—Entonces no saldrá en el número de mañana.

—No, tiene que salir en ese número, lleva tantos días…

—¿Qué?

—Nada, de la tristeza me pongo a hablar conmigo mismo. Mejor escribamos simplemente, con dolor: «Adiós, querido».

—Está bien —aceptó el jefe—. Escribiremos eso.

Cuando el visitante se marchó, el jefe del departamento de anuncios levantó el teléfono interior y comenzó a dictar:

—Vasili Vasílevich, anota este titular: «¡Lo desgraciaron, perros, lo desgraciaron!». La primera frase con buena puntuación: «De la muerte, como del talego, no hay donde ocultarse que no sea en el nuevo restaurante de la tienda de Yuli Brinner». Brinner me pidió que lo anunciara, ya pagó. Y sigue con eso del bolchevique muerto. Un abrazo.

Restaurante junto al mar: El Ancla Oxidada. De noche

En la terraza, enclavada en el golfo como una fina flecha, estaban sentados Isáiev y el jockey Apolinari a quien todos conocían como Apollinaire, menos sus amigos íntimos, que lo llamaban Lialia. El jockey tenía las mejillas bañadas en lágrimas de borracho y de vez en cuando hipaba. Decía tonterías incomprensibles, se tragaba las consonantes fricativas: no había quien lo entendiera. Después dejó caer la cabeza sobre el pecho con violencia, como un actor cuando sale a hacer una reverencia, se inclinó hacia adelante y soltó un ronquido: Lialia se había dormido al instante.

Isáiev se apartó del jockey dormido, se recostó en el asiento, con cansancio estiró los brazos a lo largo del cuerpo y aspiró profundamente el aire yodado del océano. Ahora por la noche, cuando su único interlocutor dormía, no tenía a nadie cerca y no se veía obligado a sostener conversación vacua con persona alguna. Era evidente cómo de cansado estaba Isáiev.

Había pasado todas las semanas anteriores en compañía de Vaniushin. Este se encontraba en un estado de agitada animación, bebía a lo grande y exigía que todos los que lo rodeaban bebieran como él. Había llamado a Guiatsintov y ambos tocaban antiguas

romanzas a dos guitarras. Casi al amanecer, Vaniushin, embriagado, comenzó a insultar al coronel, llamándolo «gendarme y chupasangre». Guiatsintov continuaba tocando en silencio la guitarra, miraba comprensivamente a Isáiev y ambos intercambiaban sonrisas.

Isáiev recibía frecuentemente en su apartamento en Gniloi Ugol a periodistas japoneses y norteamericanos. A muchos de ellos los tuteaba; era asiduo del Estado Mayor japonés y de la misión norteamericana. Aquí comprobaba la información que le llegaba a través de Vaniushin.

Pero, por el momento, no tenía acceso directo a las instituciones militares de los blancos ni a las operaciones bancarias de los Merkúlov; tampoco al ministerio de asuntos extranjeros: los informes de los acontecimientos que allí tenían lugar le llegaban a través de Vaniushin, borracho siempre al despuntar el día, o en calidad de chismes de los corresponsales extranjeros. Por eso, mientras más pasaba el tiempo, más apremiante era la necesidad de encontrar una persona influyente en el gobierno.

Durante todo este tiempo Isáiev había estudiado al secretario del primer ministro, Frivéiski. En el cúmulo de anécdotas sobre el secretario, recogidas en el expediente recopilado por Póstishev, dos resultaron verídicas: Frivéiski jugaba desesperadamente a los caballos y acaparaba divisas en silencio. Como lograra aclarar Isáiev (a través de Chen, quien mantenía relaciones con aventureros que se agrupaban en la bolsa), el secretario de Merkúlov había sido arrestado, en cierta época, por la administración de Kolchak, situada en Verjneúdinsk, por una gruesa malversación, pero se salvó gracias a que los rojos derrotaron a las tropas de Kolchak: en aquellos tiempos ocurrían paradojas semejantes. Fue liberado en calidad de «preso político» y salió corriendo hacia Vladivostok. Allí conoció a Merkúlov, le cayó bien, cumplió correctamente varios encargos suyos y se hizo su hombre de confianza, pero Merkúlov se convirtió en primer ministro y de forma inesperada, Alex Frivéiski pasó, de preso

común, a secretario personal y jefe de gabinete del primer ministro de la Rusia blanca.

Isáiev se dirigió al hipódromo un día entre semana, con el objetivo de tropezarse con Frivéiski. Había intimado con el jockey, luego de recordar el relato de Timoja, el cazador. Transmitió a Apollinaire la petición proveniente de la taiga: ayudar a las víctimas del incendio. Apollinaire recibió la petición con aire sombrío, humor que mantuvo durante todo el día y la noche de esa primera jornada en que Isáiev se lo llevó de juerga, pero ya al segundo día, este era de los íntimos en el hipódromo. Isáiev estuvo tres días sentado en las graderías vacías, mirando cómo trabajaban Apollinaire y sus colegas, quienes paseaban sus cabalgaduras por el verde campo. Observó a los jockeys que galopaban por las sendas de ceniza, incrustados en sillas de montar confeccionadas a medida en El Cairo. Isáiev hacía anotaciones en una libretita forrada de piel negra artificial, mordía el lápiz y observaba a Apollinaire, mientras este conversaba tiernamente con su amada bestia, la feísima Reganda II.

Isáiev estaba sentado junto al jockey dormido y miraba hacia la negrura abismal del golfo nocturno, mientras en el escenario, construido junto a la misma orilla, los gitanos cantaban a varias voces:

No importa que muera, sin retorno,
para siempre, amigos, para siempre.
Pero mientras yo viva, en todas partes
¡beberé, beberé, beberé!
Bebo por alegría, por hastío,
olvido el mundo, olvido el universo,
tus manos aparecen en mis sueños,
¡y no hay felicidad, no hay, no hay!

—¿Te leo la fortuna, halconcito? —preguntó una gitana que se había aproximado en silencio a Isáiev. En la oscuridad solo se distinguían sus ojos. Eran negros, pero ahora parecían

profundamente azules. Sus dientes eran largos, gélidos. Solo los ojos y los dientes se destacaban en la noche, como si el resto no existiera.

—Pareces una negra —dijo Isáiev en voz baja—. ¿De qué te ríes?

—De que eres hermoso. Eres muy blanco. —La gitana pasó su mano oscura por los cabellos del hombre.

—¿Eres Masha? —preguntó Isáiev.

—Ajá.

—¿Dónde aprendiste a cantar?

—Cuando la tribu emigra, nos aburrimos y cantamos.

—Tienes la nariz respingona, Masha.

—Será que mi abuela durmió con un ruso.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Por qué hablas en un susurro?

—Porque tú no me manoseas. Me siento limpia y por eso hablo en un susurro, como los enamorados.

—Eres una bella persona —sonrió Isáiev con ternura y acarició la mejilla de la muchacha—. ¿Alguien te ofende?

—No. O quizás, sí. Pero ni siquiera me doy cuenta de ello. Ya me he acostumbrado. Oye, ¿me permites enamorarme de ti? Lloraré por las noches y a los otros les arañaré el rostro…

—¿Por qué?

—Porque me siento vacía. Tampoco me permiten parir un niño. Dicen que de tenerlo no podré cantar y la tribu no ganará dinero.

—¿Quieres que te lea la suerte yo? —preguntó quedamente Isáiev y tomó la mano de la muchacha entre las suyas—. Esto es lo que te espera, Mashenka…Te aguarda un largo camino, una troika de hermosos potros y un valiente mancebo.

Apollinaire, que se había despertado, abrió los ojos y se puso a escuchar a Isáiev sin moverse.

—Os sentaréis los dos en el coche —prosiguió Isáiev en un susurro casi inaudible— y os alejaréis de todos, con panderetas y viento fresco.

—¿Es de bastos?

—¿Quién?

—El rey. El que me raptará.

—No. Es de oros, hermoso, con un jubón de seda, con el pelo castaño claro.

—¿Entonces, no es un gitano? Mientes… A mí solo puede raptarme un gitano para que le dure bastante.

—Este también será gitano.

—¿Viejo?

—No, joven.

—¿Listo?

—Mucho… Te colocará en el coche, te cubrirá las piernas con pieles caras, dará un grito y los corceles te llevarán a su casa, una casa de troncos, con una ventana que mira el verde mar, donde no existe nunca la noche.

—Escucha —musitó Masha—, bromeas, pero la muerte mira a los ojos, lo sé, siento el temblor en las sienes cuando hablo contigo. Cuídate. Cuídate de un viejo bigotudo, acabará contigo, te martirizará hasta la muerte.

—¡Masha! —gritaron desde el escenario iluminado—. ¡Masha, *chavella*! ¡Baila y canta por las últimas monedas!

Masha desapareció en la oscuridad y luego, como en un acto de magia, salió de la negra noche a la luz del escenario y comenzó a cantar… ¡De qué manera! Un hálito frío recorría la piel y se percibía una angustia mortal tan grande que daban deseos de llorar, beber y rezar, y que luego todo se fuera al infierno.

—Maxim —dijo Apollinaire, sobrio—, perdóname, eres bueno como un caballo. Acabo de soñar que mi Reganda había ganado la carrera, solo que todo esto es tonto. Levantarán otra vez su casita. Pero, de todos modos, se la quemarán de nuevo. Ahora se vive de una forma que nadie da cuartel a los caballos ni a los mujiks…

Y en ese momento, echaron a correr por la ciudad los pequeños vendedores de periódicos, que agitaban sobre sus cabezas una edición extra de los diarios. Gritaban a toda voz:

—¡Japón comienza las conversaciones con los rojos en Dairen! ¡Nos han traicionado! ¡Todos a las armas! ¡Los Estados Unidos se mantienen en silencio!

Residencia de Merkúlov

El primer ministro llevaba ya más de una hora conversando con el diplomático norteamericano Grovers. A pesar de la apariencia benevolente de este sujeto, el diálogo era tenso e importante. El mensaje cifrado, que fue remitido por el periodista norteamericano Huberman, acreditado ante el gobierno de Chitá sobre las conversaciones ruso-japonesas, indicaba, sin lugar a dudas, que había llegado el momento preciso de separar a los «enamorados»: a Spiridon Merkúlov y al gran mikado. Precisamente ahora se presentaba la posibilidad de introducir una cuña en la alianza entre los japoneses y los blancos del Extremo Oriente. Era una posibilidad única y muy prometedora.

Por esa precisa razón, Grovers debía convencer a Merkúlov de la conveniencia de una orientación pronorteamericana.

Grovers vencía a Merkúlov con la fuerza de la lógica, con parquedad, conociendo perfectamente que el general japonés Tachibana era siempre blando y solemne en sus conversaciones con el primer ministro.

—Al parecer, señor primer ministro, la cuestión de su prestigio en los frentes de lucha contra el peligro extranjero, me refiero en primera instancia, por supuesto, al peligro rojo, será decidida únicamente por el nivel del armamento de sus ejércitos.

Spiridon Dionísievich se comportaba con la picardía del comerciante: mascaba sus bigotes canosos, repetía su estribillo —«en este problema hay que analizarlo todo»— y la sonrisa no abandonaba su rostro. Era una vieja treta: si las cosas andan mal, sonríe como si estuvieras en la cúspide de tu felicidad. Solo sus

manos se movían algo más de lo corriente y eso era lo único que revelaba su preocupación.

—¿Qué le parece, señor primer ministro, tengo yo la razón o no?

—Teóricamente, sí, querido amigo. Solo me inquieta la cuestión práctica. Ustedes están lejos, pero hay alguien que está cerca. Y además, para ser honesto, los políticos de su país son demasiado charlatanes. ¿Cuál es el valor de un faro? Pues que siempre titila en una sola dirección, pero ustedes le guiñaron el ojo a Kolchak, muchos guiños, y después se fueron a dormir. Pero nuestros fieles aliados japoneses no actuaron así.

—En este caso, estamos estudiando las perspectivas de resistir las hordas que los amenazan desde el oeste, desde Jabárovsk.

—Mi querido Grovers, es usted joven, quiere ser pícaro, muy pícaro. Lo que más le preocupa a usted ahora es cómo empujar poquito a poco a los amarillos y echarlos de vuelta a sus islas, fuera del Lejano Oriente. ¿No es así? Por eso perdemos en todo, porque nos dedicamos a resolver intriguillas y es como si para ustedes no existiera la gran intriga: la moscovita. ¿Para qué habla de nuestro armamento? ¿Porque no quieren a Lenin? No solo por eso. Porque no quieren al mikado. Para irritarlo y echarnos a pelear con él.

Grovers se reclinó en la butaca, mientras sentía una aguda rabia que despertaba dentro de él. Los jóvenes son orgullosos, les parece que no hay nadie más astuto y más agudo que ellos. Creen que los viejos piensan con lentitud, pero he ahí un ancianito que lo ha comprendido todo, lo puso todo en su lugar y ahora se ríe, ¡diablo bigotudo!

—Señor primer ministro, en Norteamérica sabemos valorar las bromas. Debió usted haber nacido norteamericano.

—Quién sabe si no tendré que convertirme en uno de ellos —dijo Merkúlov burlonamente—. Presentaré mi renuncia y les pediré el visado. Me pondré a limpiar zapatos en las calles. —Y, sin pausa alguna, preguntó—: ¿Cuántas armas nos darán?

—Tres mil carabinas y munición para ellas —respondió Grovers, sin inmutarse.

—No tienen ustedes municiones aquí…

—Están a punto de llegar.

—¿Cuánta?

—Cien proyectiles por carabina.

—¿Piensa que eso nos alcanzara hasta Moscú? ¿Qué hay de las ametralladoras?

—Esta cuestión, así como el problema de los tanques y la artillería, se encuentra actualmente en la etapa de solución definitiva, en Washington. Al parecer, la solución tiene vínculo directo con la posición que adopten ustedes.

—¿Quiere decir que esperan ustedes expresamente una declaración conjunta? ¿Para que gruñan mis japonesitos? No es totalmente lógica su posición. Comuníquele a sus jefes que tan pronto yo haga una declaración que pueda ser considerada por Tokio como un cambio en mis simpatías, recibiré cinco veces más de lo que puedan darme ustedes. Ellos no tienen congreso, todo lo deciden calladamente, sin ruido. Si su primer ministro dice «hace falta», todo se hace al instante. Pero ustedes tienen que ratificarlo todo, son ricos, pueden jugar a la democracia. Está bien. Meditaré sobre nuestra conversación. Anote que necesito obtener veinte tanques, veinte aeroplanos, cuarenta cañones y no menos de cincuenta ametralladoras, todo eso en calidad de primer aporte. Y además, tengo que saber a cambio de qué hacen ustedes todo esto.

—Solo por la justicia y…

—Déjese de eso —dijo Merkúlov, mientras se ponía en pie—. No es necesario. Guárdelo para las damas. Si no tiene directivas precisas, comuníquese con Washington. Seguramente, a ustedes les interesa nuestra zona ribereña en la región de Kamchatka y Sajalín, ¿sí? En una palabra, pregúntelo todo: qué, cuánto, dónde y para qué… Y, por favor, hágame un servicio amistoso: averigüe en detalle cuál de sus firmas, mejor si es de la costa oriental, quisiera cerrar un contrato conmigo para el suministro de telas de seda, holoturias y cangrejas.

Merkúlov acompañó a Grovers hasta la puerta. Retornó a su mesa. La sonrisa abandonó su rostro. Lo tenía difícil Spiridon Dionísievich. ¿Qué hacer? Si los japoneses comenzaban realmente una ronda de valses con la Chitá roja, había que prepararse para una reacción activa. Además, en la política sucede como en el comercio: si hay opciones, hay muchas más oportunidades de comprar buenas mercancías. Si no hay opciones, hay que coger sarga en lugar de cachemir, y sin chistar. Pues bien, los japoneses han ayudado indirectamente con sus insinuaciones de que celebrarán conversaciones con los rojos. La posición —tanto en diplomacia como en la vida familiar— es el fundamento de todos los fundamentos. Quien sea el primero, quien ocupe una posición desde el principio, ese será el que domine hasta el final. Saber ofenderse es una ciencia y saber perdonar es toda una familia de ciencias. En esto uno no puede equivocarse ni ceder un ápice: ni en la mirada, ni en el gesto, ni en la palabra o —Dios no lo quiera—, ni en la sonrisa anticipada. Las comisuras de los labios hacia abajo, los tendones del rostro deben sobresalir y las cejas deber estar fruncidas. Así es.

—Señor primer ministro —Frivéiski entró en el despacho—, el general Tachibana ha venido a verlo.

—Dígale al señor general, amigo, que tengo taquicardia y que le ruego posponga su visita, la cual debe coordinar previamente con el ministro de Asuntos Extranjeros.

Frivéiski estudió con atención el rostro de Spiridon Dionísievich, sonrió levemente e inclinó la cabeza:

—Señor primer ministro, llamaré de inmediato a su médico personal y después responderé al general Tachibana.

—Eso va a parecer algo lastimoso —objetó Merkúlov—. Es como si nos enfermáramos porque les tenemos miedo. Y no les tememos. Una viuda joven selecciona a sus caballeros porque ya no es virgen y ha conocido el amor. Despídalo simplemente, de frente.

Tachibana salió del vestíbulo caminando de espaldas, mientras hacía una larga reverencia y sus ojos mostraban compasión por tan inesperado cambio en la salud de un gran hombre.

En el umbral, el general se detuvo y repitió:

—Le ruego, Frivéiski san, que transmita al señor primer ministro del gobierno provisional del Amur, la expresión de mi más profunda pena y mis mayores respetos.

Frivéiski anotó para sus adentros que el señor Tachibana había utilizado por primera vez el calificativo de «provisional» con relación al gobierno de Merkúlov, luego de tropezarse con Grovers, que salía de la audiencia con el primer ministro, y de serle negado el encuentro con un descaro provocador, nada protocolar.

Otro más joven hubiera corrido hacia la residencia a preparar un contragolpe de fuerza demoledora, pero Tachibana era un hombre entrado en años, casi contemporáneo de Spiridon Dionísievich. Se daba cuenta de que lo último sería asestar un golpe. Pinchó con el «provisional», lo que por ahora era suficiente. Ya tendrían de qué ocuparse por todo un día. Lo esencial era otra cosa: había que preguntar urgentemente a Tokio y a los agentes locales si alguno de los empresarios japoneses habría ofendido a Spiridon Dionísievich, a Nikolái Dionísievich o a su hijo: el muchacho también comerciaba, aunque no tenía más de diecisiete años. En ese caso, habría que resarcir a los hermanos, utilizando los fondos secretos, y cerrar con ellos un par de contratos de tal magnitud que el oro quedara tintineándoles en los oídos.

El general Tachibana sabía hasta pensar en ruso; por eso, no se preocupó demasiado y se dirigió a casa del cónsul francés para una partida de *bridge.* También estaba invitado a la partida el general Molchanov, comandante en jefe del Ejército Blanco. Con él se podía conversar, era un hombre inteligente y delicado, muy delicado.

Cuando se dirigía a la casa del cónsul, el general Tachibana tuvo tiempo de visitar al ministro de Asuntos Extranjeros, el señor Nikolái Merkúlov. Los hermanos no habían podido conversar por teléfono, cosa que suponía el general, y por eso estaba seguro de que lo recibiría. El diálogo fue corto. Tachibana, con voz algo cansada explicó:

—No se puede mirar solo lo que está a la vista. Eso es un privilegio de los niños, pero los niños no son socios a la hora de decidir cuestiones de importancia internacional. Nosotros no necesitamos las conversaciones de Dairen. Son ustedes quienes más las necesitan. ¿Por qué? Permítame: en primer lugar, se prolongarán no menos que dos o tres meses, o sea, el tiempo preciso que requiere su Estado Mayor para concluir los trabajos en el plan de una ofensiva victoriosa contra sus enemigos. En segundo lugar, si los rojos aceptan nuestras exigencias, les vendrá a ustedes tan bien como a nosotros. Si ellos las rechazan, ustedes estarán listos, sobre todo el Estado Mayor general. Transmítale eso a su hermano, ya que no me recibió, se fingió enfermo y quiso asustarme con el norteamericano. Nikolái Dionísievich, no nos tratemos así, no. Nos ofendemos igual que ustedes. Pero nosotros cuando estamos ofendidos sonreímos, mientras que ustedes lloran. Esa es toda la diferencia.

Y mientras Tachibana se dirigía rumbo al chalet francés, el cónsul de París conversaba con Guiatsintov y se interesaba por la suerte que correrían los bolcheviques arrestados por el asunto del periódico clandestino. Hablaba de la necesidad de encontrar una tercera solución para el destino de un adversario político. El terror, de ningún modo. La opinión pública mundial lo vería con malos ojos, pero tampoco era admisible un liberalismo vacuo: en Rusia el liberalismo concluía inexorablemente con sangre.

—Cualquier acto está permitido —señaló el cónsul—, pero siempre es necesario tener en reserva a alguien que luego se convierta en chivo expiatorio. Aunque, perdóneme —se interrumpió el cónsul—, se podría pensar que me estoy inmiscuyendo en sus asuntos internos.

Guiatsintov echó una rápida mirada a los sonrientes ojos del diplomático.

—Grodekovo, el centro de la agrupación de Semiónov —concluyó el cónsul la conversación, mientras se dirigía a recibir a Tachibana—, parece ser el último punto ferroviario, más allá está la frontera. Por

tanto, es posible el destierro de los bolcheviques, en lugar de su ejecución: una actitud noble, en desuso, hacia la oposición. Al mundo le complacerá. Y si Semiónov ofende a los rojos en Grodekovo, para ustedes ya no será una preocupación, sino algo que lamentar. Sí, llevamos hablando demasiado rato, Kiril Nikoláyevich, le ruego que pase a la sala, el *bridge* promete ser interesante, aunque un poco desanimado. ¿Dónde se encuentra el señor Vaniushin?

—Creo que en la biblioteca.

—No —respondió sordamente Vaniushin, desde detrás de la chimenea—, no está en la biblioteca, está aquí.

Isáiev fue a ver a Frivéiski y desde el umbral exclamó:

—¡Oh, grande y todopoderoso!

—Siga hablando —rogó Frivéiski en tono de broma y cerró los ojos, para mostrar cómo de agradable le resultaba.

—Entonces, ¿mañana, a las tres? —preguntó Isáiev, en voz baja.

—Sí. Pasaré por el Versalles a recogerlo, Maxim Maximóvich, pero sea cuidadoso: usted y yo podemos perderlo todo en este mundo.

—Eso es cautivante, a veces es más útil perder que ganar.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que hay que revalorarlo todo, desde el principio.

La secretaria trajo los últimos periódicos. Isáiev y Frivéiski, con profesionalidad, revisaron rápidamente las páginas. Frivéiski soltó una risita burlona:

—Escuche el reportaje que publica su órgano de prensa: «¡Lo desgraciaron, perros, lo desgraciaron! De la muerte, como del talego…».

Isáiev había visto esa nota que informaba sobre el entierro de Vasíliev, un líder rojo. Se echó a reír conjuntamente con Frivéiski: una sonrisita, risa, carcajadas. Escondió el periódico en el bolsillo y se marchó, saludando a sus conocidos por la escalera.

En la redacción, el jefe del departamento de anuncios chillaba una justificación:

—¡Cómo podía yo saber que la contrainteligencia se molestaría! ¡Lo que me importa es que no se molesten los suscriptores! ¡Buenos Pinkertones me han salido!

El vicerredactor, que le había echado una fuerte reprimenda por aquel anuncio, tronó:

—¡No chilles! Soy yo quien tiene que responder por teléfono. Pero mañana, a las nueve, tú responderás ante ellos, y no por teléfono, sino en la habitación número 7, en Poltávskaya, 3.

—¿Qué gemidos son esos? —preguntó Isáiev, que acababa de entrar—. Me parece haber comprendido que ha ocurrido algo irreparable.

—¿Cómo iba yo a saber que ese tipo era un chivato? —gritaba el jefe del departamento de anuncios con aire lastimero—. ¿Cómo podía saber que era de la seguridad?

—No hable mucho de eso —aconsejó el vicerredactor—, o con toda seguridad le retorcerán el cuello. «¡Lo desgraciaron, perros, lo desgraciaron!»

—¿Guiatsintov está molesto porque han llamado perro a su institución? —se interesó Isáiev.

—¡No! ¡Al contrario! Le molestó la frivolidad del tono en que se habla del difunto Vasíliev.

Riéndose como antes, Isáiev salió del gabinete y caminó sin prisa hasta el café Banzai. Allí ocupó un asiento en el rinconcito tras un biombo de bambú. Al poco rato llegó Chen. Se miraron en silencio. Isáiev fumaba un cigarrillo y susurraba, mientras su rostro permanecía oculto en el aromático humo azulado:

—Prevenga a la clandestinidad de que las exequias de Vasíliev son una provocación. Nadie debe ir al cementerio.

[11] Nombre de la ciudad bielorrusa en la cual fue firmado, el 3 de marzo de 1918, el documento que pasó a la historia como la Paz de Brest-Litovsk y que fijaba las condiciones de paz entre la Rusia soviética y Alemania.

ESTACIÓN FERROVIARIA DE HARBIN

Al andén se acerca un tren que viene desde Chitá. En el salón principal se encuentra una delegación gubernamental de la RLO, encabezada por Fiódor Nikoláyevich Petrov y Vasili Konstantínovich Bliújer, que tomará parte en las conversaciones con los japoneses en Dairen.

Resuenan los vidrios rotos en los vagones. Es de noche y en el andén alborotan los guardias blancos. Gritan:

—¡Fuera de aquí, verdugos!

—¡Lárguense, comisarios!

La policía japonesa se encuentra algo apartada, con guantes blancos y polainas inmaculadas. Los rostros sonrientes y bonachones. Las manos recogidas sobre los vientrecitos: parecen policías de juguete, incapaces de actuar. Ahora no les está permitido hacer nada: la democracia por encima de todo. Se puede gritar lo que sea, a quien sea, pero no se puede autorizar la acción física. Eso no está bien. Es, incluso, feo. La policía intenta no permitirlo.

Salen nuestros camaradas a la plaza, junto a la estación, allí los blancos vociferan con más ebriedad y grosería, y los injurian soezmente.

La delegación ocupa dos coches y se dirige rumbo al edificio de la representación de la RLO, custodiado por la gendarmería japonesa.

Al siguiente día, después de la protesta expresada por la delegación, las autoridades japonesas concentran junto al edificio de la representación de la RLO tres carros blindados y una compañía de soldados.

El elegante pinchazo de turno: la delegación parte hacia los vagones para proseguir su viaje a Dairen, el sitio de las

conversaciones, y junto a ella marcha una compañía de soldados que la escolta. No es posible distinguir si se trata de arrestados que son conducidos o si les están dispensando un honor.

El cocinero contratado por la delegación en Harbin es medio alemán y medio tártaro y ha vivido en Oriente toda su vida; ahora explica en un susurro a los conductores del vagón de lujo:

—Los asiáticos no nacieron ayer. No solo se diferencian por el color de la piel, sino que tienen otro cerebro y no ven de la misma forma que los europeos. ¡Anda a averiguar cómo lo ven todo a su alrededor! Tienen los ojos rasgados, tremendamente pícaros. Pero su picardía es también especial, no se parece a la nuestra. Nosotros tratamos de dar un rodeo, apuntamos lejos y con lógica a la idea, mientras que el asiático del Lejano Oriente miente en tu cara y sonríe, esa es su picardía peculiar. Piensas entonces: tonto, tu picardía está totalmente a la vista. ¡Pero nada de eso! Eso es lo que él quiere, que lo consideren pícaro. En realidad, ha proyectado más lejos que cualquiera de nosotros, y para él, matar es ayudar a una persona a trasladar su alma de lo perecedero a lo divino, simplemente eso.

Dairen. Hotel Yamato

Es el hotel más lujoso de Dairen. Caoba por doquier, todo es anticuado y honorable. La delegación es recibida por el secretario del Ministerio de Asuntos Extranjeros, el señor Shimada. Acompaña a la comitiva al segundo piso, reservado para sus integrantes, y acuerda con el secretario de la delegación rusa que las conversaciones tendrán lugar allí mismo, en el salón gris, sin prensa. Todos deberán llevar trajes blancos, a causa del calor húmedo, corbatas negras y botines de color negro.

—Demonios —se enoja Bliújer—, seguramente sus agentes les dijeron que no tenemos trajes blancos. ¡Que el diablo nos lleve! ¿Quizá podamos ir con estos? ¿Qué tienen de malo estos grises?

—No sirven —dice Fiódor Nikoláyevich Petrov—. Habrá que gastar dinero. Veremos ahora a los sastres.

Los japoneses son un pueblo cortés y atento: no dejan solos a los huéspedes ni por un instante. Tan pronto estos deciden reposar del viaje, a cada uno le llaman a la puerta: en el umbral aparece un diplomático, azucarado a fuerza de sonrisas, que ruega a los señores delegados bajar al restaurante a un almuerzo solemne.

La mesa está servida: caviar, bogavantes, holoturias, cangrejos, quesos, vinos, jamones. ¡No suele haber mesa como esta en la vida real! Nuestros diplomáticos son todos obreros, solo el traductor es un antiguo estudiante y Fiódor Nikoláyevich Petrov pasó un curso de ciencias en el castillo-prisión de Shisselburg.

Los diplomáticos japoneses trabajan ágilmente con cinco tenedores, diez cuchillitos, no miran las manos, mastican rápido, cortan trocitos pequeños y es como si los alimentos se cortaran solos. Pero los nuestros —menos Petrov, que también es rápido y elegante—, tienen cuchillos romos, todo se les cae de los tenedores. El secretario ha dejado caer un trozo de gallina sobre los pantalones de su vecino japonés (el nipón ni siquiera movió las cejas, como si no se tratara de sus piernas), el consejero económico volcó una de las cinco copas colocadas ante él por el camarero, otro consejero clavó el tenedor con tal fuerza en un extraño comestible que se deslizaba sobre su plato, que este, ¡tras!, se partió en dos. Vasili Konstantínovich no ha tocado para nada los tenedores y los cuchillos. Solo ha untado un pedacito de pan con mantequilla y, mientras lo mastica lentamente, echa miradas a los anfitriones y trata de memorizar qué come cada cual y cómo.

—¡Señores! —proclama Matsushima, jefe de la delegación japonesa—. Pienso que nuestras conversaciones serán modelo de honestidad y benevolencia recíproca. ¡Brindo por el éxito, señores!

Ruge el pesado océano, golpea con ruido las altas moles de piedra, queda detenido en el aire formando columnas níveas que apuntan a

lo alto y luego, con un susurro, se precipita hacia abajo, contra sí mismo.

Bliújer no se siente persona sin su paseo cotidiano de un par de horas. No importa cuánto trabaje, aunque sean veinte horas, pero tiene que caminar los diez kilómetros obligatorios a pie, a paso medido, aunque muera.

—Mi tío segundo —explica Vasili Konstantínovich a Petrov—, vivió hasta los ochenta y cinco, y a los ochenta andaba todavía enredado con mujeres jóvenes. ¿Y todo eso, por qué? Por las noches ayudaba a repartir el correo, llevaba las cartas a las aldeas vecinas. Caminaba quince kilómetros y luego se sentaba junto al hogar, extendía las piernas y lloraba de felicidad. ¡Palabra de honor! Rezaba y lloraba de alegría.

Bliújer coloca la pistola en el bolsillo trasero de los pantalones, se pone su sombrero de jipijapa, se mira en el espejo y se dirige a la costa: allí, en Dairen, está a dos pasos. Salta de una roca a otra alejándose cada vez más por la orilla desierta. Y tras él, como una sombra inseparable, dos espías japoneses vestidos de civil. Avanzan sin detenerse, de vez en cuando intercambian una frase. Les es difícil seguir a Vasili Konstantínovich, pues este camina rápido. Los agentes casi corren tras él, respiran con pesadez, están sudorosos. Y Bliújer sigue, y se ríe. Piensa: «¡Ahí tenéis, hijos de perra, esto no es un almuerzo en el restaurante! Vosotros devoráis rápido, nosotros caminamos aprisa. ¡Veamos quién vence a quién!». Y Vasili Konstantínovich aumenta la velocidad. Uno de los espías, que se ha entretenido mirando al ministro de la Guerra, tropieza, cae y se rompe la frente. La sangre le corre por la mejilla. El otro, sobre la marcha, tapona la hemorragia de su compañero, pero se da cuenta de que la cosa anda mal. O detenerse para ayudar al camarada o correr solo detrás del ministro ruso.

—¡Eh, señor! —grita, sin aliento—. ¡Espere!

Bliújer continúa, como si con él no fuera. A su alrededor hay rocas y pinos coreanos de poca altura que parecen repasados por un enorme peine, nada más. Solo el océano retumba sordamente.

—¡Eh, buen señor! —los agentes desesperados gritan de nuevo a espaldas de Vasili Konstantínovich.

Bliújer se detiene. Mira a sus perseguidores. Caminan hacia él, lastimeros, embarrados de sangre, empapados.

—¿Quiénes son ustedes? —inquiere Bliújer.

—*Vuesa* custodia.

—¿Espías o qué?

—*Epía, epía* —asiente alegremente el de la frente rota—. Un poco *epía,* un poco custodia. Tú *camina,* nosotros *dale, dale, camina detrá* de ti, pero tú *camina* pronto, como animal.

—Ahora camina más —dice el segundo espía—, solo limpiamos sangre.

—¿La herida llega hasta el hueso? —pregunta Bliújer.

—Un poco hasta hueso.

—Ven acá.

El espía se acerca a Bliújer y Vasili Konstantínovich le examina la herida.

—A ver —le dice al segundo—, aquí tiene mi pañuelo, corra y métalo en el agua.

El agente corre hacia abajo, hacia el océano.

—Siéntate —dice Bliújer.

—En presencia suya, no.

—Quítate el abrigo, está húmedo.

El espía se despoja del saco. Lleva bajo los brazos, en sus cartucheras de cuero, dos colts.

—Buenos colts —dice Vasili Konstantínovich.

—Un poco pesaditos.

—Muéstramelos…

—¿Y no me disparará?

—Para disparar tengo mi propia arma.

—Usted tiene browning chiquita, con ella no mata nadie.

—¿Y cómo sabes tú que yo tengo una browning?

—Para eso *nosotro* espía. Cuando salía tú de hotel yo le toqué con la mano, junto a portero, ¿recuerda?

—No.

—Muy bueno. Y yo conozco toda pistola al tacto. Usted tiene browning, firma inglesa.

—¡Excelente! —se asombra Bliújer con sinceridad.

El espía, halagado, extrae el colt de debajo del brazo y se lo tiende a Vasili Konstantínovich.

—Aquí tiene —dice—, puede mirar.

Bliújer alza los brazos y apunta con la pistola. Muy alto sobre su cabeza, con las alas abiertas, vuela un halcón. Bliújer apunta. Retumba el disparo. El halcón, con las alas rotas, cae violentamente sobre las piedras.

—Señor, es usted gran tirador —dice el espía—, ¿pero dónde consigo ahora yo dinero para comprar cartucho?

—¿Cuánto cuesta?

—Barato, pero… Nosotros, *espía,* gente pobre.

Bliújer saca un billete de diez dólares y se lo tiende al espía.

—Señor *tanto* generoso, nosotros no vamos molestar y vamos decir que usted es buen, buen ministro.

El segundo agente trae el pañuelo empapado. Bliújer lava la herida y les propone:

—¿Qué, vamos de regreso?

—¿Y usted quiere seguir paseando por orilla?

—Quiero.

—Si usted permite ir descalzo —ruega el espía—, nosotros no molestaríamo con sonido pasos detrás y usted pensaría que nosotro no estar.

—¿Si no miro atrás, eh?

—Puede mirar atrás. Nosotro acostarnos cuando usted mira atrás.

—Quítense los zapatos —accede Bliújer—, yo también andaré descalzo.

Camina el ministro, descalzo, con los pantalones arremangados. Canta una canción y mueve los brazos al ritmo mientras silba el

viento del océano, un viento fresco, maravilloso, al que dan ganas de exponer el pecho: no hay en el mundo mayor alegría.

Salón del Hotel Yamato. Por la mañana

—Por lo tanto —concluye Petrov—, presentamos de nuevo solo una exigencia: la inmediata evacuación de las tropas japonesas de ocupación de la zona de Primorie. Se trata de una exigencia justa y estamos convencidos de que será satisfecha.

El jefe de la delegación japonesa habla mientras frota sus lentes:

—Antes de presentar nuestras condiciones finales, quisiéramos regular la cuestión de los soldados japoneses caídos en los últimos años y que se encuentran inhumados en el territorio del Lejano Oriente. Nos parece que se debía encontrar una forma cómoda para ustedes de solucionar tanto el aspecto de las compensaciones materiales como el de las morales. En este caso sugerimos una condolencia oficial, en fin, estamos dispuestos a discutir los detalles con ustedes si lo aceptan y ustedes no pueden dejar de aceptar nuestra propuesta ordinal, ya que es totalmente legal y concuerda con todas las normas de la moral humana.

Bliújer aprieta los puños y comienza a sacudir la cabeza: es la primera señal de ira.

—La guerra es la guerra —dice—. No fuimos nosotros quienes entramos en su territorio, sino ustedes en el nuestro. Nadie los llamó aquí; por tanto, no hay motivo para hablar de compensación alguna, ni material y mucho menos moral. Hemos venido aquí movidos por un solo deseo: llevar a cabo las conversaciones. Rechazamos la imposición como método.

Bliújer se sienta en su lugar y tose sordamente a causa de la alteración. Los jóvenes secretarios de la delegación japonesa se inclinan sobre las cabezas de los asesores sentados tras las butacas del jefe de la delegación y sus sustitutos. El jefe de la delegación, general Matsushima, intercambia frases quedas y envueltas en

sonrisas con su sustituto. Los consejeros susurran sus opiniones a los sustitutos, estos escriben jeroglíficos con tinta azul y le pasan las hojas al general. Este las mira y se levanta.

—Antes de tomarnos un receso para informar al alto gobierno imperial de la posición de su delegación, quisiéramos presentar al jefe de nuestra delegación militar, el general Tanaka, al señor consejero militar Bliújer, a fin de crear en el marco de nuestra conferencia una esfera especial de trabajo para las conversaciones militares.

El general Tanaka se inclina ante Bliújer. Bliújer devuelve la reverencia al general. Durante unos instantes se examinan mutuamente, mientras son observados con atención por los japoneses y los camaradas del comandante.

—¡La alta conferencia de Dairen interrumpe sus labores por tres semanas! —proclama el secretario de la delegación japonesa.

Petrov inquiere:

—¿Acaso no es posible efectuar las consultas con el gobierno en un plazo más corto, señor presidente?

—Ahora, el océano está inquieto —responde Matsushima—, por eso hacemos una pequeña corrección de objetivo.

—El diplomático ha utilizado un término militar —dice Vasili Konstantínovich en voz alta a Petrov—, se hace una corrección de objetivo cuando se prepara una fuerte salva de artillería.

El japonés taladra con la vista a Bliújer y responde:

—Cediendo ante la petición de la respetable delegación rusa, las conversaciones recesan dos semanas y cinco días.

Tarde en la noche. Habitación de Bliújer

Marjlevski, observador de la República Socialista Federativa Soviética Rusa, está sentado tras una mesa redonda. Frente a él hay un servicio magnífico, dispuesto con elevado gusto. Cristal, porcelana, una enorme cantidad de tenedores grandes y pequeños, cuchillos,

hitos y paletas, extrañas limas y otros instrumentos. A Vasili Konstantínovich le parecen quirúrgicos.

—Fíjese —observa Marjlevski—, el tenedor se sostiene suavemente, con los dedos. Comportarse con elegancia a la mesa es un arte. A ver, repítalo.

Bliújer reproduce los diestros gestos que Yulian Marjlevski ejecuta con tanta facilidad.

—Es usted un magnífico alumno. No apriete el tenedor, no lo apriete. El plato no es su enemigo, sino su aliado. Pero si apoya sobre él todo su peso, se parte. Así, ya va mejor. Y sea natural. Compórtese con más sencillez.

Bliújer manipula el tenedor y el cuchillo con facilidad y elegancia, Marjlevski lo observa, asombrado.

—Bien, ¿y cómo pelaría usted una manzana?

Bliújer coge una manzana de la fuente, toma el cuchillo de las frutas y pela la manzana sin mirarse las manos, como si tal, mientras contempla unos cuadros en la pared.

—¡Maravilloso! Ahora, sirva el vino a la dama de su izquierda. No, no, tiene que ser con la mano derecha. Doble el brazo en el codo. Muy bien. Ahora todo desde el comienzo.

Bliújer lo repite todo inmediatamente después de Marjlevski.

—¡Muy bien! ¡Bravo! Y ahora, meditemos sobre el plan de sus conversaciones con Tanaka. Por supuesto, usted sabe que él es tan diplomático como yo bailarín. Ese individuo habla el ruso mejor que yo. Es uno de los agentes de inteligencia más importantes, especialista en Rusia…

De madrugada. Habitación de Bliújer

La puerta, pintada de color marfil, se abre silenciosamente. Tres hombres entran en la habitación de Vasili Konstantínovich. Dos quedan detenidos junto a la puerta, mientras que el tercero, con la habilidad de un gato, camina hacia la amplísima cama, donde Bliújer

se agita en sueños. Se sienta al borde y enciende el velador. Bliújer se estremece cegado por la luz. Abre los ojos, ve a los tres visitantes en la habitación y mete la mano bajo la almohada en busca de su pistola. Allí no hay nada, ya que un segundo antes el hombre se ha guardado la pistola de Vasili Konstantínovich en el bolsillo.

—Hola, Bliújer —dice el hombre, con voz muy cansada—. ¿Su servicio de inteligencia no le mostró mi fotografía antes de venir para aquí? ¿No? Está claro. Nunca supusieron que yo me ocuparía personalmente de usted. Soy Itsuwamo, jefe de los servicios de inteligencia del imperio. Me complace mucho conocerlo.

—¿Con qué derecho ha entrado en mi habitación?

—¿Para qué grita, Vasili Konstantínovich? No tengo intenciones de matarlo o de robarle. He venido a testimoniarle mis respetos y me iré al momento, por supuesto, si usted no me pide que me quede.

Bliújer se incorpora en el lecho y acomoda la almohada detrás de la espalda.

—¿Cuánto? —pregunta.

—¿Qué dice?

—Pregunto que cuánto me va a proponer.

—No trabajo tras un mostrador, ni es usted un simple comerciante. No voy a proponerle dinero, ni yenes ni dólares. No considero que la gente que lo rodea sea menos inteligente que usted. Acepte el consejo de un hombre que desea su bien. Quiero hacerle una petición y proponerle nuestra ayuda invisible. Usted ni siquiera va a saber nada de esa ayuda. No rechace nuestra colaboración, no se lo aconsejo.

—No le dé más vueltas, vamos a terminar rápido con esto. ¿Qué es lo que pide?

—No necesito datos sobre el número de sus divisiones, regimientos y compañías. Eso lo sé mejor que usted. No necesito el plan de la región fortificada de Transbaikalia. Conozco todo lo que ocurre en su Estado Mayor, Vasili Konstantínovich. Se trata de lo siguiente: cuando a usted, como asesor militar, le pidan su opinión

sus jefes, quienes recibirán nuestro memorándum, con exigencias que, por el momento, usted desconoce, es necesario que diga toda la verdad a su respetable dirigencia.

—¿Sobre qué?

—Sobre que ustedes no están en condiciones de combatir por lo menos hasta dentro de un año o dos. Ese es, a propósito, el punto de vista que usted expresó recientemente en la sesión del Consejo de Ministros en Chitá. Hablemos más claramente: aconseje a sus jefes que acepten nuestro memorándum.

—¿Y cómo será el memorándum de ustedes?

—¿Desea saberlo?

—Muchísimo.

—¿Quiere fumar?

—No. Cuido mi salud.

—Es razonable.

—Entonces, ¿cuáles son las condiciones? ¿Qué exigirán ustedes de nuestra delegación?

—Favor con favor se paga, Vasili Konstantínovich.

—Ah, no, mi señor. Me encuentro en desventaja. Comoquiera que sea, usted siempre podrá decir que yo conseguí el texto de las condiciones japonesas de modo extraoficial, que todo eso es mentira y que los rusos se comportan provocativamente, a fin de lograr el fracaso las conversaciones. ¿No es así? Así mismo va a actuar.

—¿Por qué piensa mal de mí, Vasili Konstantínovich? Los agentes de inteligencia son gente de palabra.

—¿La cicatriz que tiene en la cara no es de un golpe?

—Ajá… Me golpearon… —El jefe de la inteligencia del imperio, Itsuwamo, sacude rápidamente la cabeza—. En la cara. Ay, cómo les gusta a los rusos charlar con insinuaciones elegantes, ¡cómo les gusta!

—Cómico señalamiento. ¿Y por qué le pegaron?

—¿Por qué? —repite Itsuwamo —. Por ser amarillo. Permítame decirle que trabajé durante diez años de niñero en la residencia de un educadísimo intelectual ruso, muy famoso actualmente en

Vladivostok, a quien nosotros apoyamos. Fue él mismo por lavar mal los pañuelitos de su hija.

Bliújer y el jefe del servicio imperial de inteligencia se miran mutuamente, en silencio.

—¿Nos odia mucho? —pregunta Bliújer.

—¿Quiere decir a los rojos o a la nación en general?

—Por muchas vueltas que le dé, la nación entera es ahora roja.

—Aún se mantienen tonalidades.

—Pronto desaparecerán.

—Intentaremos retardar ese proceso. Entonces, ¿qué, amistad?

—No resulta, niñero —sonríe Bliújer—. Me alegro de que me contaras a tiempo lo de tu cicatriz, porque yo tenía ganas de darte un puñetazo en la cara. ¿Ves qué clase de puño tengo? Tócalo, tócalo, muchacho, no tengas miedo.

—Ya veo. Un puño bastante pesado. Buenas noches, Vasili Konstantínovich.

—Hasta la vista —responde Bliújer y se acuesta nuevamente. Se tapa hasta la barbilla—. Buenas noches, niñero, pero devuélveme mi pistola, no está bien que me robes.

Itsuwamo saca la pistola del bolsillo y se la tiende a Bliújer.

—Ponla en la mesa —dice Vasili Konstantínovich y bosteza.

El japonés hace una reverencia a Bliújer y camina hacia la puerta.

—Siento lástima de usted —dice, deteniéndose—. Es usted ya un hombre muerto por haber conversado conmigo. Y eso siempre se lo pueden echar en cara. Yo ratificaré esta conversación nuestra, por supuesto, en caso de que no desee encontrarse nuevamente conmigo. Usted me cae bien, Bliújer. Usted —créame, la gente de mi profesión nunca se equivoca en el diagnóstico— llegará a ser un hombre grande. Pero mientras mayor sea la grandeza, más violenta será la caída. Hasta la vista. Reciba mis excusas.

Los tres desaparecen, como si nunca hubieran existido, no sin antes apagar la luz y cerrar la puerta tras de sí.

Nota del Gobierno de la República del Lejano Oriente al Gobierno de Japón

El Gobierno de la República del Lejano Oriente, a pesar de la presencia de las tropas japonesas de ocupación en el territorio de la República del Lejano Oriente, decidió iniciar conversaciones con el Gobierno japonés, a fin de establecer relaciones de amistad entre la República del Lejano Oriente y el Japón, y crear la posibilidad de una colaboración pacífica entre la población de ambos países en lo relativo a la industria y el comercio. En este sentido, el Gobierno de la República del Lejano Oriente supuso que el desarrollo de la vida económica de la población de la República del Lejano Oriente se reflejaría favorablemente también en los intereses del comercio y la industria japoneses.

Al iniciar las conversaciones con los representantes del Gobierno de Japón en la ciudad de Dairen, los plenipotenciarios de la República del Lejano Oriente comprendían que el obstáculo fundamental para el establecimiento de la colaboración pacífica entre ambos estados lo constituye la presencia de tropas japonesas en la región de Primorie y en otras zonas del territorio de la República del Lejano Oriente, así como la presencia en estas regiones de organizaciones y destacamentos armados rusos, enemigos de la República del Lejano Oriente, que constantemente hallan apoyo por parte de las autoridades militares japonesas. El Gobierno de la República del Lejano Oriente estaba convencido de que simultáneamente con el inicio de las conversaciones amistosas entre Japón y la República del Lejano Oriente en la ciudad de Dairen, el Gobierno japonés comenzaría a evacuar sus tropas del territorio de la República del Lejano Oriente y haría todo lo necesario para que las organizaciones y destacamentos, enemigos de la República del Lejano Oriente, no pudieran seguir disfrutando del patrocinio de las tropas japonesas y de su mando.

Durante las conversaciones en la ciudad de Dairen, los representantes del Gobierno de Japón hicieron las declaraciones

correspondientes a los representantes de la República del Lejano Oriente, relativas a que, en el futuro, no se prestaría apoyo alguno por parte de destacamentos militares japoneses o de autoridades japonesas a las organizaciones rebeldes antes mencionadas. Sin embargo, con profundo pesar, el Gobierno de la República del Lejano Oriente se ve obligado a hacer constar que esa declaración de los representantes del Gobierno de Japón no fue llevada a la práctica.

El Gobierno de la República del Lejano Oriente ha recibido una serie de informaciones que indican que durante las conversaciones sobre amistad y comercio pacífico entre los representantes de la República del Lejano Oriente y Japón, las organizaciones rebeldes, en la zona de dislocación de las tropas japonesas, continuaron disfrutando de la colaboración directa e indirecta de destacamentos y autoridades japonesas en su lucha contra la República del Lejano Oriente.

La organización de reaccionarios rusos, autodenominada «gobierno de Merkúlov», continúa llevando a cabo la venta de propiedades estatales y privadas de la República del Lejano Oriente, que se encuentran en la ciudad de Vladivostok y que fueron obtenidas por ella de forma ilícita. Además, las operaciones para la compra de estas propiedades son concertadas por firmas japonesas, con la aprobación de los órganos de poder japoneses.

La población rusa de la región de Primorie, indignada por semejantes actos de las organizaciones contrarrevolucionarias, intenta defender sus vidas y su hacienda con sus propias fuerzas. Esta autodefensa, que toma la forma de lo que se denomina movimiento guerrillero, conduce frecuentemente a la destrucción de los bienes de la República del Lejano Oriente en la región de Primorie y a choques armados en esta región.

En el transcurso del último mes, los feroces actos de las organizaciones contrarrevolucionarias rusas que se encuentran en la zona de dislocación de las tropas japonesas, llegaron a su apogeo. En la ciudad de Vladivostok y en sus alrededores ocurren arrestos masivos de inocentes pobladores civiles: los arrestados son

sometidos a vejaciones y torturas, y son fusilados por decenas sin proceso o investigación alguna; en octubre fue asesinado ferozmente el plenipotenciario de la República del Lejano Oriente, ciudadano Zeitlin, enviado por el Gobierno a Vladivostok, con el objetivo de lograr el cese de las ilegalidades y depredaciones que allí tenían lugar.

La responsabilidad por todas estas ilegalidades y crueldades recae no solo en las organizaciones contrarrevolucionarias de la región de Vladivostok, las cuales en sus intentos de interferir a las autoridades legales de la República del Lejano Oriente cometen crueldades y ferocidades inauditas; de modo indirecto, esta responsabilidad recae también en el mando militar japonés, así como en el Gobierno de Japón que, mientras sigue manteniendo sus tropas expedicionarias en este territorio y presta colaboración y ayuda a las organizaciones y destacamentos contrarrevolucionarios en este territorio, ofrece a estos últimos la posibilidad de efectuar impunemente todos los actos de violencia antes mencionados contra la población rusa.

Por todo lo anteriormente expuesto, el Gobierno de la República del Lejano Oriente protesta una vez más contra las vejaciones que se cometen contra los ciudadanos de la región de Primorie y subraya que la posibilidad de impedir estos actos de violencia y establecer el orden en Primorie meridional será real solo en el caso de que el mando militar japonés cese su apoyo, directo o indirecto, a los actos de las organizaciones y destacamentos contrarrevolucionarios rusos y sean evacuadas las tropas japonesas del territorio de la República del Lejano Oriente. El Gobierno de la República del Lejano Oriente supone que las conversaciones que se celebran en Dairen entre la República del Lejano Oriente y Japón pueden ser llevadas a un término feliz y ambas partes podrán firmar un convenio sobre relaciones económicas pacíficas solo con la condición de que ocurra una evacuación real de las tropas japonesas del territorio de la República del Lejano Oriente, lo que demostraría la sinceridad de las

intenciones del Gobierno de Japón en relación con la República del Lejano Oriente.

Ya. Yanson
Ministerio de Asuntos Exteriores de la RLO

Hipódromo de Vladivostok

Son maravillosos los días de otoño en Primorie. El sol no quema, el aire es denso y claro; las playas están sembradas de cuerpos de bañistas; la taiga en las laderas de las colinas es rojiza, se ha aclarado y parece ser algo sonoro y retumbante.

En tales días las graderías del hipódromo se hallan muy concurridas.

—¿No siente algo tolstoyano a su alrededor? —preguntó Frivéiski a Isáiev—. Las carreras, la Karenina, los problemas infantiles de la fidelidad humana y los afectos paternales. Dios, cuánto tiempo hace de eso…

Ocupaban el palco junto a la tribuna presidencial. Spiridon Dionísievich —como explicara confiadamente Frivéiski— estaba en esos momentos fuera de la ciudad; suscribía un contrato con la firma Unsi para la extracción de madera en la bahía de Olga, destinada a las fábricas de cerillas de Japón. Nikolái Dionísievich y Vaniushin habían sido invitados por el comerciante de la primera corporación Brinner a pasear en el yate Svetlana. Brinner festejaba ese día el cumpleaños de su hijo menor, Yuli. De ojos grises y alta frente, el hermoso niño era el favorito del hombre más rico de Primorie. Allí se encontraba también —con los Brinner— el cónsul norteamericano, de quien el agregado francés no se separaba ni un paso. Al parecer, el general Tachibana le ordenó vigilar al norteamericano para que este no pudiera hacer tratos secretos con el más joven de los Merkúlov.

Saludaban a Frivéiski. Los militares se llevaban la mano a la visera; los civiles, que ya desde lejos se quitaban los bombines, acudían presurosos a apretar la mano del secretario personal del primer ministro.

—Se anuncia la segunda carrera —gritó el locutor por un enorme megáfono—. En lugar de Smaragdá, anunciado en el programa, correrá Izidra, con el jockey Roosh.

—Izidra no está mal —dijo Frivéiski mientras ajustaba sus prismáticos—, quizá apueste por él.

—No se lo aconsejo.

—¿Por qué?

—Está entre los cuatro primeros.

—¿Cómo lo sabe?

—Demasiado fogoso. Valoro la juventud en mis amantes, pero en los caballos prefiero la experiencia.

—Es usted un pilluelo —sonrió Frivéiski, sin apartarse de los prismáticos—. ¡Pero, fíjese, qué estampa!

—No, qué va, voy a apostar por Izidra.

—¿Juega conmigo?

—No se lance… Tenga en cuenta que le ganaré.

—Posiblemente. Pero, de todos modos… Hoy jugaré tres veces en apuestas y cuatro en el totalizador.

—¿Y por qué esa cifra tan extraña?

—La suma da siete, y el siete se parece a un cisne.

—Isáiev, ¿escribe usted versos?

—No me saque los colores.

—¿Cuánto va a jugarse en mi contra?

—Diez dólares.

—No se vuelva loco. Lo más, cinco. Me da lástima usted. ¿Por cuál apuesta?

—Por Savredon.

—Señores —Frivéiski se dirigió a dos generales del Estado Mayor, que se encontraban a su lado—, les ruego sean testigos de que traté de disuadir a Isáiev de esta apuesta.

Frivéiski se encaminó hacia las ventanillas del totalizador y depositó cierta suma por el caballo seleccionado. Isáiev percibió cómo de fuerte oprimía en su mano los billetes el secretario del gobierno. No hacía calor, pero su frente estaba cubierta de pequeñas gotas de sudor. Eso significaba que Frivéiski se sentía inquieto. ¿Y cómo no estar inquieto? No era un comerciante y sus ingresos provenían solo del trabajo en las oficinas.

Sonó la campana. Los caballos partieron. El hipódromo comenzó a hacer ruido, primero con discreción, luego cada vez con más fuerza: cada cual alentaba a su favorito. Los rostros de algunos espectadores estaban petrificados, otros mostraban la frente cubierta de una transparente humedad y otros gritaban con todas sus fuerzas. Isáiev se paró en su silla, gritaba y sacudía los brazos por encima de la cabeza. Frivéiski, por el contrario, se hundió en su asiento y se encogió formando casi un bulto.

Parecía que los caballos apenas corriesen, así de engañoso se ve desde la tribuna todo lo que ocurre en la pista… Los jockeys, que daban fustazos en el lomo de sus cabalgaduras sudadas, y las calesas, que oscilaban de lado a lado, como botes sobre las olas —así de impresionante era la velocidad adquirida en los primeros tres cuartos de vuelta—, y los gritos airados que lanzaban a los caballos: todo parecía algo decorativo, semejante a los trajes medievales de los jinetes.

Izidra llegó en primer lugar. Frivéiski se secó el rostro con un grueso pañuelo de lienzo holandés.

—Bien —dijo con voz chillona—, ¡el dinero por la mano!

—Es usted avaro.

—¡Avaro, sí! —rio Frivéiski—. Señores, sean testigos de la calumnia: yo previne a Isáiev y traté de disuadirlo de esta apuesta.

Los generales miraron con envidia a Frivéiski, quien intentaba ocultar su alegría por todos los medios. Pero se le salía por los poros: el dinero ganado en las carreras es un dinero especial, como el champán seco: ligero, burbujeante, embriagador.

—Escuche, Max. —Por primera vez desde que se conocían, Frivéiski llamó a Isáiev por el nombre—. Resulta que usted es buen jugador.

—Se acerca usted a la verdad —respondió Isáiev, burlón.

—¿Entonces proseguimos nuestro juego?

—Apuesto por Reganda II.

—Es una yegua vieja. Perderá nuevamente.

—¡Va la apuesta! —propuso Isáiev.

En ese momento, un muchachito gordo, enfundado en unas bombachas, se acercó corriendo a Frivéiski. Llevaba en los dedos sudados, de uñas rosadas y roídas, anillos baratos. El muchachito andaba metido por los establos y ofrecía datos sobre el favorito. Apollinaire decía que en ocasiones se alzaba con mil o más aún. Se inclinó hacia Frivéiski y le susurró rápidamente algo al oído.

—¿Sí? —inquirió Frivéiski—. ¿Seguro?

El muchacho susurró algo más, también muy rápido, y salió corriendo hacia las cajas del totalizador. Frivéiski, pálido, sacó del bolsillo un grueso fajo de billetes y corrió tras el chiquillo.

—Le han dicho el nombre del favorito. —Isáiev escuchó a sus espaldas los murmullos despectivos de los generales.

Frivéiski retornó al momento y se sentó al borde de la silla.

—¿Qué hacemos con la apuesta? —preguntó Isáiev—. ¿O tiene miedo?

—Me avergüenza ganarle, pero en realidad debía castigarlo por su impertinencia: la próxima vez no seré tan liberal. En el hipódromo debe obedecerme. ¿Acepta una apuesta de mil dólares? Y ni un centavo menos.

Los generales sonrieron con respeto. Isáiev se mantuvo callado.

—Bueno, bueno… ¿Se ha asustado, Max?

—¡Jamás! No. Acepto la apuesta, Alex.

Isáiev se levantó y percibió la mirada de los tres en su espalda; se dirigió al totalizador y apostó por Reganda II.

—Ella nunca ha ganado —dijo en voz baja la cajera—, y el jockey se emborrachó anoche. Tenga cuidado, joven, quizá no valga la

pena…

La cajera había visto, en dos ocasiones, cómo muchachos que habían perdido dinero del que prestaban a interés los bandidos manchurianos, se suicidaban allí mismo, en las tribunas, de un disparo. La gente seguía apostando por los caballos, ni siquiera prestaba atención a los suicidas… Y aquellos que habían resuelto todos sus problemas yacían en el polvo y miraban con ojos metálicos las suelas de los zapatos de los que se estiraban, y temblaban sobre la punta de los pies, petrificados en el último instante antes de la meta.

En el primer cuarto de vuelta, solo ocho segundos después de la arrancada, Reganda, conducida por el jockey Apollinaire, tuvo un percance. Se echó a un lado, se paró sobre las patas traseras y el jockey tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en la calesa.

«No importa —pensó Isáiev—. No importa. Pierdo mil y gano a Frivéiski. ¿Pero, dónde podré hallar mil dólares? Tengo solo doscientos… El muchachito que le susurró el nombre del favorito a Frivéiski no sabe nada del sueño de Apollinaire, por supuesto, y yo mismo no sé si en realidad se trataba de un sueño o de que el jockey me quería indicar por qué caballo apostar. No importa, perder ahora con Frivéiski significa ganarle un poco más tarde. Él es cobarde porque tiene las manos sucias y siempre está aterrorizado. Si me gana esa cantidad de dinero, se sentirá obligado conmigo, comenzará a temerme, comprenderá que yo estoy airado y me pedirá disculpas. La gente que tiene manchas en sus biografías, intenta convertir en amigos a sus enemigos; por eso perecen, a fin de cuentas… Ni qué decir tiene que la victoria de Apollinaire me vendría ahora muy bien, así lo resolvería todo con Frivéiski… Nada… Paciencia…Veremos qué pasa… En todo caso, estoy jugando una partida sin pérdida: gane Reganda o el favorito, lo tendré vinculado a mí, será ya mi "socio". En última instancia, Chen me ayudará si pierdo…».

—¡Dale, dale! —grita Apollinaire y fustiga el lomo del caballo—. ¡Anda!

El resto de las bestias se han adelantado y se balancea ante los ojos, lentamente, con serenidad. Y en esta serena oscilación se encierra la fatalidad que generalmente acompaña las derrotas en las carreras. Hay que romper esta tranquilidad acompasada. Él sabe que ahora es necesario dar rienda suelta a los instintos, que ahora hay que mirar con ojos enrojecidos el mundo, la pista, las patas del caballo y a todos los que marchan delante. Y hay que respirar roncamente, con silbidos, como una fiera acosada.

Y he aquí que metro a metro, segundo a segundo, comienza a realizarse lo imposible: Apollinaire alcanza al resto de los caballos que todavía avanzan en pelotón, sin un favorito. Apollinaire los sobrepasa a todos por el carril del extremo y pasa el primero la meta.

El rugido del hipódromo es sustituido por el silencio. Solo se escuchan los cascos sobre la tierra: toc-toc, toc-toc…

¡Tilín!, la campana suena junto a la meta.

El rugido renace al momento, como si antes todos hubieran callado por un instante, reteniendo dentro de sí el grito a la señal de una batuta invisible.

—¡U-a-a! ¡A-a-u! —ruge el hipódromo, en los rostros de todos hay asombro y hasta cierta alegría. La gente es testigo de un milagro. Nunca había ocurrido que un caballo que hubiera sufrido un percance en la carrera y que nunca había sido favorito pudiera superar a todos por el extremo mismo y llevarse una enorme ganancia. Por suerte, nadie apostó por él: quien lo hubiera hecho se habría convertido al momento en millonario. Quizá esto calme a la gente: perdiste, pero también los demás perdieron. No hay persona más odiada en el hipódromo que el feliz ganador de una elevada suma. Hasta los pegajosos que lo rodean al momento, hasta ellos que le miran obsequiosamente a los ojos en espera del festín, lo odiarán; ni hablar entonces de los que son orgullosos y acostumbran a no compartir su desgracia con nadie.

Isáiev se frotó cuidadosamente el entrecejo con el dedo pulgar de la mano izquierda y miró a Frivéiski. El secretario estaba amarillo como un limón reseco. ¡Lo que puede ocurrir en un instante con una persona! Bajo los ojos le aparecieron semicírculos de color negro. Los propios ojos se hundieron y las manos, que descansaban sobre las rodillas, sin fuerzas, parecían las manos consumidas de un anciano.

Los generales intercambiaron miradas de alegría contenida: aquí, en las carreras, las grandes pérdidas de un vecino se consideraban algo tan agradable como odiosa su fortuna.

Frivéiski se quitó el bombín y dijo en voz baja:

—Ha sido un honor, señor Isáiev. Me ha comenzado a doler la cabeza, voy a acostarme, las sienes me arden.

Se levantó para salir y se encontró frente a frente con los generales. Ellos aguardaban. ¿Acaso no era claro lo que aguardaban? Estaban esperando su humillación, eso era lo que deseaban ver por encima de todo. Ese era el espectáculo principal en el intermedio entre las carreras.

—En el momento presente, me encuentro algo escaso de medios y le rogaría aplazar el cobro de mi deuda, Maxim…

Isáiev clavó en él sus ojos acerados y en lugar de responder —como esperaba Frivéiski— «por supuesto, por supuesto», con aire de negocios se interesó:

—¿Por cuánto tiempo?

«¡Dios mío, qué historia más miserable! Mañana mismo la conocerá todo el ejército; estas urracas la contarán con toda seguridad».

—Le rogaría dejar este asunto para mañana.

—Maravilloso, Alex. ¿Por qué no se queda? Quizá ocurra alguna historia alegre.

—La cabeza —respondió Frivéiski—. Padezco de terribles migrañas. Se lo agradezco. Que lo pasen bien, señores.

Uno de los generales bromea:

—Fue a pegarse un tiro.

Después de la siguiente carrera, Isáiev, que acababa de cobrar un premio enorme, montó en un auto con los generales en dirección al Versalles, donde ofreció una cena que de inmediato fue objeto de comentarios en toda la ciudad.

Apartamento de Frivéiski

Frivéiski se encontraba sentado tras una mesa redonda en la pequeña sala y miraba un punto frente a sí. Los dispersos cabellos estaban pegados a su frente húmeda y su cabeza se movía de modo apenas perceptible de un lugar a otro, como si fuera un juguete con un muelle en el lugar del cuello.

Cuando en el recibidor se escuchó el sonido suave del timbre, Frivéiski se estremeció; se levantó de la mesa; peinó los cabellos con prisa; caminó vacilante hacia la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

—Yo —respondió Isáiev.

Frivéiski se quedó indeciso por unos instantes y luego abrió la puerta. Permaneció inmóvil en el umbral. Isáiev comprendió al instante que el secretario del gobierno estaba ebrio. Lo apartó con el hombro, cerró la puerta tras de sí y pasó a la habitación sin ser invitado.

—Alex —Isáiev comenzó a hablar con rapidez, con la lengua torpe del que ha bebido—, por gusto se molesta usted conmigo. Podría ofenderme. Y volverme charlatán y chismoso, y decir que el ayudante de Merkúlov es un delincuente común y desfalcador, que huyó del tribunal. ¿No es así?

—¡Max! —Frivéiski alzó la mano, como si se defendiera.

—¿Qué?

—Max…

—Ah, tonterías, usted reacciona a las calumnias como si fueran verdad. ¿No tiene usted soda? Tengo ardor. ¿Por qué no respondía al teléfono? Pasamos el tiempo muy bien. Ayer, en El Pollito, había

vísceras en salsa blanca de vino, ¡Dios, qué delicia! He venido solo por un momento, Alex, le he traído dinero, me lo devuelve en público. Ahora vamos donde los gitanos. Allí canta Mashenka, la maga, se le enfría a uno la sangre. Sus ojos parecen escarabajos. Es una muchacha divina… Precisamente he traído mil dólares para que no corran rumores.

Maxim Maximóvich sacó del bolsillo trasero de los pantalones un paquete de billetes verdes: la cabeza rizada de Washington mira con sequedad e insistencia, en sus labios hay una sonrisa despectiva,

—Ay, dólares, dólares, buena divisa, vale en cualquier parte, no es como nuestra basura rusa. Aquí, por favor, tiene mil. Puedo prestarle otro tanto. He ganado. Una sola petición —seguía hablando Isáiev, mientras empujaba el dinero hacia el turbado Frivéiski —, he escuchado por aquí que nuestros valientes gendarmes se proponen expulsar de nuestra tierra a los bolcheviques clandestinos que cayeron en nuestras manos después de la brillante operación de Guiatsintov, cuando capturó a Vasíliev y a muchos más. Pues yo he combatido lo suficiente contra los rojos y si quieren derrochar mi sangre en gestos liberales, entonces tomaré mis medidas. Yo, como patriota y periodista, necesito un proceso público, implacable, contra los bolcheviques arrestados. Que comparezcan ante el tribunal, que los procesen. Si eso no ocurre, si su jefe decide jugar al abuelito liberal, me quejaré a Berlín, a mis amigos del Consejo monárquico superior.

—¿Qué es, en concreto, lo que usted quiere? —preguntó, en voz baja, Frivéiski—. No logro comprender nada.

—Es usted un pícaro, Alex, un pícaro.

—Vamos a dejar esta conversación para mañana.

—No, ¿para qué? Debemos resolverlo todo hoy, Alex. No soy un chantajista, tengo el alma descubierta, usted me conoce. Si fuera yo un canalla vendido, me pondría a presionarlo: vamos, consígame un buen negocio, no sea que pida sus papeles a Verjneúdinsk.

—¡Basta ya! Me asquea escuchar esos chismes difundidos por miserables...

—¡Y a mí también me disgusta escucharlos! Pero, el caso es que lo que a usted y a mí nos molesta, le interesa a las bestias. Sobre todo, si se muestran documentos. Pero estoy hablando tonterías de borracho, de borracho, ¡qué vergüenza!

—No acabo de comprender qué necesita usted de mí, ¿eh, Max?

—Nada. Amistad, solo eso.

—Es usted un diablo.

—Si lo fuera… Pero en el consejo monárquico tienen muy buena opinión de usted y me han permitido que se lo diga. Bueno, vámonos, Alex, vámonos.

Nota del Ministerio de Asuntos Exteriores de la República del Lejano Oriente al señor Matsushima, presidente de la delegación japonesa en la Conferencia de Dairen.

Muy señor mío:

El Gobierno de la República del Lejano Oriente ha recibido la información de que en la última decena del presente mes tuvo lugar en la ciudad de Vladivostok una conferencia, en la cual se decidía la cuestión relativa a la adquisición por parte del Ferrocarril Oriental de China, de una gran cantidad de material ferroviario perteneciente al Ferrocarril del Ussuri y al traspaso de lodo el Ferrocarril del Ussuri a la administración del Ferrocarril Oriental de China.

En esta comunicación se señala que en la conferencia mencionada participaron el ingeniero Ostroumov, director del Ferrocarril Oriental de China, así como el ingeniero Kalina y el ingeniero Stevens, y por la otra parte, representantes del autodenominado «gobierno de Merkúlov». La conferencia llegó al acuerdo de que el Ferrocarril Oriental de China recibiría de S. Merkúlov 2000 llantas de ruedas de vagón y 50 000 manguitos de goma para frenos, todo ello por un valor de 700 000 dólares norteamericanos. Además, la conferencia esclareció la disposición de S. Merkúlov de entregar el Ferrocarril del Ussuri al Ferrocarril

Oriental de China a cambio del pago al señor Merkúlov, de una sola vez, de 2 millones de dólares norteamericanos.

El Gobierno de la República del Lejano Oriente hace constar una vez más la dilapidación absolutamente ilegal y criminal de bienes pertenecientes a la República del Lejano Oriente, practicada por personas irresponsables, del tipo del mencionado S. Merkúlov y otros, que, con ayuda de destacamentos de oficiales contrarrevolucionarios rusos se han apoderado de la región sur de Primorie y realizan allí ventas ilegales de bienes pertenecientes a la República del Lejano Oriente.

En la zona donde actúan estas personas, en el sur de Primorie, existen actualmente destacamentos militares japoneses y así los actos ilegales de estas personas tienen lugar, hasta cierto punto, bajo la protección de las autoridades japonesas y con el obvio conocimiento de estas. De esa manera, la responsabilidad por la depredación de los bienes pertenecientes a la República del Lejano Oriente recae también sobre las autoridades japonesas y los destacamentos intervencionistas japoneses, los cuales, con su presencia en el territorio de Primorie meridional, ofrecen a las personas antes señaladas la posibilidad de llevar a cabo malversaciones para su beneficio personal.

Al expresar la más decidida protesta con relación a las depredaciones efectuadas por el mencionado Merkúlov y por otras personas en Primorie meridional por medio de transacciones ilegales, el Gobierno de la República del Lejano Oriente no puede dejar de hacer responsables por los actos de estas personas, así como por las consecuencias de orden material de estos actos, a los representantes militares y civiles japoneses en Primorie meridional.

YA. YANSON

CALLES DE VLADIVOSTOK

Hoy, en el día de la fiesta parroquial, baja por la calle Svetlanka gente alegre, bien vestida, que sale de la iglesia. Los rostros aparecen límpidos, serenos. El aire otoñal es tan puro que tal parece que todas las tristezas y amarguras fueran irreales ahora, en esta hora soleada, maravillosa.

Y de repente, de algún lugar lejano, comienza a llegar una solemne música fúnebre, primero con intermitencia, como un espejismo y después, con más fuerza a cada instante. La gente presta atención, pero por momentos sopla el viento del mar y entonces no se escucha la música, parece que no existe, sino sencillamente que les llegó al oído como un recuerdo de lo vivido, de la retirada, de derrotas y separaciones.

Pero no: aquí está nuevamente la música solemne e impresionante de una marcha fúnebre. Y hay en ella tanto poder como si se hubieran reunido las mayores orquestas de la ciudad. ¿A quién entierran? De acuerdo con la música es, por lo menos, un general, pero en los diarios no se dijo nada; al parecer, todos los jefes gozan de buena salud y a los apestados los incineran, no los entierran.

Guiatsintov levanta el auricular del teléfono:

—Tengan el coche junto a la entrada.

Ahora viajará al cementerio de Egerscheld. Allí, tiesos como en un castigo, con la bayoneta calada, están los soldados que deberán ametrallar a todos los que acudan al entierro de Vasíliev. De acuerdo con la situación actual, la conclusión de la primera parte de la operación «Pececillo dorado» significará una gran victoria.

La retaguardia quedará limpia y firme. Los demás, que están en la cárcel, serán expulsados a China a través de Grodekovo: un gesto liberal la liberación de enemigos políticos, pero en Grodekovo el «airado pueblo cosaco» ajustará cuentas —a pesar de la «resistencia de las autoridades»— con los dirigentes de la clandestinidad. Pero eso no será ya culpa de Merkúlov o Guiatsintov, será la «sagrada voluntad del pueblo», que no perdona nada.

El catafalco, tirado por seis corceles, avanza lentamente por las calles. La orquesta camina por el pavimento, detrás del carro fúnebre. Y tras la orquesta, nadie. Ni una sola persona.

Vasíliev yace en el féretro, con el rostro de mártir, pero de todas formas, sonriente.

Retumba la marcha fúnebre.

Bien, camarada Vasíliev, perdona a los que no han venido. No pueden venir. ¿Pero quiénes son esas personas en las aceras, de pobre vestimenta, que atraviesan la elegante multitud como un arroyuelo y se apresuran por las calles, tras el féretro? Son tus hermanos de clase, camarada Vasíliev, te siguen, se ocultan en el remolino de la fiesta parroquial. Los que salen de la iglesia van sonrientes, elegantes, alegres; los que se cruzan con ellos, tras el féretro, van dolientes, sus rostros están cubiertos de hollín de las máquinas y en sus ojos brillan lágrimas.

Ellos están junto a ti; ellos te acompañan hasta tu última morada; ellos están a tu alrededor, y son muchos. No en vano, Guiatsintov les teme, él es inteligente, comprende a quién debe temer. Y tras la orquesta nadie, el pavimento está desierto…

Por las puertas del cementerio, bajo los cañones de los fusiles y el estruendo de la orquesta, en dirección al profundo agujero de la tumba —que parece pequeña y lastimera, y semeja una herida en el grande y bondadoso cuerpo de la tierra— pasa el catafalco solo, tirado por seis hermosos corceles. Pero no hay nadie, nadie…

Guiatsintov, inmóvil junto al portón, rompe la fusta, de rabia. Los cuervos graznan y dan vueltas sobre las copas de los árboles. Y las hojas caen lentamente, como si temieran el contacto con la tierra congelada, parda.

Dairen

—Por tanto —dice Matsushima, jefe de la delegación japonesa, al inaugurar la sesión de la conferencia después del receso—, el

Gobierno imperial del Japón, a pesar de la negativa de los representantes de la República del Lejano Oriente a mitigar su culpa moral ante las víctimas del terror rojo, ha estimado posible continuar las conversaciones, ya que para nosotros no hay intereses superiores a los de una paz general. Comenzaré con la exposición de nuestras condiciones. —Saca una hoja de papel amarillo y la abre solemnemente. Con el papel en la mano extendida, comienza a leer —: «La RLO está obligada a destruir toda su flota de guerra y a no poseer nunca flota alguna en el océano Pacífico. Deberá destruir todas las fortificaciones y, en lo sucesivo, construir otras. Es necesario permitir la navegación de los buques japoneses por los ríos de la RLO, bajo la bandera japonesa. Se permitirá a los ciudadanos japoneses el movimiento por el territorio de la RLO, sin solicitar para ello la autorización del Ministerio de Asuntos Exteriores de la RLO. Se permitirá a los ciudadanos japoneses la adquisición de tierras en la RLO y además, las autoridades de la RLO deberán favorecer particularmente a los ciudadanos japoneses en el comercio, la industria y la minería. Vladivostok será declarada ciudad libre, con garantías internacionales. En el territorio de la RLO nunca se proclamará un régimen comunista. Esas son, en rasgos generales, nuestras propuestas. Si son aceptadas, el Gobierno japonés promete solemnemente retirar sus tropas de ocupación el día y a la hora en que ello sea conveniente y lógico».

—Eso se parece más a las condiciones de una capitulación incondicional —dice Petrov.

—¿Cuál es la opinión de nuestros amigos militares? —pregunta Matsushima, que sonríe cortésmente mientras se coloca las gafas y mira con fijeza a Bliújer.

—Me parece que esas cuestiones pueden ser resueltas solo a través del diálogo armado.

—¿La opinión del señor Bliújer es el punto de vista oficial?

—Personal.

—Señor presidente de la delegación rusa, quisiéramos escuchar el punto de vista oficial.

—Al parecer —dice Petrov—, necesitaremos un receso.

—De un mes —propone Marjlevski.

—¿Tanto tiempo? —el diplomático japonés sonríe.

—Considere las dificultades del camino, los bandidos, los *junjuces*[12]—responde Petrov, irritado—. Si a ustedes les molesta el océano inquieto, a nosotros, la inquieta tierra.

—No podemos aguardar un mes por su respuesta.

—Nosotros pudimos esperar tres semanas por la respuesta de ustedes.

—Tres semanas no, dos semanas y cinco días.

—Entonces, aguarden ustedes dos semanas y cinco días —propone Vasili Konstantínovich—, hay que hacer concesiones mutuas, ¿no es así?

—Pues bien —habla Matsushima—, esperaremos tres semanas. Es el plazo tope. Si ustedes se niegan a aceptar nuestras proposiciones, nos veremos obligados a discutir esto con el otro gobierno ruso existente en el territorio de la RLO.

—En el territorio de la RLO existe un solo gobierno —replica Bliújer.

—La ceguera es una enfermedad lamentable —responde Matsushima—, pero si el hombre tiene ojos y no quiere ver, o lo que es peor, teme ver, entonces no se trataría de una enfermedad, sino del final. Se declara un receso en el trabajo de la alta conferencia.

[12] Se denominaba así a los bandidos chinos pertenecientes con frecuencia a las bandas de los señores feudales o caudillos militares que azotaban el territorio de Manchuria y los estados vecinos.

ZONA NEUTRAL ENTRE LA REPÚBLICA DEL LEJANO ORIENTE Y LAS TROPAS JAPONESAS

Esta zona neutral, de treinta kilómetros a lo largo del río Bikín, fue establecida como una separación entre las tropas rojas y el ejército de ocupación japonés, al que se unían los destacamentos blancos de Merkúlov y Semiónov. Aquí, en la zona neutral, todo era desierto y silencio, aunque la tierra estaba arada y las vacas mugían en los pastizales. Pero el silencio se debía a que la gente vivía sin saber nada del día de mañana. «Zona neutral» eran palabras extranjeras que el mujik no podía comprender y en aquellos días, la paz no podía durar mucho tiempo. Por eso, la gente se había agazapado allí, todos aguardaban: ¿cuándo será, por fin? Y llegó el final de la espera.

Un día después de proclamarse el receso en el trabajo de la conferencia de Dairen, los guardafronteras japoneses fueron retirados de sus puestos, en algunos lugares desaparecieron las vallas de alambre y en la madrugada, a través de la zona neutral, pasó el ejército blanco: innumerables cañones y trenes blindados.

Los caminos, cubiertos por los primeros hielos del otoño, resuenan; la luna brilla como encantada, temblorosa, muy cerca de la Tierra. Hace frío. Sobre las columnas, el vapor forma nubes blancas. Y los campesinos están en pie, paralizados junto a sus casas. Se apresura el Ejército Blanco, pasa de la marcha a la carrera. Hay que atravesar la zona neutral durante la noche y al despuntar el día, golpear a los rojos con tal potencia que retrocedan sin parar hasta Moscú.

Y tan pronto comenzó a aclarar por el oriente, tan pronto una franja roja de la aurora iluminó con su reflejo las copas de los

árboles, la caballería de los Merkúlov, gritando desaforadamente, se lanzó contra las posiciones de los rojos.

Nadie esperaba, ni en Chitá, ni en Jabárovsk, una provocación tan abierta. Existía un acuerdo según el cual Japón garantizaba solemnemente la seguridad de la frontera en la zona neutral.

Por el momento, nadie sabía aún que poco después de proclamarse el receso en la conferencia de Dairen, los diplomáticos japoneses se comunicaron por hilo directo con Tokio y exigieron la realización inmediata de la acción que había sido planificada de antemano, desde la primavera anterior, por el Estado Mayor general. Tachibana, que recibió aquella misma noche las directivas de Tokio, visitó al primer ministro Merkúlov, le entregó una nota del Gobierno japonés: un convenio sobre un préstamo de dos millones de yenes para la ampliación del comercio, y le dio a entender, en una forma suave, pero bien clara, que el avance de las tropas blancas debía tener lugar en los próximos días. Merkúlov, a quien los propios japoneses habían impedido comenzar la agresión —pensaban «convencer» a la RLO por la vía pacífica, en Dairen—, se alegró de la conversación nocturna, de la nota redactada en un tono muy respetuoso y del préstamo. Telefoneó personalmente al general Molchanov, comandante en jefe del Ejército Blanco; lo despertó; se excusó por haberlo levantado del lecho y le pidió que acudiera de inmediato a la residencia del gobierno. Molchanov, medio dormido, no podía encontrar la bota del pie izquierdo. Anduvo largo rato inclinado sobre el suelo, mirando bajo la cama, hasta que finalmente encontró la bota en el recibidor, bajo el espejo. Caminó por el apartamento; bostezó; se estiró en la oscuridad y buscó sus cosas. El general tenía la costumbre de caminar por el apartamento mientras se desvestía y luego no se acordaba nunca de dónde había dejado cada cosa la noche anterior. Después de vestirse, Molchanov metió la cabeza bajo un chorro de agua fría y solo entonces se despertó. Al sentarse al borde de la bañera comprendió que aquel timbrazo nocturno no era una tontería. Al parecer, todo comenzaba. Sí, probablemente era el tan esperado inicio.

Y las tropas blancas, armadas por los japoneses, se proclamaron «unidades guerrilleras blancas». Japón no tenía responsabilidad alguna por los «rebeldes», nadie se lo podía echar en cara, y, al amanecer, se lanzaron contra los rojos. Ignoraban los mujiks y nobles rusos, que marchaban a la muerte en aras de la «liberación» del Kremlin del yugo bolchevique, que el objetivo real de su intervención era mucho más simple: ejercer presión armada sobre la RLO y de esa forma, garantizar a los ciudadanos japoneses las condiciones más favorables en la industria y el comercio; permitir la venta de tierras rusas y la navegación de los nipones por los ríos rusos, o sea, que las exigencias políticas y económicas fueran ratificadas por una acción armada. Porque, con razón, se consideraba que la guerra es la continuación de la diplomacia por otros medios.

La sorpresa es la primera garantía del éxito. Los ejércitos de la RLO, sorprendidos por los blancos, vacilaron y retrocedieron. Comenzó el pánico. Los blancos avanzaban con prontitud y crueldad. En Tokio festejaban la victoria.

En Vladivostok comenzaban los bailes y fiestas de máscaras. En Chitá y Jabárovsk se declaró el estado de sitio.

Jabárovsk. Por la mañana

Se escucha el sordo estruendo del cañoneo artillero. Tiemblan los vidrios en las ventanas del apartamento de Póstishev. Por el camino se extiende la interminable fila de refugiados que marchan hacia el oeste.

Pável Pétrovich, demacrado, con una barba rojiza de varios días, está en pie junto a la ventana y fuma en silencio. Su esposa recoge el sencillo equipaje del comisario: un bolso y una pequeña maleta reforzada en las esquinas y sin candado. En el cochecito duerme el hijo menor de Póstishev. El mayor está sentado en un rincón, junto al hermano y juega, en silencio, a la guerra. Con palitos de madera

ha armado un enorme cañón y lo apunta hacia el hermanito dormido, diciendo: «pum»; después, cae al suelo, como si estuviera herido y susurra con su vocecita infantil: «¡Adelante, adelante, halcones rojos!», y cierra los ojos como si estuviera muerto. Después, comienza a hacer ruidos con la boca: es la caballería que galopa, cada vez más cerca, más cerca, y nuestro combatiente muerto revive, se convierte en un audaz jinete, salta del suelo y grita: «¡Adelante!»

—Te voy a pegar —dice la madre—, vas a despertar a tu hermanito. Déjalo que duerma.

Tocan suavemente a la puerta.

—Entre —dice Póstishev.

—Buenos días —dice Ujalov, el chófer—. Acabo de llegar.

—¿Nos vamos en el coche? —grita, feliz, el hijo del comisario.

—Siéntese —dice Póstishev a Ujalov—, tomemos un poco de té antes de salir.

—Muchas gracias, Pável Pétrovich, ya tomé en casa.

—El té no es vodka, se puede repetir.

—Y el vodka es un pecado no repetirlo.

—Razonable. Siéntese, siéntese.

Ujalov se acomoda en el borde de una silla y comienza a enrollar un cigarrillo. La esposa de Pável Pétrovich sirve el té de un samovar en tazones grandes. Beben en silencio. Solo el samovar silba, con aire doméstico, confortable y sereno. Y a lo lejos, retumba el cañoneo. Tras la ventana, en la calle, llanto humano y relinchos de caballos.

—Bien, voy a calentar la máquina —dijo Ujalov—, gracias por el té.

El hijito de Pável Pétrovich se mete bajo la cama y ahora, desde allí, se escuchan sus órdenes. El estruendo de los «disparos» y el sonido de los cascos de escuadrones lejanos, que vuelan contra el enemigo. Tras la mesa quedan solo el comisario y su esposa. Se miran largamente, en silencio: solo de vez en cuando Póstishev acaricia con cuidado la mano de su mujer.

—Es absurdo —dijo Póstishev—, ahora, según todas las leyes humanas, debemos conversar…

—Pero no es necesario, ya que todo está claro.

—Sí.

—Tú recuerdas ahora el año dieciocho, cuando huíamos de Kalmykov por las colinas.

—No lo recuerdo todo. Recuerdo los arbustos entre los que dormimos y el sonido de los árboles sobre nosotros. Era como si se escuchara el mar a nuestro lado.

—Entonces leías a Heine.

—Recuerdo: «Por el amplio bosque, vestido de verdor, vuela raudo un jinete, cabalga con rabia…».

—¿Y recuerdas cómo gritaba el pequeño cuando atravesamos los piquetes blancos?

—Sí. Entonces, tenía una ronca voz de bajo.

El niño interrumpe sus trajines bajo la cama y grita:

—¿Ronco yo?

—Tontuelo —sonríe la madre con tristeza—, ese es el mejor piropo para un hombre de verdad.

—¿Y qué es un piropo?

—Algo así como un regalo.

—¿Como un pescadito?

—¿Cuál?

—El que se come.

—En general, es así —dice Póstishev—, una interpretación muy precisa de la palabra «piropo».

—¿Recuerdas cuando nos perdimos en la taiga? Tú decías que debíamos estar siempre juntos, porque en la vejez nos lamentaríamos mucho de cada minuto que hubiéramos pasado separados.

—Sí.

—Lo digo sin intención.

—Lo sé.

—Yo sueño con estar a tu lado hasta el final.

—Lo sé.

—Tienes arrugas en las sienes, igual que una vieja, comisario.

—¿Te molestaste?

—¿Tú qué crees?

Los vidrios comienzan a temblar con mayor fuerza. La mujer del comisario saca al pequeñuelo del cochecito, lo viste, lo envuelve en un chal y se lo tiende al padre. Póstishev besa al hijo en la frente, en las mejillas; luego, toma al mayor de las manos y comienza a jugar con él a las «narices»; cierra los ojos y contrae el rostro.

A los niños les da lo mismo la evacuación que la victoria, todo es igual si tienen por delante un paseo en coche. El hijo se despide del padre, y mira por la ventana a Ujalov que se afana junto al vehículo.

—Papá —dice el niño sin poder contenerse—, ¿vamos lejos en el coche?

—Irás a pie.

—¿Por qué? ¿El coche no es nuestro?

—¿Quién te dijo eso?

—Yo lo pienso.

—Ese coche no es nuestro, hijo, y si tú lo consideras nuestro, entonces armamos todo este lío por gusto.

—¿Qué lío?

Póstishev acaricia el rostro del niño.

—Este mismo.

—¿Ese que está allí?

—Ese mismo, el blanco.

—¿Y qué tiene adentro?

—Cosas de comer.

—¿Son sabrosas?

—Muy sabrosas—responde Póstishev, con firmeza. El comisario miró a su esposa. En los ojos de ella brillaban las lágrimas, y la barbilla le temblaba.

Póstishev llevó a los suyos a la calle: gritos, relinchos, llanto de niños. Huye la gente de las tropas blancas hacia el oeste, las madres oprimen a sus niños contra el pecho y arrastran sus bultos por el

camino llano. En las carretas llevan heridos que gimen en voz baja, con rostros grises de dolor y miedo.

Se despidió Pável Pétrovich de los suyos, serio, con la contención propia de un mujik. Pero permaneció largo tiempo en la cuneta del camino y miraba cómo su esposa y sus hijos, empujados por todas partes por la corriente de fugitivos, se alejaban cada vez más, sin volverse para no torturar su corazón de comisario. Pero el hijo mayor se volvía y sacudía su manita, quitándose los guantes en cada ocasión, con el temor de que el padre no lo viera, no comprendiera que él se estaba despidiendo.

Se perdieron de vista. No estaban. Era todo.

Póstishev se acomoda en el coche.

—Al frente —le dice a Ujalov—, y acelera.

Al encuentro de los fugitivos, que son cada vez menos en el camino, vuela el enorme Lincoln del comisario del frente. Al fin el camino está totalmente libre. Ujalov aprieta el acelerador, el motor ruge, tenso; el camino zigzaguea, asciende a una colina. En la misma cima, el auto estornuda, resopla. Del tubo de escape sale un humillo azul, algo estalla secamente, como una bala de salva disparada por un cañón, y el motor se ahoga. Ujalov pisa con violencia el freno, las ruedas traseras resbalan por el hielo y el coche comienza a deslizarse hacia un barranco. No, por fin Ujalov logra enderezar la dirección y la máquina queda detenida atravesando la carretera. El chófer permanece aferrado al volante, como si se hubiera pegado a él.

—¿Te has asustado? —pregunta Póstishev.

—Me han entrado sudores fríos.

—No importa.

—Yo también creo que no importa. Lo malo es que vamos sin escolta.

—La escolta debe combatir y no perder el tiempo en el asiento trasero. Si quieren matarme, basta con disparar a la ventanilla y ¡al cielo con los santos! Lo de la escolta es pura teoría, Ujalov…

—También es verdad, pero uno va más tranquilo cuando hay una tercena persona.

Póstishev abre la portezuela y sale al camino. Saca los prismáticos y mira hacia el oriente. Y ve el ejército que huye sin fusiles, desordenado; los mujiks, consumidos de terror. En todo el espacio que se divisa la gente corre por los caminos como un alud: parecía imposible detenerlos.

Póstishev corre hacia abajo en línea recta, entre los arbustos, puntiagudos en invierno, entre las ramas que le golpean el rostro mientras acorta camino. Corre al encuentro de las tropas que huyen.

—¡Espera, Pável Pétrovich! ¡Espera! —grita Ujalov.

Póstishev no le responde. Al parecer, ahora no escucha la voz del chófer. Ahora no oye nada. Ante sus ojos tiene los rostros de los soldados, desfigurados por el miedo.

Póstishev desciende hasta la llanura y se mueve al encuentro del alud humano que avanza hacia él.

Póstishev se introduce en el tumulto de gente sudada, hambrienta, aterrorizada, que huye. Grita, pero su voz no se escucha porque la acallan los jadeos, el sonido de botas y *lapti*[13] sobre el camino congelado. Ese silencio monótono que, en ocasiones, es más terrible que los gritos y chillidos. Póstishev se detiene por un instante, el alud lo aplasta, lo vuelve hacia el occidente y lo arrastra con él. Es como una ola en una tormenta. Uno percibe su propia fuerza, su agilidad, su posibilidad de nadar, pero no puede hacer nada, siente cómo lo aplasta, le da vueltas y lo lanza como si fuera una astilla.

La corriente humana arrastra a Póstishev, lo arrastra hacia el oeste, implacablemente. Con enorme trabajo, mientras sigue gritando, logra salir a la cuneta. Permanece parado, mirando a esa masa humana silenciosa.

Su rostro se contrae de ira y la ira le viene de la violenta lástima que siente por aquellos hombres, por sí mismo; del odio por los que espantan de aquella manera a los combatientes.

Póstishev saca lentamente la mauser, dispara al aire tres veces y luego vuelve el cañón hacia los que huyen. Al escuchar los disparos, los que están más cerca del comisario se estremecen y en sus rostros aparece algo humano, inteligente.

—¡Al que dé un solo paso, lo mato de un tiro! —grita el comisario con voz aguda, metálica—. ¡Cuento hasta tres! ¡Uno! ¡Dos!

Desde atrás empujan. Pero Póstishev sale al camino, se detiene ante las primeras filas, ahora inmóviles; y queda en pie, con las piernas muy abiertas.

—¡Tres! —termina la cuenta, y su voz es ahora aún más dura.

—Allí está la caballería de los blancos —le gritan—, ¡sablean a todo el mundo!

—¿Tú la viste?

—Escuché cómo gritaban.

—¿Tú la viste?

—La escuché.

—Ven aquí.

—¿Me vas a disparar?

—Ven aquí.

Un muchachito joven se acerca a Póstishev.

—Toma —dice Póstishev y le tiende su mauser—, si dentro de cinco minutos aparece aquí la caballería blanca, méteme un tiro en la frente.

Póstishev saca el reloj, se lo tiende a otro combatiente que está allí cerca y le pide:

—Cuenta el tiempo.

El muchachito levanta la pistola y apunta a la frente de Póstishev.

—¿Quién eres tú? —pregunta.

—Un bolchevique. Un bolchevique —responde Pável Pétrovich—. Y no hagas tonterías con el gatillo que se te va un tiro y te cuelgan de una rama por matar al comisario del frente.

—Póstishev, Póstishev —corre un susurro por las filas—. Matan a Póstishev. Póstishev…

En derredor se hace silencio y vacío. Cada uno escucha dentro de sí cómo suena el tictac del reloj, algo que escucha todo el mundo antes de morir, aunque nunca haya tenido reloj.

—Cobardes, cobardes miserables —dice Póstishev con ira, en voz baja, mientras mira hacia la negra boca de la mauser que le apunta a la frente—. Os asustasteis de un enemigo que ni siquiera habéis visto. Cobardes…

—Vienen muchísimos, ciudadano comisario. Horrible cómo tiran cañonazos.

—Tú estás vivo, cállate entonces —dice Póstishev—. Los muertos que tú traicionaste cuando huiste son los que pueden hablar ahora. Tú quédate y espera a que pasen cinco minutos, y mira cómo apuntan a la frente de tu comisario. Y calla.

—Toma —dice el muchacho al que Póstishev le entregara su mauser—, toma —le dice a su vecino—, no puedo.

—¿Y pudiste correr? —grita Póstishev—. ¡Entonces, puedes apuntarme a la frente! ¡Puedes! ¡Cobarde!

—Pasaron los cinco minutos —dice un combatiente—, escuchad, muchachos, parecen caballos. Seguro que son ellos… La caballería, ciudadano comisario, la caballería de los blancos.

—A mí me colgarán de la primera rama y yo estoy aquí, sin miedo, y tú tiraste tu fusil; tiemblas y se te pone pálido el rostro… Da asco miraros a la cara.

Dairen

Es tarde en la noche. La estación está rodeada por la policía. En el andén hay un tren que parte hacia Harbin. El último vagón de primera clase ha sido añadido especialmente para el ministro de la Guerra, Bliújer, que retorna con rapidez a Chitá. La situación es catastrófica y el Consejo de Ministros ha pedido a Vasili Konstantínovich que marche al frente. Han venido a despedirlo Petrov y el general Tanaka: no importa que la guerra haya

comenzado, la ceremonia protocolar está por encima de todo. Es difícil no fanfarronear ante la contraparte de las conversaciones: su ejército ha sido derrotado, retrocede, y seguramente el gobierno satisfará todas las exigencias de Japón en un futuro muy cercano. No hay nada más placentero para un jefe militar que la imagen del adversario que agoniza. Por eso, Tanaka extrema sus atenciones con Bliújer. Lo toma del brazo, le sonríe con amabilidad y en la despedida le dice:

—¡Mi querido ministro! Le deseo de todo corazón un retorno feliz a Chitá, pero temo que llegue usted tarde…

—Descuide —replica Bliújer—, llegará a Chitá a tiempo, pero creo que nuestras conversaciones las concluiremos en Vladivostok.

Rápidamente le traducen la respuesta a Tanaka. El general escucha con atención, dibuja una sonrisa suave y pregunta:

—¿Qué otra cosa graciosa nos dirá el ministro ruso?

Resuena el silbido de la locomotora y solo eso salva al traductor de tener que traducir literalmente la injuria que acaba de soltar Bliújer. Petrov se vuelve para no mostrar su risita burlona. Abraza con fuerza a Bliújer. Vasili Konstantínovich salta al estribo y el tren comienza a ganar velocidad.

Un hombre, a quien la policía ha permitido pasar, corre por el andén, con una pequeña maleta en la mano. Salta al penúltimo vagón y unas manos atentas lo ayudan a subir a la plataforma. Un farol le ilumina el rostro. Se ve, entonces, que se trata del príncipe Yuri Mordvinov, agente especial de Guiatsintov.

Vladivostok. Redacción de Vaniushin

Vaniushin e Isáiev pasaron toda la noche sentados junto al aparato telegráfico. Bebían un café fuerte, colado por Vaniushin, y leían en silencio la jubilosa repercusión que en todos los extremos del planeta había tenido la «operación en el Lejano Oriente, inigualable por su valentía». Los periódicos vespertinos de París ofrecían sus

comentarios de los acontecimientos bajo enormes titulares: «La grandeza de la victoria se encierra en lo raudo del avance», «"¡Muerte al Kremlin!" es la consigna de los héroes de la guardia blanca». Los diarios londinenses, más sobrios en sus valoraciones, hicieron también amplísimos comentarios de los sucesos en Rusia, pero por el momento no señalaban una perspectiva. Callaban solo los medios informativos de dos potencias: Japón y los Estados Unidos. Japón hacía por dar a entender que todo lo que ocurría más allá de Vladivostok era un asunto totalmente interno de los rusos y no revestía interés alguno para Tokio. Washington había recibido un cifrado del *Vladivo News*, firmado por el mayor Clark, jefe del centro de inteligencia, donde se pedía que se publicara un comentario moderado solo en los diarios matutinos, ya que la situación aún no estaba clara, a pesar de que era obvio el éxito de los Merkúlov. El mayor Clark supuso, acertadamente, que esa operación blanco-japonesa no era en realidad una acción aliada para liberar a Rusia del yugo bolchevique, sino un medio por el que Tokio presionaba a Chitá y Moscú: serían un obstáculo para los intereses norteamericanos en el Lejano Oriente y servirían para ratificar la hegemonía de Japón en el área. Además, esta hegemonía sería reconocida tanto por los bolcheviques —en caso de que aceptaran las condiciones de Dairen— como por el gobierno democrático de Merkúlov, que consideraba la idea de la ciudad libre de Vladivostok como la única posibilidad de permanecer en el poder reconocida por el mundo. De esta forma, el cálculo de los japoneses era muy perspectivo y tomaba en cuenta las posibilidades de las paradojas rusas: lo que era imposible en cualquier parte del mundo era posible en Rusia. La experiencia de los últimos cinco años lo demostraba de modo fehaciente.

El silencio de Washington resultaba amargo para los Merkúlov; por ello, Vaniushin permaneció toda la noche en la redacción, en espera de posibles noticias de ultramar. Pero los Estados Unidos callaban. Solo aparecían unos parcos comentarios, en pequeño puntaje, intercalados entre las crónicas internacionales.

—Maxim —dijo Vaniushin, mientras se frotaba con su mano enorme y bondadosa el rostro carnoso, que a causa de la mala noche, el café y los cigarrillos se veía abotagado—, ¿nunca ha pensado en la cínica máxima de Guiatsintov de que en Rusia la verdadera libertad solo puede ser conservada con ayuda de la fusta y la bayoneta, pues de otro modo se la roban, se la beben y la venden a quien sea?

Isáiev encendió un cigarrillo, se estiró en la butaca e hizo un gesto despectivo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Vaniushin.

—Nada. Recordé a un amigo. En cierta ocasión dijo algo bueno: «Yo soy malo, pero soy un magnífico enemigo».

—¿En cuánto vende el aforismo?

—Si quiere, se lo regalo.

—¿Y a qué viene todo eso?

—¡Quién sabe! La memoria no se somete a la lógica; en todo caso, aún no hemos podido encontrar los centros que la controlan.

—Por momentos, usted me causa una impresión extraña.

—¿En qué, precisamente?

—Me parece que está consumido por alguna enfermedad oculta. A veces, la crueldad asoma en usted.

—Es probable.

—¿Y a causa de qué?

—De que pienso, Nikolái Ivánovich. Sencillamente porque pienso. ¿Sabe por qué estoy airado? Porque he llegado a la conclusión de que en ninguna parte los que se equivocan lo pasan tan bien en nuestra tierra. Nos preocupamos por los que se equivocan, los ayudamos, nos afanamos por ellos, y, en ocasiones, los envidio. ¿Acaso usted no siente ganas de cometer sus errorcitos? Aunque sean muy pequeños…

—Por supuesto…

—¿Y qué espera?

—Todos pueden errar, pero en nuestros días la prensa no puede hacerlo. El curso debe ser preciso. O uno, o el otro. Aquí es

necesario hacer el cálculo sobrio, sin equivocaciones. No me gusta el bolchevismo con su utilitarismo y su fe obtusa en la autenticidad y la infalibilidad. He comprendido cómo se puede luchar contra él, ya que no enfoco los fenómenos con prejuicios. Los he estudiado y los he comprendido.

—¿Cómo hay que luchar contra ellos?

—Muy sencillo. Para impedir algo bueno que estén haciendo, hay que llenar ese hecho de alabanzas. Ellos no se cansan de hacer juegos malabares con las palabras de Bebel: «¿Por qué te alaba el enemigo, viejo Bebel? Piensa, ¿qué tontería habrás cometido?». Ellos son unos ingenuos enemigos de la cristiandad, pero, en realidad, son más cristianos que el papa de Roma: para ellos todo se apoya en la fe traída por los jefes, sus profetas. ¿No se ha dado cuenta cómo me entusiasmo en mis editoriales por la introducción de las NEP? Le aseguro que allá alguien gritará: «¡Si Vaniushin, feroz enemigo de los soviets, alaba la NEP, hay que analizar qué está ocurriendo!». Créame: si no es ahora, dentro de uno o dos años se llevarán las manos a la cabeza. Y las idioteces que hacen de vez en cuando, las combato. Y piensan: «¡Si Vaniushin, perro rabioso del capital internacional, pretende asustarnos, significa que estamos en el camino correcto!».

—Notable…

—Es real, Maxim, eso no falla…

—¿Caminamos un poco, Nikolái Ivánovich?

—Quizá llegue algo de los Estados Unidos. Ande, amigo, gracias por acompañarme esta noche.

—No tiene importancia. Es interesante estar con usted, a pesar de que soy su adversario.

—¿En qué?

—En el sistema de razonamiento.

—Todo es vanidad, fútil vanidad. A veces pienso así, y me siento tan aburrido, Maxim, que me da miedo echar una mirada a mi alrededor.

Isáiev rio mientras miraba a Vaniushin fijamente, con dureza.

—¿Por qué me mira así?

—Nada… A veces me parece que usted, a fin de cuentas, lo mandará todo al diablo y se irá a Moscú.

—¿Adónde?

—A Moscú, con sus amigos los rojos.

—Vaya mejor a dar un paseo, Maxim.

—Que lo pase bien, jefe.

—Hasta la vista, amigo. Gracias.

Cuando Isáiev retornó a su casa, encontró allí a Chen.

—Maxim —dijo en un susurro—, no pude aguardar al día de nuestro encuentro en el bar. En el puerto han atracado tres buques japoneses con proyectiles y balas; también hay tanques y treinta cañones nuevos. Mañana todos los pertrechos partirán hacia el frente. Si ellos reciben los tanques y los ponen en acción contra los nuestros, la cosa se pondrá muy fea; por eso, perdóname, no podía dejar de informarte…

—¿Cuándo comienza la descarga?

—Hoy por la tarde. De las bodegas, directamente a los vagones.

—Bien. Nos encontramos en el puerto a las doce. Ponte la mejor corbata que tengas, yo iré con una dama.

Ferrocarril oriental de China. Tren Dairen-chitá

El tren, oscilando en la marcha, avanzaba por la llanura sumida en la oscuridad. La tierra, desnuda como un plato, se extendía alrededor. Solo en ocasiones la espesura gris de la noche era rota por la negra sombra de un árbol de copa aplastada y torcida, llena de ramajes, como una bruja malévola de los dibujos infantiles, y, de nuevo, la oscuridad desértica alrededor.

Bliújer, de pie junto a la ventana, mira la tierra monótona y triste que pasa delante de sus ojos; tararea una canción y escucha

atentamente el sonido que emiten las juntas de los raíles. Desde pequeño tenía la costumbre de escuchar con atención el golpeteo de las ruedas en los rieles; de repente suena una explosión. Huele a quemado.

Bliújer, sin volverse, pregunta:

—¿Qué ocurre?

—No se sabe, camarada ministro.

—Nos detenemos. Miren en el itinerario de qué estación se trata —dice Bliújer—. Seguramente cenaremos y luego a dormir.

—Camarada ministro —le responden desde la oscuridad del compartimento—, según el itinerario aquí no hay estación alguna.

Bliújer tira del vidrio de la ventana hacia sí. El cristal chirría, cede y luego se hunde como en un abismo. El comandante en jefe saca el cuerpo hasta la cintura y ve dos puntos rojos que se alejan: es el tren de Chitá que parte. El vagón de primera clase de Bliújer se desliza cuesta abajo, chirriando las ruedas sobre los rieles cubiertos por la escarcha. Después, se detiene. Se hace un profundo silencio dentro del vagón y a su alrededor. Solo el viento llega en ráfagas, silba, se arremolina y se tiende sobre el terreno como un pequeño gato que juega con un compañero invisible.

—¿Cuántos cartuchos tenemos? —inquiere Bliújer.

—Hay tres cintas para la ametralladora.

—¿Eso es todo?

—Y un tambor completo para los revólveres.

—No es mucho.

—Pero tenemos el documento de vía libre de los japoneses…

Bliújer mira a su alrededor. Con él viajan un total de cinco personas: dos conductores, el ordenanza y dos escoltas, enviados desde Chitá con el vagón.

—La cosa anda mal —dice Vasili Konstantínovich—. Apaguen las lámparas.

Los faroles se apagan después de recoger sus lengüetas azuladas. Todo se sume en una profunda oscuridad.

—Qué bueno que no hay luna —dice Bliújer—, de lo contrario estaríamos como en un tiro al blanco.

Se echa sobre los hombros el abrigo salta a la tierra helada. Sobre el horizonte vuelan nubes bajas en visibles jirones. Lejos, en el sur, donde se esconde la luna, hay un opaco resplandor blanquecino, como si detrás de las nubes estuviera escondido un farol con una mecha defectuosa.

Bliújer recorrió los alrededores del vagón. La segunda vía se perdía a lo lejos formando dos redes blanquecinas.

—Bien, revisen el itinerario —indica Bliújer—. ¿Cuándo debe pasar el tren en dirección contraria?

—Dentro de hora y media.

—¿Hora y media? Entonces puede ser que salgamos de esta. Bajen las ametralladoras, formaremos una defensa circular. Coloquen la carpeta con los documentos junto a la lata de keroseno. Si los blancos son muchos y no podemos resistir, los quemarán. ¿Tienen una palanca?

—Sí.

—¿Una nada más?

—Hay dos —responden los conductores—, una grande y otra más pequeña.

—Magnífico. Tráiganlas.

Bliújer se acerca a un raíl, mete por debajo la barreta y se tensa: lo empuja, intentando separarlo de la traviesa.

—¡Ayudadme! —pide—. ¡Meted la otra palanca! Les vamos a echar a perder el baile. Detendremos el tren que viene en dirección contraria. Que nos maten ante testigos.

Vuelan por la estepa oscura los jinetes tras recibir una señal telegráfica luminosa desde el tren, enviada por Mordvinov. Galopan a toda prisa; por desgracia, no hay luna, no se ve nada alrededor. Pero no hay por qué apurarse: Bliújer no puede escapar a ninguna parte, no tiene otro camino que no sea el de la tumba.

Y Vasili Konstantínovich ni siquiera se imagina que, en esos precisos momentos, el telégrafo transmite a Guiatsintov, a Vladivostok, un mensaje cifrado de Mordvinov que anuncia la muerte de Bliújer.

Poltávskaya, 3. Contrainteligencia

Guiatsintov se frotó las manos y sonrió. Levantó el auricular del teléfono y marcó el número de Vaniushin. No obtuvo respuesta. Llamó a la imprenta y le dijeron que Nikolái Ivánovich acababa de irse.

—¿Y con quién podría consultar una noticia curiosa? —preguntó Guiatsintov—. Ustedes son un diario vespertino, seguramente les interesa pinchar a sus rivales.

—¿Quién es el que habla?

—Del consulado inglés —responde Guiatsintov.

La voz al otro lado del alambre se vuelve más suave. «Esos malditos siervos están acostumbrados a quitarse el sombrero ante el extranjero más piojoso», pensó el coronel.

—Si es usted del consulado, comuníquese con el señor Isáiev, es nuestro reportero más importante, aquí tiene su número de teléfono…

Guiatsintov le dijo con alegría a Isáiev:

—Ordene una cena por la noticia que le estoy dando a usted antes que a otra persona, Maxim Maximóvich.

—¿Quién habla?

—Guiatsintov.

—¡Kiril Nikoláyevich! Hola, coronel. Considere que la cena ya ha sido pedida. ¿Cuál es la noticia?

—Puede incluirla en el próximo número: hoy de madrugada el pueblo indignado mató al ministro de la Guerra de la RLO, Bliújer.

—¿Dónde?

—Por el camino de Dairen a Chitá.

—¿Significa eso la ruptura de las conversaciones ruso-japonesas en Dairen?

—Sin lugar a dudas. Se acabó la etapa de las conversaciones, hay que actuar. Los rojos exigirán que los japoneses tomen medidas. Tokio se negará. Y eso es todo. De esa manera, nuestros éxitos en el frente están asegurados; ahora los rojos no podrán ni siquiera pedir perdón. ¿Cuándo me invita, Isáiev?

—A las diez en el Versalles.

—Hasta la vista.

—Hasta la vista, coronel.

Isáiev encendió un cigarrillo, se acercó a la ventana y abrió sus hojas. Olía a océano. Se escuchaban los gritos malignos de las gaviotas sobre el golfo. Isáiev dio lentos paseos por la habitación mientras miraba, como asombrado, los objetos colocados con cuidado a su alrededor. Se detuvo junto a un enorme búcaro de cristal —un trabajo finísimo, que a la luz mostraba un juego de luces en las aristas, un destello rojo y azul, multicolor, frío—, lo tomó del estante, se lo llevó a los ojos y con fuerza lo lanzó contra el suelo. Hubo un chisporroteo azul bajo sus pies… Isáiev musitó algo incomprensible, se golpeó con los puños en las sienes y se agachó. Estuvo largo rato en esa posición. Después de incorporarse se frotó el rostro con las manos hasta dejarlo rojo, levantó el teléfono de un tirón y llamó a la redacción:

—¿La redacción? Sí, soy yo. Redacten un titular: «Según nos ha sido informado por fuentes oficiales, hoy por la noche, por el camino de Dairen a Chitá, ha sido asesinado por los bandidos el jefe de las tropas rojas, el legendario Bliújer». Y encima pongan en letras grandes: «Se acabó Dairen». ¿Qué? Se acabó. ¿No está claro? Que se molesten. Serán idiotas si se molestan por una tontería así. Es todo. Adiós, por la tarde pasaré un rato. Si hay algo urgente, búsquenme en casa de Frivéiski.

Residencia Merkúlov

—Corren rumores de que se prepara el asesinato de los bolcheviques arrestados en nuestras fronteras —dijo Frivéiski a Spiridon Dionísievich mientras recogía de la mesa las carpetas con los informes estadísticos relativos al comercio de madera con Japón —. No creo que eso venga bien ahora. En los días de victoria hay que ser magnánimo.

—Esa cuestión debe ser cuidadosamente analizada —respondió Merkúlov con su típica forma elusiva y miró a su secretario con los ojos entornados—. ¿Qué barrunta usted, amigo? ¿Por qué esas preocupaciones?

—Su excelencia, le ruego considere que nuestra conversación no ha tenido lugar.

—Eh, déjese de tonterías, mi estimado genio. No se haga el listo y exponga sus argumentos. Soy un viejo que no entiende de altas materias. Ustedes, los jóvenes, entienden mucho más, y nosotros nos limitamos a que, en general, todo esté bien. En general…

Frivéiski sonrió:

—La lógica es una cosa terca, Spiridon Dionísievich. Es como una cadena: si se tira de un eslabón, irremediablemente se mueve otro. Hablemos con sinceridad: ¿para quién es negocio matar a los rojos? ¿Para nosotros? Por supuesto que no. A nosotros nos conviene presentarlos en un proceso judicial abierto, con abogados, expertos y prensa. Sería la revancha a Occidente: nuestra democracia no es en nada peor que la de ellos. Y en ese proceso podríamos mostrar la vinculación orgánica de la clandestinidad roja con Chitá. Un juez inteligente y un fiscal rabioso demostrarán que se trata de un caso corriente de espionaje. Quedará claramente comprometido el bolchevismo aquí, aunque sea por un par de años, y eso ya es un buen plazo. Pero si los enviamos sin ser juzgados a la frontera y en nuestra frontera los hacen picadillo los alegres muchachos de Semiónov… No sé, no sé… Pienso que la opinión pública lo entenderá como un gesto sucio, extremista; entonces tendremos que callar y ellos chillarán. Y seguramente nuestros aliados se

taparán la nariz: son muy sensibles, muy delicados ante la forma en que se priva de la vida a un oponente político.

—¿Es todo?

—En rasgos generales.

—Si yo no lo conociera a usted como un fiel colaborador, diría que simplemente está cantando una tonada ajena —comenzó a decir Merkúlov con su voz rajada y monótona mientras miraba la mesa—. Pero yo lo conozco; por consiguiente, pondré todos esos razonamientos suyos en la cuenta de su juventud. Recuerde de una vez y para siempre, y si le está destinada la carrera de político nunca cambie la regla que le voy a exponer: un adversario ideológico deja de ser una constante solo desde el momento en que se convierte en un cadáver. Recuerde: no hay nada que las multitudes olviden más pronto que un asesinato político. Por el contrario, ese asesinato puede convertirse en un triunfo suyo por muy vil que sea, con ayuda de la prensa, la fiscalía y las ciencias históricas. Usted ganará un capital político y moral con ese asesinato, ya que al enemigo que calla se lo puede acusar de cualquier cosa. De todo aquello que, en caso contrario, sería de la responsabilidad suya. Y, por último, ¿de dónde salen esos chismes asquerosos? ¿Quién le dijo que la gente de Semiónov se disponía a martirizar a los comisarios rojos en la frontera? ¿De dónde saca esos datos? ¿Quién se lo ha dicho?

Frivéiski estaba sentado, con la cabeza baja, haciendo crujir sus dedos sudorosos.

—El rumor anda por el aire —respondió—, se lo he escuchado a varias personas.

—Bien, comprobaré con Guiatsintov a través de quién han podido filtrarse esos calumniosos y sucios rumores.

—No hace falta comprobar nada —respondió Frivéiski, en voz muy baja.

Se admiraba de la medida en que Isáiev había previsto toda la marcha de la conversación. Isáiev le había hablado con precisión, como si él mismo hubiera discutido ya con el primer ministro todo

esto y hubiera escuchado todo lo que ahora Spiridon Dionísievich repetía con su voz cascada.

—¿Por qué? —se asombró el primer ministro.

—No es necesario —repitió Frivéiski—, simplemente no quise molestarlo: por la ciudad distribuyeron una octavilla, impresa clandestinamente, donde se habla de este plan y del destierro a través de Grodekovo, donde está la gente de Semiónov.

Frivéiski colocó sobre la mesa la octavilla y la empujó con el meñique en dirección al primer ministro. Spiridon Dionísievich tomó la hoja, la revisó por todos los lados y sacudió la cabeza.

—Increíble —se incomodó Merkúlov—. En las farmacias no se consigue glicerina para compresas infantiles, y aquí, vea usted, para las asquerosidades impresas de ellos aparece hasta glicerina.

Merkúlov leyó la hojita, la dobló en dos y, pensativo, se la devolvió a Frivéiski. Se llevó el índice a los labios, echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. Estuvo así no menos de un minuto. Eso significaba que el primer ministro estaba meditando, aconsejándose con Dios. En esos instantes no se dirigía al altar, a fin de no alterar el flujo de las ideas.

—Es usted un genio —dijo, después de un largo silencio—. Querido amigo, es usted un genio. Gracias, Dios le ayudará en todo. Y ahora, comuníqueme con Kiril Nikoláyevich.

Cuando Frivéiski llamó al número de la contrainteligencia, Merkúlov tomó el teléfono y dijo:

—Coronel, ¿es verdad que a Bliújer lo pillaron por ahí? ¿No en nuestro territorio, sino en territorio chino? Dios mío, ¿es que no queda un lugar tranquilo en la Tierra? Kiril Nikoláyevich, cuando comience a limpiar la atmósfera en nuestro Estado, si por fin decide expulsar a los rojos de nuestro territorio, condúzcalos hasta la frontera con una fuerte escolta para que allí, que Dios nos guarde, la gente de Semiónov no los vaya a pasar a sable, con esa fogosidad tan propia de ellos. ¡Que los rojos se vayan en paz a Chitá, que se vayan! Nosotros no fusilamos a nadie en los sótanos, como hacen los bolcheviques. Que viajen en paz a través del territorio chino,

hacia la RLO. Y expúlselos lo más pronto posible, lo más pronto —repetía con insistencia Spiridon Dionísievich, y a juzgar por la sonrisa contenida que jugueteaba en sus labios, Frivéiski comprendió que Guiatsintov se había percatado del proyecto del anciano en toda su magnitud: la ejecución de los conspiradores rojos debía organizarse en territorio ajeno. En Harbin había para ello una multitud de emigrantes blancos. Por un poco de dinero —allá había desempleo— matarían a quien fuera; así que Merkúlov quedaría limpio: él era un demócrata que no eliminaba a sus oponentes políticos. Él los desterraba, no les temía, que siguieran viviendo. Pero si en el extranjero los mataban, pues bien, «recibe sus almas, Señor, no fue nuestra intención, nosotros no intervenimos en los asuntos de los estados extranjeros».

Frivéiski apretó los labios: el anciano había encontrado una salida de la que Isáiev no le había hablado. Al parecer, él tampoco sabía que esa solución fuera posible.

Y el secretario del gobierno sintió tanta angustia, sobre todo cuando recordó el encuentro que había acordado para ese día por la tarde con Isáiev, que estuvo a punto de echarse a llorar.

«Se le trabó la uñita, se murió el pajarito», recordó aquel estribillo tonto y sin salida. Lo había escuchado en sueños, pocos días después de la primera conversación con Isáiev, y también soñó con un sacerdote que caminaba por un sendero de montaña, vestido con una bata china, y que llevaba la cruz en la cabeza como un malabarista.

«Qué tontería —seguía pensando Frivéiski al retornar a su oficina de paredes de roble veteado—, ¿y qué me impulsó a ir con ese tipo a las carreras? ¿Por qué diablos fui con él a las carreras? —se reprochaba—; y, en definitiva, ¿por qué debo yo cumplir lo que me pide? A fin de cuentas a mí me creen y él no es más que un gacetillero, emborronador de papeles. Mañana mismo iré a donde Guiatsintov y conversaré con él de todo esto. Mañana mismo —de repente lo comprendió con nitidez y claridad—. ¡Todo lo genial es sencillo! ¿Por qué no lo hice ayer o antes de ayer? ¿Y si viene pronto

desde Europa la gente de Wrangel? Allí hay hombres del consejo monárquico, eso es seguro. Quién vencerá a quién, Merkúlov a Wrangel o al revés, eso nadie lo sabe…».

Frivéiski abrió el cajón inferior de su escritorio, sacó una petaca con alcohol y ansioso, bebió varios tragos de aquel líquido imponderable. Le quemó, le sacudió, le aclaró la cabeza.

«Al diablo con él —pensó—, al fin y al cabo, solo tengo que convencerme de que hago todo esto por el bien de la monarquía; en definitiva, Wrangel y el consejo monárquico son patriotas, igual que Merkúlov. Y además, la canallada puede justificarse con la fe. Hay que obligarse a creer y nada más. Es mejor mentir con fe que soportar en silencio. Así sea. Llamemos a todo lo ocurrido un cambio de orientación. Suena bien para uno mismo y es algo en lo que se puede creer. ¿Bien? Bien, Eso es todo.

Ferrocarril oriental de China. En las vías

Después de una hora de arduo trabajo, cuando los seis tenían las espaldas empapadas de sudor, los raíles fueron levantados en un tramo de tres metros.

—Traigan del vagón los colchones y los bidones con queroseno —dijo Bliújer.

—¿Los encendemos ahora?

—¿Quién propone eso?

—Yo.

—¿El conductor?

—El escolta, Vasili Konstantínovich.

—Debías escoltar al aire, Petia.

—Me llamo Polikarp, camarada ministro.

Bliújer hizo un gesto burlón y masculló:

—Peor para ti, Polikarp. Ellos están esperando, precisamente, que iluminemos el lugar.

—¿Quiénes?

—Los blancos —respondió a Polikarp, en un susurro, el segundo escolta, quien en la oscuridad había ocupado su posición detrás de la ametralladora—. No se ve nada, por eso nos están buscando, ¿no te das cuenta?

La gente se metió bajo el vagón y quedó en silencio. El viento aullaba tristemente y les golpeaba el rostro con fríos granitos de arena. Las nubes estaban aún más cerca del suelo y el óvalo mate, grisáceo, por donde se viera antes la luna, había desaparecido.

De pronto, el viento se aquietó. Bliújer escuchó con atención: muy lejos, hacia el este, repicaban sobre la tierra sonora los cascos de muchos caballos. Polikarp hizo sonar el cerrojo de su arma. Bliújer buscó la mano del escolta en la oscuridad y le oprimió la muñeca: ¡silencio! Y lo mantuvo así durante unos instantes. El repiqueteo de los cascos se acercaba, eran muchos los caballos, pero no se escuchaban voces. La tierra gélida retumbaba con sonoridad, los caballos se dirigían precisamente hacia el vagón. Bliújer susurró:

—¡No disparen!

Y su mano no suelta al escolta Polikarp: es irreflexivo, el muy tonto, podría disparar inesperadamente. Los caballos están a un paso, se escuchan sus resoplidos. En unos segundos resaltarán en la noche. Y de repente, un agudo relincho corta la oscuridad, se perfilan las siluetas de las bestias y a pocos pasos del vagón surgen los belfos, calentados por finos chorritos de vapor; brillan los enormes ojos, negros como la antracita, con un enigmático reflejo azul. La manada se detiene. Los caballos han aparecido como en un cuento, para desaparecer al instante cuando Polikarp, con voz temerosa y ofendida, entrecortadamente, grita:

—¡Eh, allí viene una locomotora!

Los caballos —al parecer, se trataba de potros que se habían separado de una gran manada— saltan a un lado, apagando todos los sonidos en derredor, pero mientras más lejos avanza la manada en la noche, más claramente llegan a los hombres los resoplidos de la locomotora que asciende la cuesta.

—¡Enciendan los colchones! —grita Bliújer—. ¡Ahora les mostraremos una escena de celos a los hijos de perra!

Una centuria de cosacos de Semiónov galopaba por la estepa congelada. El atamán condujo a sus hombres por un camino más largo, pero más seguro, bordeando la estepa que ahora, después de los fríos, parecía la pista de un hipódromo. Pero las nubes bajas se recostaban en la tierra y las estrellas fueron cubiertas por una niebla, primero gris y ahora impenetrablemente negra. Por esa razón, la centuria perdió una hora en su recorrido nocturno por la estepa. Los jinetes contaban con divisar al menos una pequeña lucecita en el vagón, pero a su alrededor no veían ni un pequeño destello de luz.

—Parece que es aquí donde hay que dar la vuelta —dijo el atamán y señaló hacia el este con la fusta—. Por esta cañada llegaremos hasta donde deben de estar, si es que el príncipe no se confundió.

Espoleó su cabalgadura. El potro resopló, se encabritó y abarcó un enorme pedazo de la noche con sus patas delanteras. De inmediato echó a andar hacia el este.

Cuando la columna de fuego se disparó hacia lo alto, el maquinista apretó inmediatamente los frenos. Sacó la cabeza por la ventanilla y vio la línea férrea interrumpida. Dos soldados japoneses, que viajaban con el maquinista para proteger el tren del ataque de los junjuces, accionaron los cerrojos de sus armas.

Tan pronto el tren se detuvo, del segundo vagón saltó un grupo de militares japoneses, con bandas negras en las mangas en señal de luto, así como varias personas con cámaras fotográficas. Comenzaron a hacer sus disparos de magnesio en la noche, mientras fotografiaban el solitario vagón de primera perteneciente al jefe militar rojo.

—¿Dónde están los cuerpos? —preguntaron los japoneses al traductor ruso—. ¿Dónde está el cuerpo del valiente militar ruso, cruelmente asesinado por los junjuces?

—Aquí está el cuerpo —respondió Bliújer.

Salieron de abajo del vagón, sin soltar las armas que llevaban en la mano y se pararon frente a los asombrados y confusos japoneses formando casi una pared humana.

—Es temprano para enterrarme —prosiguió Vasili Konstantínovich —, tenemos siete vidas.

—Señor ministro —balbuceó un oficial japonés, mientras caminaba lentamente hacia Bliújer, con la mano extendida—, nos sentimos felices por su alentadora salvación. Los culpables de semejante ardid serán hallados e implacablemente castigados.

De los vagones salían los pasajeros: japoneses, diplomáticos rusos, norteamericanos, miembros de la misión inglesa en Chitá y tres corresponsales de la Associated Press, que retornaban de Moscú a los Estados Unidos. ¡La operación de Guiatsintov había fracasado! Todo estaba perdido.

—¡Atrás, su madre! —masculló el atamán que había contemplado con sus prismáticos todo lo que ocurría en la vía—. ¡Ay, perros! Se salvaron. ¡Atrás! —repitió, y golpeó con la fusta al caballo en la voluminosa y sudada anca.

El frente cerca de Jabárovsk

Las escuadras rojas se tendieron en la tierra. Póstishev, oculto tras una elevación, yacía junto al muchachito que solo tres horas antes le apuntaba a la frente con su mauser. Lejos, tras las colinas, se escuchaba el rugido de una locomotora, aún invisible para todos.

—Es el tren blindado de ellos —aclaró el muchachito—. Tiran cada cosa que deja unos huecos como tumbas.

—No importa, vendrá nuestro Jaurès y les dará una paliza.

—¿Y dónde está? Ni un demonio lo encuentra. Ahí todos son marineros, están en la retaguardia, tragando vodka con las mujeres.

—¿De dónde sacas eso?

—Dice la gente…

Por la curva apareció el tren blindado de los blancos. Sin preocuparse por nada se detuvo, hizo girar todos los cañones de las plataformas y disparó una salva con todas las baterías.

Los estallidos formaron una línea continua, un herido gritó cerca y la gente se pegó aún más al suelo. El tren blindado disparó de nuevo.

—Canallas —dijo Pável Pétrovich—, no escatiman proyectiles.

De los vagones comenzaron a saltar los blancos. Formados en una larga cadena se lanzaron contra los rojos, mientras gritaban injurias continuamente. Póstishev comprendió que si ahora no levantaba a su gente al ataque, si no los sacudía en la furia ciega del combate cuerpo a cuerpo, los blancos los aplastarían, los vencerían y sus combatientes serían dispersados después de haberlos reunido con tanto trabajo.

Póstishev se puso en pie, sacó del cinturón su mauser y con voz aguda gritó:

—¡Adelante, camaradas! ¡Por el poder obrero!

Sin mirar atrás, se lanzó al encuentro de los blancos. Corría y parecía ahora mucho más desgarbado. Sus largas piernas giraban, caían en agujeros y en grietas, invisibles en la tierra helada. Su respiración era entrecortada y el rostro estaba blanco. Corría en silencio, con los dientes convulsivamente apretados. No miraba atrás, solo adelante, hacia la cadena de guardias blancos que se le acercaba a gran velocidad.

Cuando sintió que alguien lo empujaba por la espalda, cuando escuchó la carrera silenciosa de quienes lo seguían, solo en ese momento, gritó algo terrible y feroz, y con la mauser a la altura de los ojos, comenzó a disparar contra las hileras de los blancos que corrían y disparaban a su vez.

Tan pronto los blancos —luego de un corto combate cuerpo a cuerpo— se dieron vuelta y retornaron hacia el tren blindado, Póstishev se detuvo, se secó el sudor con la palma de la mano, se sonó la nariz y gritó:

—¡Y ahora, al bosque! ¡Retirada! ¡Al bosque! ¡Allí no nos alcanzarán!

Corrió hacia el bosquecillo más cercano y gritaba algo, mientras reía. Los restantes combatientes también corrían, gritaban, agitaban los brazos, ya que en ese momento habían sido capaces de vencer. Habían logrado doblegar lo más humillante que existe dentro del ser humano: el miedo.

Poltávskaya, 3. Contrainteligencia

Guiatsintov caminaba por su gabinete como si estuviera en una celda: tres pasos adelante, tres pasos atrás; las manos cruzadas en la espalda, la cabeza caída sobre el pecho, los ojos agotados. Pimezov no se atrevía a aparecer ante el coronel. Guiatsintov estaba airado. Por la mañana había recibido un cifrado sobre el fracaso de la operación contra Bliújer.

Después de cinco horas de incesantes paseos por la oficina, el coronel partió hacia el Estado Mayor de las tropas japonesas de ocupación. El general Tachibana lo recibió al momento. Del rostro del general había desaparecido la acostumbrada sonrisa, cosa que le ocurría solo en casos extremos.

—Lamento profundamente —le dijo a Guiatsintov, mientras caminaba despacio desde la puerta hasta su escritorio— que su gente sea tan incapaz. Cuando conversan son sabios y previsores, pero a la hora de la verdad comienzan las «dificultades temporales». La eterna costumbre rusa, no importa cuánto se las enseñe, esa es la verdad.

—General, no he venido a escuchar regaños, sino a recibir autorización para actuar.

—A usted le han dado autorizaciones para actuar tantas veces que debía ser ahora el jefe en la Lubianka[14] y no en ese tugurio de la calle Poltávskaya.

—Pero, de todos modos, le ruego que me escuche.

—¡Ay! —El general sacudió con cansancio su mano amarilla y reseca—. Me aburre, coronel, me aburre.

—Pero, sea como fuere —insistía Guiatsintov—, le ruego que me escuche, ya que lo que tengo que decirle no se lo diría a ninguno de los nuestros.

—Bien, hable por fin…

El general se dejó caer en una butaca. No invitó a Guiatsintov a sentarse y se puso a mirar, con aire pensativo, por la amplia ventana que daba a la ciudad.

—Sus representantes oficiales deben decir a los chequistas de la Seguridad Política Estatal que detengan mañana por la mañana, en Chitá, al comerciante Ponazynin, de Ufa, que viaja en el tren de Dairen, segundo vagón, asiento número veinticuatro. En el cuello de su chaqueta encontrarán cosidas unas cartas para el general Grzhimalski y una identificación personal de este individuo, expedida aquí por mí a nombre del príncipe Mordvinov.

El rostro del general se estremeció. Volvió lentamente la cabeza hacia Guiatsintov, se rascó el ojo izquierdo con el dedo meñique y preguntó:

—¿Era el de la operación contra Bliújer?

—Precisamente él.

—¿Quiere ajustarle las cuentas a un agente fracasado?

—De ninguna manera. Simplemente quiero apresurar el tiempo. Usted debe recordar, general, las declaraciones que tendrá que hacer Mordvinov si es detenido.

—Las recuerdo. Debe comprometer a los militares profesionales, a los que Bliújer se dirigirá ahora con particular insistencia. Parece interesante. Un agente rabioso es un agente innecesario. Está bien, pensaremos en eso. ¡Infórmeselo al primer ministro! Eso mitigará en algo su ira cuando conozca el fracaso de la operación contra Bliújer.

—Mire usted, general, el caso es que el príncipe Mordvinov está emparentado con la esposa de Nikolái Dionísievich Merkúlov, así que aquí los únicos socios somos usted y yo, ya que ideamos juntos la operación y ratificamos juntos al candidato.

El general miró a Guiatsintov con cuidado con una sonrisa en el rostro.

«Este mocoso me amenaza —pensó—. Pobre muchacho. Piensa asustarme con Merkúlov. ¡Ay, ay. ay! Tienen demasiados sentimientos, pero andan mal en lo del razonamiento y el análisis de los hechos. De todos modos, lo más inteligente ahora es asustarse. Ese susto será provechoso en el futuro, mis sucesores lo utilizarán cuando trabajen con Guiatsintov. Ellos le recordarán cómo me quiso asustar y con qué. Él pensará que ha vencido, y ellos le restregarán el hocico en el fango».

—Sí… Desde luego, en ese caso la cosa cambia, querido Guiatsintov. Como se dice, estamos atados por la misma cuerda. Pobre príncipe ruso Mordvinov. Me da lástima. Dicen que es un músico talentoso. Eso es bueno, significa que es un tipo extrovertido y la Checa aprecia las confesiones de ese tipo de gente…

—¿De dónde sacó usted la información de que es un buen músico, excelencia? Él siempre ha ocultado esa pasión suya. Solo por amistad me invitó a una velada musical; interpretó obras en el violonchelo. No invitó a nadie más y yo no puse nada al respecto en su expediente. ¿Cómo pudo obtener la información?

—La primera tarea del agente de inteligencia es conocer las pasiones secretas de quienes lo rodean —sonrió Tachibana—. Sí, a propósito, mis muchachos consideran conveniente informarle del nombre de un joven especulador de bolsa. Se llama Chen. Es un caso muy curioso y no tan sencillo como pudiera parecer. Únicamente le pido que no lo asuste: mi contrainteligencia no se lo perdonaría.

Apartamento de Frivéiski

—Escuche, Alex —dijo Isáiev, con cansancio—, llevamos ya una hora moliendo agua en el mortero. Si no quiere tener relaciones conmigo, pues terminamos, ¡por Dios! Usted ya ha hecho lo

suficiente, como un auténtico patriota ruso, miembro del movimiento blanco. Lo que usted me acaba de entregar ahora será recordado con gratitud por el Consejo Monárquico Superior. Créame, será recordado por mucho tiempo. Usted les ha prestado una enorme colaboración, pero ahora se ha vuelto histérico.

—¡No es la histeria! ¡No puedo dormir! ¡Le temo a todo! ¡Me parece que me vigilan! —susurró Frivéiski con ardor—. Me parece que el entarimado oscila, ¿me entiende? ¡Lucho contra el deseo de presentarme ante Guiatsintov y caer ante él de rodillas!

—Si cree que eso le va a ayudar, pues preséntese y arrodíllese. Me da lo mismo. Ahora bien, si lo hace, será usted declarado inmediatamente criminal de Estado…

—¡Y usted también! —entonó Frivéiski con solemnidad, acercándose aún más a Isáiev—. ¡Usted también, hombre de acero!

—¿Yo? No. ¿Por qué yo? Nada de eso. ¡Cualquiera pensaría que yo traté de convencer al primer ministro para que no se llevara a los rojos! ¡Se podría pensar que fui yo quien llevé para mi casa, para «trabajar», los planes japoneses de suministros a las tropas blancas! ¡Cualquiera pensaría que yo entregué a la prensa, para información pública, el plan secreto de la ofensiva invernal! Vaya y arrodíllese, Alex, pero no me mezcle en sus asuntos. Y si está a punto de volverse loco, llame a un médico.

—¿Cómo? —preguntó Frivéiski, mientras se alejaba lentamente de Isáiev—. ¿Ha dicho usted volverme loco? ¿Y qué? Sería una buena salida. ¿Por qué calla?

—Porque usted dice tonterías, amigo mío. Piense, ¿en qué posición me coloca?, ¿cómo debo informar a Berlín?, ¿qué debo informar?

—Max —dijo Frivéiski, pasando nuevamente al susurro—, pero yo estoy todavía más asustado porque he pensado que usted no viene de Berlín.

—¿Y de dónde, entonces?

—¿Para qué necesita Berlín el plan de la campaña invernal? ¿Quién les va a llevar ese plan hasta allá? ¿De qué les servirá? ¿Por

qué ellos no vienen abiertamente para aquí? ¿A quién le interesa sobre todo ese plan? ¿A Berlín o a Moscú, eh?

—Seguramente a Moscú —respondió Isáiev, distraído—. Con toda seguridad, a Moscú. ¿Y qué intenta usted decir? ¿Acaso me considera agente de la Checa?

—Precisamente —se alegró Frivéiski—, en ocasiones me parece que usted se interesa en especial por las cosas que son más importantes para Moscú.

—¿Y cómo podría ser de otro modo? Es lo que más me interesa. Porque nuestro movimiento se dirige desde Berlín contra Moscú, ¿no es obvio? Necesitamos tener un cuadro amplio, Alex, y de lo que usted nos informa es solo una parte de los acontecimientos. No se sobrestime, no se asuste a sí mismo, no es necesario. A propósito, ¿no cree que debo hablar yo mismo con Guiatsintov?

—¿De qué?

—Digamos de la colaboración con nosotros.

—¿Con quién?

—Con usted y conmigo.

—¿Se ha vuelto loco? Esa fiera nos liquidaría de inmediato.

—¿Sí?

—¡Por supuesto! ¡Usted no lo conoce, pero yo lo conozco muy bien!

—¿Es irreflexivo?

—Solo cuando anda de cacería. En la vida es más listo que el diablo.

—Alex, le ruego que no se niegue, le he traído un poco de dinero. Son libras esterlinas, también sirven. Diviértase o póngalas en su cuenta, pero no las apunte en el registro de deudas.

—Si usted estuviera siempre al lado mío, yo no me asustaría así. Cuando usted está cerca, me siento tranquilo.

—Puede que me mude con usted, ¿y qué? Tendríamos una residencia maravillosa. Buscaríamos muchachitas de América del Sur, todas bailan bien y son atractivas. ¿Le gustan?

—Por favor, cállese.

—Bien, hasta la vista, Alex. Lo veré pasado mañana, tengo ganas de llevarlo a alguna parte, de distraerlo un poco.

Vladivostok

Isáiev bajaba por la calle Aleutskaya hacia la estación de trenes. En todas las cercas estaba pegado el bando de Molchanov, el comandante supremo de los blancos: «¡Hermanos! Todo el que sienta ardiente amor hacia la Patria vendrá a nuestras filas: nuestra condecoración será una cruz de madera. Somos suicidas. No queremos vivir sin Rusia, moriremos por ella y seguiremos muriendo hasta que ella renazca…».

Isáiev levantó el cuello del abrigo y siguió adelante. Caminaba y pensaba: «Nuestra condecoración será una cruz de madera. Somos suicidas. Con semejantes consignas no podrán convocar ni a las cucarachas. ¿Y por qué tanta idiotez? Porque Molchanov gemía y lloraba tiernamente, enamorado de sí mismo y de la valentía propia. En un tren blindado, con retrete caliente, es fácil ser valiente. En las trincheras, con un frío de cuarenta grados bajo cero, es mucho más difícil».

Sashenka había prometido llegar a las tres. Era una personita simpática. Isáiev recordó las palabras que él mismo había dicho en una ocasión a Dzerzhinski: «No puedo enamorarme, Félix Edmúndovich. A mi profesión le está contraindicado amar a mujeres. Ese amor debilita. Para mí el amor no es un deporte que ayuda a hacer acopio de fuerzas, para mí es algo enorme, algo que quita las fuerzas».

Junto a la estación de trenes, todas las columnas de anuncios tenían pegados carteles mucho más grandes que el bando de Molchanov:

«El nuevo filme de aventuras de Max Linder, en el teatro de la calle Pedro el Grande, 81, titulado *Ella juró amar solo a militares.* Rogamos a las personas de nervios débiles y a quienes padecen de

obesidad que no asistan, ya que ninguno de ellos resistiría las carcajadas titánicas que provoca este filme».

«Para todos los pueblos, todos los caminos conducen a Roma, pero para los cazadores de Vladivostok hay un solo camino que lleva hacia Vasili Petrov, en el bazar Semionovski, número 41».

El anuncio más destacado era:

«El mejor vodka, Nega Lazaridi, de triple destilación. Calle Svetlanskaya, 18. *Merci* por la atención».

Isáiev recordó que el barón Ungern, antes de conducir sus tropas contra la Siberia roja y la RLO, ofreció una entrevista a los representantes de la prensa rusa emigrada y norteamericana. Dijo: «Para que los rusos sean capaces de sobreponerse a su inferioridad congénita he introducido en mis tropas el consumo ilimitado de vodka, opio y hachís».

Otro anuncio decía:

«La Biblia asegura: es terrible el hombre alimentado hasta la saciedad. Invitamos a todos a nuestro comedor dietético. Garantizamos que se levantará de la mesa con una sensación de hambre ligera. Le servirán las muchachas más hermosas de la ciudad».

«Está claro —pensó Isáiev—. Se burlan de la Biblia, invitan al burdel, canallas. A los viejos barrigones basta con soplarles que existe un comedor dietético con muchachas y todos comprenden de inmediato, hijos de perra».

Sashenka —frágil, rápida, esbelta— iba al encuentro de Isáiev casi corriendo; deslumbrante por el frío, hermosa, con los ojos separados como una japonesa, sonriente. Su rostro era bondadoso. Hay rostros femeninos así: basta mirar y enseguida se siente alegría, no importa si un minuto antes se sintiera angustia…

—¿Se ha congelado usted, mi pobrecito Maxim Maximóvich?

—Un poquito nada más.

—¿Por qué está parado al viento? Eso no es razonable.

—La razón es una fiera salvaje, su lugar está debajo del banco.

—¿Qué vamos a hacer? —sonrió Sashenka.

—¿No me pidió usted que le mostrara la otra cara de la ciudad? Yo se la mostraré.

—Maravilloso, ¿por dónde comenzamos?

—Por los almacenes. Veamos qué han traído los barcos. Mire cuántos hay en los muelles. ¿Se acuerda, de Evgueni Oneguin?:

¿Ves? Ya la plaza se ilumina,
todo se aviva; aquí y allá
corren algunos sin afán,
los más con causa para ello.
Hijo del cálculo y la audacia
va el mercader a ver banderas,
a comprobar si le envía el cielo
algún velamen conocido.
¿Y qué nuevas mercancías
entraron hoy en cuarentena?
¿Habrá barriles de buen vino?
¿Qué de la peste? ¿Y los incendios?
¿No hay hambre o guerra? ¿Se sabrá
de alguna otra novedad?

—Qué terrible, Maxim Maximóvich.

—¿Por qué?

—Es como si escribiera sobre nuestra actualidad.

—No es nada terrible. Simplemente era un genio. ¿Se acuerda del resto?

Pero nosotros, sin pesares,
entre afanosos mercaderes,
solo esperábamos las ostras
de las orillas de Estambul.
¿Qué, ya llegaron? ¡Qué alegría!
Corre la hambrienta juventud

a tragar, de marinas conchas
gordas y vivas prisioneras,
algo tocadas con limón.
Rumor, disputa; suave vino
de las bodegas ha traído
el mozo servicial, Otón;
vuelan las horas, mientras tanto,
la cuenta crece que da espanto.

—¡Pero eso es sobre nosotros! «Vuelan las horas y, mientras tanto, la cuenta crece que da espanto». Nosotros bebemos, nos reímos y los mujiks afilan sus horcas. Nuestra sirvienta me mira como una loba. Es verdad, solo en Rusia han sido capaces de entregar con tanta ligereza y falta de seso a los bolcheviques, en octubre, la libertad ganada en febrero.

—¿Entregamos una libertad igual a la nuestra? ¿A la de aquí?

—Por supuesto.

—¿Considera usted que la situación nuestra, aquí, puede servir como un modelo de libertad?

—En cierto sentido.

—¿Sí?

—¡Sí! ¡Sí!

—Pero, por favor, no se ponga también a injuriar a nuestra intelectualidad. Me da pena la intelectualidad cuando la pisotean. Cada vez que alguien tiene que arreglarle las cuentas a otro, o faltan motivos para una cena, ¡a meterse con los intelectuales!

Cruzaron por el puesto de control. Los guardianes dejaron pasar a Isáiev al ver su identificación de periodista. Lo saludaron afanosamente: los provincianos sienten temor sagrado ante la prensa. A lo lejos, tras el tercer almacén, construido recientemente con láminas corrugadas norteamericanas, había una fila de soldados japoneses con las armas en bandolera. Se escuchaba en el muelle el largo chirrido de una grúa mal engrasada. La descarga era realizada

por estibadores rusos. Eso se sabía enseguida porque el capataz gritaba, con voz de bajo:

—¡Suéltalo suave, que no es una hembra tetona, sino un cañón autopropulsado!

El jefe de la última guardia, un pequeño suboficial japonés de gafitas, echó un rápido vistazo a la identificación de Isáiev y sonriente, respondió:

—No puede pasar.

—¿Por qué?

—No se puede pasar —repitió, con una sonrisa aún más cautivadora—. Allí, los rusos dicen palabras groseras que no debe oír una señorita tan encantadora.

De detrás del almacén salió Chen. En la mano un bastón de puño dorado, elegante como siempre, con un abrigo corto (como se usaba ahora en los Estados Unidos), un gorro japonés puntiagudo, con el redondel de brillante piel de foca y el rostro terso y reluciente: se veía que por la mañana le habían dado en la barbería un masaje con crema astringente, de glándulas de cervatillo. Bajo su efecto la piel se ponía elástica, perfumada y desaparecían las arrugas. Pero, ¿cómo era posible que Chen tuviera arrugas cuando solo contaba veinticuatro años? A pesar de eso, tenía arruguillas bajo los ojos. Comoquiera que sea, llevaba cuatro años trabajando en la retaguardia de los blancos, donde de noche cada susurro parece un estallido y de día se sospecha un delator en cada persona que camina a la espalda de uno…

Chen se acercó al suboficial, le dijo algo en japonés, con un rápido gesto le metió en la mano un billete verde. El suboficial se volvió y Chen condujo a Isáiev y a Sashenka a través de la fila de soldados japoneses. Los soldados miraron hacia otra parte, como si no se hubieran percatado de la presencia de las tres personas que cruzaban rozándoles los hombros.

—¿Qué le dijo usted? —preguntó Sashenka.

—Oh, le leí unos párrafos de Bo Tsiu-i —respondió Chen.

—Para nosotros el día de hoy comienza con poesía —sonrió Isáiev.

—¿Qué versos son esos?

—No se trata de versos. Más bien, es un trabajo de matemática aplicada realizado por el gran sabio chino: así de perfecta es la rima.

Salieron al embarcadero. Una enorme grúa sacudía su cuello de acero, giraba y hacía descender hacia la plataforma blindada un enorme tanque verde. Ya habían descargado tres tanques y junto a ellos se afanaban los técnicos japoneses, que explicaban a oficiales rusos cómo poner en marcha el motor. Ahora, cuando las poderosas máquinas rugían y expulsaban por sus tubos de escape nubes de humo negro-azulado parecía que disparaban con una ametralladora.

—Qué monstruos —dijo Sashenka—, parecen animales de la Edad de Piedra.

—La Edad de Piedra fue una sola —sonrió Isáiev—, pero hay diferentes épocas en ella.

—Todavía quedan siete piezas —hizo notar Chen—, pero algo le ha ocurrido a la grúa. Temo que se haya estropeado.

—¿Y por qué los soldados de Kappel están participando en la descarga?

—Seguro que no confían en los estibadores.

—Está claro —dijo Isáiev, pensativo, mientras seguía con la vista un tanque que oscilaba en el aire.

De repente algo gimió, la grúa se quebró, luego silbó en un tono muy alto y el tanque, dando una vuelta absurda en el aire, cayó sobre las piedras. Se sintió un estruendo como si hubieran roto una enorme caja de música.

—Quédese aquí —le pidió Isáiev a la muchacha, y corrió junto a Chen hacia la máquina destrozada. El tanque yacía de lado. Las bocas de las ametralladoras pesadas estaban torcidas a causa del impacto recibido.

Chen y Maxim Maximóvich dieron la vuelta alrededor de la máquina, sacudieron la cabeza con abatimiento y retornaron al lado de Sashenka.

Isáiev pasó el brazo alrededor de Chen y de modo imperceptible, metió en el bolsillo de su abrigo a la moda una pequeña nota en papel de seda.

—Urgente, al centro —dijo—. Y ahora, hablemos de los tanques. La rotura de la grúa no servirá de nada, la repararán pronto. Hay que hacer algo con el combustible. Si se echa agua con ácido clorhídrico en la gasolina, todo el sistema de transmisión se irá al diablo. Es una barbaridad, por supuesto, pero es la única forma de retener aquí los tanques. Si se los llevan ahora al frente, será un terrible golpe para nosotros. El cifrado es urgente para Bliújer. Hay que pasarlo enseguida. Proviene de la caja fuerte del primer ministro.

—Bien, lo pasaré ahora mismo.

Isáiev oprimió la mano a Chen y para que Sashenka lo oyera, dijo en voz alta:

—Por favor, encárgueme una motocicleta, que sea de color rojo. Me gustan las extravagancias.

Chen levantó su gorro de piel de foca, sonrió ampliamente y permaneció inmóvil hasta que Isáiev y Sashenka cruzaron la cadena de gendarmes japoneses. Chen quiso seguirlos, pero descubrió junto al suboficial a un tipo sospechoso de sobretodo azul. El tipo preguntaba algo al gendarme japonés, pero este sacudía la cabeza negativamente. Se veía que no deseaba dejarlo pasar.

«He visto a este tipo en alguna parte —pensó Chen enseguida—, pero tengo que acordarme dónde fue: ¿En la calle Svetlanka o cerca de la Poltávskaya?».

Para más seguridad rodeó el almacén y por caminos que solo él conocía, salió del puerto directamente a los atraques de los botes chinos. Llegó hasta la estación de trenes y tuvo tiempo de entregar a Grisha Kiknauze, conductor del tren de Vladivostok-Harbin y enlace de los rojos, quien supuestamente trabajaba como contrabandista de narcóticos, el papelito con el texto cifrado que le acababa de entregar Isáiev. Muy caro hubiera pagado Guiatsintov ese papel: en él se ofrecían datos sobre todas las tropas que serían lanzadas al

asalto de Blagoveschensk, Chitá e Irkutsk. Estos datos eran conocidos solo por tres personas. Merkúlov, Molchanov y Frivéiski. Ahora eran también del dominio de Isáiev y Bliújer.

Chen aguardó a que el tren partiera y echó a andar hacia su casa. Junto al edificio, siguiendo una costumbre profesional, miró hacia atrás: lo seguían dos esbirros, uno de ellos era el tipo del puerto. Chen no podía saber —por supuesto— que en esos momentos decenas de ejemplares de su fotografía eran mostrados a los agentes e informantes de Guiatsintov, quien pretendía indagar de este modo en el pasado de Chen: ¿y si, de repente, alguien lo reconocía?

«Lo tenemos bien cubierto —dijo Guiatsintov a sus colaboradores —. Ahora, el tiempo lo decidirá todo: él nos conducirá a sus cómplices. Basta con mirar y aguardar, el tiempo es nuestro aliado».

Chen estuvo caminando por la ciudad hasta la mañana, mientras intentaba evadirse de los espías con el objetivo de avisar a Isáiev. Pero no tuvo posibilidad de escabullirse. Como se dice, los espías le «colgaban de la cola», e incluso cuando se acercaba a un aparato telefónico ellos se plantaban cerca, copiando los métodos de la contrainteligencia japonesa, la primera en introducir el «espionaje abierto», que incluía hasta las visitas conjuntas a la letrina. Chen comprendió que era imposible llamar a Isáiev; entonces, después de comprar ácido clorhídrico, se apresuró al puerto; atravesó, como en la ocasión anterior, el cordón de gendarmes japoneses y comprobó que su plan había sido correcto. Los espías no pudieron atravesar el cordón, ya que no podían mostrar documento alguno al suboficial japonés. Chen sonrió a sus perseguidores y corrió hacia el atraque de los juncos chinos —consideraba que ahora estaba seguro—, con la intención de prevenir a Isáiev y perderse en las colinas cercanas a la ciudad. Pero cuando llegó al muelle, vio a otros dos espías y comprendió que estaba rodeado por todas partes; entonces regresó, diluyó el ácido en un cubo de agua sucia y aprovechando que los tanques se encontraban en un lugar oscuro, tras los almacenes,

comenzó a llenar los depósitos de gasolina con agua sucia, mezclada con ácido clorhídrico.

Después de dejar atrás los cruces de las calles Aleutskaya y Svetlanka, ruidosas y elegantes, subieron por la Kitaiskaya, pasaron por enfrente de la redacción del periódico de Vaniushin, del Estado Mayor de la misión japonesa —custodiado por soldados—, del edificio de la misión norteamericana —rodeado de delgadas hileras de alambre de púas, con ametralladoras en los portones— y finalmente, Sashenka e Isáiev se adentraron en una callecita estrecha, a fin de mirar la ciudad «por la otra cara».

En las ventanas se veían mujeres muy pintarrajeadas.

—¿Por qué van así como si esperaran al novio? —preguntó Sashenka.

—No esperan al novio. Están trabajando. Cuestan desde cincuenta kopeks hasta rublo y medio. Este es el famoso callejón Kosoy.

La casa siguiente era alegre, con geranios en las ventanas y cortinillas blancas, almidonadas. En el patio se escuchaban sonoras voces infantiles.

Isáiev se aproximó a la cerca y miró por una rendija: por el patio corrían niñas de unos siete años, que jugaban con una pelota. En un sillón, junto a la terraza, reposaba una mujer mayor con un bordado entre las manos. Bordaba en un paño blanco la figura de un gatito con un ratón. El gatito era de un azul brillante y el ratón era rojo, con ojos blancos.

—¿Son las hijas de aquellas mujeres? —inquirió Sashenka.

—No, estas niñas también se alquilan —respondió Isáiev—, solo que por ellas hay que pagar hasta veinte rublos por sesión.

Después condujo a Sashenka hacia Millionnaya. Un enorme edificio, como una lápida sepulcral gris, sobresalía entre las chocitas.

—Es un fumadero de opio —dijo Isáiev.

Subieron al segundo piso, abrieron una chirriante puerta y entraron en un enorme salón, casi a oscuras. Olía a orín y a humo de tabaco, denso y viejo. Los fumadores de opio yacían por doquier,

eran unas cincuenta personas. Algunos todavía fumaban, pero eran los menos. Los demás gemían, gritaban algo, sacudían sus manos amarillentas, secas y horrendas, aullaban, lloraban o reían en silencio. Ladraban con diferentes voces.

Sashenka oprimió con sus dedos la mano de Isáiev y se apretó contra él. Caminaron entre los que allí yacían, entre los que gritaban y lloraban, en dirección a una pequeña puerta, cubierta por un hule. Isáiev la abrió y se encontraron en un amplio pasillo viejo. Allí, a la derecha, comenzaban los reservados para fumadores pudientes. Después del pasillo Sashenka e Isáiev llegaron a un sótano: el recinto era solo para chinos. Era aún más grande que el primer local donde yacían los rusos. Aquí no había ventana alguna. Junto al techo emitía su luz pútrida, amarillenta, una vela casi derretida. Todo estaba en silencio, nadie gritaba como allá arriba, en el recinto para los rusos. Aquí gemían en voz baja porque el guardián golpeaba a los gritones y los lanzaba, desnudos, al frío. Además, la gente estaba tan extenuada por el hambre que, sencillamente, no tenía fuerzas para gritar.

Cuando Isáiev entró por primera vez en el lugar, el guardián —un gendarme retirado, empolvado como una mujer, homosexual a todas luces— explicaba, entre risas: «El ruso grita aunque esté hambriento, en el delirio del opio, porque tiene el espíritu joven. Pero los chinos tienen cuatro mil años de historia tras la espalda y por eso callan: grites o no, todo da igual. Ellos han asimilado eso con la leche de sus madres».

Así yacían en la oscuridad, la peste y el silencio, los fumadores de opio. Cada día, unos tres hombres entregaban sus almas al creador, inmersos en sueños extravagantes, coloridos y ni siquiera se daban cuenta de cuándo les llegaba el final. A esos les decían allí «los felices».

Isáiev condujo a Sashenka por los barrios obreros, le enseñó los sótanos terribles habitados por niños raquíticos y mujeres con ojos enormes a causa del hambre. La condujo por los albergues de una noche, por los cobertizos donde se apretujaban familias enteras; la

llevó hasta la cerca del lazareto para enfermos de peste y le mostró los montones de cadáveres amarronados, espolvoreados de nieve amarilla; la hizo caminar a través de una vida que ella nunca había conocido.

—Yo la estimo —dijo Isáiev a Sashenka. Los ojos de ella eran ahora redondos, como los de un búho y el rostro era blanco, con destellos azulados—. Por eso, Sashenka, le pido que no razone tan ligeramente sobre la libertad y el pueblo ruso.

Viajaban en un coche por las brillantes calles nocturnas, donde la música resonaba en los restaurantes; una multitud heterogénea marchaba presurosa por las aceras, pero Sashenka no oía nada, solo escuchaba la voz seca de Isáiev.

—¿Esta libertad debe ser custodiada con bayonetas y tanques japoneses? Nunca repita las bellas palabrejas que usted escucha a su alrededor. O es una canallada o una tontería. Usted no es ni tonta, ni canalla y yo considero que lo hace por desconocimiento.

Y al encuentro del cochero que conducía a Isáiev y Sashenka corrían los niños que vendían los diarios. Gritaban, con vocecitas chillonas:

—¡Últimas noticias! ¡Últimas noticias! ¡Los verdugos rojos retroceden en todo el frente! Prosigue el avance de las valientes tropas blancas. ¡Los días de Jabárovsk están contados! ¡El general judío Bliújer, por desgracia, no ha estirado la pata! ¡Últimas noticias! ¡Últimas noticias!

—¡Detente! —le gritó Isáiev al cochero. Bajó con un ágil salto a la calle, compró un diario, lo abrió, buscó febrilmente algo con los ojos y vio la noticia sobre el retorno de Bliújer a la RLO. Suspiró con alivio, regresó al coche y dijo:

—Las grandes desgracias son grandes para eso, para acabar pronto, Sashenka. Pero las pequeñas desgracias… Están a nuestro alrededor, solo es necesario divisarlas, son pequeñas…

—¿Considera usted que lo que hemos visto son pequeñas desgracias?

—No. Considero que todo lo que vimos es una desgracia enorme, pero estoy convencido de que terminará pronto; de otra manera, no tiene sentido andar por la tierra y respirar bajo el cielo.

Por la noche, Guiatsintov fue citado a una reunión con Spiridon Dionísievich. El jefe de la contrainteligencia estuvo sentado tres horas en la antesala respondiendo con monosílabos a las preguntas del secretario del gobierno. Guiatsintov adivinaba para qué lo había citado el primer ministro: el fracaso de la operación contra Bliújer. Pero, igual que lo hubiera hecho cualquiera en su situación, se agarraba hasta de un clavo ardiendo y se forjaba ilusiones de que Merkúlov aún no sabía nada del fracaso de lo de Bliújer y lo había llamado para enviarlo a Washington, en ayuda de la misión militar del profesor Gavrilin. Ese era el sueño secreto del coronel: Guiatsintov estaba muy cansado. Incluso temía reconocerlo para sus adentros y en los últimos tiempos se mostraba particularmente enérgico en público. Para el agente de la contrainteligencia el cansancio es equivalente a la muerte. A veces, cuando regresaba a su casa después de terribles interrogatorios nocturnos, yacía en el suelo hasta la mañana y soñaba, con sentimiento y hasta un poco de histeria, con un día de sol a orillas del mar en compañía de alguna muchacha joven. Pero no junto a este mar, sino a otro, donde nadie hablara el ruso, donde fuera posible gritar a todo pulmón en una playa desierta, infinita, y donde nadie escuchara la voz de uno ni pudiera reconocerlo ahora o nunca. Y la muchacha, de ojos azules almendrados, vestiría un traje blanco, deportivo, de seda gruesa y pesada, con un cinturón rojo; tendría, con toda seguridad, manos delicadas; caminaría un poco inclinada hacia atrás y sus senos serían grandes, con agudos pezones. Él viviría con ella en la orilla, en una casa de techo plano, con vigas de madera oscura rodeando la terraza, cerrada con una gruesa cortina, a través de la cual se filtrarían los rayos del sol. Por la noche se sentarían junto a la lámpara y se leerían mutuamente a Homero y Ovidio…

Guiatsintov nunca pensaba más allá de eso, ya que no podía encontrar una ocupación para sí. A veces deseaba ser pescador y comprarse un yate, semejante al que comprara Bliújer en los Estados Unidos, pero la pesca lo aburría enseguida, en sueños y en la realidad.

A veces se veía como un jinete, con un sombrero de alas anchas en una llanura desierta y rojiza. Pero nunca, en ninguna ocasión —desde el momento en que cambió la guerrera de capitán de artillería por el chaleco de coronel de la contrainteligencia—, nunca en sus sueños, se había podido ver entre la gente. Siempre se imaginaba a sí mismo solo, y a la muchacha casi siempre de espaldas, cuando más, sus ojos, pero de noche.

—Kiril Nikoláyevich —lo llamó Frivéiski furtivamente—, el señor primer ministro le ruega…

Al escuchar la voz chirriante del secretario, Guiatsintov volvió a la tierra, a aquella oficina de madera donde olía a perfumes, como si fuera la alcoba de una mujer, y a alguna otra cosa amarga. El retorno había sido abrupto, como una sacudida. Y el coronel comprendió que, por supuesto, Merkúlov no lo enviaría a Washington, ya que cualquiera se mete a diplomático, pero a fumigador, a gendarme como él… ¿Quién sería capaz de engatusar a cualquiera de esa calaña intelectual? El coronel comprendió que obviamente se discutiría el fracaso de la operación contra Bliújer y que la conversación no sería del todo agradable.

—Escuche, coronel —dijo Merkúlov sin saludarlo ni mirar en dirección a Guiatsintov—, yo, por supuesto, tengo más preocupaciones que usted. Debo leer los informes de los cónsules en el extranjero; no tengo queroseno en el territorio nacional; los faros en la costa se apagan; hace tres meses que no pagamos el salario al magisterio; estoy avanzando victoriosamente contra los rojos, cosa que no logró nadie después de Denikin y por tanto, no puedo, prácticamente no tengo tiempo de ocuparme de sus asquerosos agentes y chivatos, ¿está claro? —Merkúlov aspiró por la nariz, lo que en él significaba el grado mayor de ira—. ¿Qué soy yo para

usted, un espantapájaros? ¡Bien, no le salió, pues al diablo con ello! Pero, en primer lugar, sírvase comprobar, antes de comunicarle a su primer ministro cómo el pueblo indignado despedazó al ministro rojo Bliújer.

—Quise darle una alegría, Spiridon Dionísievich.

—¡Para usted soy Su Excelencia y no Spiridon Dionísievich! ¡Basta que se confunda una vez, no toleraré dos confusiones! ¿Ha enviado a los bolcheviques arrestados hacia China o aún no ha tenido tiempo?

—Ahora comienza el embarque.

—Deténgalo. Déjelos a todos aquí. En lugar de vaguear y buscar caminos fáciles, sírvase preparar un proceso que muestre al mundo cómo Moscú empuerca todo lugar donde comienza a relajarse la vigilancia. Debemos mostrar la vinculación orgánica de la clandestinidad comunista con Chitá. Hay que comprometer al bolchevismo, ¿está claro? Es todo. Le doy mes y medio de plazo. ¡Márchese, coronel, hoy no puedo resistir ni su sola presencia!

—Excelencia, permítame entregarle por escrito mi renuncia.

—¡¿Qué?!

—Quiero renunciar. Es mejor trabajar de estibador.

Merkúlov se apartó del escritorio, se acercó al coronel y se paró frente a él de puntillas: Guiatsintov era mucho más alto que el primer ministro. Levantó los brazos, tomó al coronel por las orejas, tiró de su cabeza hacia abajo, hacia la suya:

—Tontuelo —comenzó a decir en voz baja—, yo soy como un padre para todos ustedes, ¿acaso pueden ofenderse conmigo, con un anciano? Me duele el corazón, se me oprime el pecho. Por la noche Dios me visita; por eso estoy nervioso, entiéndalo. Puedo decir cualquier cosa, pero pienso en todos ustedes con cariño. Comprenda qué carga llevo yo. Si quiere, le muestro cómo de pesada es. Le rompería la espalda, aunque la tiene fuerte. Ahora necesito de ustedes la entrega total. Solo entonces los conduciré a la victoria, al trono, al púlpito moscovita. —Merkúlov hablaba en un susurro ardiente, y sus ojos, entrecerrados, como los de un tártaro,

relumbraban formando agudos puntitos—. Yo creo, entiéndame, creo en lo que vendrá. Pero usted, ayúdeme. Cuando se trata de ejercer represión contra los enemigos políticos no hay nada que dosificar. Lo importante es el momento y las candidaturas precisas, eso es lo que hace que la sangre sirva a la causa. Recuerde eso, es lo más importante que le he dicho. Aquel de nosotros que derrame la sangre a tiempo y en el lugar adecuado —y entonces, que corra como un río— será grande. Es como aliviar una enfermedad, como una sangría para la presión alta, ¿comprende?, para apaciguar las pasiones. ¿Me entiende? Ande, no se ofenda con un anciano, ande, mi muchacho…

Cuando Guiatsintov volvió a su oficina, el primer parte que leyó fue precisamente el que esperaba desde hacía tiempo, pero temía: agentes de la tercera sección informaban que, después de reunirse en el puerto con un tal Isáiev, Chen destruyó los tanques al echar agua con ácido clorhídrico en el combustible.

[13] Calzado campesino rústico, confeccionado con corteza de abedul trenzada.

[14] Nombre con el que todavía se conoce al edificio donde residió la Checa y donde posteriormente se encontró la sede del Comité de Seguridad del Estado (KGB) de la URSS.

FRONTERA ENTRE MANCHURIA Y LA REPÚBLICA DEL LEJANO ORIENTE

Cuando el tren cruzó la frontera y se detuvo junto al andén para que los agentes de aduanas pudieran entrar en los vagones, Bliújer ordenó desconectar su vagón de primera clase y moverlo hacia un vial de reserva.

—Pero, ciudadano ministro —le dijo el jefe del puesto fronterizo —, ya hemos recibido ocho telefonemas del gobierno. Le aguardan en la reunión del Consejo de Ministros.

—Entiendo —respondió Bliújer, mientras saltaba del estribo al suelo, cubierto por una nieve polvorienta y crujiente—. ¿Dónde están por aquí las unidades militares más cercanas?

—A treinta y siete kilómetros, junto a Chukri-Tahl, pero, con toda probabilidad, se deben haber movido de allí.

—¿Y eso por qué?

—Llegó una orden de retirar las tropas regulares de esta frontera y trasladarlas al frente, cerca de Jabárovsk.

—¿Una orden de quién?

—No sé.

—¿Cuándo llegó?

—Hace tres días.

—Sírvase responder según el reglamento, ciudadano oficial.

—El día diecisiete, a las nueve en punto, hora de Chitá.

—Gracias. Condúzcame al teléfono directo.

—A la orden, ciudadano ministro.

La pequeña habitación de la estación de trenes era húmeda, fría y sucia. El telegrafista, envuelto en un abrigo femenino, estaba sentado junto a la ventana y leía un libro. Sus manos estaban

enfundadas en guantes de mujer, con los dedos índices cortados para que fuera más cómodo pasar las páginas. Leía con lentitud, moviendo los labios, y Bliújer percibió cómo sus pupilas saltaban, asustadas, de una letra a otra.

—¿Qué estamos leyendo? —se interesó Vasili Konstantínovich.

—*El conde de Montecristo* —respondió el muchacho, sin apartar los ojos del libro.

—Está claro —dijo Bliújer y tocó el hombro del muchacho—. Anda, lector declamador, vamos a hablar por hilo directo.

Mientras dictaba el texto cifrado de la orden que derogaba la resolución sobre el traslado de tropas de la frontera al frente, Bliújer fruncía el entrecejo de vez en cuando, ya que en el salón vecino alguien gritaba continuamente con voz histérica y entrecortada. Bliújer, molesto, seguía dictando:

—No podemos desguarnecer las fronteras porque el territorio manchuriano está lleno de bandidos blancos y de grupos chinos hostiles. En cualquier momento, a través del territorio manchuriano, pueden cruzar unidades regulares de los ejércitos de Kappel y Molchanov. En ese caso, penetrarán con facilidad en nuestra retaguardia, sobre todo porque ahora hay muy pocas tropas aquí; por tanto, ordeno a todas las tropas regulares, concentradas en la región fronteriza, permanecer en su sitio en estado de alerta combativa total.

El grito al otro lado de la pared se volvió prolongado como los gemidos de una parturienta. Bliújer se levantó de un salto de su asiento, corrió hacia la puerta, la abrió para ordenar silencio y se quedó paralizado en el umbral.

Todo el salón estaba repleto de inválidos de guerra: ancianos mancos, soldados jóvenes sin piernas sobre carritos, ciegos con vendas negras sobre los ojos, paralíticos que yacían sobre el suelo desnudo, envueltos en capotes raídos.

Bliújer se abrió paso hacia la ventanilla del cajero, donde se agolpaban, rabiosos, los inválidos y preguntó:

—¿Qué ocurre?

El cajero suspiró y en silencio abrió los brazos.

—¡El quinto día que esperamos a que nos evacúen! —gritaron los inválidos.

—¡No hay qué comer!

—¡Dormimos en el suelo, nos congelamos!

—¡Nos han encerrado, temen que los extranjeros nos vean!

—¡Nos estamos pudriendo como la última de las porquerías! ¡Nos sacaron del frente hacia aquí, nos arrojaron a esta estación y nos abandonaron!

—¡Hay que fusilar a estos comisarios!

—¡Hermanos, si él mismo es comisario!

Bliújer alzó la mano sobre la cabeza y gritó:

—¡Camaradas! ¡Déjenme decir una sola palabra!

—¿Qué vas a decir?

—¡Ya hemos oído a bastantes charlatanes!

—¡Silencio! ¡Pido silencio! Ahora todos se irán a sus casas.

Todos callaron a la vez, como si se hubieran atragantado con los gritos.

—¡El jefe de la estación, aquí! —la voz de Vasili Konstantínovich retumbó como un trueno en el reciente silencio.

—No puede venir ahora —dijo el cajero—. Está expidiendo un tren internacional.

—¡Siempre pasa lo mismo! —gritaron al momento los inválidos.

—¡Internacional!

—¡Y nosotros que nos pudramos!

—¡Silencio! —gritó Bliújer nuevamente— ¡El comandante del puesto fronterizo!

El oficial salió de la oficina del telegrafista.

—Detenga la salida del tren hasta que yo lo ordene. Haga bajar a todos, sin diferencia, a los nuestros y a los extranjeros. Conecte mi vagón y monte a todos los inválidos, que no quede uno solo aquí, y entrégueles raciones alimenticias para el viaje. ¡Cumpla las órdenes enseguida!

—A la orden, ciudadano Bliújer —respondió el comandante y salió a paso lento, marchando.

—¡Hermanitos! —gritó alguien—. ¡Si es el héroe de Perekop, el gran Bliújer!

—¡Viva el comandante en jefe! ¡Viva Bliújer!

El frente

Los regimientos del Frente Oriental retrocedían bajo la presión de los blancos. El tifus segaba las vidas de los combatientes; estaban plagados de piojos, en su retirada no encontraban aldeas y si de pronto aparecía una, el comandante del frente, Serishev, no les permitía detenerse para descansar. Trataba de apartarse lo más posible del enemigo, a fin de ocupar la defensa en los alrededores de Jabárovsk y allí, bajo la protección de los trenes blindados, vencer a los blancos.

La nieve cubría al ejército. Por los caminos de la taiga, en dirección al Amur, avanzaba gente mortalmente cansada y congelada; muchos iban sobre camillas improvisadas; el tifus señoreaba por doquier; ellos mismos tiraban de los cañones, ya que los caballos morían a causa del hambre.

Póstishev había enflaquecido: tenía hundidas las mejillas, en el bigote aparecían canas y el cuello le salía de la guerrera lastimosamente, como a un pollo.

En su retirada hacia Jabárovsk el ejército se había extendido por la taiga como una cadena larga, rala y rota.

Y en esos momentos, Bliújer se encontraba en Chitá, en el Estado Mayor, en la oficina de los operadores, junto al hilo directo con Jabárovsk.

—Escriba un mensaje —le pidió al oficial de guardia— con copia para el comité central.

A la escucha el miembro del consejo militar de la circunscripción militar del Amur, Mélnikov.

Bliújer. Después de conocer a grandes rasgos la situación, observo una serie de deficiencias considerables en el mando que requieren ser eliminadas de inmediato.

1. Ausencia de medidas de vigilancia y exploración, tanto en el frente como en los flancos. No se justifica con la ausencia de caballería; la actividad se puede organizar con vehículos tomados a la población.

2. Falta de capacidad de maniobra que llega hasta el punto de que la aparición de sesenta hombres en la retaguardia conduce a la retirada de todo el grupo. De continuar esta situación ocurrirá la desmoralización total y las unidades perderán completamente la confianza en sus fuerzas.

3. El abandono de las vías férreas, que caen intactas en manos del enemigo, habla de la confusión del mando, que no ha tomado medidas para la destrucción o interrupción de las vías, puentes y tanques de agua, ni siquiera de aquellos que fueron ya minados.

4. La falta de comunicaciones entre Jabárovsk y el frente, y entre este último y las unidades.

5. La ausencia de medidas encaminadas al ordenamiento de las unidades y al restablecimiento de la disciplina. Su informe de que las unidades combaten bien es poco verosímil. La incesante retirada sin un solo combate en que se haya derrotado al adversario es una demostración de lo antes expresado.

6. La no utilización de todos los medios de combate y defensa que se encuentran a su disposición, en particular, las llamadas baterías de caballos, cuya utilización en las condiciones naturales suyas sería extremadamente útil.

7. La incapacidad de adaptarse a la táctica del adversario, que actúa con pequeñas columnas de flanco contra la retaguardia y los flancos de sus unidades. Esas columnas pueden ser rechazadas con la designación de pequeñas reservas que se dispondrían en la

retaguardia y tras los flancos. Esas son una serie de medidas y reglas necesarias que condicionan el éxito, en caso de su cumplimiento, y que si son ignoradas aseguran la derrota, la desmoralización y la retirada continua a causa del peligro de cerco. Además, a juzgar por los partes, su grupo, al retirarse, no puede separarse de los convoyes. Esto me recuerda la guerra librada a comienzos de 1918 por las unidades de la guardia roja en la Rusia soviética. Debe tomar en cuenta todo esto y adoptar de inmediato medidas para el ordenamiento y la concentración de las fuerzas guerrilleras dispersas de Primorie; encargarles la tarea de destruir la retaguardia cercana del enemigo por medio de incursiones continuadas. Estas fuerzas deben golpear en las vías, en las líneas de abastecimiento, atacar las unidades pequeñas que se mueven por separado, interrumpir las comunicaciones y buscar la forma de impedir al enemigo que se abastezca en el camino hacia su retaguardia cercana, aproximadamente desde la estación Ussuri y un poco más al norte, en la franja de la vía del Ussuri. Igualmente, deberán impedir el descanso del enemigo por medio de ataques nocturnos a los lugares donde pernoctan o acampan. Asimismo, es hora de poner fin a las agresiones del adversario contra la retaguardia y los flancos de su grupo. En este sentido es indispensable arrancar la iniciativa de manos del adversario por medio de contrataques a los flancos y retaguardia enemigos a través del Ussuri, a fin de acabar con sus ataques.

Aún tengo dos preguntas.

¿Quién comanda la región del Amur y por dónde pasa la línea divisoria de Jabárovsk? En general, informe mañana cómo pretende organizar la seguridad en su retaguardia. ¿Se congeló ya el río Ussuri?

Mélnikov. El comandante de regimiento, camarada Fadéyev, comanda la región del Amur, dentro de los límites de la frontera administrativa de la zona. El hielo sobre el Ussuri está suficientemente fuerte como para resistir el paso de cualesquiera

tipo de arma. Cumplo todos sus señalamientos y tengo explicaciones sobre algunos puntos. Solicito autorización para informar mañana.

Bliújer. No tengo más preguntas. Cuando llegue el camarada Serishev al Estado Mayor, infórmele de nuestra conversación y si surgen nuevas preguntas o hay noticias del frente, puede llamarme a las 24:00, ya que en este espacio de tiempo estaré ocupado en una reunión en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En todo caso, dígale al camarada Serishev que tengo necesidad de hablar con él, aproximadamente a las 12:00 horas de Chitá. Me despido, le deseo éxitos, energía y firmeza. No entreguen Jabárovsk, recuerden que la pérdida de Jabárovsk tendría consecuencias políticas incalculables para nosotros en Washington y en Dairen, donde, en el caso de ocupación de la ciudad, el gobierno de Merkúlov podría ser considerado como equivalente al Gobierno de la RLO. Le deseo lo mejor, éxitos para usted y saludos a los camaradas Serishev y Póstishev.

Campo de instrucción de la brigada independiente de Chitá

Todas las mañanas, antes del amanecer, Bliújer realizaba la instrucción militar de las tropas: la gente aprendía a asaltar regiones fortificadas, a romper las alambradas y a combatir en las trincheras. Después venían las clases en el polígono.

Retumba una orquesta de instrumentos de viento. El cobre de las trompetas está casi azul del frío. Vasili Konstantínovich permanece inmóvil sobre la silla de un potro rojizo. Los combatientes de la brigada independiente de Chitá cruzan frente a él marcando el paso; van vestidos con buenos abrigos cortos y *bogatirki,* unos altos gorros de piel, exactamente iguales a las *budionovki*. Los combatientes clavan el pie con tal fuerza en el suelo que sus rostros se estremecen y a cada nuevo paso las bayonetas hacen dibujos en el aire: ¡arriba, abajo, arriba, abajo!

—¡Aaa-al-to! —ordena Bliújer alargando la palabra—. La segunda escuadra está punteando mal. Así no sirve. Y no mantienen la alineación, ciudadanos combatientes, los hombres parecen olas cuando marchan. ¡Vamos a ver de nuevo! ¡De frente, maaaarch!

Y nuevamente, atruena la orquesta, nuevamente los combatientes cruzan frente al comandante en jefe a paso de revista. En su montura, Bliújer parece una estatua de granito. Responde al saludo con la mano desnuda, sin guante, mientras el frío alcanza los treinta y tres grados bajo cero.

—¡Alto! —grita Bliújer, airado—. La última escuadra: lo que llevan en las manos son fusiles y no huevos. Péguenlos más fuerte al costado, ¡no se romperán! ¡De frente, maaaarch!

Resuena la orquesta, los trompeteros están lívidos por el esfuerzo, los labios se les pegan a las boquillas, la brigada pasa frente a Bliújer a paso de revista y este percibe a sus espaldas el susurro de los oficiales:

—¡Golpean a los nuestros en los alrededores de Jabárovsk y este anda enseñando aquí el paso de la oca!

—Juega a la guerra. ¡Vamos a perder lo que ganaron los guerrilleros en el año veinte!

Y Bliújer, sin volver la cabeza, ordena:

—¡Alto! Ciudadanos combatientes del segundo batallón, no teman alzar un poco más la pierna, eso solo les traerá utilidad. ¡A ver, de frente, march!

Dirección de Inteligencia del Ministerio de la Guerra

Le informan a Bliújer que acaba de llegar de Vladivostok un cifrado de excepcional importancia. Vasili Konstantínovich interrumpe una reunión que trata del suministro de provisiones al ejército —que dura ya cinco horas— y al instante se dirige a donde los telegrafistas. Pasando los dedos fuertes por la enorme cabeza afeitada, comienza a leer la información de Vladímirov sobre la campaña invernal en

preparación, revisa la información sobre la cantidad de trenes blindados, cañones y soldados que se concentran en el frente y se informa de todo lo que constituye el secreto estatal más importante del movimiento blanco.

Bliújer leía aquella información y tras las columnas de números y los renglones del texto, veía el rostro de aquel agente de inteligencia que le presentara Dzerzhinski antes de su salida de Moscú. En aquel momento el rostro de Vladímirov le pareció demasiado joven, demasiado cuidado y sonriente. Y ahora, al leer el informe del agente —que permitirá a Bliújer distribuir su defensa de tal forma que resulte fatal para los blancos—, el comandante jefe veía el rostro de Vladímirov como algo totalmente diferente: solo ahora ve y adivina aquellos rasgos que en Moscú le parecieron poco interesantes y carentes de sentido. Y mientras más lee Bliújer, con mayor fuerza brota dentro de él un sentimiento de cariño, bondadoso y viril, hacia aquel hombre que ahora, tras el cordón, se encuentra solo, totalmente solo.

—Por favor —dijo Bliújer a uno de sus ayudantes—, prepare la resolución sobre la condecoración de un camarada con la orden de la Bandera Roja y un arma dorada.

—¿A quién?

—Al camarada número novecientos setenta y cuatro —respondió Vasili Konstantínovich.

—¿Y el apellido?

—Ese es ahora su apellido —replicó Bliújer—. Un apellido magnífico: «Camarada 974».

Antesala del despacho de Bliújer

Vasili Konstantínovich había citado a dos antiguos generales del ejército zarista y a un coronel del Estado Mayor para una conversación. El ayudante se excusó ante los invitados por la

tardanza del ministro de Guerra: la reunión del Consejo de Ministros no había finalizado aún.

—Les ruego que esperen al ciudadano Bliújer.

—¿Por qué motivo he sido citado? —preguntó un general, que vestía un traje de civil bastante gastado.

—¿No se trata, acaso, de nuestra posible participación en el trabajo de los estados mayores? —precisó el coronel del Estado Mayor.

—Sí, al parecer es eso —respondió el ayudante.

—¿En caso de que yo me marchara ahora implicaría eso la eliminación física de mi familia?

—No, no lo implicaría, general.

—Entonces, mis respetos.

Y el general vestido de civil salió de la oficina. Los dos que permanecieron tomaron asiento en sendos butacones, mientras trataban de no intercambiar miradas. El reloj golpeaba sordamente en su mueble alto de ébano tallado. De vez en cuando sonaban los teléfonos en el escritorio del ayudante o entraban en la oficina los secretarios, funcionarios de los departamentos y los correos del frente. Intercambiaban frases con el ayudante de Bliújer en una voz queda, mortalmente cansada: cuando el ejército retrocede en los estados mayores todos padecen insomnio.

Bliújer apareció de repente; cruzó hacia su oficina sin mirar a nadie. El coronel y el general se miraron.

—¿Quién es ese joven? —preguntó el general mientras hacía con la cabeza una seña en dirección a la puerta que acababa de cerrarse detrás de Bliújer.

—El ministro de la Guerra.

El ayudante desapareció tras la puerta. Un segundo después, reapareció.

—El ministro los invita a pasar, ciudadanos.

—Siéntense —dijo Bliújer a los recién llegados.

—Muchas gracias —respondió el coronel, secamente.

—Gracias, ciudadano ministro —sonrió levemente el general.

—¿Tienen ustedes conocimiento del arresto de un grupo de antiguos militares, encabezados por Grzhimalski? —preguntó Bliújer, serio.

—¿Qué?

—¡Eso mismo! —se enfureció Bliújer—. ¡Eso mismo!

—El general Grzhimalski es un hombre honesto…

—Combatimos juntos en Galitzia…

—Está bien. No les invité para eso. Sencillamente hace media hora que me comunicaron la noticia en la Seguridad Política del Estado. Ahora concluyen los arrestos de los conspiradores blancos mientras que yo, desde hace tiempo, tenía al general Grzhimalski como el primero en mi lista para conversar e intentar la búsqueda de una plataforma de trabajo conjunto.

—¿No pudo haber algún error en esto? —preguntó el coronel—. El general Grzhimalski estuvo siempre al margen de la política, es un patriota y un militar de carrera.

Bliújer miró súbitamente a su interlocutor, unió las cejas en una sola línea y puso cara de burla.

—Ciudadanos militares de carrera —dijo, después de una pausa —, permítanme pasar al tema principal de nuestra conversación. Ya que ustedes juran frecuentemente amar a la madrecita Rusia, yo quisiera enseñarles el ultimátum que Japón nos presentó en Dairen. Nosotros no lo aceptamos. Aquí está, sírvanse.

El general y el coronel leyeron el documento ansiosamente y se lo devolvieron a Bliújer.

—Cuando nosotros nos negamos a aceptar estas condiciones vergonzosas para los rusos, por órdenes de los japoneses se lanzaron contra nosotros los blancos, encabezados por Molchanov. Y entonces, tengo una pregunta para probar la perspicacia: ¿con quién debe estar ahora un patriota ruso que ama a la madre patria: con las tropas de Merkúlov y Molchanov o con los bolcheviques? Les ruego contestar solo sí o no, estoy harto de todo tipo de charlatanerías.

—Permítame no contestar a su pregunta, ya que Molchanov es mi compañero de armas. Pasamos juntos muchas heladas en las trincheras.

—¿Quiere quedar limpito, general?

—Ante un amigo tengo la obligación de quedar limpio.

—¿Y ante la patria? —Silencio—. Bien. Puede no responder. Les agradezco que hayan encontrado tiempo para venir. Mis respetos. —Silencio—. No los retengo más. Pueden irse cuando deseen.

Pero el general no se iba. Acariciaba sus rodillas huesudas con los dedos largos y finos, miraba por encima de Bliújer la pared, el mapa operativo cortado por agudas flechas azules.

—¿Y usted, coronel? —preguntó Bliújer—. Si está de acuerdo en ayudarnos, mañana mismo será enviado al Departamento Operativo del Estado Mayor del Frente Oriental.

—No puedo cruzar la línea. La mayoría de mis amigos pertenece a las filas de los que están contra ustedes. Yo no estoy a favor de ellos ni en contra de ustedes. Estoy por la patria y perdóneme lo dramático de la respuesta.

—Está claro. Mis respetos. Están ustedes libres.

El general y el coronel salieron de la oficina. En la antesala, junto al ayudante, había tres hombres que vestían chaquetas de cuero.

—¿El general Tabakov?

—Sí.

—¿El coronel Bajanov?

—Exactamente.

—Sígannos, están ustedes arrestados.

El coronel torció los labios en un gesto de desprecio.

—¡Dios mío, qué comedia ha armado ese muchachito!

A las diez de la noche Bliújer fue llamado a la habitación de los operarios para una conversación con Jabárovsk.

Al aparato está Serishev, sustituto del comandante jefe del Ejército Popular Revolucionario.

Bliújer. Reciba una serie de orientaciones indispensables que deben ser materializadas urgentemente.

1. Movilice las fuerzas partidistas de ambas regiones e intégrelas a las unidades, a fin de estabilizarlas.

2. Emprenda de inmediato la reducción del personal de retaguardia al mínimo y envíe el personal que se libere para el completamiento de las unidades.

3. Para dar movilidad a la artillería y completar el centro hípico de las unidades de campaña, efectúe la movilización del ganado equino en las ciudades de Jabárovsk y Svobodni, y si las condiciones lo permiten, también en las aldeas y distritos rurales grandes. Haga retornar de inmediato a las filas a todos los combatientes que fueron licenciados por problemas familiares en las regiones de Primorie y el Anua. Con el objetivo de dirigir mejor la movilización y para la organización de la retaguardia es necesario trasladar una parte del Estado Mayor de la circunscripción a Blagoveschensk.

4. Adopte medidas de excepción para congregar a los guerrilleros del Amur que andan dispersos: encárgueles la misión de atacar la retaguardia más cercana de las unidades enemigas que avanzan, aproximadamente en el sector de la estación del Ussuri y más al norte. Tome también medidas para la pronta organización de las células del partido.

5. Acelere la evaluación de Jabárovsk.

6. Indique a los mandos la necesidad de maniobra para que no sean copados por los flancos o los ataques por la retaguardia. Eso se puede lograr mediante la formación de pequeños destacamentos a los que se asignan salientes en los flancos. Para mejorar la exploración y protección cubra la falta de unidades de caballería con infantería que debe viajar en vehículos, requisados a la población.

7. El regimiento del Amur, que está en camino, no debe ser diseminado y enviado al frente por batallones y compañías separadas. Manténgalo concentrado, a fin de golpear al enemigo.

8. En caso de retirada, ocúpese de inutilizar las vías férreas.

9. Lo ocurrido en el combate junto a Lonchakov, donde, a juzgar por las bajas, el mando no manifestó la energía debida en la organización de la exploración y las medidas de protección, no debe quedar sin castigo.

10. Para una mejor utilización de todos los medios de defensa, así como para lograr una dirección firme de las tropas y la retaguardia, le designo a usted comandante de las tropas de la circunscripción militar de Primorie y el Amur.

11. Para levantar aún más el ánimo de sus unidades, he dado la orden al jefe de abastecimientos de entregar inmediatamente los jornales a partir del mes de diciembre. Mañana serán enviados los fondos correspondientes al mes de diciembre que suman 40 000 rublos de oro. También estoy adoptando medidas para suministrarle a usted el dinero necesario; por el momento, póngase de acuerdo con el Banco Estatal de Jabárovsk para que le entregue 16 000 rublos de oro, los cuales serán devueltos por mí al gobierno en esta ciudad. Para asegurar el abastecimiento de sus tropas mañana enviaremos a nombre de Riabov, a Blagoveschensk, 200 000 rublos. Y finalmente, el consejo militar y el buró del Lejano Oriente le ruegan encarecidamente que adopte todas las medidas y utilice todos los medios a su alcance para defender Jabárovsk. Usted debe mantener esa ciudad en sus manos cueste lo que cueste y recordar que su pérdida implicaría terribles consecuencias políticas para la República. Le deseo éxitos y victorias a sus unidades.

La Cárcel

Es de madrugada. Por el largo pasillo de la cárcel, iluminado solo por la luz mortecina de faroles de queroseno, marcha Bliújer acompañado por dos funcionarios de la Seguridad Política del Estado. Bliújer se detiene junto a la celda donde se encuentran los oficiales y generales arrestados. La puerta, recubierta de gruesas planchas de hierro, con un pequeño visor, chirría pesadamente

cuando el escolta abre. Bliújer entra en la celda. Los prisioneros yacen sobre crujientes literas y se cubren con sus capotes.

—Traiga una lámpara —pide Bliújer al escolta.

Los generales se levantan de las literas, alguien suspira pesadamente. Traen tres faroles y la celda queda iluminada a medias. Rostros correctos, bigotes canosos, barbas bien cuidadas, gafas, alta alcurnia en el porte: Bliújer ve al momento todo eso y de repente, de manera inesperada hasta para sí mismo, sonríe con bondad y mucha tristeza.

—¿Se han asustado? —pregunta—. No importa, ahora lo aclararemos todo.

Del pasillo se escuchan gritos y pasos. Empujan al príncipe Mordvinov adentro de la celda. Lo aguantan dos celadores muy robustos. El rostro del príncipe está blanco, plano y deformado por un tic.

—¿Quién conoce a este hombre? —pregunta Bliújer.

—Yo —responde un anciano de bigote blanco.

—¿Su apellido?

—Grzhimalski.

—¿Quién es este conocido suyo?

—El teniente, príncipe Mordvinov.

—¿Cuándo fue la última vez que usted lo vio?

—Sirvió en mi división durante la guerra contra los germanos; sirvió con honor y valentía…

—Le pregunto que cuándo lo vio a usted, aquí en Chitá, cuando trabajaron junto en la organización de un golpe contrarrevolucionario.

—Me niego a responder preguntas provocadoras.

—Mordvinov —pidió Bliújer—, diga cuándo vio usted por última vez, aquí en Chitá, a Grzhimalski, jefe de la conspiración blanca. ¿No quiere responder? ¿No va a responder? Bien. Ciudadano juez instructor, muestre el testimonio de Mordvinov al general Grzhimalski.

—Es inútil. Me requisaron las gafas —repuso Grzhimalski.

—Nosotros se lo leeremos.

—«El general Grzhimalski —Bliújer comenzó a leer una página de las declaraciones de Mordvinov—, después de concluir la organización del complot, señaló el día de la sublevación. La señal debía ser el asesinato del ministro Bliújer, preparado por Tabakov y por el coronel Bajanov.»

Los generales Grzhimalski y Tabakov sonrieron burlones, y el coronel Bajanov se dejó caer con pesadez en el taburete.

—¿Lo escribió usted, Mordvinov? ¿Calla nuevamente? Está bien. No me responde a mí, pues responderá ante sus amigos…

Silencio; se hizo un silencio tal que podía escucharse el crujido de la paja en las colchonetas de las literas.

—Está bien —dijo Bliújer—, ahora nosotros saldremos de la celda. Pero le pido al general Grzhimalski, o a cualquier otro que escojan ustedes, que aclare con Mordvinov si las declaraciones fueron suyas o no.

Bliújer y sus acompañantes salieron del recinto. En silencio, caminaron por el largo y oscuro pasillo.

—Haría mejor si dejara de fumar —dijo Vasili Konstantínovich, irritado, al funcionario de la Seguridad Política del Estado que chupaba constantemente su pipa—, se envenena a sí mismo y no deja que los demás respiren.

—Es que da calor… Y me salva del hambre.

—Qué canalla, ¿eh? —dijo Bliújer con asombro, como si hablara consigo mismo, y volvió la cabeza de un lado a otro, como si le molestara el cuello.

—¿De quién habla?

—Del príncipe. Y el tabaco no da ningún calor, diga lo que quiera. Vamos, ya es hora.

Retumbaron, sonoros, unos pasos rápidos: el ayudante de Bliújer corre por el pasillo. Jadeante, se inclina hacia el ministro y le dice en voz baja:

—Ha llegado un cifrado de Póstishev. Hay una sublevación en las unidades guerrilleras.

Bliújer se detiene por un instante y después empuja violentamente la puerta de la celda con el pie. Desde el umbral pregunta:

—¿Y bien?

—Confiamos en el príncipe —responde Grzhimalski—, es un oficial honesto. Toda esa historia de la conspiración es un sucio truco de la Checa.

—Está claro. Mordvinov, aquí tiene una hoja y una pluma. Firme una declaración dirigida al ministro de la Guerra, diciendo que usted fue calumniado en la Seguridad Política del Estado, donde le obligaron a dar falsas declaraciones contra militares de carrera. Los culpables serán castigados según la ley marcial.

Mordvinov escribió, con letra florida, varios renglones en la hoja de papel y firmó debajo. Bliújer tomó la hojita, sopló sobre el texto y dijo en voz baja y violenta:

—¡Canalla! Te creías pícaro, pero eres un tonto. Mañana mismo fusilan a este príncipe. No hay que tenerle lástima, es un canalla. ¿Quién de ustedes tiene lentes? —preguntó a los generales.

Nadie le respondió.

—¡Estoy preguntando! —gritó Bliújer—. ¿Quién de ustedes tiene lentes? ¡Si de todos ustedes nadie ve, entonces váyanse todos al diablo! ¡No tengo tiempo para perder! Aquí están las declaraciones de Mordvinov, escritas contra ustedes aquí, en la cárcel. Aquí están sus informes dirigidos a Guiatsintov, en Vladivostok, y esto es lo que acaba de escribir. ¡Los que tengan ojos verán que todo está escrito por la misma mano! ¡Tengan la bondad de convencerse antes de que yo los deje libres!

—¡Aaah! —aulló Mordvinov y se lanzó hacia los generales—. ¡Ellos me golpearon, me golpearon, señores! ¡Me metieron agujas bajo las uñas! ¡Me torturaron!

—¿Cuándo fue arrestado? —preguntó Bliújer en voz baja—. ¡Responda!

—¡Hace tres días!

—¡Ponga las manos sobre el taburete!

—¿Qué?

—¡Las manos sobre el taburete! ¿Dónde están las huellas de las agujas bajo las uñas? ¿Dónde?

—¡Aaaah! —gritó el príncipe y corrió hacia un rincón oscuro de la celda.

—¡Desnúdenlo! Si veo aunque sea una sola huella de paliza, mataré de un tiro aquí mismo, delante de todos, al juez de instrucción como feroz enemigo de la revolución.

Mordvinov lloraba, gritaba, intentaba escapar. Lo desnudaron. Sobre su cuerpo, blanco y cuidado, no había ni un arañazo.

—¿Y bien? —preguntó Bliújer a los generales. Estaba blanco por la ira—. ¡Tengo que atender el frente y aquí estoy, perdiendo el tiempo con ustedes! ¡Y no pueden decirme una sola palabra, «sí» o «no»! Temen ofender a su amigo, el general Molchanov. Y él, con ayuda de Mordvinov, quería convertirlos a todos ustedes, al conjunto, en mártires nacionales valiéndose de nuestras balas. ¡Gracias a Dios, no resultó! Ustedes no han nacido para mártires nacionales, sino para verdaderos vividores nacionales. ¡Al diablo! ¡Váyanse al diablo! Críen moho. ¡Libérenlos a todos, que vayan a casa! ¡O entréguenles sus pasaportes, que se larguen a Japón, a China, al demonio!

Mordvinov aullaba en el hielo, se mordía las uñas y trataba de agarrar las botas de los generales que salían de la celda.

Un grupo de ellos alcanzó a Bliújer junto a las puertas de la prisión.

—Ministro —Grzhimalski se dirigió a él—, ¿cuándo nos necesitará?

—¿Cómo que «cuándo»? Hoy mismo —respondió Bliújer sin volver la cabeza y siguió caminando raudo por la calle oscura hacia el Ministerio. Tras él marchaban los generales a paso rápido, militar. Llevaban sus mantas y a almohadas: iban directamente desde la cárcel a los Estados Mayores del Ejército Popular Revolucionario.

Estado Mayor guerrillero

Sobre un chalet, en las afueras del pueblo, ondea una bandera rojinegra con una inscripción hecha con pintura rica en aceite: «¡Viva el poder soviético sin los comunistas!». Aquí se encuentra el Estado Mayor de los guerrilleros sublevados. Junto a la terraza de alto techo asoman los hocicos color violeta de los cañones. De vez en cuando entra gente ceñida con cintas de ametralladora. Junto a la baranda se oyen los relinchos de caballos sudados, de ojos enrojecidos. Los centinelas, armados con carabinas estadounidenses de cañón corto, están inmóviles ante las pesadas puertas. Permanecen como paralizados, quizás el único movimiento sea el de la boca: comen pipas de girasol, pero lo hacen con arte, solo mueven los labios con rapidez y precisión.

En el chalet tiene lugar la reunión del «gobierno» que acaba de ser «elegido» por los guerrilleros sublevados. Dirige las labores del gobierno Kolka, el anarquista, que se ha autodenominado «comisario supremo, extraordinario y plenipotenciario en el Lejano Oriente, Yakutia y Kamchatka». En la distribución de cargos tomó para sí también el título de ministro de Asuntos Exteriores, vicepresidente del gobierno, tesorero principal y ministro sin cartera.

—Camaradas ministros y miembros —Kolka se dirige a los que se han reunido en la habitación—, en nombre de Ilich, nuestro querido presidente del Gobierno, del cual yo soy ahora su primer sustituto, les transmito, como un hecho obvio, un ardiente saludo soviético, ¡hurra!

Los «ministros» abren las bocas y gritan algo incomprensible. Ebrios desde la mañana, no pueden contener la risa, y los que están más sobrios terminan pronto de comerse el pan que fue entregado a los guerrilleros por orden de Kolka, el anarquista, sin limitar las raciones, por el principio de que cada cual tomara lo que quisiera.

—Hoy he recibido muchas felicitaciones —dice Kolka, y se golpea con la mano el bolsillo repleto de papeles—, de los miembros de la Internacional Comunista.

—¡Pero estamos contra los comunistas!

—¡Sí, en contra! Pero estamos a favor de la Internacional Comunista —proclama Kolka a grito pelado—, ¡y aquel que ose dudar de esto tropezará con mi bala obrero-campesina como el último de los enemigos del poder del pueblo trabajador! ¿Está claro todo eso, ministros?

—¡Déjate de monerías, Kolka!

—¡Aquí no hay «Kolka» que valga! Soy el vicepresidente, el tesorero, el ministro de Asuntos Exteriores y ministro sin cartera, y no «Kolka». Soy «Kolka» en el combate, cuando nos lanzamos juntos contra los canallas, pero aquí soy tu jefe, eso es un hecho obvio. ¡Sal de la reunión!

—¿Qué te pasa, Kolka? —se asombra el «viceministro de Educación»—. Soy yo, Fedka.

Kolka, el anarquista, contrae el rostro, como si le dolieran las muelas y se golpea la frente con los nudillos.

—¡Eres un cretino y no Fedka!

—¿Por qué te metes con él? —Otros «ministros» defienden a Fedka.

—Es joven todavía…

—Hay que perdonarlo, camarada primer vicepresidente.

—Está bien —dice Kolka—, irás de embajador a Japón para que eches caca en la sopa de los burgueses de allí. «Esto y lo otro», les dirás, «todos ustedes son unos malditos intervencionistas y son la misma mierda que ven ahora en sus sopas de profiteroles».

¡Qué hijo de perra es ese Kolka, el anarquista! Tan pronto suelta lo de «profiterol», todos los guerrilleros, miembros del nuevo «gabinete» y «ministros» quedan mudos de admiración. Cuando un intelectual cuatrojos se hace el fino… Está claro, el maldito estudió cincuenta años a costa nuestra y leía libritos, pero si uno de los nuestros inventa con su lengua semejantes cosas, significa que es un don de Dios ser vicepresidente del gobierno y llegado el caso, hacer caca en la sopa de los burgueses.

—El primer punto del orden del día —anuncia Kolka— es decidir el destino de nuestros enemigos políticos. Yo mismo arresté al comandante Kulkov, comunista, y a su lacayo, el viejo Surzhikov. ¿Qué vamos a hacer con Kulkov y Surzhikov, responsables de que los nuestros retrocedan y entreguen a los canallas blancos los lugares que nosotros arrebatamos al japonés con nuestra sangre en el año veinte? Escucho sus intervenciones, miembros y ministros. Por favor, anoten sus nombres para hablar.

—Pero yo no sé escribir, Kolka…

—¿Cómo te diriges a mí?

—Soy analfabeto, camarada vicepresidente.

—Pues eres un tonto. ¡En lugar de beber vodka, debías leer los libritos de nuestro querido padre Karl Marx!

—¡Hay que designar a Kulkov sustituto tuyo!

—¿Qué dices? —Kolka, irritado, se asombra—. ¿Cómo que mi sustituto? Te estoy preguntando si lo colgamos o lo fusilamos, y tú sueltas sandeces. Nombrarle mi sustituto… ¡Yo soy mi propio sustituto!

—¿Y por qué lo vamos a colgar, eh?

—Yo no digo que lo colguemos. Podemos fusilarlo. Según lo decida el colectivo.

—¡Tampoco hay razón para fusilarlo!

—No importa si no hay razón —explica Kolka, el anarquista—, si en verdad somos el nuevo poder, tenemos que fusilar al viejo poder para que haya orden.

—Si fueran culpables, pues, nosotros, con mucho gusto…

—El viejo Surzhikov es de mi aldea, tiene siete nietos huérfanos —dice Fedka, el «embajador» ofendido.

—Bien, miembros y ministros, están dando rodeos como zorros. De todos modos, esta cuestión se decidirá hoy mismo, y ahora los invito a la ceremonia solemne de entrega al pueblo trabajador, el dueño de sus propias riquezas. Vamos a repartir los almacenes de provisiones.

—¡Eso sí!

—¡Ya era hora de repartirlo todo!

—¡Saquemos a los burgueses de sus casas!

—¡Aquí no quedan burgueses, todos escaparon!

—¡No importa! ¡El que tiene tres cuartos es un buen burgués!

—¡Los que llevan gafas también son burgueses!

—¡Todas las hembras son burguesas si son ajenas!

Rompen los candados.

La multitud irrumpe en los depósitos. Empujones, gritos, sonido de botellas que se rompen, chillidos de mujeres; beben el alcohol en el lugar, de petacas norteamericanas planas; agujerean las latas de conservas de frutas, se las untan mutuamente en el rostro, se revuelcan, tragan salchichón, se cubren de harina, aprietan los panes contra el cuerpo.

Los gritos se vuelven chillidos que desgarran el alma. Desgraciados de los que caen: son pisoteados, incrustados en el frío suelo de cemento.

Mientras tanto, un pequeño hombrecito insignificante que ha trabajado más de medio año con Kolka, el anarquista, huye con una carreta cargada hacia la línea del frente a fin de llegar a Vladivostok y descansar allí, darle la mano a Guiatsintov y prepararse para nuevas operaciones contra los rojos.

Llega la noche. Una noche terrible, de borracheras, incendios, gritos de mujeres y canciones obscenas, entonadas por los amigos de Kolka, el anarquista, enfurecidos por el alcohol.

—¡Vamos a donde Kulkov y Surzhikov! —invita Kolka—. ¡Pasemos a los canallas a sable!

—¡Por nuestro padre nos pasamos a cualquiera! —gritan los mujiks borrachos—. ¡Colguemos a Surzhikov por los pies de un alerce!

—¡Hermanitos, Niurka me mordió una oreja y ahora cuelga de una soga!

—Mira, Fediunia está orinando bajo la mesa.

—¡Ministros! —grita Kolka—, ¡vamos a matar a los enemigos políticos!

—¡Vete con tus enemigos políticos al jardín, a cazar mariposas!

—¿Traición? —susurra Kolka—¡Os voy a mutilar a todos!

Trata de sacar el sable, le caen encima, le quitan el arma, le golpean el rostro, le patean el trasero, mientras ríen y maldicen.

—¡Yo soy el vicepresidente, hermanitos! —grita Kolka—. ¡Canallas, no podéis hacerme eso! ¡Os echaré a todos!

Por algún milagro logra escapar de manos de los borrachos, saca del bolsillo una granada y la multitud se aparta al instante.

Kolka corre, dejando atrás los depósitos en llamas; pasa por delante de una mujer con niños pequeños, a la que están desalojando de una casita cuidada de cortinillas azules; corre, pisando a los borrachos que yacen sobre la tierra congelada, hacia el cobertizo donde están encerrados Kulkov y Surzhikov.

Junto a las puertas del cobertizo yacen dos escoltas ebrios; las puertas están abiertas y no hay nadie en el lugar. ¡Kulkov y Surzhikov han escapado, han huido los canallas!

Kolka permanece largo rato de pie ante las puertas abiertas, balanceándose, y luego lanza la granada al interior. El cobertizo salta en su lugar y de adentro brota una llama espesa, negra.

Tren blindado Jean Jaurès

Después de hacer resonar el puente, el tren va ganando velocidad y marcha desde el frente hacia los guerrilleros sublevados. Por orden de Bliújer, deben efectuar toda la operación en nueve horas, con el objetivo de retornar a las posiciones avanzadas y apoyar con el fuego de sus baterías a los combatientes rojos que se defienden en los alrededores de Jabárovsk.

En el salón del vagón principal tiene lugar un «proceso» contra el tifus. Detrás de la mesa se encuentra el «tribunal»: tres soldados, encabezados por el comisario del tren blindado, peludo como un oso. Sus cabellos —como los de un pope— forman una melena que reposa sobre el cuello de la chaqueta de cuero.

El vagón se encuentra abarrotado de público: los combatientes están en pie, muy pegados unos a otros. Junto a la puerta permanece Póstishev, pegado al cristal húmedo. Es difícil diferenciarlo de los demás. Pável Pétrovich viste la misma guerrera de soldado, tiene rostro de campesino ruso, y ahora, excepto el comisario, visiblemente nervioso en su puesto presidencial, nadie sabe que aquí, entre los que se han reunido para juzgar demostrativamente a la terrible enfermedad, se encuentra un miembro del buró para el Lejano Oriente del Comité Central.

—Ruego al testigo que intervenga —dice el que preside.

Un muchachito alegre llega a la mesa. Sonríe ampliamente, tiene un lunar en la nariz y sobre el pecho oscila una tablita, con una inscripción en letras de molde: «Combatiente desaseado».

—Declara —piden los «jueces».

—Ahora mismo —responde el «testigo», y luego de hacer un guiño al auditorio, echa un vistazo a un papelito arrancado de un bloc—. Bien, yo considero que en el mundo no hay infección alguna. Hace un año que no me baño y estoy saludable, y no hay piojo que se me pegue porque se muere solo de olerme: enseguida se pone patas arriba y está listo. La peste es mejor que las medicinas para matar piojos.

—Apártate —dice el presidente—. ¡Que venga el siguiente!

Sale un «burgués». Las greñas rojas del combatiente están cubiertas por un sombrero de copa, que se sostiene sobre las enormes orejas protuberantes del «burgués»: de no ser por ellas le taparía los ojos.

—¡Miñka! —le gritan los soldados—. ¡Ponte unas gafas!

—¡Tremendo canalla!, ¿eh, muchachos?

—¡Qué bien se disfrazó!

—Testigo, no haga caso de los comentarios —dice el presidente al «burgués», que ya ha tenido tiempo de hacer claros gestos de respuesta a las alegres palabras de los presentes—. Responda, en esencia, qué opina usted del tifus.

—Nosotros, los burgueses, tenemos una opinión clara y sencilla sobre el tifus: ¡hay que arrodillarse a los pies de nuestros queridos Estados Unidos y Japón para que nos ayuden!

—¿Cómo entiende usted, testigo, la ayuda de los Estados Unidos y de Japón?

—Nosotros, los burgueses, entendemos la ayuda de forma que ellos nos envíen jabón y agua de colonia bajo la protección de sus soldados. ¡Nosotros nos lavamos con perfumes, y los obreros y los mujiks que se pudran y se los coman los piojos!

—¿Comprenden ustedes los pensamientos de la maldita burguesía, camaradas combatientes? —preguntan desde la presidencia.

—¡Está claro! —gritan los soldados.

—¿Y qué merecen tales ideas?

—El paredón.

—Llamen a los testigos de cargo.

Entran dos combatientes. El primero da un paso en dirección al presidente y comienza un discurso:

—Compañero combatiente, yo estuve enfermo de tifus. —Y se quita el gorro de pieles de la cabeza pelada. Estuve delirando un mes y perdí veinte kilogramos de peso vivo. Ahora camino y le temo al viento que me balancea de un lado a otro. Mis cabellos, y fíjate en esto, joven combatiente, crecen ahora por mechones pequeños; los músculos de mis brazos y piernas son como los de un anciano y no puedo ir al ataque, sino que solo puedo yacer en el suelo y llorar lágrimas de sangre por no haber cuidado a tiempo mi aseo, por no haber luchado contra los piojos.

Sale el segundo combatiente:

—Quiero contarles, combatientes, cómo llegaron los piojos al frente a causa del poco cuidado y la falta de aseo de elementos inconscientes. ¡Da miedo pensar a cuánta gente se llevó ese bichito! ¡Como una ametralladora enemiga! ¿Y qué ocurrió con los piojos, inofensivos a primera vista? ¡Pues que el frente se debilitó y los blancos avanzaron! ¡Viva la limpieza, combatientes!

—¡Abajo los piojos!

—¡Viva el lavado de la ropa!

—Atención —dice el comisario del Jean Jaurès—, se concede ahora la palabra al defensor.

El compañero pelirrojo, que acababa de representar al «burgués», se pone unas gafas y un guante blanco en la mano izquierda, vuelve el trasero hacia los combatientes y enseña dos remiendos enormes, y luego habla, en dirección a la presidencia:

—Yo, como abogado defensor, quiero hacer una pregunta a la respetable jefatura: por mucho que luchen contra los piojos, por mucho que los cacen, ¿no es verdad que no hay ropa interior limpia? ¡Toda nuestra ropa es vieja como el zarismo! ¿Para qué asearse entonces?

El comisario se levanta tras la mesa de la presidencia.

—¡Combatientes, han escuchado ustedes el discurso de un enemigo de clase! —dice, airado—. ¡Es verdad que no tenemos ropa interior nueva! ¡La Revolución carece de muchas cosas! Pero la Revolución tiene una tarea principal: ¡vencer! ¡Y para esa tarea, todos al primer vagón! Ahora, cada uno de ustedes recibirá allí un cuarto de jabón, una palangana con agua caliente; luego, dos camaradas que antes trabajaban en una lavandería secarán en la locomotora la ropa que ustedes laven y la plancharán con planchas que nos han sido entregadas por el proletariado de Blagoveschensk como regalo.

En el vagón donde acababa de concluir el juicio quedaron Póstishev y el comisario del Jean Jaurès. Se sentaron junto a una mesita y comenzaron a fumar. En las jarras de lata humeaba una infusión de hierbas de la taiga.

—¿Es chaga? —preguntó Póstishev.

—No. Hierba limón con corteza de abedul.

—¡Está sabroso!

—Estimula mejor que cualquier té.

—¿Y cómo le va aquí a aquella viejita, la sobrina de Karamzín? Recuerdas, la bautizaste como «el almita de dios».

—¿Kánkova? Trabaja mucho la abuela. Solo que el liberalismo la tortura. En todas las asignaturas debería poner calificación de «mal», pero ella pone «bien, con dos menos». Yo inspeccioné su clase, la regañé, hasta quise dejarla en tierra, pero no puedo hacer nada con ella.

—¿Y tú mismo sabes leer? ¿Has estudiado?

—¿Qué quiere decir «estudiado»? Pável Pétrovich, no vas a compararme a mí, un comisario, con esa vieja burguesa.

Póstishev sonrió.

—Cuánto orgullo… ¿No estás asistiendo a sus clases?

—Dos veces al día.

—¿Y qué tal te va?

—¿Quieres que te lo diga en inglés? Ahora hablo en esa lengua como el príncipe de Inglaterra.

—¿Y qué nota te da ella?

—Casi siempre, cinco.

—¿Con menos?

—Con tres menos.

—¡Con tres! —repitió Póstishev—. Ten cuidado, no sea que estés abusando del cargo.

—¡Que me parta un rayo! Yo también la regaño por mis notas. Ella me dijo en una ocasión: «Le daré un cinco». Y yo, sinceramente, no dije ni pío en clase. Entonces, le advertí: «Si se repite semejante provocación, la bajaré del tren blindado y la abandonaré en la taiga. Me merezco la nota de "mal" y exijo que sea esa la que se me ponga.»

—Vamos a ver a qué se dedica ahora.

—Después de estudiar la cartilla los soldados aprenden cuentos. Me da rabia cuando veo eso. Le insinué dar clases de canto, pero ella me dijo que no puede aprender nuestras canciones por ser feroces.

Póstishev sonrió.

—Dijo que podía seleccionarme algunas romanzas —prosiguió el comisario.

—¿De verdad?

—Los muchachos le trajeron un acordeón y ella les canta ahora canciones aburridas al rasgueo.

—Vamos, vamos —se interesó Póstishev—. Eso es interesante. Cantar romanzas con acompañamiento de acordeón es un acontecimiento de consecuencias imprevisibles.

En el séptimo vagón tienen lugar las clases.

En el centro del vagón, con las piernas muy abiertas para no balancearse, se encuentra en pie un combatiente que declama con voz monótona:

Se alza la aurora en la neblina fría;
calla en los trigales el ruido del trabajo;
con su loba hambrienta
sale el lobo al camino.

—¡Alto, alto! —Kánkova da unas palmadas—. Parece que usted no desea ver nada cuando lee. ¿Será posible? Mire, por ejemplo: «Se alza la aurora en la neblina fría…». ¿Siente usted ese frío?

El combatiente, con aire culpable, calla.

—¿Qué color está viendo ahora, Gusakov? —pregunta la Kánkova a un combatiente de cráneo rapado.

—Ese mismo: abajo rojo, por encima un azul que aplasta, y de las chimeneas sale el humo como de una pistola.

—¡Ay, qué maravilloso, Dios santísimo, qué maravilloso! —dice Kánkova, emocionada—. ¿Todos han visto ese amanecer? Cada uno, en su aldea, tuvo una mañana así. Cuando la aurora parecía roja y azul, y en derredor todo estaba en silencio, y el humo de las chimeneas se perdía en el cielo blanco, gélido… Por favor, pásenme el instrumento.

Los combatientes le dan el acordeón con cuidado. Kánkova toca suavemente las teclas blanquinegras y nace una melodía triste

dentro del tren blindado, que se apresura a través de la taiga para apaciguar la sublevación de otros mujiks semejantes.

—Gusakov —le pide Kánkova, en voz baja—, recite.

Y Gusakov, con su cráneo afeitado, sus pantalones llenos de agujeros y su guerrera, varias tallas más pequeña, comienza a recitar versos de Pushkin acompañado por la música de Chaikovski. Sus ojos son enormes, hermosos como los de una muchacha; la voz tiene timbres agudos, y recita como si lo viera todo, como si todo ocurriera ante su vista.

A la hora matutina, ya no azora
el pastor las vacas del establo;
y no llama su corno al mediodía
los nobles animales al corral;
una muchacha canta, allá en su isba
mientras teje, y en la noche invernal
chisporrotea ante ella el haz de leña.
La alegre multitud de los pequeños
con sus patines corta el duro hielo;
un grueso ganso, con sus rojas palas
—quiso nadar en sus aguas natales—
se apoya sobre el hielo con cuidado,
resbala y cae, jubilosamente
giran, brillantes, las primeras nieves
y caen sobre la orilla, cual estrellas…

Gusakov queda inmóvil con el último acorde. En la oscuridad se escucha un aplauso. Todos vuelven la cabeza: Póstishev está de pie junto a la puerta.

Al final de la noche, cuando sobre las colinas, al oriente, comienza a aparecer una franja gris, el tren blindado disminuye la marcha y se acerca a la aldea ocupada por los guerrilleros sublevados.

El tren se detiene después de hacer chirriar los frenos y de girar los cañones hacia las casitas agachadas entre blandos montones de nieve. Los combatientes descienden con rapidez, suben la colina y se abren formando una larga cadena. Desde un rincón, junto a la pequeña casita de la estación, alguien los llama. Blancos de frío, salen de una cueva en la nieve Kulkov y Surzhikov, que visten solo sus camisas.

—¿Dónde está su gente, Kulkov? —preguntó Póstishev.

—Duermen, están borrachos.

—¿Quién cargará con la responsabilidad por lo ocurrido?

—Yo.

—¿Cómo explica todo esto?

—No quise verter la sangre de un hombre a quien no consideraba mi enemigo.

—¿Y qué lo consideraba?

—Un alborotador.

—Cuando hay dificultades en el país y por dondequiera se lucha, los alborotadores son enemigos potenciales. Recuérdelo para el futuro. Y ahora, por culpa de su azucarada ternura, ¿cuánta sangre habrá que derramar?

—Permítame, camarada comisario del frente, ir solo al Estado Mayor de los sublevados. Ellos ya han dormido, no tienen más alcohol, pondré orden.

—¿Y por qué no lo hizo anteriormente?

—Lo esperaba a usted. Temía que comenzaran a cañonearlos sin detenerse siquiera.

—¿Quién está con usted?

—Es Surzhikov. Un anciano. No tiene nada que ver.

—Todos tenemos que ver —dijo Surzhikov—, todos tenemos la misma sangre. Ciudadano comisario, denos la oportunidad de intentarlo calladamente.

—Lo debían haber intentado antes. Ahora es necesario hacerlo en voz alta para que a nadie se le ocurra repetirlo.

Los combatientes entraron en la aldea con las carabinas listas para entrar en acción. Caminaban con prisa, la nieve crujía bajo sus pies. La luna brillaba aún en el cielo y las estrellas titilaban con su gélida blancura. Había silencio: el ganado no mugía, y no había humo en las chimeneas que volara hacia el cielo. Las llamas terminaban de lamer las cabecitas renegridas de las isbas incendiadas.

Póstishev entra en el Estado Mayor. En el aire hay un denso olor a alcohol. Los sublevados yacen por doquier y roncan en las notas más agudas. Póstishev coge un taburete, se sienta en el centro de la habitación y espera a que los combatientes del tren blindado desarmen a los «miembros» y «ministros» dormidos.

—Misión cumplida —informan a Póstishev—, los hemos desarmado.

—Despierten al atamán.

—Kolka, eh, Kolka…

—Uhhh…

—Levántate, hijo de perra…

—¿Qué? —pregunta Kolka con voz de borracho, somnoliento, sin abrir totalmente los ojos.

—Levántate —dice Póstishev—, has dormido demasiado.

—¿Y quién eres tú?

—Soy Póstishev.

—¿Viniste a entregarte?

—Ajá. Y a cocinarte tortas.

—No hay harina, se la repartí al pueblo.

—¡Levántate, vamos!

Apenas alumbra la aurora. Los campesinos se congregan en la plaza de la aldea, frente a la iglesia de aspecto triste y abandonado: las puertas están rotas, las ventanas no tienen cristales, están clavadas con tablones, y, en las cúpulas, agujereadas por las balas, graznan los cuervos. Están aquí los habitantes del pueblo, los cazadores de la taiga y los combatientes del tren blindado.

Kolka, el anarquista, y sus «ministros» pasan al centro del círculo, acompañados por Póstishev, Kulkov, el comisario del Jean Jaurès y tres funcionarios de la Seguridad Política del Estado que venían en el tren.

—Que se acerquen las víctimas de los incendios —invita Póstishev.

Entre sollozos y callados rezos se le acercan los campesinos, cuyas casas fueron incendiadas el día anterior por los ebrios amigos de Kolka.

—¿Quién les quemó las casas?

—¡Ese que está allí, ese Herodes!

—¿Este? —Póstishev señala hacia Kolka.

—¡El mismo!

—¿Por qué las quemaste? —pregunta Póstishev a Kolka.

—Son burgueses.

—¿De dónde sacas eso?

—Porque las isbas pobres están cubiertas de paja y esas tenían techo de tablas, cinco paredes y depósitos grandísimos.

—¡Dios mío! —grita un anciano de enorme nuez de Adán y una barbita aguda como una cuña. Su rostro está cubierto de cisco, tiene las enormes manos campesinas ensangrentadas y en sus ojos se refleja el terror y el sufrimiento—. ¡Dios mío!, ¿quién puede decir aquí que yo sea tal o más que cualquier cosa? ¡Tengo una familia grande, todos trabajamos! ¡Por eso techamos la isba! ¿Acaso no es así, mujiks?

Pero los mujiks, escondidos en la multitud, tosen: por naturaleza son silenciosos, se sienten confusos cuando tienen que hablar en voz alta. Si alguien hubiera comenzado, lo apoyarían, pero ¿quién se atreve ahora a comenzar cuando nada está claro?

—¿Por qué calláis, eh? —grita el anciano, con voz lastimera—. ¡Mefoshka, dilo! Prov, ¿por qué sacudes el hocico si yo aré tu tierra?

No. Los mujiks callan. Solo resuena en la plaza la voz lastimera del anciano, y de vez en cuando, los cuervos se inquietan, cantan los

pajarillos, sacuden las alas, vuelan en círculo en torno a la cúpula y se callan todos a la vez, como si se lo hubieran ordenado.

—¿Por qué calláis, ciudadanos? —pregunta Póstishev—. Si es un kulak explotador, trataré a Kolka según requiere el caso, pero si es un buen mujik que suda la frente, lo veré todo de otra forma. A ver, usted, ciudadano.

El hombrecito a quien se dirige Póstishev es flaco, velludo, su rostro es ancho, de gruesos tendones, siberiano.

—¿Yo, qué? Yo no sé nada.

—¿Es de esta misma aldea?

—Por supuesto, de esta misma.

—¿Conoce al abuelo?

—¿A qué abuelo?

—¡A mí, a mí! —grita el viejo de la gruesa nuez.

—Ah… A él… ¿Acaso es un abuelo? No es un abuelo.

—¿Y quién es?

—Es Vaska. Vaska Panteléyev.

—¡Permitidme hablar! —de la multitud sale un vetusto anciano.

—Venga.

El anciano camina hasta el centro de la plaza, se quita el gorro, hace una reverencia ante la iglesia, se persigna y dice a Póstishev:

—Tú presionas a los mujiks, pero ahora ellos están confusos, los mujiks. ¡Por eso callan! Antes, los mujiks acomodados se consideraban explotadores, y luego Ilich dijo que el mujik acomodado es también un mujik y no un cocodrilo del Nilo, y que también puede vivir. ¡Porque hay NEP! Entonces, todos suspiramos y nos alegramos, pero viene este ciudadano y dice que él es sustituto de Ilich y ordena quemar la casa de todos los que no tienen el techo de paja sino de madera. Por eso, el mujik está confuso y tiene miedo de decir la verdad, que Vaska Panteléyev es un mujik como otro cualquiera, que él mismo ara la tierra y es él quien recoge la cosecha con sus propias manos. Yo soy un huérfano, vivo por la gracia de Cristo, no conozco el miedo y los demás callan. Ustedes se irán y aquí se quedará la guarnición de este ciudadano anarquista. Y como

él repartió a sus soldados alcohol y carne, ahora ellos le romperán la cabeza a quien él ordene. Eso es todo.

El anciano se coloca el gorro raído sobre el cráneo calvo, donde crece un suave mechón, hace reverencias a su alrededor y se pierde en el gentío.

—¿De dónde sacaste que Panteléyev era un burgués? —pregunta Póstishev a Kolka.

—¿Cómo puedo yo ser un burgués? —Panteléyev se abre sus labios pálidos con dedos callosos—. Ved, ¿dónde están mis dientes? ¡No los tengo, el hambre y el escorbuto me los acabaron!

—¡Responde! —Póstishev apenas se contiene.

—¡Está fingiendo! ¡Buena comedia la que hace! Seguro que se olvidó cómo gritaba ayer: «¡Que el diablo se lleve a todos los rojos!»

—¡Tú estabas robando lo que había en mi cómoda! ¡Lo que reuní durante años, renunciando a muchas cosas! ¡Maldito Herodes, ojalá te arruines!

—¡Yo soy revolucionario! —dice Kolka—. ¡Mal rayo parta tu cómoda! ¡No tomé ni una migaja del depósito que repartí al pueblo y mira con qué pantalones ando, lleno de agujeros!

Póstishev fuma un pitillo con boquilla nerviosamente y mira, desde debajo de sus cejas rubias, primero a Kolka y luego a los mujiks.

—¿Y qué hiciste tú para la revolución en tu despreciable doble vida? —prosigue Kolka—. ¡Solo te aprovechaste de sus bienes y le enseñaste el trasero!

—¡Tú eres quien le enseña el trasero! Dime, ¿quién daba su carreta a los guerrilleros sin pedir dinero? ¿Quién entregaba trigo a los hambrientos sin escatimar? ¿Quién mandó a su yerno a combatir? ¿Y quién entregó su caballo al ejército para Bliújer?

—¡Eso te lo callas! ¡En lugar de eso, la revolución te dio la tierra!

Una mujer canosa, de cabello largo, atraviesa la multitud. No mira a nadie, tiene los ojos clavados en Kolka. Este, al principio, sigue engallado, pero mientras más se acerca la mujer canosa, de rostro ahumado, oscuro, ojos blanquecinos, inmóviles, más callado

va quedando Kolka; después, comienza a retroceder, pero la mujer, de forma repentina, salta como una fiera desesperada, agarra a Kolka por las orejas, las agarra con fuerza y grita con voz aguda, desesperada y terrible. Logran separarla con dificultad de la cabeza de Kolka, ahora ensangrentada. La mujer se debate entre los brazos de los funcionarios de la seguridad y grita:

—¡Al diablo con tu tierra y tu revolución! ¡Miserable! ¿De qué me sirve si violaste a mi Mashka?

—¿Qué castigo piden para él? —pregunta Póstishev muy pálido —. ¿Qué castigo?

Los mujiks callan.

Por el este se levanta lentamente entre las colinas el rojo disco del sol. Está cortado en dos por franjas azules de nubes.

—¡La muerte sería poco! —dice la mujer, debilitada por los gritos —. La muerte le sería poco, Judas maldito.

—¡Estúpidos! —grita Kolka—. ¡Ya lloraréis cuando los comunistas os vendan a los blancos! ¡Yo quiero el bien para vosotros! ¡Quiero que seáis totalmente libres!

—¡Al paredón con él! —dice Surzhikov—. ¡Al paredón!

Gritan los cuervos y cruzan cual relámpagos negros por delante del rojo disco solar. El cielo se va volviendo rosado, disimuladamente, poco a poco, de norte a sur. La taiga se vuelve transparente como un peine antiguo de carey y deja entrever las cumbres de lejanas colinas.

La salva resuena con estruendo.

El eco retumba en las colinas, gira, ríe y de pronto, cesa.

Los combatientes caminan hacia el tren blindado. Detrás de ellos, formando una larga cadena, caminan los antiguos «sublevados», encabezados por Kulkov y Surzhikov.

Kulkov, que ha corrido por la nieve profunda hasta adelantar la columna del tren blindado, se dirige a Póstishev.

—Pável Pétrovich, permítenos ubicarnos en la primera línea para lavar con sangre nuestros errores.

—No era a él a quien debíamos haber fusilado —masculla entre dientes Póstishev—, sino a ti, bolchevique. ¡Qué liberal! Tú eres bueno y el comisario Póstishev puede fusilar a la gente, ¿no? ¡Cállate, no digas nada, no tienes justificación!

Póstishev respira pesadamente, casi no se le ven los ojos y tiene la nariz azulada del frío. Los hombros del comisario del frente están caídos y tiene las manos profundamente metidas en los bolsillos de su capote raído.

—Monta en el tren blindado y que la Seguridad Política del Estado verifique a cada uno de tus hombres, no sea que haya algún hilo manejado por Guiatsintov. Y luego te vas a la retaguardia de los blancos a organizar la guerrilla en los alrededores de Vladivostok — dice Póstishev.

Sobre la situación militar de la República del Lejano Oriente

(Nota al sustituto del ayudante del comandante en jefe para los asuntos de Siberia, 19 de diciembre de 1921)

1. Merkúlov pasó a la ofensiva con la ayuda y el apoyo incuestionable de los japoneses, expresados en un amplio suministro de armas a los soldados de Kappel y en la creación de condiciones favorables, tanto en la preparación como en la ofensiva en sí.

Ese brusco viraje de los japoneses a favor de Merkúlov es resultado de nuestra posición irreconciliable en Dairen y de nuestra negativa a satisfacer sus demandas de carácter económico, y tiene el objetivo de obligarnos a hacer concesiones y de justificar ante Washington la permanencia de sus tropas en Primorie. En caso de éxito de la ofensiva y de que se amplíe el territorio de Merkúlov, quieren obtener ventajas económicas, idénticas a las solicitadas en sus 17 puntos y romper las conversaciones con nosotros. Además, según fuentes altamente fiables, Francia intenta crear en Primorie una base para futuras agresiones contra la Rusia soviética y exige el visto bueno de Japón para la formación en Primorie de un gobierno de notables figuras rusas de la emigración que se encuentran en París y para poner las tropas de Wrangel a disposición de este

gobierno. En tanto se solucione definitivamente esta cuestión con los nipones, al parecer Francia ha decidido apoyar al gobierno de Merkúlov, concediéndole un préstamo de 10 millones de rublos a través del Banco de Cantón (esto último se supo por los radiotelegramas interceptados y se dedujo de las insinuaciones de los miembros de la delegación japonesa en Dairen). Los japoneses se oponen decididamente a la realización del préstamo, ya que temen el debilitamiento de su total influencia en Primorie. De lo expresado se desprende que la ofensiva recién comenzada se efectúa con la aprobación silenciosa de Japón y del cuerpo consular en Vladivostok, así como con el amplio suministro de armamento por el país antes mencionado, y tiene, indudablemente, el objetivo de crear un «Estado tapón negro», en caso de éxito y de la toma de Jabárovsk.

2. Según los datos de la circunscripción militar de Primorie y el Amur, las fuerzas del adversario son el tercer cuerpo del general Molchanov, integrado por los regimientos de Ízhevsk, Volzhski, el cuarto de Ufa —todos con grupos de caballería—, el octavo de Kama, el de cosacos de Siberia, el regimiento de caballería de los Urales, la brigada del general Ósipov, la del general Volzhski y el tren blindado Atamán Semiónov, en total 3186 bayonetas y 1145 sables; el segundo cuerpo del general Smolin, compuesto por los regimientos de infantería de Omsk e Irkutsk, este último con su grupo de caballería, en total 925 bayonetas y 50 sables. El total de los dos cuerpos es de 4111 bayonetas y 1195 sables. Según la información de Serishev, quien estuvo en el frente, el estado de ánimo de las tropas blancas que avanzan es bueno.

El estado de nuestras unidades es el siguiente: en el frente se encuentran los regimientos quinto y sexto, reducidos a batallones, realmente: la guardia fronteriza estatal, el destacamento de Kerbin, un pelotón de minadores y una compañía de zapadores. En total, 1200 bayonetas. El cuarto regimiento de caballería, que totaliza dos escuadrones con 280 sables y un parque de cabalgaduras extremadamente malo. La reducida composición de las unidades es

resultado de la última movilización. La artillería en el frente se reduce a dos cañones, el resto se encuentra en Jabárovsk, sin animales de tiro, que perecieron durante el último mes por falta de forraje. Las demás unidades son también poco numerosas. Debido a la falta de caballos, los pertrechos de las unidades son casi inexistentes. El estado moral es poco satisfactorio, a causa de la incorporación de un refuerzo joven, casi sin instrucción ni experiencia combativa. Hay una incapacidad total de maniobras, así como de desarrollo, de la exploración y la protección; existe temor por los flancos e ineptitud a la hora de resguardarlos. La seguridad de la retaguardia está débilmente garantizada y se encuentra bajo fuerte peligro. Es posible que las bandas blancas de la región de Aigun se concentren y avancen sobre Blagoveschensk. El estado de ánimo de los cosacos del Ussuri es favorable a los blancos y se expresa en el apoyo activo a los atacantes; en el caso de los cosacos del Amur, son pocos los que están a nuestro favor y la mayoría está del lado del enemigo, con cuyo acercamiento aumenta la posibilidad de una insurrección en una amplia franja del Amur. El estado del ferrocarril del Amur es crítico: no hay leña, carbón, iluminación ni materiales lubricantes, y el ferrocarril está en peligro de cesar del todo sus actividades dentro de 3-4 días. Para la preparación de leña hemos destinado una pequeña unidad. No resulta posible, a causa de lo anteriormente enumerado, señalar la hora de llegada de los refuerzos. Por eso, señalo los puntos donde se encuentran : el regimiento especial del Amur y la batería forman siete convoyes (el convoy que va a la cabeza, con los batallones primero y segundo, ya llegó a Jabárovsk; el último se encuentra en la estación Urusha, a una distancia de 1200 verstas de Jabárovsk); el regimiento de caballería de Troitsko-Savva, cinco convoyes (el primero, en la estación Mogocha, a 1550 verstas de Jabárovsk, el último está embarcando por la estación Petrovski Zavod); el octavo tren blindado se mueve hacia la estación Pozdneieva, y el segundo hacia la estación de Zilovo. De esa manera, la lentitud del movimiento de los refuerzos hacia Jabárovsk y el reducido número de soldados en

las unidades que defienden los accesos a la ciudad, constituyen un peligro para la conservación de Jabárovsk en nuestras manos.

BLIÚJER
Comandante en jefe

VLADIVOSTOK

La reunión en la oficina del primer ministro comenzó exactamente a las nueve. Habían sido invitados el ministro de Asuntos Extranjeros, Nikolái Merkúlov, el coronel japonés Matsumi, el general Glebov, el general Verzhbitsky, considerado como sustituto del comandante en jefe del ejército, y Nikolái Ivánovich Vaniushin, no como representante de la prensa, desde luego, sino como un genio en funciones y buen amigo de Nikolái Merkúlov, dada su posición oficial en la sociedad. En un rincón, junto al hogar, se encontraba el coronel Guiatsintov, vestido de civil, perfumado y apuesto.

—Señores, los he citado por un asunto extremadamente importante —dijo el primer ministro—. Trataremos diferentes aspectos. El primero: análisis de las causas que condujeron al fracaso total de Denikin, Yudénich y Kolchak, llorado por todos nosotros. Debo decir categóricamente que el fracaso no se debió a errores cometidos por ellos, sino que aconteció porque estos grandes hombres no promovieron grandes ideas en el momento oportuno. Ideas que pudieron haber traído a la mayoría aplastante de la población de Rusia. Por tanto, nuestra tarea número uno en estos días de avance victorioso de los héroes blancos sobre Jabárovsk y Chitá es formular, con la mayor prontitud y claridad posibles, las verdades fundamentales que serán aceptadas con gusto por el pueblo ruso. Yo quisiera pedir al ministro de Asuntos Extranjeros y al señor Vaniushin que partan mañana hacia el frente, conozcan de cerca a los combatientes, conversen con los habitantes de las ciudades y aldeas liberadas: en una palabra, que se formen un cuadro definido y claro de nuestra vida social, con el objetivo de organizar la prensa y ayudarnos a formular nítidamente el programa

con que seguiremos adelante, hacia el oeste. Pero no es solo por eso por lo que le pido al señor ministro de Asuntos Extranjeros y al señor Vaniushin que viajen al frente. Tengo el gusto de comunicarles, amigos, que en Tokio, el mariscal Joffre concluyó las conversaciones sobre los plazos y formas en que serán trasladadas para aquí las tropas de nuestro amigo Wrangel. Antes de ayer, el mariscal recibió también plenos poderes para firmar con nosotros y con nuestros hermanos japoneses —en caso de que liberemos Jabárovsk y Chitá— un tratado, según el cual seremos reconocidos en el mundo como el único gobierno ruso legal del Lejano Oriente. Y eso nos permitirá dirigirnos a la Liga de las Naciones y exigir garantías contra los bolcheviques. Y la única garantía sólida es el mantenimiento en nuestro territorio de las divisiones de nuestros hermanos japoneses que defiendan la independencia y la libertad del Estado ruso en el oriente de nuestro imperio.

—Las tropas japonesas —dijo el coronel Matsumi— representarán a las fuerzas de la Entente y a toda la humanidad amante de la libertad.

—Señores, les pido que discutamos conjuntamente este asunto antes de pasar al siguiente.

—En el frente se están terminando los proyectiles de artillería y hay pocos cartuchos —comenzó a decir Glebov, con ardor—. La gente no tiene ametralladoras con los novedosos sistemas con los que está equipado el ejército japonés. ¡Los motores de los tanques no funcionan! Si no llega ayuda en dos o tres semanas, será muy difícil desarrollar el éxito estratégico. ¡Hay que hablar menos de la fraternidad y la ayuda y ayudar más!

—¡Oh, he comprendido! —sonrió el coronel Matsumi—. Permítame responder, general. Se puede ayudar solo a una fuerza real. En unas pocas semanas nos hemos convencido de que sus fuerzas son reales. Hoy estamos descargando cinco vagones de proyectiles, cartuchos y fusiles modernos. Desde ahora eso ocurrirá tres veces por semana.

—¡Hurra! —exclamó Nikolái Merkúlov y aplaudió—. ¡Es maravilloso, ánimos! ¡Eso es honesto, así actúan los hombres!

—Amigos míos —dijo el general Verzhbitsky mientras se levantaba de la butaca—. Permítanme darles una alegría: nuestras unidades de vanguardia se encuentran en las inmediaciones de Jabárovsk. Se divisa la ciudad con los prismáticos. Espero que ahora el señor ministro de Asuntos Extranjeros se ponga de acuerdo con el atamán Semiónov, cuyas tropas holgazanean. Si él incorpora sus unidades cosacas a nuestras fuerzas, la victoria estará asegurada, sin lugar a dudas.

Los Merkúlov se miraron con presteza.

—Esa cuestión debe ser analizada minuciosamente —dijo el primer ministro—. Hay que sopesar todo lo que tenemos a favor y en contra. ¿Y qué alegría puede darnos Guiatsintov?

—Tengo dos informaciones —dijo el coronel poniéndose en pie—. Una es buena, la otra preocupante. Comenzaré con la buena. En la retaguardia bolchevique han comenzado las insurrecciones de las guerrillas campesinas provocadas por las ferocidades que los comisarios rojos cometen contra los mujiks. Quisiera reunirme posteriormente con los representantes del Estado Mayor General y solicitarles la máxima colaboración con respecto a los anarquistas, los eseristas y los comunistas de extrema izquierda. Mi gente trabajó con representantes de estas corrientes.

—¡Muy interesante! —dijo el mayor de los Merkúlov—. ¡Interesante y perspicaz!

—No comparto ese criterio —interrumpió Glebov—. ¡Hay que fusilarlos a todos!

—General, es verdaderamente difícil sospechar algún matiz rojo en nuestro amigo Guiatsintov —dijo el primer ministro.

—La segunda información: por ahora no puedo asegurar nada de forma definitiva, pero sospecho que en la ciudad está actuando una organización bastante fuerte, muy bien enmascarada, a pesar de la aniquilación de la clandestinidad bolchevique. Y la culpa de que no

trabajen los motores de los tanques, mi estimado general Glebov, no la tienen nuestros hermanos japoneses, sino los rojos.

—¿Cómo, quiénes, dónde?

—Por ahora no cuento con la suficiente cantidad de hechos como para responder de inmediato a sus preguntas. Está en marcha una operación cuidadosísima y al parecer, en el transcurso de los próximos días podré informarlos de sus resultados.

—Magnífico —dijo Merkúlov y anotó algo en su calendario—, estas cuestiones también tienen que ser analizadas minuciosamente. Pasemos al siguiente punto.

Merkúlov no tuvo tiempo de decir cuál era el siguiente punto, ya que Frivéiski entró en la oficina y colocó ante el primer ministro un telegrama en cuyo encabezamiento, con grandes letras rojas, se leía: «Urgente. Estrictamente confidencial. Gubernamental». Spiridon Dionísievich se puso las gafas, tomó el telegrama en sus manos y comenzó a leer por sílabas, como todos los hipermétropes, con el papel en el extremo de su brazo extendido. Leyó largamente el telegrama, dos veces.

—Señores —rogó—. Les pido a todos que se pongan en pie.

Todos se levantaron.

—Señores, los miembros de la dinastía reinante de los Románov me escriben desde Europa que sus corazones y pensamientos están conmigo en mi grandiosa causa. Ahora no veo nada que nos impida ponernos de acuerdo con el atamán Semiónov. Como patriota, después de recibir este telegrama, pienso que él comprenderá cuál es mi papel en nuestra gran lucha —Merkúlov besó el borde del telegrama y dijo—. Les ruego me perdonen, señores.

A pasos rápidos, una mano metida en la solapa de la chaqueta —una imitación perfecta de Kérenski—, se perdió en la pequeña habitación donde estaban los iconos. Cayó de rodillas ante las imágenes y comenzó a rezar fervorosamente. Sus ojos se iluminaron y las ventanas de la nariz temblaron. Eso significaba que, de un momento a otro, aparecerían las lágrimas.

Nota del vicerrepresentante oficial de la PSESR en Gran Bretaña al señor Curzon, ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña

El señor Berzin testimonia su respeto a lord Curzon Cadlestone y tiene el honor de llamar la atención del Gobierno de Su Majestad sobre el hecho del reclutamiento de refugiados para los ejércitos blancos en el Lejano Oriente, que tiene lugar en un campo de refugiados rusos en Egipto.

Tenemos informes de que casi inmediatamente después de la reciente protesta en Vladivostok comenzó a llevarse a cabo la agitación para el ingreso en los ejércitos blancos del Lejano Oriente de los soldados rusos que se encuentran en el campamento B en Alejandría, llamado Sidi-Visha. Esta agitación fue permitida por la administración del campamento y cuando varias semanas después llegó al campamento un buque, se permitió a todos los voluntarios abordarlo, mientras que las autoridades estaban avisadas, a todas luces, del itinerario del buque.

Además, teniendo en cuenta las condiciones modernas de la navegación internacional, el señor Berzin queda obligado a concluir que los medios de transporte no pudieron ser suministrados de otra forma que no fuera con el conocimiento e incluso con la colaboración de algunos gobiernos aliados. De esa manera, los acontecimientos en Vladivostok, que son justamente evaluados como parte de las intenciones militares de Japón, al parecer también recibieron el apoyo de parte de algún otro gobierno.

El señor Berzin espera que el gobierno de Su Majestad, que siempre ha negado cualquier participación en la reciente protesta en Vladivostok, preste la debida atención a los hechos puestos en su conocimiento y tome todas las medidas necesarias a fin de impedir el reclutamiento para el ejército blanco de los refugiados rusos que se encuentran en los campamentos controlados por él.

BERZIN

Café Afrodita

Guiatsintov llamó a Vaniushin a la redacción y lo invitó a tomar una taza de café y discutir un asunto de importancia.

Guiatsintov fue el primero en llegar al café. Se sentó junto a la ventana, encendió un cigarrillo, pidió dos cafés al camarero y luego de apoyar la frente en las manos, se dedicó a examinar las vetas grises en el mármol blanco de la mesa.

Vaniushin entró en el café silenciosamente, mirándose los pies y sin responder a los saludos de los conocidos. Se sentó junto al coronel y le preguntó:

—¿Algo desagradable?

—Sí y no —respondió aquél, mientras colocaba un cigarrillo en su larga boquilla—. Te llamé para hacerme el listo.

—Estoy cansado.

—La astucia no cansa si no mata.

—Aforismos, aforismos, son muy bonitos, pero la realidad es monstruosa.

—¡Oh! Eso es más que un aforismo, es un axioma. ¿Por qué no trajiste a Isáiev?

—Tú mismo me pediste que viniera solo.

—En mi opinión, tú confías más en él que en ti mismo.

—Nunca confío en mí mismo, por naturaleza soy un derrochador.

—Kolia, responde como si estuvieras en confesión. ¿Hace tiempo que conoces a Isáiev?

—Trabajamos juntos para Kolchak y luego recorrimos juntos el camino desde Omsk hasta Harbin.

—¿Y si lo cogemos nosotros?

—No estará de acuerdo.

—No me has comprendido. ¿Y si lo detenemos?

—¿Las causas?

—No tengo motivos claros; mi convencimiento se basa en la intuición.

—No dejaré que lo ofendas, Kiril. Y no es porque yo, como todo intelectual ruso, no estime a los gendarmes, no. Simplemente no se puede arrestar a la gente por intuición, eso es cosa del medievo.

—¿Y si te ofrezco material comprometedor?

—Eso es otra cosa.

—Espero respuestas desde Londres y Revel… Pero para entonces ya tendré un escudo y me acordaré de esta conversación.

—¿Qué? ¿Me amenazas?

—En cierta manera.

—Que el Señor te acompañe, Kiril, a mí ya me asustaron una vez. Desde entonces no temo a nada. Canallas, echaron una cucharadita de sal en el café.

—Es una receta turca.

—Tonterías, simplemente es café verde, sin la sal olería a moho. Y como tú me caes bien, Kiril, no te aconsejo arriesgarte por gusto. Yo soy un emborronador de papeles, una nulidad, pero Merkúlov se va a molestar. Yo mismo me ocuparé de que así sea.

—Ah, entonces esa es la cuestión…

—Y no de otra manera.

—Consideremos que esta conversación nunca ha tenido lugar.

—Nunca ocurrió —sonrió Vaniushin, y comenzó a hacer extraños dibujos con el dedo sobre el cristal húmedo de la ventana.

Hacía tres días que caía una mezcla de nieve con lluvia; el océano parecía marrón, surcado por finísimas corrientes. Y si por las noches, cuando la ciudad callaba, se escuchaba con atención, se percibía un fino sonido cristalino: reventaban las burbujitas de agua.

Vagón de Merkúlov

Vaniushin estaba sentado junto a una mesa cubierta de entremeses y botellas de coñac, y miraba hacia un rincón, en silencio, sin distraerse. Merkúlov, el menor, permanecía reclinado en

un diván y ronroneaba silenciosamente una antigua canción de cuna.

—En ocasiones, los rincones polvorientos de habitaciones largas me recuerdan heridas abiertas en rostros humanos —dijo Vaniushin —. No puedo mirar a los rincones. ¿Ve algo allí?

—Veo. Polvo.

—Es usted un hombre feliz.

—Su observación es totalmente correcta. El secreto para pasar felizmente el tiempo sobre el planeta consiste en vivir sin conjeturas.

—¿Qué considera usted «conjeturas»?

—Muchas cosas. El agravio, la conmiseración, los razonamientos de quién y cómo evaluará nuestros actos, la lástima, los ingenuos conceptos de la decencia… Todo eso es monstruoso, absurdo y tonto. Y lo fundamental, no le hace falta a nadie.

—Debía usted predicar su fe —dijo Vaniushin—. Es muy racional, muchos la adoptarán, sobre todo la gente débil y lastimera. ¿Para qué diablos le sirve la política?

—Es interesante. Confidencialmente reconozco que todos somos un poco niños, que nos gusta jugar: hilo directo, escoltas en el segundo automóvil, conferencias nocturnas con la minoría parlamentaria, brindis en las recepciones, ambigüedad en las conversaciones con los embajadores… En ocasiones siento cosquilleos de felicidad en las manos. Mi hermano y yo somos comerciantes y en nuestro país, maldito de Dios, el comercio se considera una deshonra, ¿no es así? Ustedes también se esmeraron en convencer al mujik de eso, ustedes, los literatos rusos, amantes de la verdad, a quienes el enfurecido proletariado triunfante les dio una patada en el trasero y los envió al infierno. ¡Mientras mi hermano y yo, comerciantes rusos, dirigimos los destinos del imperio! ¡Demonios, qué bien! A veces me despierto de madrugada, me pellizco, pienso que es un sueño que dura demasiado, siento un escalofrío en la espalda y temo que en ese momento termine todo.

Merkúlov bebió un poco de coñac, olfateó una aceituna, se comió un trocito de pan negro y sonrió con la sonrisa abierta y bondadosa

de un hombre feliz que triunfa.

—Comprenda, mi querido escritor, la política es como el amor. Cuando un hombre corteja a una mujer casada está ingenuamente convencido de que cuando la consiga ella lo querrá y lo comprenderá más. ¿Entiende por dónde voy?

—No, no le entiendo.

—Hasta yo mismo dejé de entenderlo. Quise explicárselo de la forma más divertida. Aquí los escritores aprecian más la dedicación al hombre que la decencia; de pronto a usted se le puede ocurrir escribir un panfleto sobre mí. No importa que me llame canalla, lo importante es que quede huella del hombre, escrita o dibujada, no importa; entonces ya se vive sin temor, pues queda un duplicado en caso de fallecimiento. Yo temo a la muerte, por eso aparezco con tanta frecuencia en la crónica cinematográfica norteamericana. Aunque esté quieto, de todos modos me muevo, y la muerte es inmóvil.

—Es usted un individuo curioso, ministro. La originalidad brota de usted. Pero, ¿para qué diablos le sirve esta política? No entiendo, todo eso es algo asqueroso.

—¿Y usted considera limpio su trabajo? —preguntó Merkúlov con burla, súbitamente sobrio—. Usted también está metido en la mierda hasta las orejas y en esa porquería hay bastante sangre.

—Escuche, ¿es verdad lo que comentan, que usted concertó con los japoneses un negocio para la venta de madera?

—Es verdad.

—¿Ventajoso?

—Ventajosísimo.

—¿Y por qué deja el dinero en Tokio y no lo transfiere para aquí?

—¡Quién sabe! Aquí, aunque estamos venciendo, todo es inseguro. Estamos como en un tremedal. Por eso mi hermano sueña con exponer ideas que cautiven al pueblo. Spiridon es un genio, pero a veces hace cada idiotez que dan ganas de morirse.

—¿De qué habla usted?

— Nada… Estoy borracho. Es mejor dormir, amigo.

Entró el oficial de guardia, se inclinó hacia Merkúlov y taimadamente dijo:

—Excelencia, el tren entra en la zona del frente. Permítame apagar las luces, no vaya ser que los guerrilleros nos ataquen.

—Que nos ataquen, judíos y masones, a la mierda… ¿Quiere beber, amigo?

—Mi apellido es Osípov-Chanois, llevo el título de conde. Se lo agradezco, ministro, pero considero como algo denigrante para mi persona beber coñac y tragar aceitunas tan cerca del frente, donde la gente se congela en las trincheras.

El conde salió con una sonrisa congelada en el rostro, los tendones muy tensos y los ojos azules entrecerrados, formando dos ranuras.

—¡Oh! —dijo Merkúlov cuando el oficial salió—. ¿Está claro? Me ofendió. ¿Y yo, qué? ¡Sin conjeturas, a dormir!

Y Merkúlov comenzó a quitarse los pantalones negros de rayitas grises, mientras brincaba sobre un solo pie.

—Parece una ninfa con esos calzones deportivos —dijo Vaniushin, burlón—, pero eso es una muestra de ingenuidad; en general, me alegro de que lleve usted esos calzones como si fuera un *boy scout*.

—Me doy cuenta de lo que insinúa —dijo Merkúlov con voz soñolienta mientras se cubría con la manta—. Usted quiere que disparemos y ese conde quiere lo mismo. Pero mi hermano y yo tenemos miedo. Así, como somos ahora, sencillamente nos echarán; pero si disparamos, nos colgarán. Somos comerciantes, medimos siete veces antes de cortar una y nos acordamos de Dios. Buenas noches, escritor, acomódese para dormir… Mañana, desde temprano, dedíquese a escribirme los discursos…

Redacción de Vaniushin

Isáiev, sentado tras el escritorio del redactor, estaba inmerso en un montón de noticias telegráficas. Leía con rapidez, echaba una parte

de las hojas en un cesto, mientras pasaba otras al cajista y ordenaba:

—Para este número, a la reserva, para este número…

—Maxim Maximóvich, pienso dejar un espacio para el artículo de Nikolái Ivánovich. Parece que vendrá pronto del frente.

—Es razonable.

—¿Cree usted que debemos poner el anuncio de *Heinrich de Navarra*?

—¿Qué anuncio es ese? Léalo.

—«Una sola respuesta a la desgracia: ese es el *leitmotiv* de este drama histórico. La verdadera vida de la corte berlinesa».

—¿Por qué berlinesa?

—Heinrich es un nombre alemán.

—Pero Enrique de Navarra no era berlinés.

—Ahora lo cambio. Sigo: «Mujeres en su lecho, la ira de la reina ofendida, torneos y carreras, sollozos y comedia, todo igual que en nuestra vida».

—No está mal —sonrió Isáiev—, sobre todo, la última frase. ¿Quién lo escribió?

—Yo… —contestó confuso el cajista—, a modo de experimento.

—Está muy bien. Inclúyalo.

El cajista trotó hacia la imprenta. Tras la ventana se escuchaba el murmullo de muchas voces. Se acercaba más y más. Los vidrios temblaban en la oficina. Isáiev se arrimó a las ventanas. Por la Aleutskaya marchaban las tropas, pisando el suelo con ruido ensordecedor, mientras cantaban una marcha guerrera.

La calle se hallaba repleta de *junkers,* estudiantes y damitas. Había ovaciones, lágrimas, rostros felices que brillaban. Isáiev estaba junto a la ventana, en pie, con el rostro contraído y los labios apretados. Y de repente, de forma abrupta, como un empujón, sintió sobre sí una mirada atenta.

El agente debe ser un actor. El rostro de Isáiev tembló levemente, conformó el inicio de una sonrisa, después una sonrisa amplia; levantó las manos por encima de la cabeza y las unió en un

saludo a los soldados heroicos que marchaban ese mismo día al frente.

Y solo después de largas sonrisas y saludos, Isáiev apartó los ojos de los soldados y pasó rápidamente la mirada por la multitud, con extremo cuidado.

De manera precisa y profesional detectó a dos esbirros, de ojos «preocupados», como pelotas de zinc. Aparentaban estar entretenidos y tenían la mirada clavada en Isáiev, pero al percibir que él los observaba, al momento, comenzaron a sacudir los brazos y a gritar «hurra» sin transición alguna, sin la actuación necesaria siempre en esos casos.

También otra persona, que miraba fijamente a la ventana, divisó a Isáiev. Era Sashenka. Estaba de pie junto al portón, precisamente enfrente de la redacción, y oprimía contra su pecho una libreta, mientras era empujada por niños y damas que corrían tras las tropas. Ella, sin percibir nada a su alrededor, miraba como encantada a Isáiev.

Le sonrió a la muchacha, y ella comprendió que la había visto, que se había dado cuenta de la forma en que ella lo miraba, se turbó, y con la cabeza baja, cruzó corriendo la calle y entró en la redacción.

Los dos esbirros de ojos preocupados comenzaron a pasearse por la acera frente a la redacción. Isáiev vio que silbaban alguna melodía mientras intentaban pasar por simples caminantes sin rumbo. No escuchaba lo que silbaban, pero le parecía que hasta eso lo hacían con falsedad.

«Tonto, echó a perder la canción» —recordó una cita de Gorki y de repente lo comprendió todo: algo le había sucedido a Chen. Había dejado pasar dos encuentros.

Isáiev se sentó junto al teléfono y comenzó a mirar el aparato negro y raro. La puerta chirrió suavemente. Isáiev levantó la cabeza y vio a Sashenka.

—Maxim Maximóvich —dijo ella con decisión—, he escrito algo sobre lo que usted me enseñó. Es su obligación publicarlo.

Y puso sobre la mesa una libretita llena de cuidadosos apuntes.

Tras leer la primera página, Isáiev sonrió y se rascó cómicamente la nariz.

—¿Cuántos años tiene usted, Maxim Maximóvich?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque usted se ríe en pasajes en los que solo podría reírse un anciano reseco.

—Tengo setenta y siete años —sonrió Isáiev—. Sashenka, mi querida niña, ¿acaso puedo publicar esto?

—¿Se ha asustado?

—Desde luego.

—Maxim Maximóvich, por favor, no diga eso. Usted es mejor de lo que quiere parecer. Quiere ser malo, desvergonzado, y eso le sale muy bien, pero a veces sus ojos parecen los de un perro enfermo. Para mis adentros, yo defino así los ojos de las personas honestas.

Isáiev se asustó de la ternura con que miraba a la muchacha. Se obligó a bajar los párpados y a frotarse las sienes. Sonrió con su acostumbrada sonrisa, burlona y punzante, y sacudió la cabeza.

«Si me están siguiendo, me vendrá bien el escándalo y la actitud opositora en la prensa —decidió Isáiev súbitamente—. Quien no teme a nada debe formar el escándalo y la pelea abiertamente. Si han descubierto algo y Guiatsintov me apresa, diré que me está ajustando las cuentas por el escandaloso desenmascaramiento de los comerciantes vinculados a la policía hecho por nuestro periódico. Los intelectuales me defenderán y entonces, podré dirigirme a Vaniushin y a los muchachos de la Associated Press. Eso, por supuesto, en última instancia. Ahora debo armar una pelea, esa será mi mejor coartada».

—Bien —dijo Isáiev—, solo que, Sashenka, vamos a ponernos de acuerdo: en primer lugar, usted retira su firma; en segundo, me jura no decirle a nadie que fue usted quien escribió esto, si es que no me desea nada malo; y en tercero, después de que yo redacte su material, lo imprima. Esta libretita debe ser quemada.

—¿Quiere que le dé mi palabra de honor?

—Sí.

—Palabra de honor, Maxim Maximóvich. No me ofendo: complételo, arréglelo y quémelo, por favor, pero publíquelo sin falta, que sepan de nuestra terrible vergüenza. ¿Y ahora dígame, cree usted en mi palabra?

—En su palabra, sí. Bien, ahora váyase rápido y ponga cara de estar molesta conmigo. Yo me voy a trabajar.

Isáiev tomó la libreta y salió corriendo, saltándose los escalones, hacia los linotipos.

Poltávskaya, 3. Contrainteligencia

En el gabinete de Guiatsintov las cortinas estaban bajas. La lámpara de mesa extraía de la oscuridad el óvalo verdoso de la mesa. Guiatsintov dibujaba perfiles femeninos en una hoja de papel. Frente a él se encontraba sentado Chen.

—Escúcheme, amigo —dijo Guiatsintov—, el que cae aquí no vuelve a salir por sus pies. Claro, si no me encuentro con una persona inteligente y previsora. He comprobado personalmente todo ese engaño suyo con la agencia telegráfica norteamericana y con las octavillas para Loebb: usted les pasó materiales políticos para echar a pelear al atamán Semiónov con nuestro gobierno. ¿Quién le entregó esos documentos?

—Me hace gracia escucharlo, Kiril Nikoláyevich —se asombró Chen—. Mi negocio son las sensaciones. En la bolsa y en la política pagan más por mercancía fresca. En aquel momento, por todas partes había rumores sobre Semiónov y no tiene mucha importancia quién me dio ni cómo llegaron a mí esos documentos, Kiril Nikoláyevich, en eso lo importante es ser el primero.

—Es totalmente racional, sí… ¿Y para qué echó agua con ácido clorhídrico en el combustible de los tanques?

—No, eso es una calumnia y un invento asqueroso.

—¿Qué sentido tendría que mi gente lo calumniara?

—Yo mismo me rompo la cabeza pensando en eso. ¿No será que me han confundido con alguien?

—Parece que no —suspiró Guiatsintov—, a mí mismo me alegraría que se hubieran equivocado… ¡Usted tiene defensores influyentes! Por ejemplo, Maxim Maximóvich ha llamado cinco veces interesándose por usted.

—¿Quién, quién?

—Isáiev, Max…

—No tengo el gusto de conocerlo.

—Lo conoce muy bien.

—¿Cómo dijo usted? ¿Max?

—Sí, Maxim Maximóvich Isáiev.

—Si le digo la verdad, no me suena.

—¿Entonces no se conocen?

—Estoy totalmente seguro de que no lo conozco.

Guiatsintov sacó del escritorio un sobre y se lo lanzó a Chen.

—Vea esto, es divertido.

Chen sonrió con su sonrisa deslumbrante, un poco servil. Tomó el sobre y sacó unas cuantas fotografías. En todas estaban Chen e Isáiev: junto a las cajas del hipódromo, en la calle, frente a la redacción.

—¿Qué? —se interesó Guiatsintov, mientras examinaba sus uñas cuadradas, parecidas a palas—. ¿Lo reconoce?

—No, no lo reconozco. Tengo muchísimos clientes en la ciudad. La mayor parte de las personas de respeto juega a la bolsa, incluyendo a gente suya.

—Lo sé —dijo Guiatsintov serenamente—. ¿Habla de alguien en particular?

—De muchos.

—No serán tantos…

—Palabra de honor.

—¿Y no los recuerda a todos?

—A todos no, a la mayoría.

—¿Y se olvidó de Isáiev?

—¿De quién?

—De Isáiev.

—Me olvidé.

—A propósito, con su terquedad lo hace todo peor para él. Ya he tenido que preocuparme: ¿por qué quiere usted protegerlo, no será que le tiene miedo? Tendré que estudiar la persona de Isáiev profundamente.

—Por supuesto. La verificación es una gran cosa.

—Amigo, ¿quiere que haga yo el papel de tonto?

—Dios mío, ¿qué dice usted, Kiril Nikoláyevich? Yo no tengo nada en contra de que me hayan detenido, ¿pero por qué tengo que inventar cosas que no hay? ¿Que trafiqué en el mercado negro? ¡Sí, trafiqué! ¿Que tuve negocios con extranjeras? ¡Sí, los tuve! Por eso, estoy dispuesto a recibir el castigo.

—¿Y dónde está el dinero de sus negocios?

—Los festines y las putas gastan hasta la vida, ni qué decir del dinero.

—Eso también es verdad. ¿Quiere decir que no tiene a nadie que lo defienda?

—Pregúntele a cualquiera por mí, solo le dirán cosas buenas.

—Bien, ahora llamaremos a uno que se acuerda de usted.

Guiatsintov pulsó un timbrecito. La puerta se abrió y entró un agente, conocido como el Carpintero, cuyo apellido era Strelkov.

—Hola, ciudadano chequista Mareikis —comenzó a decir con voz sibilante—. ¿Verdad que no se le ocurrió que nos volveríamos a encontrar? ¡Pero míreme, estoy aquí, delante de usted! ¿O se ha olvidado de la Lubianka? ¿De la oficina en el tercer piso?

Strelkov se llenó la boca de saliva, se acercó y escupió al rostro de Chen.

Este sacó un pañuelo, se secó el rostro y ni siquiera le tembló un músculo.

—Protesto —dijo, en voz baja—. ¿Qué es esto, Kiril Nikoláyevich?

Strelkov tomó impulso y lo golpeó con el canto de la mano en el rostro. De la nariz de Chen comenzó a salir sangre.

—¿Conque protestas? —masculló—. ¡Yo te enseñaré a protestar, perro!

—Tranquilícese —ordenó Guiatsintov—, controle sus emociones. Gracias, Serguéi Dmitrovic. Hasta la vista.

Strelkov salió de la oficina.

—Escuche, querido camarada Mareikis —comenzó a decir Guiatsintov—, no nos tome por cretinos. Usted ha perdido su partida. Si quiere vivir, hable abiertamente. ¿Qué me dice?

—¡Aquí hay algún monstruoso error, Kiril Nikoláyevich, se lo juro!

—Usted será el culpable. Ahora lo van a torturar. ¿Qué quiere que hagamos? ¿Que no es humano? ¡Estoy de acuerdo! Entonces, ayúdeme a no ser cruel. Son ustedes y nadie más quienes nos convierten en fieras.

Entraron cinco hombres. Metieron las manos y los pies de Chen en cepos de madera y desplegaron sobre la mesa una colección de agujas romas.

—Ahora le meterán esas agujas bajo las uñas. Eso duele mucho, muchísimo —dijo Guiatsintov lentamente, mientras seguía dedicado al cuidado de sus uñas—. Comiencen, muchachos.

Se hizo el silencio en la oficina, Guiatsintov apartó sus limas y cuando comenzaron a meter una aguja bajo la uña del pulgar de Chen, dejando una huella sangrienta, el coronel se inclinó hacia adelante con los ojos clavados en el rostro del detenido. Este seguía inmóvil, como si su expresión se hubiera petrificado. Solo sus pupilas comenzaron a hacerse más grandes.

—En el meñique —pidió Guiatsintov, silenciosamente—, ese dedo es más sensible, en el meñique la carne es más tierna.

Y de nuevo se inclinó hacia adelante, mientras Chen seguía sentado inmóvil, mirando con ojos muy abiertos a través del coronel, que se mordía los labios y respiraba entrecortadamente al contemplar la aguja que entraba en el meñique.

—¡Anda, vamos por favor! —decía Guiatsintov—. ¿Para qué nos torturas? Anda, di algo aunque sea…

Chen respondió con voz rajada y fina, como la de un pato:

—Es un error, yo no tengo la culpa de nada.

Lo dijo muy rápido, ya que temía que se le escapara un grito.

—¡Ajá! —se alegró Guiatsintov—. ¡Tembló! ¡Ahora trabajadle el anular, que la sangre le salga gotita a gotita!

Posiciones de los blancos

La división está formada en cuadro. Los rostros de los soldados se ven agotados, los ojos están hinchados y brillantes: antes de la formación fue repartido un vaso de vodka a cada uno. A lo lejos se escucha el eco del trueno: prosigue el bombardeo de la artillería sobre los rojos.

En el centro del cuadro, en una tribuna, se encuentra el comandante en jefe, general Molchanov, y junto a él, sobre una alfombra roja y verde, está el hermano del líder, Nikolái Merkúlov, ministro de Asuntos Extranjeros. Abajo, cerca de la tribuna, se cuadran los generales y oficiales del Estado Mayor. Allí está también Vaniushin.

—Y nosotros proclamamos solemnemente —Merkúlov lee a gritos, con voz sonora, el texto que le ha escrito Vaniushin, mientras levanta el brazo por encima de la cabeza—, que no hay verdad que nos preocupe, fuera de la verdad del pueblo. Al mujik le será entregada la tierra; al comerciante, su mostrador; y el empresario llamará al obrero a la fábrica, se dirigirá a él con respeto, por el nombre y el patronímico, como a un amigo y hermano. ¡No nos queda mucho por hacer para salvar al país lo más pronto posible de los monstruos bolcheviques! ¡Les digo: adelante, sobre Chitá! ¡Sobre Jabárovsk! ¡Los llamo a la victoria! ¡Los veo ya como vencedores! ¡Hurra!

Un «hurra» de victoria se levanta sobre el cuadro en la mañana seca y gélida.

Vaniushin mira atentamente el rostro de los soldados y percibe algo que Merkúlov no ve, o quizás no quiere ver desde su tribuna,

junto al seco y ascético Molchanov, que viste un uniforme napoleónico hecho de buena tela inglesa.

Vaniushin ve cómo los soldados sonríen, se burlan, hacen guiños y se empujan unos a otros con los codos. Pero, de todos modos, gritan sin descanso: quién sabe si el ministro se compadece y en agradecimiento por el sonado recibimiento les reparte otro vasito de vodka. Así que, ¿por qué no seguir gritando, eh?

Comité de censura de Vladivostok

El presidente del comité saludó con bastante sequedad a Isáiev, le indicó una butaca y moviendo la cabeza con aflicción, le dijo:

—De todos modos, resultó una cosa asquerosa. En lugar del heroico reportaje de Vaniushin desde el frente, esa porquería sobre las prostitutas locales. ¿Quién lo enredó en esto? Vamos a ver qué hacemos. En mi opinión, este acto colinda con el crimen.

—Señor censor, entonces castígueme por adelantado.

—¿Qué dice usted?

—El material para el número fue escrito por mí.

—¡Usted!

Isáiev asintió en silencio y sonrió con suavidad.

—¿Con qué objetivo?

—¿Y la tirada? El periódico se agotó en veinte minutos. El público devora estos materiales. Acéptelo: ¿qué puede ser más agradable que una lectura sobre la deshonra ajena?

—¿Se ha vuelto usted loco? —inquirió el censor, en voz baja.

—No hable con ese tono tan trágico. Cuando yo trabajé en el grupo de prensa de Kolchak, no temíamos publicar la verdad. Y además, ¿por qué los rojos dicen la implacable verdad sobre sus dificultades y derrotas y nosotros estamos obligados a callar?

—¿Y qué tienen que ver los rojos en esto? ¡A mí no me importan en absoluto!

Guiatsintov entró en la oficina sin tocar a la puerta. Abrazó a Isáiev amistosamente, oprimió la mano del censor, se dejó caer en una butaca, cruzó las piernas y preguntó:

—¿Hace mucho que nuestro valiente guardián de los secretos estatales lo tortura? No se ofenda, Max. En realidad, él tiene razón. En estos días hubiéramos podido pasar sin desenmascarar a nadie. Me interesa saber quién metió eso en el diario.

—Yo.

—Ay, amigo, déjese de tonterías, eso no es tan cómico como a usted le parece. Seguramente los rojos estén transmitiendo el contenido del artículo a Moscú.

—¿Qué falta les hace?

—Se reirán malignamente de nuestras desgracias.

—Es triste, por supuesto, pero fui yo quien metí ese material en el número.

—¿Sin pasarlo por la censura?

—Cuando estoy montando un número pienso en el periódico y no en la censura.

—¿Quién escribió el artículo?

—El diablo sabrá.

—¿Dónde está el texto?

—Por ahí, por la redacción.

—¿Quién lo tiene?

—El cajista, seguramente.

—El cajista está aquí. Jura que nadie vio el original en la imprenta después de pasar por el linotipo.

—Ah, qué tontería…

—¿Vio usted cómo montaban el material?

—Sí.

—¿Cómo estaba escrito?

—En unas hojitas.

—Por supuesto, no estaría en unas ramitas. ¿Cómo eran las hojitas? ¿Grandes, pequeñas, lisas, rayadas?

—Me parece que lisas.

—Bien. ¿Y a través de quién le llegó este material?

—Estaba sobre mi escritorio.

—¿Se lo trajeron?

—No, simplemente vi el material sobre la mesa.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer.

—¿Por la mañana?

—Sí.

—¿Quién estaba de guardia en la redacción?

—No lo sé, coronel.

—La portera asegura que en la redacción no entró ningún extraño, ni de madrugada, ni por la mañana. Solo una muchacha que vino a verlo, exactamente a las nueve.

—Vieja chismosa —sonrió Isáiev—. La despediré.

—Y hará bien. ¿Quién era esa muchacha?

—Coronel, usted es libre de ejecutarme —dijo Isáiev, en broma, y extendió ambas manos por encima de la mesa—, puede ponerme los grilletes.

—Max, cuando ejecutan a alguien, no le ponen grilletes.

—Es triste.

—Sashenka Gavrilina vino a verlo, ella misma…

—¿No será que nos está siguiendo, verdad?

—Lo ha adivinado.

—Es horrible. ¡Con el derecho que da una buena amistad, sálveme de usted!

—¿Cómo salvarlo si usted hace tonterías?

—¿Cuáles?

—¿Acaso no lo sabe?

—Se lo juro.

—Tiene la vista aguda, usted lo sabe todo, Max.

—Podría pensarse que soy una mujer y usted me está halagando. Semejantes piropos…

—Max, ¿hace tiempo que conoce a Chen?

—¿Chen? ¿Qué Chen?

—El que juega en la bolsa.

—¿Uno muy cuidadito, bien arregladito? ¿Medio coreano y medio kirguís?

—Ese mismo.

—¿Que tiene un gorro de piel brillante?

—Sí, sí.

—Lo conocía. ¿Y qué pasa?

—¿De dónde lo conocía?

—Me conseguía cosas. Un par de veces, me robó dinero.

—¿Cuándo?

—En una ocasión, en las carreras. Me recomendó un caballejo desconocido y me pidió cien yenes por ello; luego, me prometió una porcelana antigua japonesa pintada y en lugar de eso, me dio una porquería coreana.

—¿Es un tipo raro?

—Creo que es un simple especulador.

—¿Y cómo es mejor entrarle? ¿Con suavidad o hay que presionarlo?

—Soy mal consejero en cuestiones de pesquisas e interrogatorios, Kiril Nikoláyevich.

En el transcurso de toda la conversación el censor hojeaba unos papeles sobre la mesa. Al fin se levantó y dijo, sin mirar a nadie:

—El comité de censura le hace una advertencia muy seria, señor Isáiev. En estos días de grandiosas victorias, nuestra tarea como periodistas rusos no consiste en ensuciar, mostrando una serie de defectos que, por desgracia, existen en nuestra sociedad, sino en levantar, como escudo, el heroísmo del valiente soldado ruso, que bajo las gloriosas banderas de la democracia, la libertad y la religión ortodoxa, lleva la liberación a nuestro pueblo doliente y oprimido por el terror rojo. Se le condena a una multa de mil rublos por ser este el primer caso en su diario.

—Resolveremos esa cuestión en los tribunales —respondió secamente Isáiev y salió después de una reverencia.

Guiatsintov lo siguió con la vista y dijo pensativo:

—¿No es un tipo encantador?

—Sí, una persona encantadora. Un mar de encanto.

—Bien, hasta la vista.

—Que lo pase bien, señor coronel.

Poltávskaya, 3. Contrainteligencia

Guiatsintov caminaba en torno al destrozado Chen. En un rincón había un médico, de bata blanca y con un maletín en las rodillas, que colocaba sobre la mesa jeringuillas, ampollas y escalpelos.

—Ahora le inyectaremos un maravilloso preparado japonés que paralizará su voluntad —dijo Guiatsintov—. Y a pesar de usted mismo, nos contará todo lo que nos interesa.

Chen miró al médico que sacaba la jeringuilla y luego, lentamente, miró a Guiatsintov. Los movimientos de Chen eran lentos, los ojos estaban hundidos y rodeados de sombras negras. Sus manos reposaban, inermes, sobre las rodillas.

—¿No ha oído hablar de las novedades en el trabajo de nuestros colegas japoneses? Ni siquiera percibirá el instante fatal en que se convertirá en un renegado. Allá entre su gente, en la Lubianka, gustan mucho de esa palabra: re-ne-ga-do. No es fea…

Guiatsintov sacudió una campanilla, la puerta se abrió y entró Pimezov.

—Mande a la gente, vamos a comenzar.

El ayudante desapareció rápidamente tras la puerta.

—¡Oh, está usted llorando! —dijo Guiatsintov.

Chen asintió con la cabeza.

—¿Y por qué? Hubiera realizado este experimento con usted hace tiempo para evitarle los sufrimientos, pero, por desgracia, ha sido hoy cuando he recibido el preparado desde Tokio. ¿Qué falta le hicieron esos tormentos? Bien, no importa, dentro de dos horas, cuando haya hablado de su amigo Isáiev, lo dejaremos dormir. Lo

alimentaremos bien. Beberá vino dulce… Por favor, deje de llorar. Las lágrimas de un hombre adulto…

Se abrió la puerta y aparecieron los cinco verdugos de todos los días. Chen disparó su ligero cuerpo de la silla, corrió hacia el médico, tomó de la mesa un escalpelo y se lo pasó por el cuello, del que brotó al instante un chorro rojo, pulsativo. Cayó al suelo.

Guiatsintov emitió un sonido sordo y luego miró a su alrededor con aire culpable. Caminó hacia una butaca bajita, se sentó y susurró:

—Silencio, por favor, se me ha partido el corazón.

JABÁROVSK

Póstishev volvió a su apartamento en la ciudad tarde en la noche. Por las ventanas abiertas entraba el frío, el piso sucio estaba cubierto de escombros. Cuando comenzó el cañoneo más allá del Amur, los cristales que aún se encontraban en las ventanas se estremecieron sonoramente.

Póstishev tapó las ventanas rotas con las viejas cortinas, encendió el hogar, colocó la tetera sobre el hornillo y se puso a barrer el piso después de quitarse el capote.

Sus movimientos eran lentos. En ocasiones se agachaba y descansaba unos instantes con los ojos cerrados: se dejaban sentir el hambre y el cansancio de los últimos días.

Tocaron a la puerta. Sin cambiar la posición, Póstishev respondió:

—Entre, quien sea…

Grómov hizo su entrada. Desde aquel encuentro anterior, en tiempos de paz, se había secado; sus ojos eran ahora hermosos, de esa belleza asombrosa que acompaña a la desesperación y al último grado de voluntad.

—Hola, comisario.

—Hola, comandante de brigada —le respondió Póstishev en el mismo tono.

—¿Hace tiempo que llegaste?

—Acabo de hacerlo. Siéntate. La verdad no se dice de pie.

—¿Y en realidad, existe la verdad?

—Existe.

—¿La has visto?

—Por supuesto…

—¿Y cómo es? Me gustaría saberlo.

—¿Por casualidad no te habrás echado un vaso al gaznate, Grómov?

—No está bien armar festines en tiempos de peste.

—¿Y en tu opinión, un vaso de vodka es un festín? Yo me lo bebería ahora con placer.

—En tu lugar, yo también me dedicaría a beber.

—Siéntate, pareces un péndulo ante los ojos.

—No soy yo quien oscila, sino la conciencia partidista que se mueve frente a ti.

—Deberías ir al teatro, Grómov. Haz que la voz tiemble un poco, así hacen los cantantes. Por favor, dame el recogedor, está tras la puerta.

Póstishev recogió la basura, la echó en el cubo y cerró fuertemente la puerta para impedir que entrara el aire frío.

—¿Qué te pasa ahora?

—¡Basta, Pavel! ¿Recuerdas nuestra conversación de verano? ¿Recuerdas que te dije que la NEP hundía la revolución? ¿Te acuerdas cómo te burlabas de mí? ¿Y quién tiene la razón? ¿Quién? ¿Tú o yo? ¡Nos golpean por todas partes, estamos retrocediendo! ¡Qué diablos retrocediendo! ¡Estamos huyendo como el ganado!

—¿Quién es el ganado?

—Nosotros.

—¿Y qué consideras que eres tú en ese ganado? ¿Burro o vaca? Toma té. Pero coloca una cucharilla en el vaso para que no se raje, el agua está hirviendo. Mira en el armario, debe de haber algo de pan seco. ¿No? Qué lástima. Bien, siéntate, bebamos el té.

—¿Por qué eludes la conversación, Pavel? ¿Te enorgullecías de marchar tras Lenin? ¡Es de tontos marchar ciegamente tras el mismo Dios! ¡La NEP en la patria de la revolución proletaria! Es ahí donde comienza nuestra muerte, de ahí viene la desmoralización en nuestro ejército: por eso retrocedemos en el frente, esa es la causa del próximo desastre.

—Te has vuelto loco, Grómov. ¿Comprendes lo que estás diciendo? ¿O estás hablando más de la cuenta?

—¡No, Póstishev, no hablo más de la cuenta! —gritó Grómov, con aire de sufrimiento—. ¡Pero con qué fin levantasteis al pueblo contra los que viven nadando en leche y mantequilla para decirle después al pueblo que la leche y la mantequilla vuelven a sus dueños a través de la autorización del capital privado! ¿Para qué? ¡Respóndeme! ¿Para tomar el poder, no? ¿Para convertirse en dueños y después dejarlo todo como estaba?

—Me pareció que dijiste: «¿con qué fin levantasteis al pueblo?». Me pareció escuchar que te referías a «vosotros», excluyendo a tu persona.

—¡No te aferres a las palabras! Recuerda que si entregas Jabárovsk, como has entregado el resto de las ciudades a blancos y japoneses, mi brigada y yo os declararemos enemigos del pueblo trabajador.

—Mira cómo me tiemblan las manos de miedo.

—¿Por qué te burlas de mí, Pavel?

—¿Has conversado con la población civil?

—¿Y qué tiene que ver la población civil? El destino de la revolución mundial lo decidirá, en última instancia, el fusil y el sable. Será entonces cuando nos ocuparemos de la población civil.

—Está claro. ¿Tienes hijos?

—Tengo en mi pasado cárceles y destierro.

—En vano te enorgulleces de eso, Grómov; la cárcel no es un cabello hermoso, el destierro no es un perfil romano. En mi vida he sufrido más cárcel que tú. Y no pienses nada, fuiste tú quien habló de eso. Pero, de todos modos, tengo hijos y eso me enorgullece profundamente. Por eso te invito a que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—Lo verás. Conque, ¿cuál es tu tarea principal? Repítemela. ¿La revolución mundial? ¿Fusil y bayoneta?

—No te rías, no te rías. Precisamente, el fusil y el sable.

Un viento furioso levanta los faldones de los capotes, asfixia con una nieve seca y punzante, y amenaza con echar al suelo a la gente.

Póstishev, con su gorra andrajosa y su capote corto por las rodillas, parece un vagabundo al lado de Grómov, elegantemente vestido, con un capote largo hasta los tobillos, una gorra de piel con una gran estrella y la Orden de la Bandera Roja en la solapa izquierda del capote. Caminan aprisa, inclinados hacia adelante, contra el viento. Póstishev conduce a Grómov hacia el punto de evacuación: allí, en frías barracas, viven los refugiados que no han podido ser enviados a la retaguardia.

Llanto infantil, oscuridad, olor a queroseno, bultos sobre el piso, cestos, palanganas, lactantes encogidos sobre los colchones enfermos de tifus que gimen tras los tabiques; niños abandonados que juegan a las cartas a la luz de un mechón: eso es lo que ven Grómov y Póstishev en el punto de evacuación.

—¿Cuándo les asignarán un tren? —pregunta Póstishev a una hermana de la caridad que lleva un pañuelo almidonado blanco con un una cruz roja.

—Prometieron que por la tarde, pero algo ha ocurrido con la locomotora.

—¿Dieron de comer a la gente?

—Sí.

—¿Han llegado nuevos huérfanos?

—Ayer sacamos a siete de los trenes.

—¿Esos que juegan a las cartas?

—No, unos muy pequeñitos. Están durmiendo en mi cama, no hay dónde meterlos.

—Echémosles un vistazo.

—¿No hay noticia alguna de su familia, Pável Pétrovich? —preguntó la enfermera.

Póstishev sacudió la cabeza negativamente, en silencio, y la siguió. En el punto médico dormían los pequeños sobre el suelo, encogidos como unos bultitos. En el sueño sus rostros, recién lavados, se veían inquietos y dolorosamente tensos. En ocasiones alguno de los niños gemía como un anciano.

Póstishev se sentó en una silla, se quitó el gorro y le indicó a Grómov un taburete a su lado. Sobre una mesita, junto a la puerta, Póstishev vio un pino diminuto con el tronco introducido en una botella vacía.

—¿Y esto qué es? —preguntó Póstishev—. ¿Utilizan el pino para desinfectar?

La enfermera respondió:

—No, camarada comisario, simplemente sucede que pronto será el Año Nuevo. Hay que dar alguna alegría a los niños…

Póstishev miró atentamente a Grómov.

—Vete, Grómov —dijo—, tengo tareas ahora que contradicen totalmente a las tuyas. Ahora voy a conseguir adornos navideños…

—Un bolchevique que organiza fiestas religiosas —comentó Grómov—. Mejor que te ocupes de cómo alimentar a los niños.

—¿Alimentarlos? —se asombró Póstishev—. ¿Acaso eso puede interesarle a un bolchevique? ¡Fusil y sable! ¡La revolución mundial y los niños que se vayan al diablo, que se pudran, pero cuando venzamos finalmente, todos los que sobrevivan al tifus y al hambre, vivirán muy bien! Pero dime, ¿cómo van a vivir bien cuando para ti «leche y mantequilla» son las peores injurias?

—¿Eso me lo dices a mí, en presencia de una persona sin partido? —dijo Grómov, con amargura.

—¡Ella es mil veces más militante que tú porque consiguió un árbol de Navidad para los niños! ¡Vete de aquí, Grómov! ¡Vete!

El gimnasio[15]

Esa misma noche, Póstishev y su chófer Ujalov llegaron al gimnasio clásico y estuvieron llamando largo rato a la puerta del encargado, que dormía en el sótano. El hombre salió solo después de que Ujalov encontrara milagrosamente una barreta en la oscuridad y golpeara con ella la puerta cerrada. En el sótano se escuchó un estruendo, un

crujido, y el encargado gimió con voz lastimera; seguramente, medio dormido, se había asustado.

—¿Qué pasa? —preguntó, de pie junto a la puerta, mientras se sonaba la nariz—. Todo lo que hay aquí es propiedad estatal, hermanitos. No me causen una desgracia.

—Te voy a meter una granada por la puerta —prometió Ujalov—. Este es el comisario del frente… ¿Qué, ahora te estás manchando los calzones, eh?

—Ahora hay muchísimos comisarios como él, pero nuestra caldera es única.

—¿Para qué diablos necesitamos tu caldera?

—Con ella se puede montar una fábrica, para eso sirve. Me lo explicó un físico. No les abriré. Vayan a ver al señor Shirokij, vive en un ala del edificio. Si viene con ustedes, les dejaré entrar.

—¿Para qué molestar por gusto a una persona? —dijo Póstishev —. Créame, no somos asaltantes.

—Solo queremos saber dónde se guardan los adornos de Navidad —dijo Ujalov.

—¡No me cuenten historias! —chilló el encargado en tono todavía más lastimoso—. ¡Conque quieren juguetitos! ¿Oigan, están locos, juguetes en estos tiempos?

—Está bien, no grites. ¿Dónde vive Shirokij?

—Ya les he dicho que en un ala del edificio.

Apartamento de Shirokij

—¿Qué es esto? ¿Vienen a arrestarme? —preguntó Shirokij, mientras se abotonaba la bata en el pecho.

—No —dijo Póstishev—, venimos a pedirle algo.

—No es el mejor momento para peticiones, me parece.

Encendió un farol de queroseno, se puso las gafas, examinó a los recién llegados y al reconocer a Póstishev, la sorpresa le hizo dar un paso hacia la pared.

—¿Comisario? —preguntó—. ¿El ciudadano Póstishev?

—El mismo.

—Siéntese.

—Gracias. Tiene usted una magnífica biblioteca.

—¿Me la va a confiscar?

—Déjese de eso. No es usted gracioso.

—De qué chistes… Pero la biblioteca es verdaderamente maravillosa. La he reunido durante toda mi vida. Por ella, hasta permanecí soltero.

—Todavía está a tiempo de encontrar a la dama de su corazón. Pero, en fin, esto sería tema para otra conversación. Tengo que encontrar adornos navideños.

—¿Para qué?

—Queremos preparar un arbolito para los huérfanos.

—¿Un árbol de Navidad?

—Eh, deje de mostrar ese asombro ingenuo. Estoy dispuesto a desvestirme ante usted para que se convenza de una vez y para siempre de que no tengo cola ni nada en común con el diablo.

—Pero los nuestros están muy cerca de la ciudad…

—¿Quiénes?

—Los blancos.

—Precisamente, los suyos.

—Le daré mis adornos de Navidad, comisario. En el gimnasio no hay, se los bebió el administrador designado por su soviet.

—¿Se dispone a evacuar?

—No.

—¿Sigue sin hablar de Mayakovski a los estudiantes?

—Sigo.

Shirokij trajo una escalera de mano, subió al entresuelo, removió durante largo rato los cajones y luego pidió:

—Por favor, ayúdeme con esta caja, pesa mucho. —Cuando pusieron la caja sobre el suelo, Shirokij dijo—. Desgraciadamente, no tengo guirnaldas de papel.

—¿Para qué hacen falta?

—Son muy bonitas…

—¿Sí?

—Por supuesto. A los niños les gusta pegarlas, luego guardan el recuerdo largo tiempo.

—Escuche, Shirokij, haga una buena acción, ¿quiere? Enseñe a los niños a pegar esas guirnaldas. No importa que sean nuestros niños, aún son simplemente niños. Le daremos una ración extra por eso.

—Por favor, sin carnada. Soy un pedagogo y no un mercader. Aguarde, ahora me visto.

—No, no, por favor —se alegró Póstishev—, duerma ahora. Por la mañana le enviaré un automóvil.

—¿A qué hora?

—A la que usted desee.

—Entonces, a las nueve. Y que preparen papeles de color, goma y tijeras.

—¿De dónde sacamos papeles de color?

—Deben de tenerlo en el Estado Mayor —respondió Shirokij—. ¿Acaso no pegan banderitas para marcar la línea del frente?

Póstishev miró súbitamente a Shirokij. El maestro estaba en pie, con las piernas abiertas y la barbita belicosa empinada; las gafas le brillaban y en los labios jugueteaba una sonrisa irónica. Todos los intelectuales rusos, en vísperas de cambios políticos, comienzan a sonreír así: un poco de escepticismo, un poco de alegría oculta… pero, sobre todo, la capacidad de adivinar los pensamientos de sus interlocutores.

Póstishev también sonrió. Suspiró y se dirigió a Ujalov:

—Vamos. Hay que lavar el suelo en el punto de evacuación hasta sacarle brillo. Hasta la vista, ciudadano Shirokij. Muchísimas gracias.

Jabárovsk. Estado Mayor del frente.
Temprano por la mañana

Después de que Póstishev concluyera su conversación por hilo directo con el buró del Lejano Oriente del CC del PCR, en su oficina entró el ayudante y le informó:

—Camarada comisario, lo aguardan los representantes de las misiones japonesa y china.

—¿Tan temprano por la mañana? ¿Qué los traerá? Invítelos a pasar.

Los diplomáticos entran en el gabinete haciendo reverencias a cada paso. Es como si no escucharan el cañoneo. Sus rostros expresan el máximo grado de cortesía y bondad. Caminan hacia la mesa, con las manos en el pecho, y cierran los ojos con frecuencia, como si contuvieran lágrimas de alegría.

—Vicecónsul Shiwura, representante de los intereses de Japón en la maravillosa ciudad revolucionaria de Jabárovsk —dijo el de los anteojos, mientras oprimía respetuosamente la mano de Póstishev.

—Agregado de prensa del consulado chino Su Shi-wey, representante de los intereses de los habitantes chinos en la maravillosa ciudad de los valientes rusos.

—Siéntense, señores.

—¡Qué día más maravilloso! —comenzó el japonés.

—El solecito es sencillamente primaveral —lo secundó el agregado de prensa.

—¿No le parece, señor Póstishev, que la naturaleza es el mejor aliado de su gran pueblo? —prosiguió Shiwura.

—Por el hielo del Amur se deslizan los rayos del sol; es bello como los grabados de los primeros maestros de la escuela de Chen Siao-Pin —lo apoyó el chino.

—¿Qué los ha traído a verme, señores? —preguntó Póstishev.

—Oh, hemos decidido ocupar una pizca de su precioso tiempo solo porque lo requieren los intereses de los ciudadanos chinos que viven en Jabárovsk.

—Y por supuesto, los japoneses.

—Está claro. ¿En qué sentido se han afectado los intereses de sus ciudadanos?

—En nuestro país, cuando cambia el gobierno —dijo el vicecónsul —, por lo general, se agudizan levemente las pasiones de los habitantes locales.

—Hasta el choque de dos flores blancas produce un destello de fuego —hizo notar el agregado de prensa—, eso lo aseguran nuestros poetas, y si en lugar de dos flores blancas chocan dos objetos de un color ligeramente distinto, el destello resulta particularmente terrible.

—¿Cuáles son sus peticiones, señores?

—Oh, nuestra solicitud es insignificante. En la frontera, a sesenta kilómetros de aquí, se encuentran quinientos soldados japoneses y mil soldados chinos. Nosotros quisiéramos pedirle autorización para su entrada oficial en la ciudad para preservar la vida y hacienda de los ciudadanos de China y Japón.

—Ah, esa es la cuestión…

—Sí. Créame, señor Póstishev, esa petición ha sido dictada por una única preocupación: proteger a nuestros ciudadanos residentes en el territorio de su magnífico estado. Colóquese en nuestro lugar: usted actuaría igual.

—¿Usted cree eso?

—¡Por supuesto!

—Dígame, por favor, señor Shiwura: ¿cuántas personas trabajan en su consulado?

—Oh, ¿qué importa eso ahora, cuando nuestros corazones rebosan de preocupación por nuestros queridos compatriotas?

—Está claro. Puedo recordárselo: en su consulado trabajan ciento treinta personas.

—¡Qué ciento treinta! Se trata de cocineros, mozos de limpieza y sirvientes.

—Está bien. La conversación ha durado demasiado tiempo. En el momento en que sus tropas intenten cruzar la frontera ordenaré tomar como rehenes al personal de sus consulados, a todo el mundo, hasta la última persona, y en primer lugar, a los cocineros, mozos y sirvientes con grado de oficiales. Les ruego me perdonen,

señores, no puedo concederles más tiempo. Que lo pasen bien. ¡Miren qué día más maravilloso! Los rayitos rojos de sol corren sobre el hielo azucarado del Amur. El aire es de un transparente verdor, como lo describieron los maestros chinos.

Nota del ministro de Asuntos Exteriores de la República del Lejano Oriente al ministro de Asuntos Extranjeros de China, Yan Joi-tsin

Excelentísimo señor ministro:

El Gobierno de la República del Lejano Oriente ha recibido un informe acerca de que oficiales del Estado Mayor Central de las tropas chinas y agentes de la milicia en la ciudad de Harbin realizaron registros en los apartamentos de ciudadanos rusos y en los locales de organizaciones sociales de la República del Lejano Oriente. Las autoridades chinas declararon que los registros se llevaron a cabo con el objetivo de descubrir armas —que no fueron encontradas—, pero durante los registros los oficiales chinos y la milicia examinaron también la correspondencia personal y las propiedades de los ciudadanos e instituciones de la República del Lejano Oriente.

El Gobierno de la República del Lejano Oriente considera estos actos de las autoridades chinas como totalmente hostiles, encaminados contra los ciudadanos e instituciones de la República del Lejano Oriente.

A pesar de las repetidas declaraciones y protestas del Gobierno de la República del Lejano Oriente, el gobierno chino continúa prestando protección y ayuda a los contrarrevolucionarios rusos que forman destacamentos armados en Manchuria y en la franja del Ferrocarril Oriental de China. A la vez, el Gobierno chino se permite actos claramente hostiles contra los ciudadanos y organizaciones de la República del Lejano Oriente. Esa política testimonia que el Gobierno chino no se preocupa en absoluto por el mantenimiento de relaciones amistosas con los ciudadanos de la República del Lejano Oriente y que, guiado por su simpatía hacia las organizaciones

contrarrevolucionarias rusas, obviamente seguirá manifestando también en el futuro una actitud hostil hacia la República del Lejano Oriente.

Con tal actitud hacia la República del Lejano Oriente se explica también el hecho de que las autoridades chinas, conjuntamente con los registros a ciudadanos privados, llevaron a cabo igualmente un registro al plenipotenciario especial de la República del Lejano Oriente, el ciudadano Ozarin. El 27 de febrero, soldados chinos acordonaron el recinto de la cancillería y el apartamento personal del plenipotenciario especial, arrestaron a todas las personas que se encontraban en el local y efectuaron un registro de varias horas en el recinto antes mencionado, donde examinaron expedientes y la correspondencia del plenipotenciario especial.

El Gobierno de la República del Lejano Oriente manifiesta su profunda indignación con motivo de la grosera ofensa a la dignidad del pueblo y al Gobierno de la República del Lejano Oriente en la persona de su representante plenipotenciario.

Los representantes diplomáticos de la República del Lejano Oriente en otros países disfrutan de inmunidad en sus personas y viviendas, independientemente de que estos países no hayan establecido relaciones totalmente oficiales con la República del Lejano Oriente. Las delegaciones de la República del Lejano Oriente en Japón y los Estados Unidos disfrutan de total inmunidad, y los gobiernos de estas naciones nunca se han permitido infringir de manera tan grosera y humillante el principio de inmunidad con respecto a los representantes de la República del Lejano Oriente, como lo hiciera el gobierno chino. El Gobierno de la República del Lejano Oriente ha observado siempre este principio con respecto a los representantes del gobierno chino que se encuentran en el territorio de la República del Lejano Oriente, a pesar de que China nunca ha formulado, por medio de la convención correspondiente, la cuestión relativa a sus representantes en la República del Lejano Oriente. Sin embargo, la actitud del gobierno chino hacia los representantes de la República del Lejano Oriente muestra que el

gobierno chino no se cohíbe de infringir normas y costumbres internacionales universalmente aceptadas, y ni siquiera considera necesario observar el elemental principio de respeto mutuo en relación con la República del Lejano Oriente.

El Gobierno de la República del Lejano Oriente manifiesta que, en caso de no recibir la debida satisfacción en este asunto por parte del Gobierno de la República de China en el plazo más breve, se verá obligado a adoptar las medidas correspondientes en relación con los ciudadanos y representantes de China en el territorio de la República del Lejano Oriente. La responsabilidad por la adopción de tales medidas recaerá totalmente sobre el Gobierno de la República de China.

YA. YANSON
Ministro de Asuntos Exteriores de la República del Lejano Oriente

PRIMERA LÍNEA

Póstishev camina por las trincheras en dirección al punto de observación. Allí toma unos prismáticos que reposan en la berma y escudriña la llanura nevada. Ve a lo lejos, sobra la cinta de la vía férrea, un tren que se ha detenido. Ve a soldados que descargan vagones con proyectiles; puede observar cómo cargan los proyectiles en trineos y se los llevan a un bosquecito, donde se encuentran las baterías de largo alcance que por el momento guardan silencio.

Póstishev mira por los prismáticos. Los dedos que sujetan el instrumento están azules a causa de la tensión.

—Pável Pétrovich —lo llama el comandante del regimiento, en voz baja—, ¿cuándo nos llegará ayuda? ¿Acaso no vendrá Bliújer? Nos harán polvo… Vea con qué fuerza se nos vienen encima.

Póstishev calla como si se hubiera adherido a los prismáticos.

—La guerra la gana el que tenga la retaguardia más fuerte —responde el comisario después de una pausa angustiosa—.

¿Entiende?

Mientras tanto, Bliújer, quien en esos días había bajado considerablemente de peso, se encontraba en la retaguardia, en su Estado Mayor, junto al hilo directo que lo comunicaba con el frente.

Conversación por hilo directo con S. M. Serishev, comandante de las tropas de la circunscripción del Amur:

Bliújer. Después de conocer la dislocación de sus unidades, debo señalarle que ha cometido usted un grave error: no ha dado cobertura segura a la zona de Kazakievichevo. En su primera conversación le hablé de la necesidad de asegurar Kazakievichevo ocupándolo con una unidad grande, a fin de evitar la salida del adversario hacia el camino del Amur, a la retaguardia de Jabárovsk. También lo señalé en la conversación con Mélnikov. A pesar de todo, usted no ha cumplido mis orientaciones y no ha comprendido la importancia de la necesidad de conservar esta vía en nuestro poder. Ahora, cuando es un hecho consumado que el adversario ha abierto una brecha en dirección a Volochayevka, me dice que la situación es desesperada y antes me aseguraba que había posibilidades y medios para defender Jabárovsk. Así no se puede dirigir a las unidades. Hay que saber valorar las circunstancias y la situación, ver los lugares peligrosos y ocuparlos oportunamente, y no mantener unidades ociosas en la estación Nikolo-Aleksandrovka.

Ordeno que cuando cubra la vía de Jabárovsk por la línea del ferrocarril del Ussuri con un batallón del cuarto regimiento de infantería, un comando de exploradores a caballo, el sexto regimiento de infantería y un regimiento de caballería —para lo cual deberá unificar dos escuadrones y una compañía de artillería—, ocupe firmemente el sector Kazakievichevo-Novotroitskoye. El grupo mencionado será puesto bajo un mando común. Cuando ocupe este sector, pase el regimiento de infantería del Amur a su reserva en la

región de Novospassk-estación Volochayevka; deje en Jabárovsk los comandos y compañías que se encuentran en la ciudad para el mantenimiento del orden interior y tome medidas excepcionales para la evacuación de todos los bienes de Jabárovsk: en primera instancia los pertrechos militares, los equipos de intendencia y otras propiedades valiosas. Con la llegada de los regimientos quinto y sexto de infantería al sector Kazakievichevo-Novo-Troitskoye, adopté medidas inmediatas para la liquidación del grupo enemigo infiltrado, utilizando para ello un regimiento de caballería y parte del regimiento del Amur. En la medida en que se desarrolle la ofensiva del adversario por la vía férrea, en dirección a Jabárovsk, el cuarto regimiento debe retirarse inmediatamente, combatiendo hasta detenerse en la línea de Nikolo-Aleksandrovka. Preparar para su destrucción la cañonera Kalmik y el dique-grúa de la flotilla del Amur que se encuentran en Jabárovsk. Todo el material rodante que sobre, y fundamentalmente las locomotoras, debe ser retirado del ferrocarril del Ussuri a la región de la estación In o más hacia el oeste. Retirar los mecanismos más importantes del puente sobre el Amur y enviar las brigadas a reforzar el ferrocarril del Amur. Todas las instituciones de retaguardia de la circunscripción militar, así como los estados mayores sobrantes, deben ser trasladados a la estación In o más hacia el oeste. Usted, con su Estado Mayor de campaña, trasládese a la estación Volochayevka, luego de instalar la comunicación con sus unidades. El traslado de usted y su Estado Mayor de campaña a la estación Volochayevka no debe ocurrir antes de que los regimientos quinto y sexto ocupen la línea Kazakievichevo-Novo-Troitskoye e instalen sus comunicaciones con la estación Volochayevka. Si el enemigo se aproxima a Jabárovsk, deje allí una guarnición con todos los comandos mixtos y el cuarto regimiento. Unifíquelos bajo un mando único y constituya con ellos el grupo de la izquierda que debe ocupar el ferrocarril del Amar. Aquí tiene indicaciones exhaustivas para actuar en un futuro inmediato, considerando que la estación In y las posiciones en la zona adyacente no están aseguradas. Comience ahora mismo la

formación de un grupo de combatientes de los destacamentos guerrilleros que se encuentran actualmente en la región de Jabárovsk y trasládelo a la zona de la estación In. Concéntrese, deje a un lado las tareas menudas y páselas al Estado Mayor; dirija plenamente las tropas; encomiende las tareas de la evacuación a alguno de los miembros del Consejo Militar; intente captar serenamente la situación y no cometa errores en el futuro, ya que la ocupación de Kazakievichevo es, además de un error suyo, un incumplimiento de mis orientaciones. Al darle la misión, tomé como base para solucionarla su situación desesperada y el tono lúgubre de su informe. Por supuesto, si el regimiento del Amur logra ocupar la estación Kazakievichevo y liquidar la brecha, su tarea siguiente será avanzar hacia Nevelskaya. Eso hará variar abruptamente la situación y cambiará la misión que se le acaba de encomendar. Por eso, sin aguardar los resultados de la ofensiva del regimiento del Amur, usted deberá dejar el sexto regimiento y un escuadrón en la vía del Ussuri, conjuntamente con una compañía de artillería, y desplazará el quinto regimiento, las restantes unidades del cuarto y el regimiento del Amur hacia la zona Novo-Troitskoye-Kazakievichevo. No comprendo su cálculo para el traslado desde la zona de Nikolo-Aleksandrovka hasta Kazakievichevo, que usted estima en tres días, aunque la distancia entre ambos puntos es solo de 30 verstas y puede ser cubierta en una sola jornada. Por tanto, ordene al quinto regimiento de infantería y al cuarto de caballería que salgan mañana mismo por la noche, y que cuando lleguen a Kazakievichevo, se unan con el regimiento del Amur. Designe a un jefe experimentado e inteligente para la unificación de este grupo. ¿Tiene ahora clara su misión?

Serishev. Todo está claro, pero el problema no es ese. Me preocupa el enemigo que ha conseguido infiltrarse y que, con toda seguridad, mañana se dedicará a molestar en la zona Pokrovka-Volochayevka, y no cuento con medios para liquidarlo. Eso me preocupa enormemente. Ahora el regimiento del Amur está llegando con su vanguardia a Novo-Troitskoye y cuando yo conduzca el regimiento a la ofensiva mi retaguardia restallará a causa del

enemigo infiltrado. Considero que todas las medidas que he adoptado son insuficientes por carecer de medios.

Bliújer. Es difícil comprenderlo, Serishev. Unas veces habla de ofensiva y en otras es presa del pánico. Hay que tener opinión propia, sobre todo cuando se dirige un frente. Primero me informó usted de una situación desesperada y después pasó a la ofensiva. Cuando le expliqué el orden de su realización, me habla nuevamente de su inquietud por la retaguardia. Informe de una vez con claridad y concreción su apreciación y lo que haya decidido.

Mantengo mi primera propuesta para su ejecución obligatoria, permitiendo las siguientes variantes: enviar el regimiento del Amur, desde la zona de Novotroitskoye a la de Novospassk-estación Volochayevka por la vía más corta, dejando en Novo-Troitskoye una o dos compañías de este regimiento, a fin de cubrir la vía de Jabárovsk por el Ussuri, y enseguida, sin aguardar la aurora, envíe a Novo-Troitskoye los regimientos quinto y sexto de infantería y el cuarto de caballería, menos un escuadrón; pero el quinto regimiento debe alcanzar Novo-Troitskoye a más tardar el día 20 por la noche, mientras que el sexto regimiento y el escuadrón del cuarto regimiento de caballería que se encuentran en la zona de la estación Kruglikovo deben llegar a Novo-Troitskoye en la noche del 21 de diciembre. Esta distancia puede ser cubierta fácilmente en los plazos que señalo. Si al momento de la llegada de los regimientos quinto y sexto el regimiento del Amur ha podido dar con el enemigo infiltrado y lo ha obligado a retroceder ocupando Kazakievichevo, entonces podrá pasar a la ofensiva si las circunstancias lo favorecen. Si al momento de la llegada de los regimientos quinto y sexto a Novotroitskoye, el regimiento del Amur no ha podido liquidar al enemigo, deje a los regimientos quinto y sexto en Novo-Troitskoye y a los restantes, o sea, un regimiento de infantería y el cuarto regimiento de caballería, junto a las compañías que serán dejadas por usted en Novo-Troitskoye, y envíelos también a la zona de Novospassk-Volochayevka, donde deberán rechazar al enemigo con

sus fuerzas unidas. Esa es la misión a cumplir en dos variantes. Efectúe una de ellas, de acuerdo con la situación.

Le deseo éxitos a usted y a sus tropas.

Para su información le comunico que he dado la orden de trasladar inmediatamente la brigada de Chitá en dirección a su frente. Eso es todo por mi parte. Hasta la vista.

VLADIVOSTOK

En los últimos cinco días Isáiev había sentido en su espalda los ojos de los esbirros que lo seguían sin perderlo de vista ni por un segundo. Durante varias noches se había arrastrado por las tabernas nocturnas de la ciudad, mientras meditaba una posible solución. Y según razonaba sobre la situación, más claramente iba comprendiendo que, a todas luces, había llegado el momento de abandonar la ciudad. Su único enlace se había roto y él mismo se encontraba bajo vigilancia. Buscar un enlace, con dos agentes pegados a los talones, significaba condenar a muerte a las personas con las que pudiera intentar establecer el contacto. Por tanto, pensaba Isáiev, lo más lógico es partir, pero hacerlo de la forma más útil posible. ¿Y cómo lograrlo? Isáiev consideraba que Guiatsintov no era tan simplón como parecía. Después de investigar descubrió que los hilos del coronel llegaban hasta el mismo Berlín, hasta el Consejo Superior Monárquico y lo que era todavía más interesante, hasta el Estado Mayor del ejército francés. Por eso, si aquel hombre era puesto ante el dilema de la vida o la muerte, y si se decidía por la vida, no tendría precio: utilizaría sus canales, recibiría información fiable y fresca. Isáiev estaba seguro de que, entre la vida o la muerte, Guiatsintov escogería la vida, ya que el coronel era un hombre cínicamente inteligente, impresionable y calculador. Y gente como él ve la muerte con mucho miedo y mucha precisión. Por eso teme con un miedo animal y eso ya vale mucho: es la garantía de

que un hombre así cederá; al menos, eso era lo que consideraba Maxim Maximóvich.

Y mientras más desarrollaba los planes de sus acciones futuras, más regresaba su cabeza a la casita del bosque del cazador Timoja. Al principio, ni siquiera cayó en la cuenta de por qué le venía a la mente Timoja. En una proyección, por lo general coinciden la fantasía ilimitada y la precisión matemática. Primero hay que «destaparse» a sí mismo, no limitarse en nada y fantasear como en la infancia, sin límites y dulcemente. Y después, hay que confrontar la fantasía con la lógica de un jugador de ajedrez. Isáiev lo había aprendido de Dzerzhinski, Boki, Kedrov y Unshlijt, de Artuzov y Fiódor Shelejes.

En una ocasión, antes de ser enviado tras la frontera, Maxim Maximóvich fue llamado por Dzerzhinski. Los ojos verdes, algo saltones, de Félix Edmúndovich se clavaron en algún punto de la frente de Maxim cuando dijo:

—Aquel cuyo corazón no se rebele y no se oprima de compasión al ver a un hombre detenido en una celda, no es un chequista. La Revolución exige del chequista una entrega total, la subordinación de su persona a la verdad suprema de la dictadura del proletariado que traerá libertad, igualdad y fraternidad a los hombres. Fantasía y análisis, concepciones abiertas y marcos severos: la hazaña debe conformarse a partir de la fantasía infantil y el conocimiento más preciso de las matemáticas.

Por el momento, Isáiev había decidido lo que era fundamental para él: que su plan debía realizarse a través de Timoja. Y al sexto día, cuando el plan maduró, Maxim Maximóvich, que había participado en festines en dos restaurantes, pidió el Lincoln de Vaniushin y ordenó al chófer que lo condujera a la residencia del primer ministro. Dejó partir el coche; los agentes que lo seguían en un Ford se quedaron junto a la entrada, ya que la residencia estaba custodiada por la Infantería de Marina, cuerpo que contaba con su propia contrainteligencia, siempre en fuerte competencia con la oficina de Guiatsintov. Mientras tanto, Isáiev salió por la tercera

puerta de servicio que conducía desde la cocina a un callejón, caminó rápidamente hasta la estación de trenes y abordó un trenecito de vapor que partía hacia Okeanskaya. Tenía por delante una hora de viaje. Y desde Okeanskaya hasta la casita de Timoja, otra hora por un sendero abierto en la nieve; allí se pondría de acuerdo con el anciano y retornaría pronto para poder estar por la mañana en la redacción y responder a las llamadas de Guiatsintov o de sus amigos —y estaba totalmente seguro de que esas llamadas tendrían lugar.

Por la mañana llamó el propio Guiatsintov y estuvieron conversando amablemente y por la tarde de ese mismo día, Timoja envió a Guiatsintov una nota, en la que lo invitaba a cazar con sus amigos un ciervo que tenía localizado.

Isáiev no se equivocó. Guiatsintov lo llamó aquella misma noche y lo invitó a la taiga a descansar y cazar; Isáiev recibió la invitación con agradecimiento, solo pidió esperar a que Vaniushin retornara del frente, ya que no tenía a quién dejar al frente del diario.

Punto de evacuación

Aquí todo había cambiado hasta hacerse irreconocible: los suelos estaban cuidadosamente lavados y en el centro de la estancia se erguía un árbol de Navidad. Media hora antes lo habían traído de la taiga por orden de Póstishev. Los niños ocupaban bancos a lo largo de la pared. Póstishev y Shirokij adornaban el árbol en silencio, sin mirarse mutuamente, y los niños callaban como si fueran adultos. Seguían con los ojos, todos a la vez, el camino de los adornos de la caja a las ramas y en cada ocasión, cuando las manos de Póstishev o de Shirokij colocaban mal alguno, los ojos de los niños se detenían asustados.

—Siga adornando el arbolito —propuso Shirokij—, yo comenzaré a pegar las guirnaldas con ellos.

—Está bien.

Shirokij se apartó del árbol y dijo:

—Niños, ahora vamos a confeccionar todos juntos las guirnaldas para el arbolito. Que levante la mano todo el que quiera ayudar.

Los niños se pegan a la pared, miran con miedo al señor barbudo de gafas y callan como paralizados.

—Maestro —dice Póstishev—, tengo otras tijeras allá, en el coche. Si no le es molestia, le ruego que vaya por ellas.

Shirokij se encoge de hombros y sale. Póstishev lo sigue con los ojos y luego se da vuelta repentinamente; alza del banco a un niño kazajo de negros cabellos y lo levanta con los brazos extendidos. El niño ríe, primero con timidez, pero luego cada vez más alto y con más alegría. Póstishev lo lanza al aire sobre su cabeza, le canta una canción y los niños comienzan a animarse, algunos cantan también. El comisario se arrodilla, monta sobre su espalda una a pandilla de hombrecitos, que en esos terribles años habían olvidado qué es el juego, y los pasea por la habitación gritando:

—¡Arre, arre, caballo! ¡Más rápido!

Ríen los niños, corren unos detrás de otros, azuzan al «caballo», le dan tirones y gritan, como verdaderos mujiks, con voces roncas y airadas.

Shirokij se detiene en el umbral e intenta decir que en el coche no hay tijeras, llega incluso a pronunciar la frase, pero muy bajito, porque al mirar el júbilo reinante comprende de pronto con qué objetivo lo mandó salir el comisario.

—Venga con nosotros —lo llama Póstishev, sofocado—. ¡Vamos a hornear un pan!

Se forma una enorme rueda. Póstishev comienza a cantar:

En nuestro cumpleaños
horneamos un pan,
¡así de alto!

Los niños se ponen de puntillas, levantan los bracitos para mostrar lo enorme que será el pan que ellos hornearán, mientras

que en puertas y ventanas aparecen los rostros de adultos que miran el espectáculo: algunos con lágrimas en los ojos, otros con los dientes muy apretados; hay hasta quien se persigna.

—¡Cante, maestro! —invita Póstishev.

Shirokij comienza a cantar y siente cómo le tiembla la voz, cómo también le tiemblan los labios. Mira lentamente a su alrededor a las pequeñas personitas que se tienden hacia el comisario y clavan en él sus ojitos admirados.

—¡Levante más los brazos, maestro! —grita Póstishev—. ¡Vea qué pan más grande hornearemos! ¿Verdad, muchachos? ¿Lo vamos a hornear?

Póstishev se retira del punto de evacuación junto con Shirokij. Este esconde el rostro en la bufanda y calla. En la esquina, cerca del gimnasio, Ujalov frena y Póstishev dice, mientras abre la puerta:

—Gracias, maestro Shirokij.

—Más bien soy yo quien le da las gracias —responde Shirokij en voz baja—. Gracias, comisario, Póstishev. Mañana iré de nuevo a ver a los niños. ¿Qué cree usted, les gustará escuchar cuentos?

—Por supuesto, hasta a mí me gustaría.

—Bueno, hasta la vista.

Shirokij sigue con la vista durante largo rato al coche que se aleja. Su rostro está surcado de arrugas y los extremos de las cejas apuntan hacia abajo, como cuando se ha sufrido un profundo agravio.

Cuartel general del atamán Semiónov

El atamán Semiónov, que se había fortificado en Grodekovo, junto a la frontera china, recibió a Merkúlov y Vaniushin en una amplia isba custodiada por cosacos de Transbaikalia y por junjuces chinos.

El atamán estaba sentado en un largo banco de madera, en el rincón de honor, bajo los iconos. Sobre la mesa cepillada, sin mantel, había huevos hervidos y descascarados, cebollinos, tocino cortado

en delgadas tiras, pescado ahumado y un enorme plato de caviar rojo, y en el alféizar, tres botellones de alcohol mezclado con enebro, sen-sen y moras.

Semiónov vestía una larga camisa de lienzo. Miró a los recién llegados representantes del primer ministro con aire sombrío, de reojo. En el recinto no había perchas, la isba había sido amueblada a la manera campesina y como decía el atamán, sin los «trastos» de la ciudad. Los enviados se quitaron los abrigos y los sostuvieron en los brazos sin saber dónde ponerlos. Los cosacos, con sus pantalones de franjas amarillas a los costados, permanecían como momias de pie junto a la puerta y miraban a un punto fijo, en el mismo centro del altar que titilaba en el rincón, justo sobre la cabeza del atamán.

—Recoged los abrigos —dijo por fin Semiónov a los cosacos—. Huéspedes, vengan a la mesa. Sírvanse, nuestro bienestar es nuestra felicidad.

Los cosacos tomaron los abrigos, sonrieron a los embajadores de la «buena voluntad» con sonrisas estereotipadas y luego volvieron a su puesto junto a la puerta. Allí permanecieron sin comprender ni una palabra de lo que se hablaba ni de lo que ocurría. A ellos solo les interesaba si alguno de los huéspedes sacaba una pistola del bolsillo: si alguno intentaba hacerlo, lo dejarían inmediatamente tieso de un tiro.

—Grigori Mijáilovich —toma la palabra Merkúlov—, hemos venido a usted con el corazón en la mano para discutir fraternalmente y en una atmósfera de honestidad y confianza mutua todos los asuntos conflictivos y para encontrar soluciones aceptables. Espero que nuestra conversación tenga lugar a puerta cerrada.

—¡Eh, Fokin! —grita el atamán—. ¡Cierra la puerta, que nadie entre en la sala!

Vaniushin y Merkúlov intercambiaron miradas. Semiónov se percató y dijo con voz molesta:

—Ahora las puertas están cerradas, suelten lo que traen.

—Grigori Mijáilovich —dijo Merkúlov con profundo sentimiento, como un buen mercader—, ahora, en los días de victoria, cuando se

decide el destino de nuestra sufrida patria, usted debe abandonar ese papel de persona ajena que no le va de ninguna manera. A fin de cuentas, al que recuerde lo pasado, que le saquen un ojo.

—Y al que lo olvide, que le saquen los dos.

—¿Los señores seguirán junto a la puerta?

—¿Y qué creen ustedes? Es mi escolta personal. Quién sabe, ¿no habrán venido ustedes a matarme? Primero me quitaron todos los cargos, después me exigieron abandonar el territorio del Imperio ruso, me llamaron criminal y ahora, de repente, ¿vienen de visita? No, soy perro viejo.

—Hemos venido a verlo, atamán —comenzó a decir Vaniushin—, en nombre de la patria. Queremos que ahora todos olviden los viejos rencores, ahora, cuando se decide la cuestión fundamental: la liberación del país del yugo bolchevique.

—¿Tú eres Vaniushin?

—Sí.

—¿Fue tu periodicucho el que primero comenzó a chillar en mi contra? ¿Fuiste tú, lacayo de ellos, quien comenzó el alboroto? ¿Y ahora vienes aquí como un zorro? ¿Ahora, cuando os disteis cuenta de que no podéis sin Semiónov?

—También podemos sin Semiónov —dijo Merkúlov contrayendo el rostro—, podemos, Grigori Mijáilovich. Nuestras unidades comienzan mañana el asalto a Jabárovsk.

—Una mierda lo van a tomar. Vosotros sois demócratas, la horca os da náuseas; tenéis regimientos limpitos; llevais calaveras blancas en las mangas, como si estuvierais en una farmacia. ¡Pero lo que hace falta es el látigo, la fusta! ¡Sin el chillido cosaco no hay quien asuste al mujik ruso, aunque sea siete veces rojo! Veré cómo os rompéis los dientes en el Amur.

—¿Lo verá o se alegrará? —preguntó Vaniushin—. ¿Quizá le apetezca ver la sangre rusa que cubrirá el hielo del Amur? Mis lectores se asombrarán cuando escuchen semejante respuesta.

—¡Yo me cago en tus lectores! ¡Si les hago un solo guiño —señaló con la cabeza en dirección a sus escoltas—, te harán recordar

a tus lectores con cien buenos planazos!

—¡No intente asustarme, atamán! —dijo Vaniushin dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡A mí no me asusta fácilmente!

—Oíd eso —se burló Semiónov—; tienes genio, plumífero… Siéntate, no armes jarana.

El atamán tomó de la ventana una botella de alcohol con raíces de sen-sen y estuvo largo rato mirando a trasluz la planta en la botella. La raíz semejaba una mujer bailando, con los brazos doblados por encima de la cabeza.

—Como una bailarina —dijo Semiónov con ternura—, se contorsiona, la muy zalamera. Igual que vosotros, los corresponsales… Vamos a beber un vaso.

Sirvió el alcohol levemente verdoso en vasos de cristal tallado; cortó a la mitad varias cebollas grandes, las espolvoreó con sal y empujó una grande hacia Vaniushin; otra más pequeña, con el corazón verde, hacia Merkúlov. Bebieron en silencio, después de chocar los vasos. Luego sacudieron la cabeza como caballos, olieron sus cebollas y se frotaron los ojos lacrimosos.

—Bien, ¿qué traéis? —preguntó Semiónov—. ¿Un manuscrito de ese…, cómo se llama ese primer ministro vuestro?

—No, no hay manuscrito —respondió Merkúlov—. Es una propuesta oral.

—Soltadla.

—El gobierno le otorga el grado de teniente general y lo designa jefe de toda la caballería del Ejército Ruso de Liberación.

—Aquí no hay mendigos.

—Grigori Mijáilovich, ¿acaso no le preocupa nuestra causa común? —preguntó Vaniushin, en voz baja—. ¿Por qué habla como si estuviera en el mercado? Hemos venido a verlo, le estamos rogando que se incorpore a la lucha, le ofrecemos un grado que usted no tenía, pues antes era solo un coronel, le damos un puesto honorable y valeroso, y usted regatea como un tendero.

—Tu acompañante, el ministro de Asuntos Extranjeros, es de esa casta. —Semiónov sonrió por primera vez desde que iniciaron la

conversación—. Él y su hermano son tenderos. ¿No es así, Nikolái Dionísievich?

—Sí, nosotros somos tenderos —respondió Merkúlov con seriedad—, y usted, querido atamán, es un mujik empedernido por lo que no está muy lejos de nosotros. Son los aristócratas los que discuten por su origen; mi hermano y yo somos plebeyos, y en verdad, estamos orgullosos de serlo.

—Está bien —dijo el atamán tras un minuto de silencio—. Os daré el tren blindado y parte de la caballería para que les ayuden con sus chillidos. Verán de lo que son capaces los muchachos de Semiónov. Y después decidiremos qué haré yo: ensillar yeguas o mandar a hombres. Por favor, escribe en tu periodiquito que los valientes de Semiónov repartieron suficientes sablazos a mayor gloria del arma rusa. Podéis no escribir sobre mí, no soy vanidoso, vivo aquí como en Tulchino.

—¿Qué es eso? —preguntó Merkúlov, mientras miraba a Vaniushin.

—La aldea adonde el emperador Pável desterró a Suvórov antes de darle el título de generalísimo —fue la respuesta del periodista.

Cuartel general cerca de Jabárovsk

Vuelan los jinetes de Semiónov hacia las posiciones de los rojos, agitan los sables en alto y chillan tan salvaje y fieramente que a cualquiera se le congelaría la sangre en las venas. Detrás de ellos corren las filas de los soldados de Kappel apuntando con las bayonetas. Y a través de la niebla transparente que cubre el Amur, ven Jabárovsk sobre la alta orilla iluminada por el sol; las iglesias brillan, el cielo parece muy alto y, en él, el sol es algo azulado, pequeño y gélido.

Los combatientes salen de las trincheras y corren con los fusiles en las manos: rusos contra rusos, mujiks contra mujiks, hermanos contra hermanos, padres contra hijos.

Se combate cuerpo a cuerpo. Uno por aquí, otro por allá abandona el fusil y resuelve su destino a la rusa: con los puños. El combate es silencioso, solo se escucha el resoplido de la gente o injurias calladas acompañadas de lágrimas, de esas que se vierten en la agonía por última vez.

El sol se escondió tras las nubes, llegó el crepúsculo y cayó la noche pespunteada por los chispazos de disparos aislados.

Rugen las locomotoras, gritan niños y mujeres que rodean los vagones: los últimos convoyes parten de Jabárovsk.

Póstishev y los combatientes retroceden con lentitud, mientras cubren los últimos trenes que abandonan la estación. Ya se escucha cerca el sonido de los tanques, los jinetes galopan por la ciudad; aquí no pueden avanzar, hay rieles y los caballos podrían partirse las patas. Se ve como brotan uno tras otro los incendios: surgen las blancas lengüetas de fuego, movidas por el viento, y parece que quisieran encender también el triste cielo invernal…

En la ciudad ocupada se desató el saqueo violento de las casas. En las tabernas se escuchan los gritos de los cosacos y los gemidos de las mujeres que son arrastradas escaleras abajo por los soldados de Semiónov; resuenan los vidrios rotos, se rompen los espejos en las barberías y caen al suelo como espumosa cascada plateada.

Vaniushin ve cómo golpean a un anciano y lo arrastran por los cabellos canosos; ve cómo tres cosacos arrancan el abrigo a una adolescente y le desgarran la falda; ve cómo se balancea en un farol un cadáver, de cuyo pecho cuelga una inscripción: «El maestro Shirokij, lameculos de los rojos»; ve a dos soldados de Semiónov, borrachos, que abofetean a un hombre vestido con un abrigo de piel; a juzgar por todo, es un procurador. Mientras le golpean, le gritan:

—¡Qué jeta más gorda! ¡Cerdo asqueroso! ¡Tragón, te atracaste de tocino!

—¡Basta ya! —grita Vaniushin—. ¡Os habéis vuelto todos locos! ¡Basta ya!

Uno de los cosacos se vuelve y, sin prisa, le azota el rostro con el látigo.

—¡Piérdete, gusano, antes de que te meta el sable por el culo, anda!

Vaniushin sube corriendo al segundo piso del hotel, a la *suite* de Merkúlov. El escolta le dice que Nikolái Dionísievich se encuentra en los almacenes madereros, junto al río.

Vaniushin vuelve aprisa a la calle y corre hacia el río sin mirar a su alrededor. Nuevamente se escuchan los gemidos de los apaleados, los gritos ebrios de los cosacos, disparos aislados, brotan incendios y por doquier, postigos cerrados. No se ve ni una sola ventana abierta. Es como si la ciudad quedara ciega, como si escondiera su rostro ante los vencedores enfurecidos, terribles y ensangrentados.

En un enorme almacén maderero que se extiende junto a la orilla misma del Amur reina la agitación. Algunos mercaderes —los más viejos, con gorros y pesados abrigos; los más jóvenes, vestidos a la moda norteamericana, con abrigos cortos y polainas— rodean a Merkúlov y caminan entre enormes montones de tablas. ¡Cuánta madera junta! Para postes, para la construcción, para cerillas, troncos enteros para las chimeneas, tablones cuadrados para traviesas, tablas cepilladas: todo es oro, es un tesoro incalculable lo que han ocupado en los almacenes.

Merkúlov tiene abierto el abrigo de piel, le brillan los ojos; muestra a varios compradores los bultos de madera y dice:

—Esto es de mi hermano, y eso y aquello también. De nuestras parcelas en el bosque se enviaba madera todos los trimestres. Aquí debe de haber unos setecientos mil dólares en madera, mañana lo comprobaremos. Ahora, pongan una guardia sobria. ¡Si dejan caer aquí aunque sea una sola cerilla, al paredón!

Vaniushin corre hasta donde está Merkúlov, lo agarra por la manga y sin poder tomar aliento, grita:

—¡Escuche, hay una carnicería en la ciudad! ¡Debe enviar de inmediato a las patrullas a la calle para poner orden! ¡Se cometen horrores!

—No puede ser —responde Merkúlov, distraído—. Eso está mal. Ahora inventaremos algo. Oiga, ¿siente el olor a madera? Huela, huela, es un aroma divino. No hay nada más dulce que el olor del árbol derribado.

—¡Kolia! —susurra Vaniushin y en sus ojos refulge el reflejo de los incendios que arden en la ciudad— ¿Qué tiene que ver la madera en esto? ¡Se cometen horrores en la ciudad! Así lo hundiremos todo. ¡Mil demonios! ¿Y qué hay de las tareas nacionales y de los manifiestos? Vuelva en sí…

—Sí, tiene usted razón —responde Merkúlov, pero va cerrando los dedos, mientras cuenta los bultos—, ahora vamos. Pero, en fin, ¿qué quiere usted? La ira popular no conoce fronteras… ¿Por qué no señalaron, señores, que los cedros los hemos vendido a los norteamericanos y no a Tokio? Hay que ponerles una crucecita azul y ustedes ponen una amarilla. ¿Por qué no prestan la debida atención, señores?

Vaniushin se aparta lentamente de Merkúlov, se vuelve y con el abrigo abierto, vaga por la ciudad invadida por los incendios.

Chitá

Durante los últimos meses la jornada laboral de Bliújer comenzaba a las cinco de la madrugada. Se despertaba sin despertador, hacía su gimnasia, se lavaba hasta la cintura con agua helada, resoplaba como un caballo, se golpeaba la nuca, el pecho y los hombros con la mano abierta para mejorar la circulación de la sangre. Se vestía, se afeitaba con cuidado, cambiaba el cuello —por la noche, invariablemente, planchaba el nuevo cuello y nunca utilizaba uno más de un día—, limpiaba sus botas altas de estirada caña y entraba en su oficina limpio, brillante y sereno.

Sus funcionarios, que al igual que el comandante en jefe, se acostaban a las dos o las tres —solo después de recibir los últimos partes del frente—, se despertaban con dificultad y por largo rato no podían abandonar el lecho, ya que les dolía la nuca y sentían las sienes pesadas. El propio Bliújer caminaba por las oficinas —ahora todos vivían en el Estado Mayor, acuartelados—, se reía atronadoramente y arrancaba las delgadas frazadas rojas de los lechos de su gente, y hasta les salpicaba el rostro con agua helada que llevaba en una jarra de aluminio.

Todas las mañanas, después de despertar a sus ayudantes, Bliújer marchaba hasta el hilo directo a conversar con el comandante del frente oriental, Serishev, y con el comisario Póstishev; estudiaba los partes de la madrugada, pasaba por una habitación con la puerta cubierta de chapas de zinc, donde se encontraba el departamento especial de la dirección de inteligencia, y permanecía media hora en la dirección de retaguardia. Ahora Bliújer concedía la mayor importancia a la organización del abastecimiento de las divisiones que se preparaban para partir al frente. Se dirigía al buró para el Lejano Oriente del Comité Central, informaba sobre la situación en el frente y solo después marchaba a su oficina para recibir a los visitantes, antes de partir hacia los polígonos donde estaban las unidades o hacia la sede del gobierno: el Consejo de Ministros se reunía con carácter urgente casi todos los días y discutía la situación en las proximidades de Jabárovsk.

La primera persona que tenía audiencia con el ministro de la Guerra y comandante jefe era Marvin Cabb, representante de una agencia de noticias norteamericana en la RLO.

Al entrar en la oficina de Vasili Konstantínovich hizo una reverencia, se sentó en la butaca con calma y sobriedad, estiró las piernas sin apuro, hizo crujir los dedos largos y planos, y dijo:

—Míster Bliújer, comprendo que está usted muy ocupado. Le estoy profundamente agradecido por haberme recibido. Los Estados Unidos —no hablo solo de los círculos financieros, sino de la opinión

pública en general, en un sentido más amplio— se interesan por la explicación que pueda dar usted de la derrota de sus tropas.

—Me gusta que vaya al grano —respondió Bliújer, mientras sacaba de un cajón varios lápices de colores bien afilados—. Me gusta que plantee la cuestión a bocajarro. Le responderé. Debido a las conversaciones en Dairen no tomamos medidas extraordinarias para custodiar nuestras fronteras a lo largo de la franja neutral, en el Imán, ya que según las condiciones del armisticio del año veinte por esas fronteras respondían los japoneses. Además, conocíamos de la existencia de grandes agrupaciones de guardias blancos a lo largo de nuestras fronteras con China y Mongolia, desde las cuales Chitá está solo a un paso. Por tanto estábamos obligados a mantener un ejército fronterizo excesivamente grande para defender la retaguardia.

—Perdone, señor ministro, pero ¿no han tenido que desguarecer la retaguardia ahora, de todos modos? Según los informes de las agencias telegráficas japonesas ustedes retiraron todas las tropas de la frontera y las han enviado a la zona de Jabárovsk.

—¿Quiere usted que se lo ratifique oficialmente? —sonrió Bliújer.

—¡Oh, no! Estamos acostumbrados a recibir las ratificaciones oficiales de manera extraoficial.

—Pero esa vía no es ya periodística, sino de inteligencia.

—Ministro, si hablamos honestamente, son dos caras de la misma moneda.

—No quisiera discutir este tema. Las cuestiones que constituyen secreto militar se diferencian de las discusiones sobre el largo de las faldas, que tan brillantemente aparecen en las páginas de sus diarios.

—Tenemos suficientes reservas de papel…

—El papel no es ingenio, se puede hacer reserva para el futuro —respondió Bliújer.

Cabb se echó a reír, chasqueó los dedos y dijo:

—En nuestro país diríamos: «Uno a cero, se adelanta míster Bliújer».

—Entonces, prosigo. Estábamos convencidos de que mientras se efectuaran las conversaciones en Dairen no había necesidad de medidas excepcionales para la custodia de las fronteras a lo largo del Imán, ya que las garantías internacionales que ofreció Japón, de manera tan sonada, nos parecían totalmente serias. Pero, por desgracia, nos equivocamos. Los japoneses permitieron el paso de los ejércitos blancos a través de sus fronteras, la agresión fue inesperada, y de ahí parten los éxitos provisionales de los blancos.

—¿Considera una casualidad la entrega de Bikín, Jabárovsk e In? ¿Llama usted *provisional* a la pérdida de miles de kilómetros?

—Sí.

—¿Está convencido de su victoria?

—Por supuesto.

—¿En qué se apoya su seguridad?

—Conozco demasiado bien lo que traen consigo las tropas blancas. Al igual que al aguacero se anticipa el calor, esta victoria de los blancos constituye la víspera de su derrota final.

—Habla usted como un profeta.

—Tengo un carácter demasiado alegre para semejante oficio.

—La última pregunta: el mundo quiere saber la verdad sobre las conversaciones en Dairen.

—Pienso que firmaremos un convenio comercial con Japón.

—¿Y qué van a comerciar?

—Fundamentalmente, cepillos dentales.

—¿Quién venderá cepillos dentales a quién?

—Mutuamente. Ellos nos venderán cepillos de color azul y nosotros, violeta.

—Espero que si envío a Nueva York esta información, no me expulsen de Chitá por divulgar un secreto militar.

—No confunda los colores. Si usted escribe que nosotros vamos a vender cepillos dentales rojos a Tokio, lo expulsarán con toda seguridad.

—¿Me permite una pregunta ajena a la prensa?

—Usted dirá.

—¿Cuál es su opinión sobre los japoneses?

—Respeto profundamente a esa nación de artistas, constructores y poetas.

—Una última pregunta: sabemos que usted ha ordenado que los mandos del ejército estudien la lengua inglesa. ¿Qué tuvo usted en mente al emitir semejante orden?

—Es verdad que emití esa orden. Después de nuestra oratoria llevaremos a cabo una desmovilización amplísima y muchos de los jefes militares se convertirán en ingenieros, diplomáticos y funcionarios comerciales. Tendrán que tratar a la gente suya y yo no confío mucho en el arte de los traductores. Incluso pienso que si todos los habitantes del planeta conocieran al menos dos lenguas, en el futuro las guerras quedarían excluidas de la vida de la sociedad.

—¿Habla usted del futuro en un momento en que no existe un solo país en el mundo que reconozca a su gobierno ni al gobierno leninista? ¿Habla usted del futuro cuando los ejércitos blancos derrotaron a sus tropas en las inmediaciones de Jabárovsk?

—Exactamente.

—Habla como un creyente.

—Es bastante complicado explicar la diferencia entre los conceptos «creyente» y «convencido». De todos modos, anótelo en la agenda y pregúnteselo a sus amigos rusos de la oposición eserista.

—Gracias, míster Bliújer.

—Que lo pase bien, míster Cabb.

Cinco minutos después de que Cabb abandonara el edificio del Estado Mayor, Bliújer citó a los funcionarios del departamento especial de la dirección de inteligencia y les propuso elaborar un cuidadoso plan para desinformar al enemigo, con el objetivo de crear a los guardias blancos la impresión de que se preparaba un nuevo traslado de tropas fronterizas desde la frontera con China hacia Jabárovsk.

Posiciones de la brigada de caballería

Acompañado por otros oficiales, Bliújer camina rápidamente por la plaza en dirección a las caballerizas, rodeadas de una alta cerca. Desde allí llegan relinchos angustiados. Bliújer tiene un aspecto airado, la mirada sombría y el rostro contraído. Entra casi corriendo en un enorme patio donde se encuentra alrededor de un centenar de caballos, comprados a los campesinos para la brigada.

—¿Por qué los caballos no están en las caballerizas?

—Están llenas, no hay sitio.

—¿Por qué no construyeron naves provisionales?

—Mañana llevaremos la reserva de caballos a Balka, allí hay establos de sobra.

—¿Por qué mañana? ¿Por qué no hoy?

No escucha la respuesta, sacude la mano molesto y comienza a revisar los caballos. Lo hace con lentitud, mira de cerca los belfos de las bestias, palpa la musculatura y el ollar. Pasa de un caballo a otro, estudia a cada animal con cuidado, como meditando. A la caballería de los blancos hay que contraponer la caballería roja: de otro modo, la infantería no resistirá. Y hay que asignar caballos a las baterías: sin animales de tiro la artillería está muerta.

—¿A dónde piensan llevar esta yegua baya? —pregunta Bliújer a los jefes que lo rodean.

—A la quinta batería.

—Está claro… Dígame cuáles son los requerimientos para los animales de tiro de la artillería.

—¿Qué requerimientos?

—Los que fueron enviados a las unidades la semana pasada. ¿No los ha leído usted?

—Los leí.

—¿Se acuerda de ellos?

—Sí.

—Sírvase repetirlos.

—Me acuerdo a rasgos generales…

—Tendrá que recordar los pormenores. Los animales de tiro para unidades de artillería deben tener pecho ancho y piernas cortas, musculatura fuerte, ancas redondas, con el extremo del casco fuerte, espalda corta, recta, sin mataduras, con la crin recta y recortada —disparó Bliújer, como queriendo incrustar cada palabra en sus acompañantes—. ¿Y este caballo sirve para la artillería? Está bien para tirar de un coche fúnebre, no para combatir. Envíelo a la impedimenta.

Bliújer sigue examinando los caballos.

—¿Y qué es esto? —pregunta—. ¿Qué caballos no debemos comprar para el ejército?

—Los de cascos en mal estado.

—¿Y qué más?

—Los de caña estrecha.

—¿Qué más?

—Los orejudos.

—¿Qué más?

Callan los oficiales, miran a los pies y sufren.

—¡Ay, ay, ay! —Vasili Konstantínovich sacude la cabeza—. No es bueno tener memoria de adolescente, ciudadanos comandantes de escuadrón y comisarios de regimientos de caballería. ¿Y si un caballo tiene las patas anteriores considerablemente dobladas en las rodillas?

—No sirve si se le doblan las rodillas —responden los comandantes.

—Sí, yo sé que no sirve. ¿Y este caballo? Tiene las patas como un arco de barril. ¿Por qué lo seleccionaría?

—Falta vigilancia.

—Metimos la pata, ciudadano ministro.

—Me gusta la autocrítica —dice Bliújer con aire sombrío—, pero no en organizaciones militares, sino en una tienda de sombreros. Este caballo no está apto.

El comandante en jefe sigue adelante. Examina atentamente cada animal, se fija cómo ha sido herrado, le mira los dientes, revisa

al tacto los músculos de las patas. Y de pronto, junto a la cerca, ve a una yegua con ojos grandes y tristes, con un potrillo rojizo. El animalito se pega a la madre, mira asustado a la gente, con ojos aún lechosos, azulados. La yegua pega al hijo a la cerca e intenta esconderlo de las miradas humanas.

—Tú, pequeñito—Vasili Konstantínovich habla dulcemente—. Ah, precioso mío, mi pequeñito…

Extiende con cuidado la mano hacia el potrillo. La yegua le sigue la mano con la vista y sacude nerviosa las patas traseras, como si se preparara a asestar una coz.

—Vasili Konstantínovich —dicen los comandantes con temor—, tenga cuidado no vaya a golpearlo.

—Creen que ella me golpeará —Bliújer sigue hablando en el mismo tono cariñoso—, ella ve que queremos al potrillo, ella golpea solo a los crueles…

Toca la cabeza del potrillo y comienza a acariciar suavemente su frente, a rascarlo tras las orejas, le dice algo tierno y silencioso, le regala medio terrón de azúcar. El potrillo se separa un paso de la madre, se acerca a Bliújer y comienza a restregar su delicado cuello contra la mano del comandante jefe. La madre ha dejado de golpear con las patas traseras; ahora se limita a bajar constantemente la cabeza y pasar el belfo por la espalda del hijo. El potrillo la mira sin apartarse de Bliújer y mueve suavemente la cabeza, como calmándola.

Vasili Konstantínovich toma la yegua por las riendas y la conduce, entre sonidos de cascos y relinchos, hasta la caballeriza. El potrillo camina tras la madre.

—¿Acaso se pueden tomar yeguas con potrillos que aún maman? —pregunta Bliújer a los oficiales después de dejar a la madre y al hijo en el establo y de echarles una enorme carga de heno—. ¿Está permitido, ciudadanos comandantes?

—En la orden no se dice nada de eso.

—Ciudadano ministro, lo que se dice es solo que no se tome a yeguas obviamente paridas.

—Si estuviera prohibido, ¿acaso lo habríamos hecho?

—No somos fieras, sino personas.

—Ay, ay, ay —dice Bliújer, triste y pensativo—. Está bien, en adelante ténganlo en cuenta… Vamos al Estado Mayor para ver cómo anda la cuestión del forraje y los pertrechos militares.

Estado mayor de la brigada de caballería

—Denme la lista de teléfonos —pide Bliújer mientras oprime el auricular contra la oreja—, tengo que llamar a la imprenta.

—Tenga, ciudadano ministro.

—Gracias.

Bliújer hojea rápidamente la guía telefónica de los estados mayores impresa en mimeógrafo.

—¿Qué quiere decir «dephistin»? —pregunta Bliújer asombrado.

—Departamento Histórico-informativo, ciudadano ministro —le explican a Bliújer con sonrisa condescendiente.

—¡Ah, conque era eso! ¿Y «puncuar»? ¿Algo en francés?

—Es el punto de cuarentena, en la enfermería.

—¿Y qué es AMJ?

—Ayudante militar del jefe de la vía férrea.

—Está claro, está claro… —Bliújer pide un número de teléfono, espera a que le respondan y dice—: Aquí, Bliújer. Sí, compañero jefe de la estación telefónica, yo mismo. Tengo algo que pedirle. Por favor, traduzca al ruso todos los nombres de la lista de teléfonos, por ejemplo, «*dephistin*», «*puncua*r» y todos los demás. Aprenda a respetar la lengua materna.

Bliújer coloca el auricular en su lugar y menea la cabeza.

—*¡Puncuar!* A la imprenta llamaré más tarde; ahora vamos a ver qué pertrechos han recibido aquí en los últimos días.

Le dan un paquete de órdenes e informes. Los estudia, mueve los labios mientras calcula algo, hace sonar las bolas del ábaco. De vez en cuando saca papeles sobre los cuales se ven notas escritas a

mano. Las palabras han sido escritas con letras enormes, pero borrosas: el lápiz tenía la punta partida, por lo cual no se puede descifrar lo que estaba escrito anteriormente en el documento. Bliújer mira los papeles al trasluz en un último intento de leer.

—¿Quién hizo estas rúbricas en la factura?

—Yo, ciudadano ministro —responde uno de los oficiales.

—Léalo.

—«Ruego tomar nota y destinar inmediatamente dos sacos para las necesidades de la cocina. Sidelnikov».

—¿Usted es Sidelnikov?

—Yo mismo.

—¿Y no puede poner su apellido con letras pequeñas? Es poco modesto firmar con semejantes letronas. Y ahora, lea lo que dice la factura.

El comandante Sidelnikov, rojo como un tomate, intenta leer el texto, pero no puede hacerlo por la nota escrita por él.

—Vea lo que ocurre —interviene Bliújer—, de aquí en adelante ordene que las resoluciones, en caso de necesidad, y no de «sacos para la cocina», sean escritas con tinta en los márgenes de las facturas y firmadas normalmente. Si se requiere una resolución mayor, que no cabe en los márgenes, sírvase pegar una hojita de papel al documento. Es fácil de aprender —se burla el comandante jefe, mientras muestra con prontitud cómo hay que pegar el papel—, y entonces pueden escribir en esa hojita su ilustre opinión.

—Vasili Konstantínovich —dice uno de los comandantes en voz baja—, ¿acaso es tiempo ahora de hablar de resoluciones o del color de la tinta? Estamos retrocediendo, nos amenaza la derrota, Vasili Konstantínovich…

Bliújer hace una mueca y responde sordamente y con dolor:

—Me asombran ustedes: a fin de cuentas, el resultado de una guerra se decide por la forma en que el soldado se coloca los peales y cómo está alimentado, y ustedes andan discurseando como agitadores baratos y no quieren pensar en serio. ¿Para cuánto

tiempo les alcanzan los cartuchos si comenzamos la ofensiva hoy, mañana o dentro de una semana?

—¡Para una semana!

—¡Cinco días!

—¡Tres días!

—¡Alcanzan para ocho!

—Cinco días…

—Un par…

—¡Demonios! —Bliújer escupe en el suelo—. ¡Da pena escucharlos! «Para cinco días». ¿Acaso aplastarán a Merkúlov en un día? ¡Qué clase de guerreros, me dan náuseas!

Se vuelve hacia la ventana y mira largamente cómo un escuadrón aprende a saltar barreras y a acometer con el sable.

—¿Y cómo los han entrenado? No saben dar sablazos: mueven la hoja como si fuera una estaca y sostienen sus cabalgaduras como los novios a las novias.

Bliújer sale de la habitación del Estado Mayor, camina hacia la plaza, toma el caballo del comandante del escuadrón, lo hace galopar a todo trapo, vuela por la zona de entrenamiento, salta las barreras a un metro de distancia, sablea con violencia, como si manejara una navaja, detiene el caballo de un tirón ante los comandantes, salta ligero de la silla y dice:

—Aprendan a respetar al combatiente que tendrán que llevar a luchar. Y se le respeta solo cuando se le enseña a combatir mejor que el enemigo. Así es la cosa, ciudadanos comandantes.

Estado Mayor general del Ejército Popular Revolucionario

Hay dos personas inclinadas sobre la mesa cubierta de mapas: Bliújer y Grzhimalski, jefe del Departamento de Operaciones.

—Repito —dice Vasili Konstantínovich—, considero inconveniente la concentración paulatina de tropas en la franja adyacente al frente.

—Pero Moltke lo consideraba conveniente.

—Solo cuando estaba convencido de la superioridad de sus fuerzas. Y nosotros estamos seguros de la superioridad de las fuerzas enemigas. Por tanto, moveremos un puño fuerte hacia el frente solo cuando hayamos terminado aquí todo el trabajo previo. ¿Está claro?

—Si continuamos esperando, Vasili Konstantínovich, vamos a desmoralizar a las tropas. En su época, mi esposa montaba espectáculos en la Asamblea de Oficiales. Ella empleaba un término: «añejar» los espectáculos. Es mejor presentarlos aunque no estén todavía maduros: el entusiasmo, el ardor ayudan… El añejamiento es peligroso porque se baja la guardia.

—Stanislav Iványovich, el frente no es un espectáculo, ahí se dispara, y no con pistolas de juguete.

—Curiosa situación —Grzhimalski sonríe con tristeza—, si nosotros, los oficiales de academia, hubiéramos decidido sabotear, nunca habríamos encontrado una situación mejor que la suya de ahora, Vasili Konstantínovich. A nuestro alrededor, todos murmuran, buscan la traición, consideran que estamos apartándolo a usted de acciones militares inmediatas…

—¿Quién en particular?

—Evíteme una respuesta precisa, lo consideraría una delación. Crea en mi palabra de honor: son muchos.

Bliújer camina hacia la ventana, se detiene, junta las manos en la espalda y responde lentamente:

—«Somos holgazanes y poco curiosos». ¿Recuerda a Pushkin? Pero también somos partidarios de ocultar la ignorancia bajo la sonrisa despectiva de un Fausto, rebosante de cultura. Quítele a algunos el «ABC del comunismo» y se encontrará con un tipo totalmente desnudo. Y en cuanto a los «muchos» que están molestos con mi lentitud, usted se equivoca. Conozco a todos los inconformes en el Estado Mayor por sus apellidos y sé que su inconformidad tiene origen en la fe de nuestros ideales, y si quiere, esa inconformidad ahora me viene bien. Sí, se trata de una enorme

desinformación que es registrada en Vladivostok y es tan real que no es posible desconfiar de ella. ¿Me entiende?

—Es usted diabólicamente pícaro, Vasili Konstantínovich.

—Y gracias a Dios. ¿Cuáles son sus conclusiones con respecto a los trenes blindados?

—Al parecer, el duelo de dos fuerzas blindadas decide muchas cosas, en última instancia. Vencerá aquel que sea capaz de presionar y echar al adversario de la vía férrea.

—¿Qué medidas considera indispensables para ello en la etapa preparatoria?

—Propongo una amplia actividad…

Bliújer sonríe con burla y dice, apartando la vista de los mapas:

—Los hindúes tienen una frase sabia: «Desgraciado del pueblo que cuenta con gobernantes demasiado activos». ¿No nos estaremos pareciendo a esos gobernantes?

[15] Así se denominaban en Rusia los establecimientos de enseñanza secundaria.

COMITÉ DE DISTRITO DEL KOMSOMOL

Se reúne la comisión para la movilización de los miembros de la Unión Juvenil para las tripulaciones de los trenes blindados. Bliújer se encuentra entre los jóvenes del comité distrital. Un muchachito desgreñado entra en la oficina.

—Salud, muchachos —dice a los miembros del buró—. Pajom Vasíliev. Vengo a morir por la revolución.

—Mejor vive por ella —le aconseja Bliújer.

—¿Y de dónde sale este tipo? —pregunta Pajom Vasíliev mientras mira a Bliújer que viste un abrigo de piel.

—Este «tipo» —repite el secretario del comité distrital, con voz resonante, mientras se levanta de su asiento—, este tipo…

Pero Bliújer no lo deja concluir.

—Soy de la oficina militar.

—Tienes la jeta parecida a las del Antiguo Régimen —dice Pajom —. Cuando veo a alguien afeitadito y con una guerrera inglesa, me invade un sentimiento agudizado de odio de clase.

—Está claro —Bliújer sonríe apenas—. ¿Cuál es el sueño principal de tu vida?

—El triunfo de la revolución a escala mundial.

—¿Qué has hecho para ello?

—Estudio inglés, por orden de Bliújer, el comandante en jefe. Eso, en primer lugar. Trabajé con mi comité durante siete sábados voluntarios. En segundo lugar. Arreglé en nuestro taller tres cocinas de campaña en tiempo extra laboral. Eso, en tercero. Entregué unas botas de charol para las necesidades del frente. Eso en cuarto lugar.

—¿Con las cañas como botellas?

—¿Acaso soy un anciano? Tipo acordeón, por fuera, cuando las mueves hacia abajo suenan como el grito agónico del imperialismo

mundial.

Pajom Vasíliev suspira. La tristeza se refleja en su rostro pecoso de dieciocho años. Bliújer mira a los pies del muchacho, enfundados en unos lapti.

—Sirve —dice Bliújer a los miembros del buró—. El siguiente.

—Vas al tren blindado —le dicen al muchacho.

—Seré digno de vuestra confianza —responde Pajom Vasíliev—. Volveré victorioso.

Entra en la habitación el siguiente muchacho y se presenta:

—Shuvalov, Nikita.

—¿Hace tiempo que eres miembro de la Unión?

—Dos años y pico.

—¿Qué has hecho por la revolución?

—Nada.

—Explícate.

—No hace falta explicación.

—Espera, espera —interviene Bliújer—, explica tu punto de vista con claridad.

—La revolución necesita combatientes y a mí me tienen de maquinista en un tren. Transporto carneros muertos del matadero al mercado para que comercien con la producción soviética.

—¿Y si los comerciantes soviéticos ayudan a alimentar al pueblo, sigues estando en contra?

—No estoy en contra —El muchacho contrae el rostro—, me importan tres pepinos, no me preocupan, me preocupo por mí. Repiten: tienes tiempo de servir a la revolución, espera.

—Tu espera ha terminado —te dice Bliújer—. Vas de auxiliar de maquinista al tren blindado.

—Hace tiempo que debía haber ido —dice Nikita Shuvalov sombrío—, pero siempre esperan y yo no entiendo qué es lo que esperan.

El muchacho se va sin despedirse.

Cuando la puerta se cerró a espaldas de Nikita, los miembros del buró se dirigieron a Bliújer:

—Los blancos quemaron vivo a su padre en una chimenea, los odia a muerte.

Del comité distrital de la Unión Juvenil Bliújer se marcha al aeródromo a visitar a los pilotos; de allí, al puesto de la estación para ver cómo reparan los trenes blindados; luego marcha al banco estatal y logra sacar otros doscientos mil rublos para las necesidades del ejército, a fuerza de gritos que hacen temblar los vidrios de las ventanas; después, a la reunión del buró para el Lejano Oriente del Comité Central; una reunión operativa en el Estado Mayor general; un encuentro en la escuela de oficiales subalternos; conversación con Serishev, comandante del frente por hilo directo; conversa también con el comisario Póstishev y con Uborévich. Cuando llega a su habitación son las tres de la madrugada. Sin encender la luz, llega a su catre, cae en él y al instante queda dormido. En sueños su rostro parece el de un anciano.

Juramento

1. Yo, hijo del pueblo trabajador, ciudadano de la República del Lejano Oriente, recibo con esta solemne promesa el título de combatiente del Ejército Popular Revolucionario y defensor de los intereses de los trabajadores.

2. Ante las clases trabajadoras de la República de la fraternal Rusia soviética y de todo el mundo trabajador, me comprometo a llevar este alto título con honor, a estudiar conscientemente el arte militar y cuidar con mayor celo los bienes del pueblo y la propiedad militar que no sean dilapidados o dañados.

3. Me comprometo a observar estricta y constantemente la disciplina revolucionaria, a acatar, sin objetar, todas las órdenes de los jefes designados por el gobierno obrero de la República y a observar con firmeza las reglas de unión camaraderil entre compañeros.

4. Me comprometo solemnemente a presentarme al primer llamado del gobierno como combatiente seleccionado por el pueblo

trabajador para defender la República contra cualquier peligro y agresiones por parte de sus enemigos y a luchar por las conquistas revolucionarias, la unidad, la paz de la República obrera del Lejano Oriente y la fraternal República soviética de obreros y campesinos, por la causa del socialismo y la hermandad de los pueblos, y a no escatimar fuerzas ni la propia vida.

5. Me comprometo solemnemente a contenerme yo mismo y a prevenir a mis camaradas de cualesquiera acto que deshonre o rebaje la dignidad de un ciudadano libre de la República obrera del Lejano Oriente, y a encaminar todos mis actos hacia el objetivo único de la liberación de todos los trabajadores.

6. Si renuncio a esta mi promesa solemne por mala intención, me veré sometido al desprecio general y que entonces me castigue la mano dura e implacable de las leyes revolucionarias.

Vladivostok. Habitación del Hotel Versalles

Vaniushin estaba sentado tras la mesa, a medio vestir: el rostro abotagado mostraba las huellas de la borrachera, los ojos parecían dos ranuras.

—Aquí tiene un recorte, Maxim Maximóvich —dijo—, del periódico moscovita *Rannieie Utro*, del diecisiete de octubre de mil novecientos doce. Mire qué curioso.

Sacó de su gran billetera un recorte, amarillo en las dobleces, y se lo tendió a Isáiev:

—Léalo en voz alta. Me deleita escucharlo.

—«Ayer, ante el juez de paz —comenzó a leer Isáiev—, se ventiló la causa de Frederick Ranet, corresponsal de un periódico extranjero, acusado de alterar el orden y la tranquilidad pública. Cuando se encontraba en un restaurante, ebrio y en compañía de extranjeros, Ranet se acercó al camarero Maximov y le golpeó el rostro. Se levantó acta. Ranet declaró que no deseaba ofender a Maximov, sino simplemente demostrar que en Rusia se podía

golpear el rostro a cualquiera y salir airoso por medio de un pago reducido, en forma de una multa en metálico. El juez de paz condenó a Ranet a siete días de arresto…».

—Se olvidó del titular, Maxim. Por favor, léame el titular.

—«En Rusia todo es posible» —leyó Isáiev.

Vaniushin rio con una carcajada forzada; todo su cuerpo se estremeció.

—¡Qué maravilla! ¿No es verdad? Aquí todo está permitido. Todo y a todos. A cualquier cerdo o comerciante, a cualquier hijo de perra, a cualquier intelectualillo…

—No tiene razones para insultar a nuestra intelectualidad. No es impotente porque sea mala, sino porque tenemos demasiadas leyes y vivimos en la ilegalidad.

—¿Por qué no bebe?

—No lo quiero antes de la cacería. Seguramente Guiatsintov vendrá dentro de una hora, mañana vamos a cazar venados.

—También me iré con ustedes.

—Usted debía descansar después del viaje, Nikolái Ivánovich.

—¡Ah, tonterías! ¿Por qué no bebe? ¡Comprendo, la cacería! La aniquilación de criaturas vivientes, el instinto, etcétera, etcétera. Maxim —dijo Vaniushin, bajando los hombros y dejando caer los brazos junto al cuerpo con impotencia—, todo ha terminado. Compréndame: estamos perdidos, Maxim.

—¿De qué habla usted?

—Después de la muerte de Kolchak, viví en la emigración en un precioso establo de Harbin y dormía sobre deliciosa paja. Robaba pan como un mendigo, un vagabundo. Un delirio. ¿Pero, por qué? En la emigración hay un cierto encanto, una constante sensación de lástima por sí mismo, la malevolencia elevada al rango de religión, y el amor a todo lo nuestro llevado hasta el absurdo. En la emigración, hasta un vómito, si es nuestro, parece querido y cercano, y hasta puede conseguir que se nos salten las lágrimas.

Tocaron a la puerta.

—¡Entre! —gritó Vaniushin.

Sashenka metió la cabeza en la habitación.

—Entre, querida —Isáiev se apresuró a recibir a la muchacha. Le apretó la mano con fuerza, a la usanza inglesa, y la condujo a la mesa. Sashenka vestía una chaquetita de piel, muy gruesa, pantalones de cuero y botas blancas, con la caña doblada.

—¿Para qué se viste así, hermosura mía? —preguntó Vaniushin mientras besaba a Sashenka en la frente—. ¿Va al carnaval para celebrar nuestras victorias?

—Claro que no, Nikolái Ivánovich. Guiatsintov nos invitó a una cacería, a cazar un venado.

—¿Y dónde está nuestro Desmoulins?

—Irá por la noche, pero a mí me envía ahora, con los alimentos y los cocineros.

Isáiev se acercó a la ventana, levantó ligeramente la cortina y vio, en un coche gris y largo, a los dos «cocineros». Obviamente, se trataba de dos agentes: frentes estrechas, ojillos inquietos y aire de apaleados…

—Sashenka —dijo Vaniushin—, está usted hermosísima, alma mía. ¿A qué se debe eso? ¿No será el amor? Las cejas de Sashenka se alzaron, se volvió bruscamente hacia Vaniushin y le respondió:

—Eso mismo es, Nikolái Ivánovich, eso mismo.

La muchacha salió corriendo; Isáiev la siguió con una tierna mirada y con una angustia tan profunda que Vaniushin exclamó algo y lo amenazó con un dedo; se acercó al escritorio, tomó el teléfono, marcó un número y dijo:

—¿Coronel? Sí, soy yo. ¿Por qué te asombras? Merkúlov está allá y yo estoy aquí. ¿Nos recoges ahora para la cacería o más tarde? ¿Cuándo? ¿Por la noche? Está bien. Estamos libres hasta las seis. Bien, te esperamos.

Vaniushin colgó el teléfono y dijo:

—¡Y ahora bebamos en calma y pensemos en Dios!

Se sirvió otro vaso de coñac, se lo bebió de un trago y comenzó a correr por la habitación mientras cantaba con horrible voz *El mujik de Kamarinsk.*

De repente calló, se agachó y se arrastró hasta un rincón; entonces preguntó:

—¿Ha escuchado alguna vez cómo gritan los cazadores de lobos? Aúllan como lobas para atraer al lobo. Yo también sé hacerlo. Si quiere, se lo mostraré.

Vaniushin se acuesta en el suelo y comienza a aullar primero bajo y luego cada vez más alto, de modo terrible, desesperado, animal. Calla. Se echa a llorar.

—Vamos a la ciudad, Maxim —ruega con aire lastimero—. Si sigo aquí, me cuelgo. A propósito, no sé si habrás oído que ayer por la noche el general Savitskl propuso a los norteamericanos la venta de todas las tierras de las tropas cosacas del Ussuri por un millón de dólares. ¡Un patriota del pueblo ruso, héroe y soldado comercia con la tierra de su país! Nunca se ha dado semejante caso en la historia mundial. Es verdad que lo primero que se pudre del pescado es la cabeza. También vi, con mis propios ojos, cómo la gente de Semiónov desnudó a un prisionero rojo —un simple mujik ruso, no un comisario—, sobre el hielo del Amur; le frotaron el cuerpo con cabezas de truchas, lo cubrieron de sal y luego lo soltaron. Había diez verstas hasta la vivienda más cercana y un frío de treinta grados bajo cero. Él se arrastraba de rodillas tras los cosacos y les pedía a gritos que le pegaran un tiro. Dicen que los gordos son bonachones… ¡Qué tontería! Todo eso lo inventaron ustedes, Maxim… ¿Y sabe otra cosa? Una sociedad en la cual un buen escritor tiene que procurarse las reseñas de su propia obra está perdida, ya que ha sido envenenada por la indiferencia y la pasividad. Ayer, un conocido escritor me escribió desde París y me pidió que publicara un artículo sobre su libro de versos. Él mismo lo pide y a mí me repugna…

—Algo le ha ocurrido a usted, Nikolái Ivánovich. Mire, tiene arrugas junto a las orejas. ¿Sabe qué significa eso?

—¿Qué?

—Que se elevará a un escalón superior de sabiduría.

Vaniushin no escuchaba a Isáiev, se reía enigmáticamente y seguía hablando:

—Pero todos los comerciantes llevan dentro del alma uniforme militar. El intelectual no ansía el poder y en esto consiste la tragedia de nuestra sociedad. Aquí son los mercaderes, los plebeyos y los curas quienes lo ansían. Mientras tanto, los intelectuales buscan la verdad, por lo que sufren ellos mismos y obligan a sufrir a quienes los rodean. Y profetizan. Se pasan el tiempo profetizando.

—Recientemente leí a Lao Tse —dijo Isáiev—. Él interpreta de forma muy astuta la diferencia entre algo que llama Grande y Pequeño. Lo Pequeño, como asegura Lao Tse, debe encontrarse encima y ser soberbio mientras que lo grande debe estar abajo y consolarse con ser grande.

—¿A qué viene eso? ¿Otra astucia suya? Usted es un hombre astuto, Maxim Isáiev. ¿Por qué habla de lo grande y lo pequeño? ¿Piensa que yo soy pequeño y usted grande? Fíjese, en aquel rincón hay una calavera, ¿la ha visto? Vámonos pronto de aquí, ¿eh? A propósito, ¿encontraremos cartuchos para mí? De repente, se me ocurre ponerme a…

Isáiev sacó del bolsillo dos cartuchos cargados de perdigones.

—Uno para usted y otro para mí, ¿alcanzarán? Cuando voy a cazar venados nunca llevo más de un cartucho.

—¿Y si no hace blanco? ¡Qué vergüenza!

—Nunca fallo el blanco, Nikolái Ivánovich, soy un as en la caza.

Asamblea popular

Vaniushin entró ruidosamente en el palco de la prensa, tiró la chaqueta de piel sobre una butaca; sin mirar, le tendió la mano a los periodistas japoneses y norteamericanos y en voz alta, hizo una pregunta a Isáiev, que le seguía:

—Maxim, ¿qué espectáculo ponen hoy en este antro? ¿No ha comprado el programa?

En el salón, entre los delegados, corrió un rumor; el presidente, molesto, sacudió la cabeza mientras miraba con reproche a Vaniushin. Acto seguido tocó el timbre. El orador, el eserista Pavlovski, continuó su intervención.

—¡Hemos conquistado el poder a mano limpia! —decía.

Vaniushin, apoyado en el balcón, gritó:

—¡Pero con guantes japoneses!

—¡Llamen a Guerásim, el guardián! ¡Que saque a ese ciudadano insolente! —se indignaron los delegados.

—¡Señor Vaniushin! —dijo el presidente, que se había levantado de su asiento—. Le hago la última observación. Está interfiriendo en la discusión de un asunto importantísimo.

—Discusión muy seria de ideas estupidísimas —masculló Vaniushin y se acomodó en la butaca—. ¡Ya basta, presidente! ¡Ya me callo! ¡Soy mudo como un pez! —gritó con voz alegre—. Isáiev, dígales que yo apesto como un pescado, cuya cabeza está ya podrida.

Pavlovski, molesto, hizo un ademán y prosiguió:

—Y hoy, cuando todos festejamos la víspera de la total liberación de la patria de la tiranía roja debemos volver nuevamente al problema de la exención de impuestos para aquellos de nuestros conciudadanos que, con su espíritu emprendedor y desinteresado, han acumulado la riqueza nacional que, a fin de cuentas, señores, pertenece al pueblo. Pero los hombres que se dedican a la actividad de los negocios están obligados, a pesar de todo, a ocultar su comercio con Japón y los Estados Unidos, ya que, señores, aparecen demagogos que consideran ese comercio como una traición a los intereses nacionales. Creo que en los días de nuestra marcha victoriosa por Rusia conseguiremos que la Asamblea Popular acepte un proyecto de ley que retire las limitaciones impositivas al comercio con la madera y las minas plúmbeas, que tanta falta hacen a nuestros aliados, amigos y hermanos.

Vaniushin se levantó del asiento, se acercó al balconcito tapizado de terciopelo rojizo y gritó:

—¡Que paguen primero por su bienestar! Maquiavelo decía que la libertad ciudadana consiste en el bienestar propio, el de la mujer, de los hijos y en los bienes. ¡Pero cuando se tiene todo esto, no se valora! ¡Ya han perdido a Rusia, cretinos culogordos! ¡Solo piensan en sus ganancias momentáneas con la madera y el plomo! ¡No comprenden que el ejército se ha desintegrado! ¡Se ha convertido en una horda ebria! ¡Y ustedes, bueyes ciegos, rebosan grasa!

—¡Fuera! —gritan los delegados—. ¡Llamen a la policía! ¡La policía!

Isáiev se lanzó sobre el enorme Vaniushin, que estaba blanco por la ira, le agarró con facilidad los brazos tras la espalda y lo sacó del palco. Corrió junto a él por vestíbulo mientras escuchaba los silbatos de los agentes; abrió con el hombro la puerta de un coche y empujó a Vaniushin adentro; cayó junto a él en el asiento y gritó al cochero:

—¡Vamos!

Vaniushin lloraba y mascullaba injurias. Lloraba como un crío, lastimeramente. Parece que así lloran los solterones: sollozan, sienten profunda lástima de ellos mismos y se cubren el rostro de lágrimas.

—Que vaya a Shestaya Matrosskaya, a casa de Sidelnikov —pidió Vaniushin, a través de las lágrimas y de ebrios sollozos—. Allí vive Miñka. Me confesaré con él.

Con Miñka

Miñka era un viejo lacayo que había servido durante cincuenta años a la familia de Vaniushin. Resultó ser un anciano ágil y rápido, casi sin una cana, con la nariz violeta y una camisa roja de seda. Al ver a Vaniushin, que entró cayéndose por la puerta de su habitación en el sótano —muy húmeda, pero limpia—, Miñka saltó de detrás de la mesa, corrió hacia los recién llegados, los ayudó a quitarse los abrigos, los gorros y los mitones, y se llevó todo aquello tras una

cortinita de colores, junto a la puerta, mientras balbuceaba algo y se reía.

Vaniushin se acostó sobre un banco bajito de madera, cubierto de trapos viejos; se estiró, cruzó las manos sobre el pecho, tomó de un estante una larga vela de iglesia, la colocó sobre su pecho y preguntó:

—Miñka, ¿me parezco a un muerto?

—Ay, Kosiñka, te pareces, te pareces —respondió, contento, el anciano—. Como si estuvieras vivo…

Isáiev se echó a reír y Vaniushin dijo, sin abrir los ojos:

—Eso lo dice por inteligente, no por tonto. Miñka, ¿por qué te pones solo cosas rojas?

—Me preparo para la llegada de ellos; estoy probando qué tal le va el color a mi rostro.

—¿Y vendrán?

—Querido Kosiñka, no te irrites. Es como cuando cortas leña y una astilla se te clava en el dedo; primero, no se ve nada, solo algo blanquito, finito, y después, cuando esperas un poco, sale la sangre.

Vaniushin yacía sobre el banco, envejecido, abotagado. Miraba atentamente a Isáiev con un ojo y mantenía el otro cerrado, como si le estuviera dando descanso.

—Dígame, abuelo —preguntó Isáiev—, ¿qué va a ocurrir conmigo? Una gitana me dijo algo cómico.

—¿A ti? —preguntó Miñka y sonrió—. No quiero decirte lo que te pasará. ¿Ella te leyó el futuro a largo plazo?

—Muy largo.

—Entonces créela, hijito, créela. Aunque, a simple vista, en tus rasgos hay algo gris, eso que aparece justo antes del final, cuando todo flota como en sueños; y tú quieres atrapar un punto flotante, pero él se escapa una y otra vez entre tus dedos; entonces, es cuando aparece ese color gris. Y tú, Kosiñka, duerme, estás del todo amarillo. Verdad es que tienes buen color, de limón, eso es para el principio y no para el fin, pero te encuentras totalmente exhausto.

¿Quieres que vaya a buscar unas hembras para que os canten canciones?

—No hace falta —respondió Vaniushin, mientras seguía mirando a Isáiev con un solo ojo—. Miñka, ¿por qué asustas a mi amigo?

—¿Acaso lo asusto? —Miñka sonrió y su rostro se iluminó—. Yo estaba probándolo, cualquier otro hubiera encargado hembras enseguida, pero este se ha limitado a fruncir la nariz y eso ha sido todo. Kosiñka, yo conozco a la gente por la forma en que responden. Es como cuando escupes al vidrio, te salpicas, pero en el bosque, donde todo es blando, puedes escupir a tu antojo: en el escupitajo crecerá la hierba, pero no antes del año siguiente, temprano en primavera, al comienzo mismo. Por eso, no hay que temerme, soy un anciano bondadoso. Te crie con estas mismas manos.

—Trae salmuera —pidió Vaniushin.

Miñka salió corriendo de la habitación, mientras mascullaba algo. Vaniushin lo siguió con la vista y suspiró.

—¿Sabe por qué habló del punto que flota? Me consolaba. ¡Qué bien! ¿Eh? La mayor alegría para un hombre a quien se le ha muerto la mujer es que perezca la novia de su mejor amigo. ¿Acaso no es así? Así es. Solo que eso lo llevamos muy dentro. Aunque nos maten, no lo aceptamos. Pero él es un mujik sencillo, ¿qué puede perder, a qué temer? Está solo, es viejo, lleva consigo todo lo suyo; por eso dice verdades.

Miñka llegó con un enorme bidón dentro del cual se movía una salmuera turbia. Flotaban en ella enormes hojas de grosella y ramos decorativos de agujas del eneldo local. Vaniushin, tembloroso, tomó el bidón en las manos y se lo acercó a los labios. Isáiev veía cómo subía y bajaba la nuez de Adán en su enorme cuello.

—Bebe —dijo Vaniushin, con voz entrecortada, mientras se secaba unas gotas verdosas en la barbilla—, te levanta el ánimo como si fuera una oración.

Isáiev bebió un poco de salmuera. Estaba tan fría que sintió que los dientes se le congelaban.

—Ahora vendrá mi inquilino —se alegró Miñka, vanidoso, mientras recibía el bidón de manos de Isáiev—, le mandaré a la tienda a por salchichón. Luego les haré una «tortilla de cochero». ¿Recuerdas, Kosiñka, cómo te alimentaba con tortilla a escondidas de tu madre?

—¿Quién es ese inquilino tuyo? ¿Para qué? ¿Acaso no te basta con el dinero que te envío?

—Ay, ay, ay, no te enfades, lo guardo en el banco a tu nombre. Estoy solo, ¿para qué lo necesito? Mi inquilino es divertido, es un profesor, se llama Shames; en verano se pasa el tiempo abriendo ranas. Y en invierno, cuando anda por el mercado, canta canciones sobre esos judíos suyos y le dan buenas limosnas. Nuestro pueblo compadece al judío, si es pobre y mendigo, más que a los suyos propios. Porque si un hebreo es limosnero, quiere decir que es siete veces más pobre que un ruso. Y con el dinero que reúne en invierno Shames compra en verano ranas, las abre y mira por un microscopio y escribe cosas en los libros, y luego freímos las ranas en aceite de girasol. Al principio no me las podía comer, pero ahora me han devuelto las fuerzas, por Dios que sí. Como las holoturias, hasta sueño que deseo mujeres pecadoras…

Shames llegó cuando Vaniushin, Isáiev y Miñka estaban sentados alrededor de la mesa, bebían vodka y jugaban a las cartas. Vaniushin estaba ya medio desnudo, se reía con frecuencia y sin motivo, sus ojos brillaban con alegría y sin preocupaciones, y por la blanca depresión en el centro del pecho le corrían lentas gotas de sudor.

—¿Cuánto trajiste, Ruvimka? Atiende, Kosiñka, trata de matar mis trece dieces, que los seises te los guardo para charreteras. Oye, doctor, ¿cuánto recogiste hoy?

—Un rublo ochenta.

—Ve a donde Filemón a por salchichón, ¿eh? Haré una tortilla de cochero con cebolla.

Shames se puso el gorro, se cerró la raída levita que vestía sobre una chaqueta americana de piel de mono y salió.

—Tienes un inquilino silencioso —dijo Vaniushin—. Pero mato tus dieces, totalmente, y te vas a comer tus seises. Maxim Maximóvich, le toca a usted.

—¿Le sirve una dama?

—Depende de cuál sea…

—De diamantes.

—La tomo. Kosiñka, remata la carta de tu amigo. Él te salvó en la jugada anterior y tú lo vas a dejar perder ahora.

—No juego esta vez.

—La regla no es así —dijo Isáiev— El abuelo tiene razón: o me salva, o me hunde.

—Entonces, le hundo —dijo Vaniushin, y bebió una copa—. Le ruego que remate tres dieces.

—Con placer.

—¿Y un as de bastos?

—Tengo un triunfo para él. Es todo. Me salvé. Hizo mal en querer hundirme, Nikolái Ivánovich, soy terriblemente rencoroso…

Shames entró tan calladamente como había salido y colocó sobre la mesa una rueda de delgado salchichón de cazador.

—A propósito, ¿no se nos hace tarde? —preguntó Vaniushin—. ¿Cuándo debe venir ese canalla?

—A las seis. Ahora son las cuatro. Mejor busco un teléfono y llamo al coche para las cinco y media.

—No tiene que preocuparse…

—¿Considera eso una preocupación? Miñka, ¿dónde hay un teléfono por aquí cerca?

—En la estación de policía. No hay otro más cerca…

¿DÓNDE ESTÁ GUIATSINTOV?

Había cinco minutos de camino hasta la estación de policía más cercana. En el local de la guardia, sin calefacción, un anciano policía tocaba en su armónica una vieja tonada.

—¿Dónde hay un teléfono?

—¿Y para qué lo quiere?

—Para llamar al coronel Guiatsintov.

—Me da lo mismo cómo se llame.

—¡Amigo, es el jefe de la contrainteligencia!

—¿Cómo?

—Dios mío —dijo Isáiev, cansado—, ¿dónde están sus jefes?

—En la oficina.

Isáiev pasó a la oficina del suboficial de guardia, este le examinó durante largo rato su identificación de corresponsal, contrajo el rostro, resopló, se puso rojo y después preguntó:

—¿Es usted ruso?

—Sí.

—Está claro… Conque, ¿tiene que llamar?

—Eso es…

—¿Se puede?

—Un minutito…

—Por favor.

—¿Dijo usted que era ruso?

—Sí.

—¿Y a quién quiere llamar?

—Al coronel Guiatsintov.

—¿El jefe de los bomberos del puerto?

—Ese mismo.

—¿Y por qué le dijo al de la guardia que era de la contrainteligencia? ¿Y es usted ruso? —el suboficial repitió su pregunta. Apestaba a tabaco y a vodka viejo, agrio.

Isáiev miró un instante sus ojos vacíos, de esclavo y verdugo, aburrido de vivir sobre la tierra. Y el aburrimiento lo acepta todo, hasta el agravio.

—¡En pie! —rugió Isáiev repentinamente—. ¡Soy el alférez Buyvol-Volinski![16] ¡Responda según el reglamento, canalla!

El rostro del suboficial se volvió de piedra, luego se aclaró y más tarde comenzó a animarse. Se puso en pie de un salto, masculló

algo infrahumano pero alegre y se llevó la mano a la visera.

«Entre esta canalla infeliz, en verdad se le puede romper la cara a cualquiera» —pensó Isáiev con tristeza. Se dejó caer en una silla junto al teléfono, marcó el número y esperó la respuesta. En la habitación vecina el policía de guardia seguía tocando tristemente su armónica.

—Alférez Pimezov —respondió el ayudante de Guiatsintov.

—¿Volia?

—Sí. ¿Con quién tengo el honor?

—Soy Isáiev.

—Oh, Maxim —respondió el ayudante de Guiatsintov con excesiva vivacidad, y calló. Con toda seguridad había tapado el teléfono con la mano y preguntaba rápidamente algo a una persona que tenía a su lado. El ayudante era un hombre de muy buen gusto, habitual de los teatros y melómano, pero era bastante inútil en el trabajo operativo.

—¿Busca al coronel?

—Sí.

—Acaba de marcharse a la cárcel, al interrogatorio de un especulador coreano —dijo Pimezov, haciendo referencia a Chen.

—Le mando un abrazo, Volia. Pasado mañana apueste por Gravedor, será el primero en la quinta carrera.

—¿Quiere apostar usted?

—Por supuesto.

Isáiev colocó el auricular en el gancho, miró, pensativo, por la ventana y con distracción dijo al suboficial:

—En su lugar, descanse.

Marcó el número de Frivéiski.

—Salud, Alex —dijo con voz extraña.

—Buenos días. ¿Qué? ¿Se suspende la diversión por hoy?

—¿Por qué?

—Ahora él está aquí, y a juzgar por lo que se discute, va a tardar mucho.

Isáiev colgó y, al instante, marcó el número del garaje.

—Hola, un coche a la casa de Sidelnikov, la que está en Shestaya Matrosskaya.

El coche se aproximó a la residencia del primer ministro y se detuvo, chirriando los frenos, junto a la guardia de infantes de marina. Isáiev salió rápidamente y sin cerrar la portezuela, corrió hacia la cafetería, lugar acordado de las citas, y no hacia la oficina del secretario del gobierno. Frivéiski salió de la cafetería, y al pasar junto a Isáiev le metió una nota en la mano y corrió escalera arriba. Isáiev entró en la cafetería, compró tres botellas de Camus, volvió al coche y ordenó:

—Rápido, a la Shestaya Matrosskaya.

Leyó la nota en el asiento posterior: «Con el objetivo de ser los vencedores absolutos, para el momento de la llegada de las tropas de Wrangel y de dictar la composición del nuevo gabinete, Merkúlov y Guiatsintov están discutiendo los detalles del plan para el envío de grupos terroristas a Chitá, Blagoveschensk y Verjneúdinsk, los cuales partirán hoy, con el fin de liquidar a todos los jefes rojos de importancia antes del inicio de la nueva ofensiva. Se trata de suicidas, dispuestos a todo. *Kento*».

Isáiev quemó la nota y cerró los ojos. Las arrugas se borraron de su rostro y ahora parecía que solo estaba descansando antes de una buena cena con coñac francés caro.

«Así es —pensó lentamente—. Ahora sí que no podemos perder bajo ningún concepto. Antes todo me atañía a mí, pero ahora la situación ha cambiado. No creo que hayan metido a Frivéiski en un juego en mi contra. Es difícil. Lo que me escribió se parece a la verdad. En todo caso, según la más elevada lógica es verdad. Eso significa que solo Guiatsintov conoce la clave para encontrar a todas esas personas que hoy se infiltrarán en nuestra retaguardia. Por consiguiente, él puede darnos esa clave. Y la recibiré únicamente cuando lo tengamos entre los guerrilleros. Y luego, en Chitá y en Moscú. Está claro. La única oportunidad es la cacería. Es mi ocasión, y la de él. No en vano me quitó la vigilancia, quiere resolverlo todo de un solo golpe».

Mientras tanto, en la pequeña habitación, la diversión estaba en su apogeo. El anciano canoso, Shames, de rostro ceniciento, enfundado en un elegantísimo esmoquin que llevaba sobre la raída chaqueta, bailaba un foxtrot. Cantaba, giraba sobre sí mismo, gritaba con voz teatral «ay, ay», hacía gestos con sus manos resecas, se cubría el rostro y tan pronto sacaba un violín pequeñito del esmoquin para tocar burdas melodías callejeras como se quedaba inmóvil, para luego, con los ojos en blanco, interpretar al trágico Brahms. Y de la misma forma repentina interrumpía la música.

—No hay razón para no permitirme un descanso hoy. Mañana es sábado, la gente me dará muchas monedas. No hay gente más bondadosa que la del sábado por la mañana, ni más maligna la del domingo por la noche.

—¿Por qué no huye con los rojos, Ruvim? —preguntó Vaniushin —. Allí está el reino hebreo, le darán un chalet y buena ración.

—Usted es ingenuo y como reportero es burdamente cruel. ¿Qué falta le hago yo al marxismo, aunque sea un hebreo de pura cepa, cuando yo digo que la costumbre ortodoxa de sacar el cadáver de la casa solo al tercer día es totalmente científica y asombrosa por su utilidad?

—Escucha, escucha eso, Kosiñka —susurró Miñka—, al principio da frío, pero después se siente uno sereno hasta el final.

—¿Por qué considera genial esa antigua costumbre?

—Todo es muy sencillo: si usted lograra registrar las ondas electromagnéticas que salen del cerebro de un recién fallecido, vería que estas son casi iguales a las de una persona viva. Se apagan y desaparecen solo al tercer día cuando, según dice el pueblo, el alma sale del cuerpo. El primero y el segundo día el difunto escucha todo lo que ocurre a su alrededor. Aún no he encontrado respuesta a la pregunta de cómo se organiza todo lo escuchado en el cerebro misterioso y descompuesto del difunto… En realidad, resulta que no hay alma, sino energía del intelecto. La energía no desaparece, en eso estoy de acuerdo con los marxistas. Pero si no desaparece, la

inteligencia es eterna y el hombre, espiritualmente, es inmortal: deja tras de sí ondas electromagnéticas en el mundo. Si logro vivir algunos años más, construiré un aparato capaz de grabar los discursos de Nerón, las canciones del Antiguo Egipto y los pensamientos no expresados de Maquiavelo. ¿Por qué se ríen? No por capricho se dice: «Las ideas flotan en el aire». Es verdad que flotan en el aire, que están a nuestro alrededor, solo que es necesario sintonizarse con ellas de la forma adecuada, y entonces, la razón suprema del mundo, acumulada a lo largo de la historia de nuestro agónico planeta, entrará en ustedes y los convertirá en profetas, y serán crucificados por los mercaderes, y todo comenzará de nuevo, ¿Nunca han reflexionado sobre por qué los grandes hombres son de estatura muy pequeña o muy grande? Julio César, Voltaire, Napoleón, Pushkin, Lermontov, Tolstói, Lenin: todos son de pequeña estatura. Y Pedro el Grande, Cromwell, Lincoln son enormes. ¿Cuál es el secreto? ¿Es una casualidad? ¡Claro que no! Ellos están fuera del nivel medio, están por encima o por debajo del nivel medio de la humanidad. Hablo del nivel medio físico. Y por eso les es más fácil, tanto a los grandes como a los pequeños, sintonizarse con las ondas electromagnéticas de los genios ya idos, permanecer a solas con la inteligencia suprema del universo.

—Le torcerán el cuello, Ruvim, por esos desvaríos, estos o aquellos, pero seguro que se lo torcerán.

—Ja, ¿piensa que me asusto? ¡No tengo miedo! ¿Por qué no tengo miedo? ¡No es porque sea un valiente! Entre todos los hebreos solo hubo dos valientes: uno en Palestina y el otro en Odesa, con Gambrinus. No, yo soy un cobarde, pero no temo por mi cabeza y en general, ni por la vida. ¿Por qué? Porque todo es muy sencillo: usted me toca con un dedo y me palpa, pero ¿con qué me siente y qué es lo que palpa? El área de la piel del dedo con el que me toca está compuesta de átomos, y el átomo es un núcleo, alrededor del cual, en un gigantesco vacío, se mueven diminutos electrones. ¡Recuérdelo, en el vacío! Entonces un vacío toca a otro vacío ¡Comprenda, en el mundo no existe masa! Hay energía, hay

campos magnéticos. ¡Pero no hay nada más! ¡El cuerpo es un mito! No tenemos cuerpo. Estamos hechos de átomos y vacío, el aire, de lo mismo, todos somos súbditos de la materia, compréndalo. ¿A qué tener miedo entonces? Y además, ¿acaso no han sentido alguna vez que todo lo que les ocurre ya les pasó antes, repetidas veces? Los sueños son lo que se ha vivido antes. El sueño es una esfera de la actividad vital que pondrá patas arriba las ciencias humanitarias. ¡En fin, todo es una tontería, un absurdo! ¡Me aburre!

Shames sacó el violín y comenzó a entonar una cancioncilla burlona sobre un centinela judío.

Hay que partir

—¿Por qué no va a nuestra universidad, Ruvim?

—No admiten a hebreos en esa universidad.

—Pero existen los Estados Unidos, en última instancia.

—Y también existe Zhitomir, donde están enterradas seis generaciones de Shames, de todos los cuales solo yo, Ruvim, llegué a profesor titular. Así que es mejor que estire la pata en Zhitomir, palabra de honor, a mí y a mis antepasados nos gustará más.

—Beba vodka.

—Temo emborracharme.

—No tema. Es tan maravilloso… Especialmente al día siguiente después de la borrachera, cuando vuelves en ti calladamente, sales a pasear y sientes música en todo a tu alrededor, o un tierno silencio. Después de una borrachera se agudiza en uno el sentimiento de compasión.

Shames bebió medio vaso y al instante comenzó a balancearse de un lado al otro.

—Ahora me vomita todo el piso, monstruo —dijo Miñka sin rabia —. Ya se le están poniendo los ojos en blanco. El hebreo tiene un tipo de constitución especial, tiene una válvula para la picardía. Cuando bebe demasiado la válvula se abre, el hebreo vomita y al

otro día está listo nuevamente, con la mente clara, para engañar a nuestra gente, mientras que el ruso se lo guarda todo, no tiene válvula y le da pena expulsar cosas buenas.

Miñka tomó a Shames por el brazo, lo condujo con cuidado al pequeño vestíbulo, lo acomodó en el suelo, lo cubrió con un largo abrigo y volvió a la mesa. Vaniushin estaba sentado, en silencio, serio, se abrochaba la camisa y miraba hacia un punto frente a sí.

Isáiev tosió junto a la puerta y dijo:

—Nikolái Ivánovich, recojamos ya. No esperaremos a Guiatsintov, vámonos solos, ¿eh?

—Sí, sí, vámonos solos… ¿No podemos llevar a Shames con nosotros?

—Tenga piedad del anciano. Guiatsintov lo arrastraría en la nieve por las patillas.

—Sí, seguro que lo arrastraría —asintió Vaniushin con cierto aire servil mientras seguía mirando frente a sí—. Miñka, acompáñame hasta la puerta que me voy. Me voy…

—¿Adónde, Kosiñka? Herví las patatas, ahora comeremos, beberemos té…

—Acompáñame, Miñka —repitió Vaniushin—. Acompáñame. Y si me aprecias, toma estos cien dólares y alimenta y cuida con ellos a Shames. Te lo ruego en nombre de Dios.

—Señor, señor, para qué esa cantidad de dinero, Kosiñka, nos matas con eso, no hace falta. ¡Por Cristo, te lo pido!

—¡Anda, júralo ante el icono!

—¿Qué tengo que jurar?

—Jura que gastarás el dinero en vosotros dos, y que serás para él una nana, como lo fuiste para mí en la niñez.

—Kosiñka, Kosiñka, lo juraré, ves, ya lo juro, ¿pero qué tienes, eh?

—Nada, viejo. ¿Recuerdas?, nosotros sacamos a mamá de la casa al segundo día, por la mañana, y al cementerio… Eso significa que ella lo escuchó todo. Escuchó cómo nos apurábamos para tragar más vodka en la cena memorial.

—Dios mío, Kosiñka, me asuntas… Ves, el brazo izquierdo se me ha puesto frío.

—Todos se apuraban, buscaban diversión. Y los muy cerdos la sacaron al segundo día. Y todavía no sé qué representamos. ¡Combatientes libertadores! Bien, salud, pronto nos veremos… Vamos, Maxim Maximóvich, es terrible ver cómo Shames duerme en un rincón, como un perro, me muero de la vergüenza…

Estación de trenes de Vladivostok. Tarde en la noche

—Grupo Halcón… —La voz sorda de Guiatsintov resuena en el oscuro andén acordonado por tropas japonesas.

—Presente —responde un hombre de aspecto campesino que está al frente de una formación de siete hombres, que también visten hábitos campesinos.

—¿La contraseña en Chitá?

—Lluvia de otoño.

—¿La respuesta?

—Despertador.

—Pasen al vagón. ¿El grupo Lince?

—Presente —responde un hombre que viste uniforme de comandante rojo. Junto a él hay siete «combatientes» del Ejército Popular Revolucionario.

—¿La contraseña en Verjneúdinsk?

—De arriba a abajo.

—¿La respuesta?

—Mesa de juego.

—Pasen al vagón. ¿El grupo Centeno?

—Presente —responde un hombre que viste uniforme de oficial operativo de la Seguridad Política del Estado de la RLO. Junto a él hay siete hombres, disfrazados también como agentes de la Seguridad Política.

—¿La contraseña en Borza?

—Mosquitos.

—¿La respuesta?

—Chalecos.

—Pasen al vagón. ¿El grupo Amalia?

—Presente —responde un «guerrillero rojo».

Junto a él hay siete hombres que llevan cintas rojas en los gorros de piel. Realmente parecen guerrilleros rojos.

—¿La contraseña en Blagoveschensk?

—Arde la vela.

—¿Respuesta?

—Germinará la semilla.

—Por favor, al vagón. ¿El grupo Traviesa?

La verificación de los grupos se prolongó otra media hora. Luego el convoy, con las luces apagadas en sus ocho vagones, divididos interiormente en dos por una pared de tablas para cada grupo se movió hacia la línea del frente. Delante de los vagones iba una plataforma llena de sacos de arena: las acciones de los guerrilleros eran ahora cada día más fuertes e implacables.

Después de despedir a los grupos, Guiatsintov partió hacia la contrainteligencia para leer los últimos partes. Molchanov comunicaba que habían ocupado la estación Volochayevka y que en la colina del mismo nombre, que controlaba todos los accesos a los límites estratégicos para una posible contraofensiva roja sobre Primorie y Jabárovsk, habían finalizado los trabajos de ingeniería. Con estos habían convertido el sitio en un bastión de la Rusia blanca libre, y de ahora en adelante no había fracaso posible en el frente que pudiera inquietar a Vladivostok.

Después de cambiarse rápidamente de ropa, Guiatsintov se dirigió al Versalles, leyó la nota de Vaniushin en la que este le notificaba que Isáiev y él habían marchado a la casita campestre, quedó un segundo pensativo, luego bajó y ordenó al chófer partir rápidamente en busca de las escopetas y la cesta con vino, regalo reciente de los franceses y, sin detenerse en lugar alguno, seguir rumbo a la casita de Timoja.

Nota taquigráfica de la conversación entre Bliújer y el comandante del frente oriental, S. M. Serishev, por hilo directo.

Bliújer. ¡Saludos, Stepan Mijáilovich! No recibí sus consideraciones sobre la ofensiva, por eso decidí llamarlo para aclarar las misiones de sus tropas en los próximos días. Le pido que antes de pasar a ese asunto me informe sobre la situación del frente y sus propuestas.

Serishev. ¡Saludos, camarada comandante en jefe! Ayer, en la conversación con usted, le informé de la concentración en Olgojta y en Volochayevka, de las unidades del segundo cuerpo del ejército.

Propongo que ataquen hoy la estación In. El adversario manifestó intensa actividad durante toda la noche. Se percibió el movimiento de sus grupos de exploración hacia la estación In: se quemó el puente entre el segundo y tercer cuartel, al oeste de Olgojta. He decidido que no podemos seguir asfixiándonos en el maldito sector In-Olgojta, ya que en él no es posible llevar a cabo el servicio de protección. Después de que el jefe del grupo de In me dio informes satisfactorios sobre el estado de nuestras tropas, que manifiestan grandes deseos de avanzar, di la orden de liquidar al grupo adversario de Olgojta y continuar la operación exitosa hasta Volochayevka.

Considero necesario abatir al segundo cuerpo de ejército de tropas de Kappel, a fin de contar con la posibilidad de ganar tiempo y espacio, y preparar las condiciones necesarias para los refuerzos que llegan. Mi opinión es que esta operación será coronada por el éxito. Todos los puentes están arreglados: inspeccione los sectores de batalla con el camarada Tomin.

Bliújer. Camarada Serishev, ayer, cuando me pidió que dejáramos el regimiento Troitsko-Savski en la estación In, usted argumentó que no tenía plena seguridad de poder mantener la estación In en caso de que el adversario pasara a la ofensiva con las unidades del grupo In. Hoy pasa usted de la inseguridad a la convicción de que no solo puede rechazar al enemigo que avanza, sino que puede ocupar la

estación Volochayevka. Su decisión de pasar a la ofensiva la argumenta con el hecho de que está asfixiándose en el maldito sector de In-Olgojta y que no puede llevar a cabo ningún servicio de protección en ese sector. No comprendo esas contradicciones. Por tanto, estoy obligado a exigirle el cumplimiento del siguiente plan: el enemigo que avanza debe ser derrotado y rechazado camino de Volochayevka, sin que las unidades de usted pasen a una ofensiva abierta hasta que no se concentre la división de caballería de la brigada de Chitá en la zona de la estación In. Esta división debe ser sustituida en la estación Tijoñkaya por un grupo mixto, que debe usted formar de las unidades de retaguardia que se encuentran en la estación Bira. La segunda etapa de la operación debe consistir en lo siguiente: los regimientos especiales del Amur, quinto y sexto, constituirán una brigada mixta de tiradores que pasará a la ofensiva por vía terrestre en dirección a Volochayevka. El cuarto regimiento de caballería, el regimiento Troitsko-Savski y la división de caballería de la brigada de Chitá constituirán un grupo mixto de caballería, cuya misión será asegurar el avance exitoso de la brigada mixta de tiradores y asestar un golpe en la retaguardia del grupo adversario de Volochayevka. Con este objetivo, el destacamento de Shevchuk avanzará por el norte rumbo a Dezhneva. La segunda etapa tiene por objetivo controlar la región de Volochayevka. Oportunamente le daré la orden para el cumplimiento de esta misión. No le permito avanzar sin la orden personal mía. Y, finalmente, la tercera etapa es la conquista de Jabárovsk y la liquidación del adversario en la zona de la ciudad, que debe comenzar solo después de la ocupación de Volochayevka. Se efectuará de la siguiente manera: el regimiento especial de infantería del Amur, el sexto regimiento de infantería y toda la brigada mixta de caballería unificados bajo el mando de Tomin, formarán un grupo de choque y se dirigirán a través de Novgorodskoye-Novotroitskoe, ocuparán Kazakievichevo, cruzarán por la estación Kortovskaya y la bifurcación Krasnaya Rechka, con el objetivo de cortar la posible vía de retirada del enemigo hacia el sur, y de liquidar sus fuerzas vivas.

El destacamento de Shevchuk y el quinto regimiento de infantería tendrán como misión el avance hacia Jabárovsk por la vía férrea. Esta es la idea de la conquista de Jabárovsk y de la liquidación de las fuerzas vivas del adversario en esa zona. Para su exitosa realización se requiere una previsión rigurosa y preparación adecuada y no decisiones casuales y precipitadas.

Ahora, o sea, en los próximos días, hay que prepararse para ella, y para eso es necesario derrotar al enemigo que ha pasado a la ofensiva en la estación In, y rechazarlo hasta Volochayevka. No deben entretenerse con éxitos parciales y no deben pasar a la ofensiva sin la preparación adecuada. Su orden diverge considerablemente del plan que he esbozado, por lo que debe ser revocada, ya que la dispersión de las unidades, prevista en su orden, y la ausencia del golpe concentrado sobre el adversario puede dar lugar a un revés similar al que sufrimos en Volochayevka. Ratificaré todo eso con una orden. No parta de la estación Bira a la de In mientras no reciba mis instrucciones.

La casita de Timoja

Vaniushin dormía, y en sueños discutía con alguien con voz grosera de gendarme. Los chivatos, que habían estado trabajando todo el día como cocineros, dormían y roncaban a pierna suelta. Yacían como perros guardianes sobre dos pieles de oso junto al mismo umbral, de forma que nadie que entrara o saliera pudiera esquivarlos.

Sashenka y Maxim Maximóvich estaban sentados junto a una pequeña ventana. El vidrio estaba congelado, blanco y erizado de escarcha. El hielo parecía blando y lanudo. Sashenka pegó la mejilla a la ventana y susurró:

—Primero parece caliente, y luego es muy frío.

—En su presencia me vuelvo tonto, Sashenka. Quisiera decir solo cosas inteligentes y, por supuesto, hablar en aforismos.

—Seguro que se le transmite mi estado. Yo también quiero ser terriblemente original e inteligente para que usted no se dé cuenta al momento de lo tonta que soy.

—Mire, la luna es nueva, a la izquierda. Pida un deseo.

—Ya lo he pensado.

—Tiene ojazos chinos.

—¿Sí?

—Por supuesto, ¿no lo sabía?

—Lo sé.

—¿Qué deseo ha pedido?

—Deseo que se enamore de mí.

Isáiev también pegó la mejilla al hielo del vidrio y dijo:

—Primero es frío, y después, terriblemente caliente.

—Tiene las mejillas rojas y violáceas, como los escleróticos.

—No mantenga los dedos en el hielo, se le dormirán.

—No importa.

Isáiev tomó la mano de la muchacha en la suya, no muy grande pero muy fuerte. Le dijo:

—Vamos a jugar a las palmadas.

—No sé.

—No, solo se le ha olvidado. Ahora yo canto y usted pone la mano, y debe procurar que yo no le dé una palmada mientras está entretenida.

—¿Y no me va a dar duro?

—No, suavecito.

—Vamos —dijo Sashenka, bajando aún más la voz, mientras su mano seguía en la mano fría de Isáiev.

—Manita, manita —comenzó a cantar Maxim Maximóvich en voz muy baja—, fueron donde abuelita. ¿Qué comieron? Puré. ¿Y qué bebieron?

—Alcohol —respondió Sashenka, sonriente y dio un manotazo a Isáiev—. Usted no juega en serio, no le tengo miedo: atienda y no me mire a los ojos.

—Sashenka, si la gente estuviera junta mucho tiempo, una eternidad, y luego uno de ellos desapareciera, pero para volver pronto, ¿qué pasaría entonces?

—¿De qué habla usted, Maxim Maximóvich? Yo me negué a irme con Gavrilin a los Estados Unidos porque usted no quiso…

—Si usted viera qué repelente soy en ese reflejo que tienen sus ojos: parezco pequeño, como aplastado por una lápida, y tengo la cara como una moneda de a cinco.

—¿Por qué habla así? No soy la princesita Mafy, he vivido la revolución y cinco años de guerra. No debe dar rodeos conmigo, es mejor que me lo diga todo directamente, si no quién sabe qué podría pensar.

Isáiev tomó de un estante una flautita pequeña, de forma extravagante, tallada por Timoja, y comenzó a tocar una triste melodía. Sashenka lo miró con la cabeza apoyada en los puños y se mordió los labios. La luna —enorme y amarilla— alumbró el hielo en la ventana y lo convirtió en un fantástico dibujo.

—Sabe —dijo Sashenka—, usted acabará lamentando el no permitierme estar a su lado.

—Lo sé…

Y él comenzó a tocar de nuevo esa melodía triste y pura como las que tocan los pastores, la gente más enamorada del planeta.

Sashenka se levantó de la mesa, se echó sobre los hombros su gruesa chaqueta de piel con cuello blanco y salió al portal, pasando por encima de los inquietantes agentes.

—¿Quién es? —preguntó uno de los chivatos mientras metía la mano bajo la almohada—. Ah, señorita, perdone, tuve una fea pesadilla.

Isáiev salió detrás de ella.

—Mire qué bella es la taiga bajo la luna. Es como una decoración. Es fea de tan excesivamente bella.

—Si tocaran Bagatelas junto a un cuadro de Kuindzhi,[17] todo tendría otro aspecto.

—Tiene una frente hermosa, convexa.

—¿Pensó en la frente por lo que le dije de la pintura y la música? ¿Creyó que yo era muy inteligente?

—¿No es así?

—La mujer debe ser tonta, solo así será feliz —respondió ella.

—¿Alguien le habló de esto?

—No.

—No es verdad. Son palabras de hombres. Tome la flautita.

Sashenka comenzó a tocar una canción infantil, de las que aprenden los niños cuando los padres los sientan por primera vez delante de un piano. Y, en verdad, la taiga se volvió diferente: las sombras que reposaban sobre la nieve frágil dejaron de parecer dibujadas y se convirtieron en algo real y móvil; las copas de los enormes cedros se parecieron de pronto a los titanes de los cuentos. Y los lejanos destellos lunares en las salinas congeladas, que antes se veían muertas, titilaron ahora y se volvieron irisados.

—Sashenka —dijo Isáiev—, mi profesión…, el periodismo…, es incompatible con el amor a las mujeres, pues el amor lo vuelve a uno cariñoso y demasiado tierno. Y eso es imperdonable. Pero nunca antes amé, ni siquiera de lejos, ya que para mí siempre fueron mis… lectores lo más importante. Ellos, los lectores, requieren todo mi amor, mi corazón, mi cabeza; si no fuera así, haría mi trabajo a media máquina y entonces, no habría razón para cultivar el jardín. Así es como pienso yo.

—¿Y continúa ahora pensando así?

—Sí.

—¿Puedo besarlo, Maxim Maximóvich?

La muchacha tomó su cabeza entre las manos, lo atrajo hacia sí y lo besó en los labios.

—Maxim Maximóvich —dijo Sashenka en un susurro—, pero sus lectores tapan en invierno las ventanas con su diario y cortan su apellido en dos pedazos, yo misma lo he visto.

Isáiev le acarició el rostro. Acarició su frente, sus mejillas, sus labios, al tacto, como un ciego. Y el rostro de Isáiev era trágico y sereno, como el de los santos de los iconos.

—Yo le seguiré a donde usted diga —decía Sashenka—. Estoy dispuesta a llevar un bulto a la espalda, remos en las manos y una maleta entre los dientes, allí donde esté nuestro pan. Estoy dispuesta a estar junto a usted en cualquier parte: en el hambre, el terror o el sufrimiento. Si se queda aquí, me quedo junto a usted, no importa lo que nos pueda ocurrir.

Ella hablaba y hablaba. Isáiev frotaba su rostro contra la mejilla de Sashenka, como un cachorrillo, y su expresión era trágica y feliz.

Cuatro horas después, regresó Timoja de la taiga y le hizo un gesto a Isáiev con la cabeza. Este se encontraba sentado junto a Sashenka, que dormía en un amplio diván.

—¿Atraparemos a la fiera? —preguntó Isáiev.

—Debemos hacerlo.

—¿Anda lejos de aquí?

—Unas diez verstas, en las colinas.

—Muy bien —dijo Isáiev, suspiró, cerró los ojos y siguió acariciando el rostro de Sashenka.

—Debería dormir, señor Isáiev —dijo Timoja—, mañana nos espera un día bastante agitado.

—No importa —respondió quedamente Isáiev—, son tonterías, puras tonterías, Timoja…

Casi de mañana, cuando la luna se ocultaba tras las nubes que se alzaban, formando una pared gris y angustiosa desde el océano, las ventanas de la casita se iluminaron levemente con la luz saltarina de unos faros de coche. Llegaba Guiatsintov.

Isáiev, que había pasado toda la noche sentado junto a Sashenka, la besó tiernamente en la sien, la tapó bien y caminó hacia el lecho donde dormía Timoja. Este se pegó a la pared. Isáiev se quitó el abrigo y se tendió al lado de Timoja. Cruzó las manos tras la cabeza y cerró los ojos.

Guiatsintov entró en la casita, pasó con cuidado por encima de los chivatos, que al momento buscaron las pistolas bajo la cabeza.

—Descansen, descansen —susurró Guiatsintov.

Tras él entraron otros tres esbirros. Se sentaron a la mesa y comenzaron a comer las sobras de la cena. Guiatsintov caminó hasta donde yacía Isáiev, junto a Timoja, se inclinó sobre él y estuvo un rato larguísimo mirando el rostro de Maxim Maximóvich. Y este respiraba dulcemente, en su rostro no tembló ni un músculo y las pestañas formaban grandes sombras sobre sus mejillas: Isáiev dormía serenamente como un niño.

Guiatsintov suspiró con un estremecimiento, ya que mientras miraba a Isáiev había contenido la respiración. Dio un paso atrás, se sentó en un banco y, pensativo, comenzó a marcar con los dedos el tema de una opereta.

—Coman en silencio —dijo a los esbirros que ronzaban—, la gente duerme…

[16] Obviamente es una burla. El apellido imaginario se compone de los vocablos *Buyvol:* «búfalo» y Volinski, de *vol:* «buey».

[17] Famoso paisajista ruso del siglo XIX.

EN LAS POSICIONES DE LA PRIMERA LÍNEA DE TROPAS ROJAS

Por la interminable llanura nevada, por un estrecho camino de trineos que serpenteaba entre cañadas y colinas, se arrastraban lentamente las unidades del derrotado Ejército Popular Revolucionario, que salían del cerco. En la cuneta, hundidos hasta la cintura en la nieve, había dos cadáveres de combatientes populares. Los blancos los habían desnudado y cubierto de agua para que se congelaran hasta morir. Uno de ellos tenía entre los labios un letrero que decía: «A Moscú». Y al segundo le habían clavado en el pecho una pizarra con un versito: «Quien no tenga el culo roto que dé a los demócratas su voto». Los blancos habían comenzado a denominarse así: demócratas. Eso lo había inventado Nikolái Dionísievich Merkúlov, era una palabra que gustaba mucho a los mujiks, incomprensible, pero llena de sentido.

Alrededor, nieve muerta. El resbaladizo camino parecía un túnel entre aquellos montones de nieve; los cuervos giraban sobre los combatientes muertos. El silencio era roto únicamente por el ruido de cientos y cientos de pies que se arrastraban sobre el hielo irregular y rojizo del camino.

Los combatientes caminan en silencio. Solo de vez en cuando alguno de los ancianos se ahoga en una tos seca; entonces, se detiene, se contorsiona en medio del camino y, con el rostro verdoso, pasa así un largo rato hasta tomar de nuevo aliento y dar un paso hacia el occidente.

De pronto —quién sabe si es un sueño o un extraño ruido del viento—, la gente imagina escuchar una canción. Una marcha airosa y marcial. Es como en una parada militar en tiempos de paz. Y los

combatientes, que marchan por el triste e interminable camino invernal, no se atreven a alzar la cabeza o detenerse, ya que la agotadora y prolongada retirada tranquiliza y atonta, absorbe y lo lleva a uno durante todo un día hasta el lugar donde casualmente se pasa la noche o hasta la muerte, cuando la tormenta sopla aún con más fuerza y no hay donde calentarse. Ese movimiento es extremadamente monótono, no se puede romper con una parada, ya que la esperanza de salvación reside precisamente en esa monotonía.

Pero la canción es demasiado sonora, está allí tras la cima de las colinas.

Y la columna se detiene, cada cual teme preguntar al vecino, teme mirarlo; todos miran al cielo: ese no engaña, ese es silencioso, y hay en él ahora una canción.

El regimiento aparece entre las colinas. Todos los combatientes llevan *bogatirki,* gorros de punta como los de la gente de Budionni. Tienen buenos capotes y mitones calientes. Marcan el paso como si estuvieran en un desfile y allá delante, junto a la bandera, están los comandantes, y cantan de tal modo que el aire se sacude.

—¡Hurra! —dice con voz queda y ronca un combatiente de barba cana que lleva un brazo en cabestrillo.

—¡Hurra! —balbucea un anciano guerrillero entre lágrimas.

—¡Hurra! —grita con voz terrible y chillona un muchacho que tiene el rostro congelado.

El regimiento está cada vez más cerca, pasa por delante y las manos se tienden hacia los combatientes, los tocan, simplemente para convencerse de que son reales, para recoger las fuerzas de las que son portadores, para enderezar los hombros.

Pasan los combatientes en cuadrados iguales, por compañías, delante de los héroes congelados y heridos; pasan cantando y marcan el paso sobre la nieve dura.

Pasa el regimiento, y todos los que hasta ese instante se arrastran hacia el oeste, retrocediendo, ahora se detienen. Primero

indecisos se remueven en el lugar; después, como ante una orden, vuelven la cabeza en dirección al regimiento que acaba de pasar y al fin, corriendo unos, ayudando a sus camaradas otros, siguen al regimiento hacia la primera línea de donde acaban de retirarse hacia el este.

Vagón Bliújer

Para entrar en el vagón del comandante en jefe, enganchado al tren blindado, se ha formado una cola: mercaderes, periodistas, comandantes, campesinos, ferroviarios. Pero delante de la puerta del vagón hay dos soldados populares de gruesas chaquetas que cierran el paso con sus bayonetas a todos los que llegan, no importa lo que expliquen. De las vías aledañas siguen saliendo nuevas unidades que llegaron de la retaguardia: gente, caballos, cañones. En la enorme plaza junto a la estación, medio destruida por el cañoneo, se llaman a gritos los jóvenes comandantes de las unidades mientras forman los combatientes por compañías. Junto a la estación se encuentran las cocinas ambulantes, y los cocineros sirven escudillas de sopa, que humean en el frío a la gente que acaba de salir del cerco. Entre los combatientes, harapientos y quemados, pasan las enfermeras con altos gorros de cruces rojas. Entre tanta gente, ensangrentada y barbuda, estas parecen tan limpias y frágiles que se siente temor por ellas. Al baño, construido a toda prisa, se dirigen en una larga cola de combatientes con palanganas, jabón, escobillas y uniformes nuevecitos. En la cola hay bromas, risas, juegos de mano: unos se empujan en la nieve y otros se echan nieve por el cuello de la guerrera. Arden las hogueras y despiden a su alrededor chispas rojizas. Los agitadores realizan su trabajo junto a las hogueras, al lado de las carretas campesinas cargadas de harina y carne de las aldeas; suenan las armónicas y todo está contagiado de esa animación especial y febril que precede generalmente a cada gran combate.

En el salón de Bliújer yace, en un diván, Póstishev, cubierto con el capote hasta la barbilla, flaco y envejecido. Tose con frecuencia y entonces parece que lleva instalado en el pecho un instrumento musical desafinado: tanto tiempo duran los extraños sonidos de sus bronquios.

Bliújer le dicta al redactor Grigori Otrépiev:

—Para el número de hoy, Grisha: «Los blancos nos dicen que somos internacionalistas, que no nos importa de qué nacionalidad es una persona: ruso, chino, japonés, norteamericano, quien sea. Los blancos tienen razón…».

—Aguarda —le detiene Otrépiev—, camarada comandante en jefe, ¿acaso pueden tener razón los blancos?

—Pueden.

—No, yo comprendo que en la vida, por supuesto, pueden, pero en nuestro periódico no pueden.

—Pueden —dice Póstishev desde el diván, sin abrir los ojos.

—Entonces no hay agitación ni propaganda —dice, afligido, Otrépiev—, sino que nosotros mismos nos cubrimos de fango. En las páginas del periódico el rojo debe ser en todo y para siempre más inteligente y más fuerte que el blanco.

—Esa es una idea saludable —se burla Bliújer—. Pero, ¿cómo explicarás a los combatientes que el rojo retrocedió mil verstas hacia occidente, hambriento y enfermo, ante quién? ¿Retrocedió ante un enemigo tonto y débil, a ese le entregó su tierra natal? Bien, sigue, no tenemos tiempo para discutir. Los blancos dicen la verdad: a nosotros, los rojos, no nos importa la nacionalidad, lo importante es si es obrero o explotador. Eso es lo que nos importa. Los blancos aseguran que son nacionalistas, que están contra los rojos, que marchan bajo las antiguas banderas rusas, que combaten por la tierra rusa y no por la internacional universal. Eso es verdad, ellos son nacionalistas, es verdad que marchan bajo las antiguas banderas rusas, pero ¿de quién son los fusiles que llevan en las manos? ¿Y de quién son los capotes? ¿De dónde les llegaron los

cañones? ¿Y por qué pagan al pueblo con yenes japoneses de ocupación? ¿De dónde los han sacado los blancos?

—Un campesino me preguntó —Póstishev interrumpió a Bliújer, y comenzó a hablar en tono de excusa—, ¿cómo es posible amenazar al Kremlin desde Jabárovsk? Y también me preguntó: ¿de dónde sacan los blancos tantos bienes extranjeros? ¿Con qué los pagan, con los de Rusia, eh?

—Bien, Pável Pétrovich, muy bien te habló ese campesino. ¿Te duele?

—Me duele.

—Dentro de una hora te curaré —dijo Bliújer con decisión.

—¿Cómo?

—Con un buen baño de vapor. Grisha, ocupa un lugar en la cola, yo voy a escribir ahora. Ves, allá en la plaza, donde sale humo por la chimenea, ¿lo ves? Fueron los zapadores. Ayer instalaron un baño ruso, especialmente para el servicio de sanidad.

—El baño me matará —dice Póstishev—. Estoy débil.

—No te dejaré morir —le tranquiliza Bliújer—. Nos asearemos media hora y todo saldrá bien, estoy seguro. ¿No es verdad, camarada ladrón de Túshino?

—¿Por qué me llama así? —responde Otrépiev[18] con tristeza—. ¿Acaso tengo la culpa de que mi padre me haya puesto Grisha? El año pasado fui al comité ejecutivo, quería ponerme un pseudónimo. Le pedí al secretario, un viejito, que me cambiara el Otrépiev por Engels: se asustó tanto que casi estira la pata.

El baño

Póstishev yace sobre un banco de madera, cubierto por una sábana seca y caliente. Bliújer se le acerca, deslizándose por el suelo enjabonado. Tiene en las manos una escobilla caliente y un estropajo, lleno de copos blancos. Da miedo mirarlo: todo su cuerpo

está cubierto por horribles cicatrices, de bordes gruesos, de color rojo azulado.

—¿Cómo se llama tu madre? —pregunta Bliújer, mientras le quita la sábana a Póstishev y alza la escobilla—. Intenta acordarte y rézale por haberte parido. Hermano, la madre lo cura a uno de cualquier enfermedad.

Bliújer lo azota con la escobilla, lo frota con el estropajo. Póstishev gime con deleite y clava sus dedos, arrugados por el vapor, en el borde del banco.

—¿Qué tal? ¿Estás vivo? —pregunta Bliújer.

—Por ahora respiro.

—¡Respira, amigo, respira! —dice Bliújer y sigue golpeando con la escobilla la nuca, los costados y los brazos, tan flacos que da miedo mirarlos.

—¿Y los médicos van al baño de vapor? —se interesa Póstishev.

—¿A qué viene eso?

— Me interesa.

—Los comisarios no se interesan por gusto.

— Ahora no soy un comisario.

—¿Y quién eres?

—Un aristócrata romano.

—Si me echan del ejército, trabajaré en un baño. Prestas un servicio a la gente y te sientes a gusto. En la guerra imperialista tuve un amigo que trabajaba en un baño: Petia. Bañaba a Lev Tolstói. Se bañaba por la mañana, nunca en un reservado, sino en el común. Petia me contaba en una ocasión: «Cuando veo que viene un tipo estirado, le digo: "lo que quiera, como quiera". Le coloco sobre el banco, le lleno las orejas de jabón, le sacudo suavemente, conservo mis fuerzas y a él le parece que estoy trabajando bien, pues tiene los oídos enjabonados. O si el cliente comienza a protestar, le golpeo los músculos transversalmente, el cuerpo comienza a dolerle y el idiota se alegra. Pero con Lev Nikoláyevich yo era cuidadoso, trabajaba a lo largo del músculo para estirarle el cuerpo, le daba un

buen masaje y no le llenaba las orejas de jabón para que no tuviera ruido en la cabeza y no se le asustaran los pensamientos…».

—¡Qué bien contado, eh! ¿Otrépiev no te está escuchando?

—Se está enjabonando la cabeza.

—Es una lástima. Háblale de tu Petia, escribirá una oda en una noche. Me lavas como un profesor, ¿cómo te devolveré el favor?

—Recobra la salud y luego saldaremos cuentas. ¿Te echo agua fría o tienes miedo?

—Quién sabe…

—¿Quizá sea bueno que choque el calor con el frío?

—Adelante.

Bliújer echa encima de Póstishev un cubo de agua helada, lo golpea sin misericordia con la escobilla caliente, lo masajea con fuerza, rugiendo por la tensión.

—Me siento mejor —dice Pável Pétrovich, encantado—, se me ha quitado el dolor de garganta. Ahora quiero dormir y luego hasta el infierno me da igual.

—Así somos —se ríe Bliújer, satisfecho, y se echa encima un cubo de agua helada—. Claro que la amigdalitis es peligrosa, pero no hay nada mejor que un buen baño de vapor…

La plaza junto a la estación de trenes

Por delante de Bliújer, Póstishev, Serishev y los demás jefes que acaban de volver del frente —Pokus, Kónev, Petrov-Teterin, Shevchuk— cruzan las unidades de caballería; tras ellas pasa la artillería, los carritos con ametralladoras, luego la infantería. En los alrededores, por todos los lugares hasta donde alcanza la vista: en las azoteas de las casas, sobre carretas, en los postes del telégrafo, hay espectadores. Aldeanos de los pueblos vecinos, ferroviarios, combatientes que salieron del cerco, komsomoles del batallón mixto local y niños de todos los tamaños.

Pasan con gallardía los combatientes de Bliújer.

Se escuchan voces:

—¡Tienen los botones brillantes, tienen los botones como en tiempos de paz!

—¿Qué tiempos de paz? ¿Los del zar?

—¿Por qué te metes? Estoy de acuerdo con todo, y tú, provocando.

—¡Halcones!

—Las ametralladoras les darán un susto a los blancos.

—Tremenda fuerza, ni qué decir…

Eso era lo que Bliújer pretendía con aquella parada militar. Estaba seguro de que al día siguiente el rumor sobre las fuerzas rojas llegadas de la retaguardia atravesaría toda la zona, llegaría a los blancos, alcanzaría Jabárovsk e, incluso, llegaría a Vladivostok. En ocasiones, un rumor en el frente puede más que mil bombas, sobre todo si la guerra dura ya cinco años; entonces se da crédito a cualquier rumor, y mientras más terrible con más facilidad se cree, pues en la guerra el hombre se acostumbra a vivir para sobrevivir.

Un campesino de rostro ancho bajó rápidamente de un árbol. Estuvo mirando largo rato, luego se montó en su carreta y azotó a los caballos. Esa misma noche iría a las posiciones de los blancos a prevenirlos. Y solo eso necesitaba Bliújer. No había que ocultar nada por más tiempo: nuestro tren blindado salía ahora del andén número cinco al encuentro del tren blindado de los blancos, que retenía los accesos a Volochayevka. Todo se decidiría dentro de una hora: si el tren blindado rojo puede más que el blanco y lo echa de Volochayevka, bien; si no puede y descarrila, mal. Sí, muy mal estaría la cosa entonces: en tal caso, todas las fuerzas que había reunido Bliújer con tanta dificultad durante estos meses caerían bajo el fuego huracanado del tren blindado de los blancos, sin poder siquiera acercarse a las posiciones de partida para el ataque. Y Bliújer había definido esas posiciones en la zona inmediata a Volochayevka.

Y por encima de las canciones de la infantería, del estruendo de las orquestas formadas para el desfile, brama el tren blindado que se

dirige al frente, en busca de la victoria.

El duelo

Vuelan los trenes blindados uno al encuentro del otro. En el tren rojo, quieto junto a la ventanilla delantera, se encuentra Nikita Shuvalov, desnudo hasta la cintura, mugriento y rabioso; el mismo que seleccionara Bliújer para maquinista en la reunión del buró distrital de Komsomol. Su fogonero es Pajom Vasíliev, también propuesto por Bliújer en la misma reunión del buró.

—¡Más! ¡Más! —grita Nikita—. ¡Más vapor!

El tren blindado de los blancos avanza en dirección contraria, toca el silbato continuamente, con temor, mientras que el tren rojo sigue aumentando su velocidad, pero avanza sin sirena, como en un ataque psíquico.

Pajom mira por la ventana y le dice a Nikita:

—Oye, ¿no chocaremos?

—¿Y si chocamos, qué?

— No estoy en contra, ¿eh?, pero el estruendo será de órdago.

—Mueve menos la lengua y habrá silencio: ¡Más vapor! ¡Echa bastante carbón!

Al principio, el maquinista blanco y el oficial de guardia en la locomotora se reían al ver el tren rojo que ganaba velocidad.

—Audaces —dijo el oficial—. El fuego del deseo les hierve en la sangre. Apriete un poco más, que se asusten.

Pero cuando vieron que el tren blindado de los rojos volaba a su encuentro con fuerza cada vez mayor, el oficial quedó perplejo y le preguntó al maquinista:

—¿No será que viene vacío?

—¿Quién?

—Ese tren blindado…

—Es posible.

—Han llenado la locomotora de explosivos y la mandan a toda velocidad.

—¡Señor, ten piedad de nosotros! ¿Qué podemos hacer? Se nos viene encima.

—¿Y qué pensaba usted? ¿Que iba a tomar el té con su abuelita?

—¡Seguro que está vacío!

—¿Por qué?

—No silba, no suena la sirena, no nos quiere asustar con el ruido.

—Nos asusta con su velocidad.

Nikita quedó en pie junto a los relojes indicadores, y cuando Pajom decidió mirar por la ventanilla le dio un tirón.

—¡No te entretengas!

—¿Falta poco?

—Lo sabrás cuando haga falta… ¿Para qué vas a mirar por gusto?

—Quería ver dónde están ellos…

—Cerquita.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Nikita…

—¿Qué?

—Perdóname por haberme reído un poco de ti delante de los combatientes.

—No cantes que no estás en el coro de la iglesia. Vamos a ver quién huye ante quién. Y va a ganar el que no mire. Hasta mirar me da miedo.

—¿En serio?

—Y tú qué crees…

—Nos haremos vapor, como si fuéramos ángeles.

—Dame la pala, voy a echar carbón.

—Deja eso, ¿miramos un poco?

—Por ahora no se puede.

—¿Y cuándo?

—No temas, te lo diré. Mientras tanto, canta una canción, una canción para ahuyentar el miedo.

—Se han vuelto locos, esos rojos idiotas —dice el oficial al maquinista—. Ahora chocaremos.

—No será ahora, pero sí pronto.

—¿Es hora de saltar?

—Aquí no hay quien salte.

El oficial mira por la ventana: el tren blindado corre sobre una elevada cuneta; saltar encima de las rocas es buscarse una muerte segura.

—¡Detente! —grita el oficial—. ¡Para! ¡Atrás, a toda máquina!

—¡Para! —le grita el maquinista a su ayudante— ¡Por tu madre, para! ¡Para, no sigas! ¡Nos reventaremos, imbécil!

—¡A-a-ah! —grita el fogonero, tira la pala, se agarra la cabeza con las manos y se agacha, salta, aúlla largamente—: ¡Déjenme saltar! ¡Suéltenme, por dios!

—¡Para! —grita el oficial, que mira de nuevo por la ventana—. ¡Para! ¡Para! ¡¡¡Para!!!

El salón de Bliújer

—Entonces —informa el ayudante de guardia—, nuestro tren blindado irrumpió en la estación de Volochayevka y quitó del camino el tren de los blancos.

—A pesar de todo —dice Grzhimalski con voz seca y rajada—, yo pediría no comenzar el asalto.

—¿Por qué? —pregunta Póstishev.

—Pienso en nuestra conversación con el comandante en jefe sobre las propuestas de paz a Molchanov.

—¿De los que van a combatir, a quién le tiene usted lástima: a los blancos o a los rojos? —pregunta, malicioso, uno de los

comandantes.

—Tengo lástima de los rusos —responde secamente Grzhimalski.

Silencio momentáneo.

—¿Qué propone usted? —pregunta Póstishev.

—Enviar a un parlamentario con una propuesta de paz a Molchanov.

—¿Aceptaría usted ir?

—No.

—¿Por qué?

—No temo a la muerte que me espera allí por traidor a la patria —Grzhimalski torció el gesto—. Temo lo improductivo de mi visita. Me fusilarían por desertor. Ustedes no recibirían respuesta y como son orgullosos, no enviarían a nadie más… No es que me esté volviendo sentimental, créanme, es una cosa que les ocurre en la vejez a los viejos generales, sencillamente compadezco a los rusos.

—Proponerles la paz es una muestra de debilidad nuestra —se escucha una voz.

—Recuérdelo —responde Bliújer—, la propuesta de paz es la más importante demostración de la fuerza.

Cuartel general de Molchanov

El general es alto, flaco y calvo. Sus bigotes cuelgan hacia abajo, como los de Tarás Bulba en las ilustraciones antiguas. Viste una guerrera verde, hecha de paño militar, sin condecoraciones, con charreteras de campaña; en la manga izquierda, junto al hombro, está cosido un óvalo grande donde se ven claramente una calavera y dos tibias. Es el símbolo de los suicidas.

Se encuentra de pie, en el centro del recinto del Estado Mayor, con las piernas abiertas y las manos cruzadas a la espalda, mientras escucha al parlamentario rojo, el comandante de regimiento Utkin, que lee el mensaje de Bliújer. La voz del parlamentario se quiebra

por la emoción y cada vez que eso ocurre, Molchanov hace chasquear los dedos de su mano izquierda, como un bailarín.

General, hago a usted un llamamiento para que renuncie sincera y razonablemente al cruel papel que le ha sido puesto por una voluntad extraña en esta última maquinación sangrienta de los intervencionistas y los capitales extranjeros.

El amor a mi querido pueblo, que se ha levantado como un solo hombre en defensa de su República, y el deseo de no verter su preciosa sangre me dictan la obligación de intentar nuevamente —como revolucionario y ciudadano de la gran Rusia revolucionaria— dirigirme a usted con el recordatorio fraternal de sus obligaciones ante la Patria.

Intente, general, encontrar el valor de combatiente para reconocer los errores, para hallar de nuevo en su alma el amor real a su Patria y para sacar de esto la honesta conclusión.

Quisiera saber qué cantidad de víctimas, cuántos cadáveres rusos se necesitan todavía para convencerlo de la inutilidad y esterilidad de su último intento de combatir las fuerzas del pueblo ruso revolucionario, que erige su nuevo Estado sobre las cenizas de la destrucción económica.

¿Qué cantidad de mártires rusos le han ordenado lanzar a los pies del capital japonés y otros capitales foráneos?

¿Cuántas osamentas de víctimas rusas se necesitan para pavimentar el camino para que los automóviles de los interventores viajen con más comodidad por el Lejano Oriente ruso?

No, general, no lo permitiremos. Nosotros, mujiks que defendemos nuestro patrimonio, nuestra querida tierra rusa revolucionaria, hemos visto por primera vez, en el transcurro de los siglos, nuestro verdadero poder revolucionario.

Mire hacia atrás y verá los rostros desvergonzados de los que comercian con la sangre del pueblo, esa gente que ha perdido todo su sentimiento nacional y ha cubierto de vergüenza el nombre mismo del hombre ruso con su sumisión ante el extranjero en aras

de miserables limosnas e impulsados por un terror animal. ¿Acaso va usted a ayudarlos en sus actos tarifados que van en contra de la gran causa rusa? En sus filas he visto muchas personas diligentes, necesarias en el presente para el trabajo estatal en Rusia y la República del Lejano Oriente. No los destruya en beneficio del capital extranjero. La historia futura de nuestro país sabrá agradecérselo.

Las palabras: «Un pueblo libre no toma venganza» constituyen una verdad histórica básica, y los oficiales de usted que se encuentran prisioneros entre nosotros se la pueden asegurar, al igual que los numerosos partidarios de Kolchak que combaten valientemente en nuestras filas por su querida causa rusa, su joven República del Lejano Oriente.

Le repito mi firme decisión de no permitir que se le ataque en caso de una entrega voluntaria de las armas, pero le ruego no se ofenda si en caso de que la lucha prosiga, esas armas sean arrancadas de sus manos por los medios crueles que dicte la situación histórica global.

BLIÚJER
Presidente del Consejo Militar, ministro de la Guerra y comandante en jefe

Molchanov chasqueó nuevamente los dedos y bajó aún más la cabeza. El parlamentario vio los tendones azulados de anciano en el cuello del general, y pensó para sus adentros: «Si intenta sacar el revólver, le abro el cuello con los dientes al muy perro».

—No está mal escrito —dijo Molchanov, mordiéndose los labios, blancos y finos—. Siéntese usted, por favor.

—¿Qué? —se turbó Utkin, el parlamentario.

—Que se siente, le digo que se siente.

—Podemos seguir de pie.

Molchanov se acercó al parlamentario y le clavó en el rostro sus ojos grises y tranquilos. Estudió atentamente la frente lisa, las cejas

despobladas, los ojos pequeños, las mejillas hundidas, la barbilla puntiaguda y protuberante, con un hoyuelo infantil.

—¿Usted es nativo de Smolensk? —preguntó Molchanov.

—De Maguilov.

—¿Bielorruso?

—Ruso.

—¿Salió de allí hace tiempo?

—Bastante.

—¿Se trasladó con las tropas?

—No, estuve aquí en el destierro.

—¿Político?

—Sí.

—¿Lleva mucho tiempo en el partido?

—Diez años.

—¿Y cuántos años tiene?

—Veintiocho.

—¿Su grado?

—No tenemos grado. Me designaron para dirigir un regimiento.

—¿Por sus diez años de servicio?

—Llevo solo cinco años de servicio.

—No me ha comprendido. Hablo del servicio en el partido.

—En el partido no se sirve.

—Es usted preciso en las formulaciones. ¿No le apetece una taza de té?

—Preferiría recibir una respuesta.

—Ah, claro, por supuesto… Pero vea usted, no somos los generales de antes en el ejército del zar. Vivimos sobre bases democráticas. Antes de dar una respuesta, estoy obligado a consultar con mis colegas, con mis amigos, los soldados.

—¿Consultar qué? No le estamos pidiendo un cañón prestado. ¿Qué piensa usted personalmente al respecto?

—Soy optimista —sonrió Molchanov—. ¿Y usted?

—También.

—Mientras leía este documento usted estaba nervioso. Seguramente esperaba que yo ordenara de inmediato su fusilamiento, ¿no es así?

—Cualquier cosa puede pasar.

—¿Y ustedes podrían matar a un parlamentario?

—No.

—¿Y por qué pensó tan mal de mí?

—No pensé mal de usted —el parlamentario sonrió—; pensé en usted con cierta perspectiva.

—Sí, pues —dijo Molchanov—, muy correcto de su parte. Le diré a mi gente que los jefes rojos ya dejaron de ser vándalos y monstruos, y son unos jóvenes agradables.

—¿Eso es para que yo hable bien de usted a los nuestros, señor general?

—La guerra no es comercio, aquí no vale el principio de dando y dando —anotó Molchanov, secamente.

—No mentiré. Lo diré todo honestamente.

—Oh, eso es un enorme sacrificio, hablar honestamente de un perro blanco, un asalariado del capital japonés, un asesino del pueblo ruso, sobre cuyas huesudas manos está la sangre de miles de mujeres y niños. Espero que haya percibido la semejanza entre el retrato hecho por ustedes y yo, o sea, el original.

—Los artistas son gente particular, hay algunos que dicen de nosotros: «perros rojos, borrachos de sangre rusa, pisotearon a la madrecita Rusia, profanaron las tumbas de sus padres y vendieron nuestra doliente patria a la internacional hebrea».

—¿Y acaso no es verdad? —exclamó Molchanov sin contenerse.

—Yo no diría que me parezco mucho al retrato hecho por ustedes.

—¡No soy yo sino la historia quien hizo ese retrato!

—En ese caso la misma historia lo embellecerá…

Molchanov se apartó hacia la puerta, la abrió y dijo:

—¡Coronel Kremniov! Conduzca al parlamentario hasta las posiciones de los rojos en el carro blindado. Puede hablar cuanto

quiera del tiempo, pero evite hablar de la política.

—Hasta la vista, señor general —dijo el parlamentario Utkin.

—Adiós.

Cuando el parlamentario salió de la oficina y partió en el coche blindado, Molchanov tomó la carta de Bliújer, la leyó atentamente una vez más, caminó por la suave alfombra con las manos a la espalda, y luego echó las dos hojas en el fuego de la chimenea y estuvo mirando largo rato cómo el papel se retorcía, formando una costra negra sobre las brasas ardientes.

Primera línea de las tropas rojas

En el puesto de mando el ayudante entrega un vaso de alcohol al parlamentario Utkin, que acaba de regresar. Utkin se lo bebe de un trago, olfatea la manga de la guerrera, por un segundo se queda de pie con la boca abierta, roe un trozo de pan seco que le ha tendido Bliújer y, solo después de eso, aspira su aliento con olor medicinal y sonríe, encantado.

—¿Qué dijo? —pregunta Bliújer.

Grzhimalski está de pie, pálido, tenso como una cuerda.

—No dijo nada concreto, camarada comandante en jefe.

—¿Le habló claramente del plazo?

—Al comienzo de la conversación se lo dije: tres horas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunta Bliújer a Grzhimalski.

—Tres horas.

—Es todo —dice Bliújer—. La propuesta fue honorable. Basta. ¿Dónde está Póstishev?

—En el hilo directo. Conversa con el Buró para el Lejano Oriente.

—Por favor, díganle que venga.

—A la orden.

—¿El jefe de ejército Serishev?

—Aquí.

—¡Camarada Pokus!

—Aquí.

—Yákov Zajárovich, te designo comandante de todas las tropas que iniciarán el ataque a la colina de Volochayevka.

—A la orden.

—¿Kóniev?

—Aquí.

—Bien. ¿Petrov-Teterin?

—Aquí.

—Bien.

Entra Póstishev.

—Comenzamos —dice Bliújer.

—¿Molchanov se negó?

—¿Me permite marchar a primera línea? —pregunta Grzhimalski.

—No. Lo voy a necesitar aquí.

Póstishev se viste y sigue a Pokus.

—¿A dónde van? —inquiere Bliújer.

—A las trincheras.

—Iré más tarde. La señal para el comienzo es la acordada.

—Está claro. Suerte, Vasili Konstantínovich.

—Suerte, Pável Pétrovich.

Salen Póstishev y Pokus.

—¿En qué estado tenemos los tanques? —pregunta Bliújer.

—Queda uno que funciona todavía.

—Láncenlo a la batalla cuando comience la ofensiva.

—Pero tiene la ametralladora trabada.

—No importa, que avance sin ametralladora.

Entra el ayudante.

—Camarada comandante en jefe, lo aguarda el redactor jefe de *Chitinskaya Pravda* desde hace dos horas, tiene comunicación con Chitá y necesita noticias para el número de hoy.

—Perdonen —dice Bliújer a los jefes y entra en la habitación vecina.

Un hombrecito pequeño y exaltado, con gafas y rubor nervioso se lanza a su encuentro.

—¡Comandante en jefe! ¡Lo comprendo! Necesito solo unas pocas palabras.

—Si son pocas, puedo. ¿Y por qué se agita? Serénese. Siéntese, eche tinta en el tintero y escriba: «El Lejano Oriente fue, es y será ruso».

El redactor jefe escribe echando salpicaduras de tinta.

—Otra pregunta.

—Usted dirá.

—He visto en las tropas un orden asombroso. He visto un ejército que no existía antes de su llegada al Lejano Oriente. Dígame con sinceridad, ¿a cuánta gente tuvo que fusilar para lograr esto?

—No se ha fusilado a ningún combatiente.

—¿Cómo?

—Así es.

—¿Cómo pudo poner orden entre toda esa destrucción y desbarajuste?

—Nuestro partido tiene una serie de medios para poner orden sin represión. ¿A qué partido pertenece usted?

—Al bolchevique.

—¿Hace tiempo?

—Bastante.

—Es extraño. ¿Ha visto alguna vez cómo fusilan a la gente?

—No.

—¿Y nunca ha tenido la responsabilidad, por el servicio, de firmar una orden para fusilar a una persona?

—No.

—Está claro entonces. ¿Hay alguna otra pregunta?

—Sí.

—¿Cuántas?

—Doce.

—Añada una más para lograr un número feliz y me las hace después de que termine la batalla.

Bliújer vuelve a la habitación, los mira a todos y dice:

—Les ruego que ajusten sus relojes.

TRINCHERAS

Póstishev yace en la nieve, junto a los combatientes, en un frío de cuarenta grados bajo cero. Ruge un viento penetrante que se arrastra por la nieve y la mete por los cuellos y bajo los gorros.

—No le dejen dormir —dice Pável Pétrovich a un anciano que está junto a él, y señala con los ojos hacia un combatiente joven—. Ese, acomodado bajo el pino, está a punto de dormirse, tiene un aspecto demasiado callado.

—No me obedece.

—¿No estará enfermo?

—No parece, no tiene fiebre.

Póstishev se arrastra hasta el muchacho y lo sacude.

—No duermas, Ilyá Múromets,[19] no te duermas.

—Sueño con el verano —responde el muchacho.

—¡Y yo con el otoño! —se irrita Póstishev—. ¡Abre los ojos!

—Me arden por la nieve, el cielo me parece negro, pero en el verano veo un riachuelo poco profundo, de fondo arenoso —el muchacho habla lentamente—, con vegetación en las orillas, y en los lugares calientes los pececitos asoman las colitas.

—Qué fastidio —dice Póstishev—, no lo podemos levantar porque nos dispararían. ¡Abre los ojos, soñador del demonio! Ahora todos se van al ataque y tú te vas a quedar aquí, congelado.

Frente a ellos se yergue la colina de Volochayevka. No muy visible, rodeada de varias filas de alambre de púas, erizada de cañones y ametralladoras, cubierta de un bosquecillo tupido, enigmática y silenciosa por el momento.

Alrededor hay silencio, un silencio invernal, pacífico, espeso. Y cuando el tren blindado de los rojos, que conquistó la vía férrea, y ahora se acerca a Volochayevka lentamente, silbando y soltando el vapor al aire, lanza el primer proyectil hacia las posiciones de los blancos; cuando el proyectil estalla, formando un surtidor de nieve más alto que los pinos; cuando los soldados de Kappel responden con una salva de varias decenas de cañones y el tren de los rojos la

devuelve con todas sus baterías; entonces, el silencio se rompe, se despedaza y se aleja hecho jirones.

El comisario del Jean Jaurès yace en la nieve, junto a los combatientes.

—Entonces le digo —continúa su cuento en los intervalos entre los estallidos de los proyectiles—, no verás en el reino universal de la libertad, igual que no verás tus nalgas, ya que eres un vil y un cobarde. Él, por supuesto, era arrogante, y la arrogancia le queda bien a las muchachas, pero no a un combatiente rojo. «Tú eres, me dice, el que no va a ver la libertad porque tú buscas la bala y yo esperaré y veré primero ese reino». Y yo le respondo: «El cretino siempre será cretino aunque se ponga gorro alto. Sin nosotros, si morimos por las balas de los blancos, no habrá reino de la libertad, sino un principado cualquiera, ensuciado por arribistas y cobardes». Me levanto al ataque y él se queda en la trinchera; corro unos cincuenta metros y en ese momento cae en la trinchera un proyectil y no quedan restos de nadie.

Bliújer marcha tras el regimiento especial del Amur que avanza conjuntamente con el sexto regimiento de tiradores de Zajárov, a través de la nieve, a lo largo de la vía férrea, ratificando de esa forma la victoria del tren blindado.

Luego, hacia la noche, cuando el cielo se vuelve claro y alto, y las estrellas se reducen, se vuelven rojizas y titilantes a causa del frío, Bliújer se encamina hacia el grupo de tropas de la Transbaikalia, dirigido por Tomín, que fue enviado a cercar las posiciones de Volochayevka por el hielo irregular del Amur.

Por la noche, junto a una hoguera que se va hundiendo lentamente en la nieve arenosa y azucarada, Bliújer celebra una conferencia con los comandantes. Su rostro está cubierto de hollín, tiene las mejillas hundidas y pobladas de una erizada pelambre gris hasta los ojos, y su frente se despelleja por el gélido viento.

—Vamos a golpearlos desde el sur —dice—. Allí, ellos no han extendido completamente los alambres; si atacamos aquí, en el centro caerá mucha gente, no podemos…

Extiende el mapa sobre la nieve, su dedo se mueve por el papel crujiente al mostrar la dirección de los golpes. Sus órdenes son cortas y secas.

—¿Dónde está Póstishev? —se interesa.

—En las trincheras —responde Grzhimalski—, en la nieve.

—Está claro. Vamos nosotros para allá —dice Bliújer—. Hay que animar a la gente o se dormirán y morirán congelados. Los exploradores del regimiento especial del Amur, con una compañía de coreanos, deben comenzar ahora mismo el avance hasta los obstáculos mismos. Tienen capas blancas, deben pasar. Eso es todo. Separémonos.

Bliújer se cala su gorra de piel de liebre hasta los ojos, se abotona la corta chaqueta de piel, cubre la hoguera con nieve y es el primero que echa a andar por la oscuridad hacia la primera línea.

Póstishev llega, arrastrándose, hasta un destacamento de marinos que ocupan posiciones casi en las líneas enemigas de alambre de púas.

—¿Tenéis frío? —pregunta el comisario.

—Por ahora nos calentamos con el alambre.

—¿Cómo vais a cortar esa basura?

—Con los dientes.

—Romperéis los dientes, las muchachas no os van a querer.

—Nos pondremos dientes postizos.

—Se os oxidarán —responde Póstishev—, y tendréis en la boca un almacén de chatarra.

—¿Y cómo llegó hasta aquí, camarada comisario?

—A pie…

—Tiene usted buena estatura, si ellos disparan con puntería…

—Hay que agacharse y cuidar la cabeza.

—Es temprano para agacharse… Esperemos para doblar la cabeza. ¿Queda tabaco?

—Aquí estuvimos escarbando musgo bajo la nieve. Se puede fumar, pero luego tiene uno en la boca un bosque de pinos como si estuviera perdido en la taiga.

Con un sonido sibilino se alzan al cielo tres bengalas rojas, echando salpicaduras blancas.

Resuena un «hurra» por la gigantesca línea del frente. Salen los combatientes de las trincheras, corren a pesar del rabioso fuego de ametralladoras de los blancos, caen, se arrastran, se retuercen en agonía, gritan, se lanzan contra el alambre de púas, lo rompen con manos ensangrentadas, lo cruzan, echando capotes y abrigos por encima de las púas, caen al ser abatidos; pero detrás de ellos avanzan otros hombres, decenas, cientos, miles de combatientes del Ejército Popular Revolucionario y guerrilleros rojos. Corren colina arriba, hundiéndose en la nieve, mirando a las pequeñas y negras bocas de fusiles y ametralladoras; corren, mueren, otros se arrastran por la nieve mientras en el aire seco y gélido resuena un largo llamamiento a la victoria que no cesa ni por un instante.

La casita de Timoja

Timoja, soñoliento, movió los labios, se sentó en la cama y comenzó a sacudir a Isáiev:

—Despierte, señor Isáiev, despierte…

Isáiev representó impecablemente el papel de una persona rendida por el sueño. Apartó varias veces la mano de Timoja, después se incorporó y saltó de la cama. Vio delante de sí a Guiatsintov, sonrió confuso y después de frotarse los ojos, se puso a despertar a Vaniushin.

—¿Hace mucho que llegó? —preguntó Isáiev al coronel.

—No tanto.

—Vamos rápido, señores —Timoja los apuró—, no quiera Dios que salga el sol y se nos malogre la fiesta. Al venado es mejor acorralarlo cuando aún es de noche. Oye cualquier ruido a cinco verstas de distancia.

Timoja estaba visiblemente nervioso: miraba a los esbirros que habían venido con Guiatsintov y sus manos estaban inquietas. Sin poder contenerse, preguntó señalando a los agentes:

—¿Y estos señores también vienen con nosotros; Kiril Nikoláyevich?

—También.

—¿Y cómo, si no tienen escopetas?

—Tienen pistolas mauser.

—¿Qué?

—Pistolas norteamericanas. Dos por cabeza, dieciocho cartuchos en cada una.

Los esbirros levantaron los faldones de las chaquetas y le enseñaron a Timoja las granadas y las pistolas que llevaban por dentro del cinturón.

—¿Atraparemos a la fiera? —preguntó Guiatsintov.

—Veremos qué tal disparan.

—Bien. Disparan bien.

Vaniushin, medio dormido, se bebió un vaso vodka y dijo:

—No me siento bien, no iré.

—Hay pocos cazadores, Nikolái Ivánovich.

—Tú, Timoja, no te preocupes. Mi gente son magníficos tiradores. Cazarán a la fiera desde cualquier distancia. En el auto tenemos una carabina y una ametralladora —sonrió Guiatsintov, y puso confiadamente la mano en la rodilla de Isáiev—. ¿Qué tal, mi querido cazador, atraparemos al venado?

—Lo intentaremos —respondió Isáiev y golpeó la mesa con los nudillos—, temo hacer un pronóstico.

—¿Llevaremos a Sashenka? —preguntó Guiatsintov.

—Deje a la muchacha en paz —gruñó Vaniushin bajo el abrigo—. Que duerma, luego les freirá el hígado.

—El tema de Prometeo —Isáiev, mientras arrugaba cómicamente la nariz—, ¿qué hígado y a quién se lo freirán?

—Vamos con Dios —intervino Timoja—, marchando.

—Seguidlo —dijo Guiatsintov a los esbirros—, Maxim Maximóvich y yo cerraremos la marcha.

—¿Quiere disparar hoy? —preguntó Timoja al coronel—. Si no quiere, me voy solo, pero si quiere, no camine el último, sino cerca de mí, lo llevaré a la cañada donde dejo alimento al venado.

—¿Es donde corre un arroyo en el verano, eh?

—¡Allí mismo!

—Está bien. Te alcanzaremos, tengo que hablar un instante con Maxim Maximóvich.

Guiatsintov se echó la carabina al hombro, se envolvió el cuello con una gruesa bufanda y dijo:

—Vamos, rápido.

Timoja y los cuatro agentes iban delante. A poca distancia lo seguían Guiatsintov e Isáiev.

—Max, tenía muchos deseos de conversar con usted a cielo abierto —dijo Guiatsintov en voz baja—, ya que en la ciudad no hay posibilidades de estar a solas. Si lo cito en mi oficina, los intelectuales le darán de lado como a un posible agente de la inteligencia. En el periódico hay mucha gente y usted estuvo tantas veces con Chen en el café Banzai que lo recuerdan demasiado bien. ¿Qué, hay buenos cocineros allí?

—En el Banzai preparan un pescado maravilloso.

—¿A lo monasterio?

—No, eso es corriente. Me gustaban los camarones fritos con masas de esturión.

—Sí, sí, lo probé una vez, es delicioso. Pero nos hemos desviado de la conversación. Será corta. No quiero conocer nada de su pasado, aunque es bastante divertido y abunda en manchas blancas, como el mapa de la Antártida. Me interesa su presente, es elegante,

digno del usted. Usted es un tipo encantador, y eso no es una cualidad humana, sino una profesión. Pero me preocupa su futuro. Hoy, después de que matemos a la fiera, usted me dirá «sí» cuando yo vaya a su habitación. ¿Me comprende?

—Estoy dispuesto a decirle «sí» ahora mismo, pero no entiendo bien de qué «sí» estamos hablando.

—¿Tiene usted cinco años? ¿Pronuncia mal la «r»? ¿Todavía se orina en la cama? Déjese de niñerías, somos personas adultas.

—¿Y en caso de que «no»?

—Muy bien. Me alegro de que haya hablado del «no». Se me olvidaba decírselo. Si escucho un «no», mañana lo enterraremos, como a uno que resultó casualmente muerto durante la cacería.

—Qué crueldad, Kiril Nikoláyevich —sonrió Isáiev.

—Con la gente de su profesión y sus relaciones no puedo actuar de otro modo.

—Juro por Dios que seré mudo como un pez.

—Eso me dijo nuestro amigo Chen —observó el coronel mirando a los ojos de Isáiev—. ¿Acaso no sabía usted que Chen era el chequista Mareikis? —preguntó Guiatsintov en voz baja.

—Ahora echaré unas carcajadas y asustaré al venado, coronel.

—Deje. La partida está andando, busque una salida digna.

—Usted sabe que muchos agentes de contrainteligencia tienen la manía de la suspicacia, una enfermedad profesional, coronel. ¿No es así?

—Lo he oído muchas veces.

—Es curioso, ¿en su negocio hay algún sindicato que proteja los derechos de los que enferman sin esperanzas en el puesto de combate?

—Basta —contrajo el rostro Guiatsintov y apretó el paso, hasta tomar a Isáiev del brazo—. Solo que no piense en bromear. Yo seré el único que dispare al venado.

—Sabe, Kiril Nikoláyevich, he perdido todo deseo de ir de cacería. Me voy a casa.

—¿Entonces, «sí»?

—No.

—«No», por el momento, pero no lo dejaré ir a casa. Más bien camino de casa le ocurrirá un accidente. De verdad, no estoy bromeando. En nuestra profesión hay un peligro: iniciar el juego. Y ya comencé el juego con usted. No puedo dar marcha atrás.

Isáiev se volvió: detrás de ellos caminaba otro esbirro que, al parecer, había estado todo el tiempo sentado en el coche y debía cerrar la marcha.

—Entonces, Maxim Maximóvich, compréndame, usted hombre de letras: he comenzado el juego. Y usted me hace falta. Para qué, se lo diré después de que escuche «sí». En caso de que «no», considérese un cadáver.

El agente debe ser algo más que un actor. Debe tener las cualidades de un director de escena que sea capaz de fantasear y luego romper toda su fantasía, pensar algo nuevo y detenerse entonces en lo más talentoso.

Isáiev comprendió que Guiatsintov no lo invitaba casualmente a una cacería inventada por él mismo. Isáiev llevaba tiempo preparándose para esa «cacería». La había analizado en su imaginación desde el primer hasta último segundo.

¿Con qué contaba cuando pidió a Timoja que organizara una cacería para Guiatsintov? Comprendía perfectamente que Guiatsintov intentaría poner los puntos sobre las íes, enfrentarlo al dilema de «sí» o «no» precisamente allí, en la cacería, en la taiga, lejos de todos los que pudieran ayudar a Isáiev con sus influencias. ¿Colaborar con Guiatsintov o rechazar la colaboración? Por tanto, Isáiev consideraba que era precisamente aquí donde sería necesario cortar el nudo gordiano de sus relaciones con el coronel. Por eso mismo había intentado decirle a Sashenka —metafóricamente, por supuesto—, que una separación temporal no significaba una ruptura total: la espera era la mejor garantía de amor y fidelidad. Le parecía que Sashenka lo había comprendido en parte, aunque no podía descubrírsele totalmente. Pero la amaba, y le parecía que la

muchacha sería capaz de conjeturar todo aquello que él no tenía derecho a decirle.

¿Cómo había previsto la operación inmediata? La había basado en el conocimiento preciso de la psicología de un verdadero cazador, que considera humillante ceder el último disparo, el decisivo, a otra persona. Eso está presente sin que medie la voluntad del cazador, es algo congénito, inevitable, constante. Y, como dijo Timoja el verano anterior, Guiatsintov era un cazador empedernido, apasionado. Por tanto, consideraba Isáiev, Guiatsintov no permitiría a ninguno de los agentes quedarse junto a él, ya que estaba demasiado seguro de sí mismo. Por esta razón, Timoja llevaría a los esbirros al campo, a fin de que levantaran el venado en dirección a Guiatsintov, y el coronel les ordenaría actuar precisamente así si el cazador Timoja se lo pedía. Por supuesto, Timoja lo pediría, y Guiatsintov ordenaría a los esbirros marchar al campo. De esa manera quedaría solo donde Timoja le indicara, junto a un alto pino, delante de un enorme almiar cubierto de nieve, donde desde la madrugada se habían ocultado varios guerrilleros de los destacamentos de Surzhikov y Kulkov. Estos debían lanzarse sobre Guiatsintov por la espalda tan pronto Timoja comenzara a espantar el venado con ayuda de los esbirros, con gritos de que la bestia avanzaba directamente hacia Kiril Nikoláyevich, a fin de que en esos instantes el coronel fuera todo atención, pero una atención unilateral concentrada en el bosque delante de él de donde saldría, de un momento a otro, un enorme venado.

En ese mismo instante, los guerrilleros debían lanzarse sobre Guiatsintov, amarrarlo, taparle la boca, confundir las huellas y dejar la carabina y el gorro del coronel junto a un hueco en el hielo del río para simular de esa forma una muerte trágica y absurda. Y el coronel sería conducido por la taiga, por un camino secreto, donde todas las huellas estaban enmascaradas: de eso se había ocupado Timoja con sus amigos durante la última semana. Y allí, en una lejana cabaña guerrillera, se detendrían, y luego los guerrilleros

debían pasar a Guiatsintov y a Isáiev a través la línea del frente, hacia las posiciones de los rojos.

Así había planeado Isáiev toda la operación. Ahora, los segundos lo decidirían todo: cómo de preciso había sido su plan, cuánta razón había tenido al valorar los hábitos de cazador del coronel, qué había acordado Timoja con los guerrilleros y cómo harían aquellos su parte en la operación. Los instantes lo decidirían todo y Maxim Maximóvich, que se había separado un centenar de metros del coronel, estaba totalmente frío, tenso, y los segundos, crujientes y lentos, le resonaban en los oídos.

Timoja comenzó a levantar al animal. Isáiev sintió un nudo en la garganta. Comprendía que, en última instancia, tendría que capturar al coronel y a su gente combatiendo, pero esa operación «quemaría» al destacamento guerrillero de Kulkov, que por el momento estaba oculto cerca de Vladivostok, en espera de órdenes del centro. Si los blancos se enteraban de su existencia, el destacamento tendría que retroceder, y quién sabe si lograría hacerlo con éxito, ya que cada kilómetro del camino de la retirada estaba lleno de tropas japonesas que presionaban con sus armas las retaguardias de las unidades rusas.

Todo salió como había anticipado Isáiev. Timoja disparó dos veces. De dentro de los arbustos salió un viejo venado que venía al lugar a abrevar. Timoja gritó:

—¡Para aquí, vengan, hay que desviarlo hacia el coronel! ¡Venga, harapiento, corre, corre!

Guiatsintov se estremeció, embebido en la caza. Hizo un gesto a los esbirros y se inclinó hacia delante con la carabina lista. Los esbirros se apartaron del coronel y corrieron hacia los arbustos para levantar al venado, ligeramente herido por Timoja, en dirección al coronel. Guiatsintov quedó solo.

Los esbirros, sofocados y jadeantes, escucharon el grito desesperado de Guiatsintov cuando estaban ya lejos. Se turbaron. Finalmente, intentaron salir por la vía más corta, a través de la espesura, sin

buscar un camino hacia el lugar donde Timoja había dejado a Guiatsintov. Pero la prisa en un bosque desconocido es algo arriesgado, puede uno extraviarse. Isáiev también había contado con eso. Estaba seguro de que los esbirros, al escuchar el grito de Guiatsintov, correrían hacia él pero se perderían en la espesura con toda seguridad. Timoja debía encontrarlos, reunirlos y sacarlos del bosque hasta el lugar donde estuviera apostado el coronel para tener así una coartada completa. Y cuando al fin los esbirros salieron de la espesura no encontraron a Guiatsintov. Entonces corrieron hacia el río y vieron, junto a un hueco en el hielo, la carabina del coronel, un guante, el gorro y nada más.

Cuatro horas después, a la casita de Timoja llegaron siete coches con detectives, funcionarios de la contrainteligencia y la fiscalía, y solo entonces se dieron cuenta de que faltaba otra persona más: Isáiev.

El fiscal, a quien Vaniushin torturaba con la pregunta de si se podía publicar o no en el periódico una información sobre la muerte trágica y absurda de Guiatsintov, lo permitió, en primera instancia, pero Volia Pimezov, el ayudante del coronel, apartó un momento al periodista y le dijo:

—No se ponga en una situación comprometida. A juzgar por todo, estamos hablando de un asesinato y no de una muerte trágica. Se lo digo como un buen consejo.

Sashenka estaba sentada junto a la ventana, donde el hielo se había derretido a causa de la respiración de varias decenas de personas. La muchacha miraba continuamente en dirección al bosque.

—Nikolái Ivánovich —preguntó a Vaniushin el coronel Sujodolski —, ¿hace tiempo que conoce a Isáiev?

—¿Por qué lo pregunta?

—Nada, me interesa.

—Hace mucho tiempo.

—No, tendrá que dar respuestas concretas ya que le haremos un pequeño interrogatorio, Nikolái Ivánovich.

—Señores —dijo uno de los ayudantes del fiscal—, vamos al lugar de los hechos, miren qué nieve está cayendo.

Y en efecto, estaba nevando como en el teatro, con enormes copos; poco a poco se iba formando una barrera blanca. La nieve ayudaba a Isáiev, cubría sus huellas y conservaba el calor de la tierra cansada de guerras.

—Tú, jeta sucia —dijo Pimezov a Timoja—, confiesa por las buenas cómo ocurrió todo antes de que te desuelle y te abotone el pellejo por encima de la cabeza.

—Mocoso —se enfureció Vaniushin—, ¡hace quince años que conozco a este hombre!

Pimezov se turbó, ya que no creía haber hablado tan alto.

—Son los nervios —dijo—, se aflojan.

—Cúreselos y no se dedique a gritar como una tendera.

Cueva guerrillera

Isáiev se encuentra sentado junto a Surzhikov y Kulkov. Su rostro denota confusión y pena.

Lee un mensaje cifrado que le entregó un enlace, enviado por Póstishev. Isáiev mira las cifras. Son una columna entera y le bailan ante los ojos. Y estas cifras dicen:

> *Debe buscar la posibilidad de partir junto a los grupos más reaccionarios de guardias blancos a la emigración, con el objetivo de que podamos conocer a través de usted nuevas conspiraciones contra la República que, sin lugar a dudas, serán organizadas en el futuro.*
>
> *Dzerzhinski*

Isáiev lee otra vez el mensaje cifrado, lo quema lentamente en la llama de una vela, frota las cenizas contra el piso de tablas con la

punta de la bota y después dice:

—Tráiganme a Guiatsintov.

Meten al coronel en la cueva. Su mirada es ahora la de un conejo, tiene los ojos rojos e inquietos.

—¿Qué? —le pregunta Isáiev—. ¿Como está, Kiril Nikoláyevich?

—Mal, Maxim Maximóvich.

—Ya veo que está mal. Entonces, ¿«sí»?

—¿Habla de mi trabajo con ustedes?

— Precisamente.

—Estoy de acuerdo.

—¿Así, tan pronto?

—Estoy en sus manos, ¿qué me queda por hacer?

—Morir con honor.

—No quiero.

—Bien.

—¿Qué garantías tengo?

—Su ayuda.

—Por favor.

—Necesito saber cuántos grupos que usted envió a nuestra retaguardia.

—¿Qué garantías tengo? —repitió el coronel.

—Mi palabra de honor.

—Pero usted también es un agente.

—Por eso, precisamente.

—No basta.

—Está bien. Lo necesitaremos en el transcurso de los próximos dos o tres años. ¿Tiene usted gente en los círculos de emigración en París?

—Sí.

—¿Y en los de Berlín?

—También.

—Esa es la garantía de su vida. No le pido ahora cartas de recomendación para ellos, pero pronto las necesitaré. Lo he escrito en el conduce.

—¿En qué conduce?

—Es una palabrita nuestra. En el papel que será entregado conjuntamente con usted al Estado Mayor en Chitá y, luego, a Moscú.

—¿Me enviarán para allá?

—Por supuesto, y si intenta bromear por el camino, lo matarán de un tiro. Eso se lo prometo. ¿Y qué hacer? Como dijo usted, en nuestra profesión lo más peligroso es iniciar el juego…

—¡No iré allá!

—No diga tonterías, Kiril Nikoláyevich, irá.

Cuando se llevaron a Guiatsintov, Isáiev preguntó:

—¿Y cómo volver ahora con las manos vacías? Según la leyenda, estoy persiguiendo un venado.

—¿Según qué? —preguntó Surzhikov, respetuosamente.

—Según la leyenda —Isáiev sonrió y suspiró—, tenemos una palabrita así…

—Primero pensamos echarle mano a usted —dijo Surzhikov—, tiene la cara demasiado cuidadita. Teníamos dudas. Y en cuanto a los venados, matamos uno pequeño. Se lo podemos dar para que no vuelva con las manos vacías…

Se abrió la puerta de la casita de Timoja. Isáiev dio un paso dentro de la habitación, repleta de detectives vengadores, y se cayó. Llevaba a la espalda un venadito de unos sesenta kilos.

—Caminé veinte kilómetros —masculló—. ¡Canallas, nadie pudo ir a buscarme! Quiero dormir. Allá, en la taiga, hay otro más grande, lo encontrarán por las huellas.

Se quitó el gorro de la cabeza mojada y lamió un puñado de la nieve que había llevado alguno de los investigadores a la casita.

Se hizo un profundo silencio. Todos se miraron, perplejos, y, después, Sashenka, con ojitos brillantes, se acercó a Isáiev, se arrodilló delante de él y comenzó a besarle el rostro seco e inflamado.

Vaniushin dijo, contrayendo el rostro:

—Son una porquería y no detectives; es preferible enseñarle chino a las prostitutas que pagarles a ustedes. «Asesinato», «interrogatorio» —se burló de los esbirros y escupió ruidosamente.

Los demás se miraron y no respondieron nada. Vaniushin se inclinó, como un bufón, y susurró al oído de Isáiev:

—Pero, según tus palabras, tenías un solo cartucho, Maxim… ¿Cómo conseguiste tumbar dos venados?

Tres días más tarde el coronel Sujodolski —designado por Merkúlov para ocupar el puesto de jefe de la contrainteligencia— citó a Isáiev a través de terceras personas para una reunión en la sección de operaciones del Estado Mayor del ejército de Molchanov. Lo recibió con los brazos abiertos de par en par. Tartamudeando levemente —cosa que le ocurría en los momentos de mayor emoción—, Sujodolski preguntó, tragándose las vocales abiertas:

—¿Entonces qué, amigo mío, «sí»?

Isáiev sonrió y dijo:

—El difunto era juguetón y charlatán. Da miedo relacionarse con ustedes, son demasiado atolondrados y parlanchines cuando hablan con sus amigos del mundo bohemio. Pero, de todas maneras, en la cacería le dije al difunto: «sí». ¡Sí! ¿Me escucha usted? ¡Sí! Pero con una condición: no acepto números, apodos o claves, soy un combatiente ideológico, estoy en contra de las acusaciones y las canalladas políticas. Bueno, que le vaya bien, espero que no me retenga para declaraciones amorosas. A propósito, no necesito su dinero, apesta a cobardía y descomposición. No se asuste, la osadía es mi forma de ser, es algo simpático para quienes tienen como profesión de fe la moderación y la decencia.

Volochayevka

Tarde en la noche. La luna es enorme. Las sombras negras del alambre de púas partido rasgan la nieve chispeante.

Hablan en voz baja los sanitarios, se escuchan gritos de heridos que son conducidos al punto móvil de enfermería en camillas; brota la risa de los vivos y los que están ligeramente congelados.

Bliújer, Póstishev y los comandantes del regimiento caminan por el campo interminable, entre cadáveres.

Un blanco —dice alguien en voz baja, señalando hacia el cadáver de un jovencito que tiene los ojos de vidrio, asombrados, transparentes como el agua.

—Otro blanco.

—Uno de Kappel.

—Uno de Semiónov.

—Uno nuestro.

—Un blanco.

—Otro nuestro.

—Basta —dice alguien—, todos son rusos. Rusos.

Los comandantes siguen en silencio, caminan por la tierra conquistada después de una gran victoria, entre cadáveres de hombres rusos, espolvoreados con una nieve chispeante, azulada.

RLO. Chitá. En virtud de las instrucciones recibidas del ministro de Asuntos Extranjeros del Gobierno japonés tengo el honor de solicitar de usted que transmita urgentemente al ministro de Asuntos Exteriores de la República del Lejano Oriente lo siguiente:

El Gobierno Imperial de Japón manifiesta que se encuentra dispuesto a reanudar las conversaciones con el Gobierno de la República del Lejano Oriente. El Gobierno Imperial de Japón ha decidido llevar a cabo la evacuación total de las tropas japonesas de la región de Primorie, sobre lo cual se ha publicado ya una declaración dentro y fuera del país.

El Gobierno Imperial de Japón manifiesta su acuerdo en que los plenipotenciarios del Gobierno de la Rusia soviética participen en la

próxima conferencia, solo si existen condiciones que regulen la concertación de un acuerdo.

En el caso de que el Gobierno de la República del Lejano Oriente tenga la intención de enviar a sus representantes, el Gobierno Imperial de Japón está dispuesto a designar de inmediato a sus delegados para comenzar las conversaciones. Además, considera conveniente seleccionar como sede de la conferencia la ciudad de Dairen.

Lloyd George manifestó a los corresponsales que consideraba necesario efectuar conversaciones con los delegados del único gobierno que puede representar a Rusia, o sea, con los delegados del gobierno de Lenin.

El rey de Italia recibió a Churchill y manifestó el deseo de ampliar los contactos ruso-italianos.

El ministro de Comercio de los Estados Unidos declaró: «Podemos comerciar con la Rusia de Lenin, y vamos a tomar la iniciativa en esa dirección, ya que el gobierno de Lenin es la única fuerza real entre Varsovia y Tokio».

El Ministerio de Asuntos Extranjeros del Gobierno Imperial de Japón, en una nota entregada por el cónsul general de Japón en Harbin al plenipotenciario especial de la República del Lejano Oriente en la franja divisoria del Ferrocarril Oriental de China, destinada al ministro de Asuntos Extranjeros de la República del Lejano Oriente manifestó el deseo del Gobierno de Japón de iniciar conversaciones con el Gobierno de la República del Lejano Oriente y el Gobierno de la República Socialista Federativa Soviética Rusa.

En esa misma nota se informa de la decisión del Gobierno Imperial de Japón de efectuar la evacuación de las tropas japonesas de los territorios rusos en el Lejano Oriente.

Los gobiernos de las Repúblicas Rusa y del Lejano Oriente manifiestan su satisfacción por la mencionada decisión del Gobierno Imperial de Japón sobre la evacuación de las tropas y hacen constar que el Gobierno Imperial de Japón, de acuerdo a la nota del 19 de

julio, retiraría sus tropas de las regiones rusas del Lejano Oriente antes del 1 de noviembre del año en curso.

En virtud del acuerdo mutuo entre Rusia y la República del Lejano Oriente por una parte, y Japón por la otra de iniciar conversaciones para el establecimiento de relaciones de paz y amistad, los gobiernos de la Rusia soviética y la República del Lejano Oriente presuponen que en la próxima conferencia estarán representados, al mismo nivel, Rusia, la República del Lejano Oriente y Japón, y que el futuro acuerdo sería firmado a nombre de cada uno de los gobiernos representados en la conferencia.

Por parte de Rusia y la República del Lejano Oriente han sido designados delegados a la conferencia: Adolf Abramóvich Ioffe, miembro del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y Yakov Davidovich Yanson, ministro de Asuntos Exteriores, respectivamente.

En nombre de Rusia:
L. KARAJAN
Sustituto del comisario del pueblo para Asuntos Exteriores

En nombre de la República del Lejano Oriente:
YA. YANSON
Ministro de Asuntos Exteriores.

VLADIVOSTOK

¡Ah, las fiestas de Pascua! ¡El luminoso nacimiento de Cristo! La procesión en torno a la iglesia, las sonoras voces solistas, las lágrimas en los ojos de cientos de personas, la misa solemne ofrecida por el padre Nikifor, el beso triple, las palomas en el cielo oscuro de la noche, el repique incansable de las campanas: ese repique pascual, colorido, interminable, que vuela al cielo y cae sobre el oscuro espejo del océano, solemne, único en el mundo y diferente cada año.

El campanero hace maravillas. Las campanas cantan prolongadamente. Desde lo alto de la torre, a través de la escalera de caracol, se escucha el servicio en el templo, y si se baja otros tres tramos, se ven los rostros de la gente, plenos de alegría y esperanza. Y allá arriba, en un cuartucho, donde el campanero guarda sus cosas, tiene lugar en ese momento una reunión del comité revolucionario clandestino. El camarada, enviado de Póstishev, dice con voz pausada:

—Prácticamente hemos agotado la agenda. Ahora los jefes de los grupos clandestinos deben comenzar los preparativos para la insurrección armada. También hay que meditar cuál es la mejor forma de salvar a nuestros camaradas, prisioneros en el campo de la isla Russki y en la cárcel. Al parecer, intentarán eliminarlos. Nuestra tarea es impedirlo. A juzgar por todo, no habrá que esperar mucho tiempo.

¡Camaradas combatientes!

Ha transcurrido exactamente un año desde el día en que llegué a la República del Lejano Oriente para asumir el mando supremo de sus valientes filas.

Los numerosos destacamentos, débilmente abastecidos y armados, desvinculados unos de otros por falta de mandos centrales, sin técnica y poco disciplinados, requerían múltiples cambios de carácter organizativo y necesitaban medios técnicos especiales y cuadros de mando: el ordenamiento del aparato económico, educación política y preparación combativa de las masas; todo un conjunto de medidas que convertirían a las fuerzas armadas del pueblo trabajador en un arma de defensa poderosa y ágil contra las agresiones provenientes de los estados capitalistas.

Al asumir el mando del Ejército Popular Revolucionario y de la flota, y en conocimiento de todas las dificultades y rigores que implicaban las tareas que se nos planteaban, apelé con un llamamiento a la conciencia revolucionaria de cada soldado popular, a los sentimientos cívicos de cada militar, incluyendo a los antiguos

oficiales de academia, y en todas partes recibí una respuesta. Un sólido apoyo y una fraternal y activa colaboración por parte de aquellos a quienes son queridos los intereses del pueblo trabajador, de quienes sienten los sufrimientos del pueblo y aspiran a su alivio inmediato.

Solo de esta manera puedo explicarme que en el plazo relativamente corto que hube de mantenerme al frente de nuestro ejército este eliminó, de forma más o menos indolora, muchas deficiencias, fortaleció sus filas con elementos revolucionarios procedentes de los destacamentos guerrilleros y pudo vencer casi todos los obstáculos que impedían los trabajos organizativos y combativos a él encomendados, y se convirtió en una vanguardia auténtica y sólida de la revolución en el Lejano Oriente.

Todo esto nos dio la posibilidad de rechazar, en un instante de tremendo peligro, el golpe traicionero que nos fue asestado tramposamente por los invasores blancos que osaron atentar contra nuestra independencia y que amenazan la tranquilidad de la Rusia Soviética.

Recuerdo y recordaré con amor y devoción las últimas páginas combativas de la historia de nuestro heroico ejército que en la campaña invernal de 1921-1922 cubrió de nuevas glorias las enseñas combativas de la revolución, y se definió al mismo nivel que el valiente defensor de todos los explotados, el Ejército Rojo de la Rusia soviética.

El pueblo trabajador de la República del Lejano Oriente y la fraterna Rusia soviética nunca olvidarán los grandes sacrificios hechos por vosotros en la dura marcha de nuestras pobres filas obreras contra un enemigo muy fuerte por su técnica y su número, apoyado por la potente mano extranjera y salvado por esa mano hasta el mor su derrota total.

La memoria de las futuras generaciones del pueblo ruso libre se detendrá con agradecimiento y admiración ante las tumbas comunes de la colina Yuñ-Koran en Volochayevka, en las amplias llanuras del Amur, en Kazakievichevo, Vasilyevka y en las colinas de Bikin, donde

bajo vuestra irresistible presión, huyó la flor de la oficialidad blanca, antigua medida del maldito poder zarista.

Al despedirme de vosotros, queridos halcones rojos, llevo en el corazón la alegría y el orgullo de las victorias que alcanzasteis en la lucha pacífica y en el campo militar, así como la sólida convicción de que vuestras manos callosas escribirán aún otras páginas de gloria en la historia de la lucha por la liberación del hombre del yugo del imperialismo y las cadenas del capital.

Mi saludo comunista de despedida y mi agradecimiento camaraderil a todos los combatientes, comisarios, jefes y trabajadores de los estados mayores, instituciones y dependencias del Ejército Popular Revolucionario con los que he tenido que compartir mi trabajo.

¡Viva el Ejército Popular Revolucionario y la Flota!

V. K. BLIÚJER
Presidente del Consejo Militar, comandante en jefe de todas fuerzas armadas y ministro de la Guerra

El frío sol de otoño. El viento. El océano. Los gritos de decenas de miles de personas. Sashenka, a quien la multitud desesperada aplasta contra los pasamanos de hierro, sigue con la vista el último buque de refugiados que se aparta del muelle. Los ojos de la muchacha están llenos de lágrimas, no ve ahora nada a su alrededor, intenta avanzar detrás del buque que desatraca lentamente. En su proa está Isáiev, que clava sus manos heladas en la baranda; el viento le agita los cabellos y él mira a Sashenka sin parpadear; a Sashenka, que cada minuto se vuelve más y más pequeña. Junto a él se encuentran Volia Pimezov, de la contrainteligencia, el general Molchanov, el general Glebov, Sujodolski… Y Sashenka se hace cada vez más pequeña, se convierte en un puntito mínimo sobre el muelle, mientras el viento sigue agitando los cabellos de Isáiev y le golpea los ojos, ese viento amargo precioso del océano.

En la habitación del Versalles, junto a un enorme ventanal que da al golfo, está Vaniushin. De pie, inmóvil, con las manos cruzadas a la espalda, mira cómo miles de personas asaltan los últimos buques de japoneses y norteamericanos. Escucha los gritos desesperados de los niños, ve a las mujeres que tienden las manos hacia los que han retirado las escalerillas y que ahora, en las cubiertas superiores —luciendo sus cuidados uniformes militares—, comen naranjas, se fotografían y conversan despreocupadamente entre sí, mientras señalan con los dedos hacia la multitud enloquecida en el muelle…

Vaniushin está inmóvil y silba la melodía de una opereta. Después saca una pistola del bolsillo trasero del pantalón, se mete el cañón en la boca y aprieta el gatillo. Retumba el disparo, Vaniushin cae sobre el brillante entarimado. Sobre la mesa reposa una nota suya: «¡Váyanse todos a la mierda!».

Y por el oeste, a través de los suburbios obreros, entran en la ciudad, en nuestro Vladivostok, las unidades del Ejército Popular Revolucionario. Mujeres, niños pálidos, ancianos, obreros inválidos, todos ellos corren junto a los combatientes rojos, ríen y lloran. Así ocurre siempre: para los vencedores y para los vencidos la guerra termina con lágrimas.

[18] Grigori (Grisha) Otrépiev: este personaje histórico, inmortalizado por el gran poeta Alexándr Pushkin en su drama *Boris Godunov,* fue ladrón y monje, y pretendió el trono de Rusia a la muerte del zar Fiódor, hijo de Iván el Terrible. Con la ayuda de los nobles polacos, el monje Otrépiev se hizo pasar por Dimitri, el zarévich, hijo menor de Iván el Terrible, y fue coronado zar de Rusia. Fue derrocado y muerto tras unos pocos meses de reinado.

[19] Legendario titán ruso que pasó treinta años dormido a causa de un maleficio.